

Entrevista a
Elizabeth Fox-Genovese

Muerte y memoria en Rusia
Catherine Merridale

Popularización
del fútbol
Julio Frydenberg

La profesión médica
Ricardo González Leandri

El populismo italiano
Valeria Napoli

La crisis del positivismo
y la filosofía
Luis Alejandro Rossi

Enseñanza de historia
en la EGB
Silvia Finocchio

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO VI - NUMERO 12 - PRINCIPIOS DE 1997

12

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO VI - NUMERO 12 - PRINCIPIOS DE 1997

12

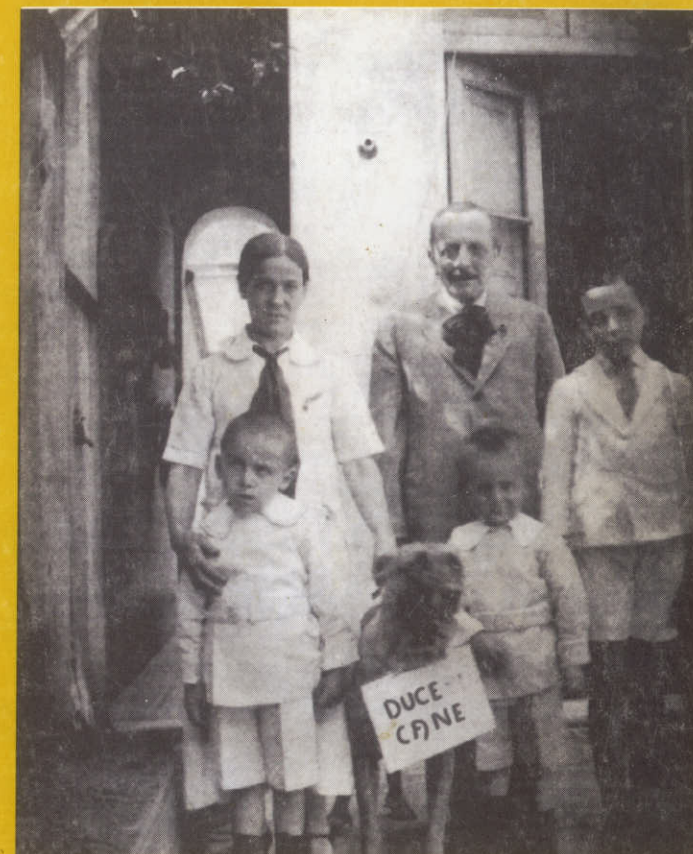
Popularización
del fútbol

La profesión
médica en sus
comienzos

El populismo
italiano

La crisis del
positivismo en la
Argentina

La enseñanza de
historia en la EGB



Elizabeth Fox-Genovese: Feminismo
sin ilusiones / Merridale: Muerte y
memoria en Rusia / Halperín Donghi:
Crítica a Florencia Mallon

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO VI - NUMERO 12 - PRINCIPIOS DE 1997

Consejo de Dirección

Ema Cibotti

Silvia Finocchio

Patricio Geli

Mirta Zaida Lobato

Lucas Luchilo

Gustavo Paz

Leticia Prislei

Fernando Rocchi

Juan Suriano

Director

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Mabel Penette

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Suscripciones: En Argentina U\$S 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie U\$S 30 (dos números); vía aérea U\$S 40 (dos números)

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 769-9013.

Distribución Internacional: Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 361- 0473, Fax: 361-0493, E-mail: cambeiro@cnea.edu.ar. Bs. As., Argentina.

Las ilustraciones de este número son del artista Fernando Guibert

Foto de tapa: Mar del Plata, 1930. (Gentileza familia Mazzanti).

Este número recibió apoyo económico de la **Fundación Antorchas**.

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Callao 157, P. B. "C", Capital Federal.

Impresión: Next Print S.R.L., 4 de febrero 2666. San Martín.

Indice

Artículos

Prácticas y valores en el proceso de popularización
del fútbol, Buenos Aires 1900-1910 7
por *Julio D. FRYDENBERG*

Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica
y la reforma universitaria: Buenos Aires 1871-1876 31
por *Ricardo GONZALEZ LEANDRI*

Reflexiones sobre el populismo en Italia:
el fenómeno Lauro 55
por *Valeria NAPOLI*

Los primeros años de la
Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación:
la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina 63
por *Luis ALEJANDRO ROSSI*

En Debate

Campesinado y Nación (a propósito de
Peasant and Nation, de Florencia Mallon) 83
por *Tulio HALPERIN DONGHI*

Galería de textos

Muerte y memoria de la Rusia moderna 103
por *Catherine MERRIDALE*

Entrevista

Feminismo sin ilusiones
Entrevista a Elizabeth Fox-Genovese 127
por *Gustavo PAZ y Alma IDIART*

Historia y Educación

La enseñanza de la historia en el tercer ciclo de la EGB:
una aproximación a la compleja relación entre construcción
del conocimiento y organización de los contenidos 141
por *Silvia FINOCCHIO*

ISBN N° 0327 649X

Archivos

- El sistema de documentación e información sindical de la
Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia,
una experiencia original 155
Sergio GREZ TOSO

Reseñas y Comentarios de Libros

- Raanan Rein
La salvación de una dictadura. Alianza Perón-Franco, 1946-1955 161
Reseña de Fabián BOSOER
- Diana Quattrocchi-Woisson
Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina 166
Reseña de Alejandro CATTARUZZA
- Rory Miller
Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries 169
Reseña de ROY HORA
- Marta Diana
Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio
de sus protagonistas femeninas 172
Reseña de Mirta Zaida LOBATO
- Inés Dussel, Silvia Finocchio y Silvia Gojman
Haciendo memoria en el país del Nunca Más 177
Reseña de Pablo PINEAU
- Miguel Bonasso
El Presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo 179
Reseña de Mario RANALETTI
- La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario – 1897 182
Reseña de Juan SURIANO
- Dora Barrancos
La escena iluminada. Ciencias para trabajadores (1890-1930) 184
Reseña de Oscar TERAN
- Ricardo Sidicaro
Juan Domingo Perón. La paz y la guerra 188
Reseña de Diego F. BARROS

Artículos



Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910*

Julio D. Frydenberg**



En 1893 se creó la liga de fútbol en el país, la "Argentine Association Football League", compuesta por unos veinte "teams" originados en su mayoría en las escuelas de la colonia inglesa. Además de estos equipos, en ese momento era difícil encontrar en Buenos Aires otros "footballers". Sin embargo, en 1907, catorce años más tarde, existían ya una docena de ligas independientes que nucleaban unos

350 equipos, todo esto fuera del marco de la Asociación que –con pocos agregados y cambios– seguía manteniendo el mismo núcleo inicial.

Este trabajo intenta dar cuenta de las modalidades que adquirió el fenómeno de popularización de la práctica del fútbol, en el marco de dos procesos analíticamente diferenciados aunque estrechamente unidos en la realidad: por un lado el ejercicio asociacionista alrededor del cual se vertebró la adopción de la práctica del fútbol, y por el otro, la resignificación del sistema de valores adherido al deporte en su origen mismo y sostenido en la práctica de los "sportmen" ingleses radicados en el país.

El análisis de algunos de los elementos presentes en la popularización de la práctica futbolística se inscribe en el intento por contribuir al estudio de las características del proceso de formación de los sectores populares porteños y de su cultura, hacia principios de siglo¹. La investigación de las formas y contenidos con los que estos jóvenes comenzaron a jugar al fútbol puede ser un instrumento eficaz para rastrear la constitución de hábitos, sentimientos y valores, algunos de los cuales tuvieron duradera vigencia.

El fútbol, como juego reglamentado, nació en Inglaterra hacia mediados de la década de 1860. En 1867, los residentes ingleses lo practicaron por primera vez en Buenos Aires, junto con otros deportes modernos. En este primer momento, su práctica se vinculó a

* Esta investigación fue realizada gracias a una beca de la UBA en el Programa de Estudios sobre Historia Económica y Social Argentina (PEHESA), Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" bajo la dirección de Luis Alberto Romero, a quien agradezco su guía, así como los comentarios de Juan Suriano.

** Universidad de Buenos Aires.

la creación de clubes asociados a la colonia británica. Sin embargo, no será éste su trayecto histórico más exitoso, ya que estos clubes sufrieron mutaciones y no formaron tradición. Los educadores de los colegios de la colonia inglesa fueron los primeros en diseñar una política difusora de todos los llamados "juegos ingleses" en nuestro medio. Dedicaron especial atención al fútbol, transformado en práctica cotidiana para escolares y exalumnos, tanto ingleses como pertenecientes a la elite dirigente criolla, y además organizaron la liga oficial². Sumada a ésta, la práctica institucionalizada del fútbol hacia fines de la primera década abarcó al universo de las ligas independientes; junto a estos dos ámbitos comenzaba a emerger el del fútbol informal jugado en calles y espacios baldíos.

Desde los primeros años del siglo XX la dirigencia de la liga oficial se abocó a una política de difusión del fútbol. Para esto organizó seleccionados nacionales y encuentros contra otros combinados como por ejemplo contra los uruguayos, así como la visita de equipos extranjeros, en especial ingleses. Según las crónicas estos partidos fueron presenciados por varios miles de espectadores. Desde los últimos años del siglo XIX su práctica se fue extendiendo hacia otros sectores sociales. De esta manera, y estrechamente ligado al nacimiento del espectáculo y a la fundación de clubes, el fútbol se fue diseminando como una moda por buena parte de la sociedad juvenil y masculina de la ciudad.

Si se revisan los trabajos dedicados al estudio de los sectores populares se podrá observar que centraron su atención en otros momentos, otras prácticas y otros espacios sociales y culturales³. A su vez, la historia tradicional del fútbol argentino—generada a partir de fines de la década del '20—describe en mayor medida a sus fundadores, sus ideas y su

época que al pretendido objeto de estudio⁴. Estos relatos intentaron reconstruir el pasado de los clubes más populares, creando una leyenda—con vida propia—referida a la criollización del fútbol introducido por los ingleses. Así, repetida hasta el cansancio por todos los que retomaron la temática, se construyó la historia de un juego anclado en las franjas marginales de la sociedad del momento y practicado en las orillas espaciales de la ciudad. Los creadores de esta versión fueron periodistas, todos ellos poseedores de una pluma de reconocida excelencia, utilizada en la creación de la versión canónica acerca del nacimiento del fútbol criollo. Estas interpretaciones le dieron un tono de epopeya con un amanecer emparentado a un origen social humilde.

En estas reconstrucciones—en muchos casos más cercanas a la ficción que a la historia—se utilizaron algunas de las fuentes disponibles con el explícito deseo de ilustrar los comentarios con anécdotas curiosas. Así aparece citado el periódico "*La Argentina*", para mostrar los extraños nombres que los jóvenes fundadores dieron a sus clubes. Sin embargo, desde la perspectiva de la presente investigación, "*La Argentina*" es una fuente privilegiada dado que fue un actor de primer orden en el proceso de popularización del fútbol como juego competitivo. Es necesario señalar que este periódico cumplió un papel activo en la organización de la práctica del fútbol aficionado y constituyó un aporte decisivo en la construcción del universo de adeptos al nuevo deporte fuera del marco institucional de la liga oficial. Además, contribuyó a la difusión de las reglas del juego y a la formación y propagación de una serie de hábitos y valores que quedarán, de ahí en más, asociados a la experiencia futbolística⁵.

Es preciso recalcar que la popularización del fútbol coincidió con las etapas

iniciales del proceso de formación de los sectores populares y de su cultura. Habitualmente, esta etapa fue caracterizada a partir de una serie de elementos disímiles y en difícil convivencia. Algunas de estas reconstrucciones presentan a los inmigrantes gobernados por el signo del trasplante, sustancialmente adheridos a las imágenes de la tierra lejana y a la búsqueda pertinaz del ahorro mediante agotadoras jornadas laborales. En otras versiones, los vemos actuar guiados por ideas asociadas al enfrentamiento social de las que aprendieron las razones de la lucha sindical y política contra un sistema que parecía, a todas luces, injusto⁶.

Sin embargo, fue la juventud quien encarnó el proceso de popularización de la práctica del fútbol a través de la formación de clubes, muchos de los cuales apenas contaban con once socios. Estos jóvenes podían ser dependientes de comercios del centro de la ciudad, trabajadores de los ferrocarriles ingleses, empleados públicos, cadetes de pequeños almacenes o aprendices de talleres. El juego se propagó rápidamente entre los estudiantes secundarios, los claustros universitarios y los cuarteles.

Hijos de profesionales y de empleados jerárquicos del aparato estatal

compartieron la dedicación al fútbol junto a otros ubicados algunos peldaños más abajo en la escala social. Fueron jóvenes con apellidos italianos, españoles y judíos: situación ésta que invita a conjeturar sobre la formación de una primera generación de criollos—en buena proporción—hijos de inmigrantes⁷. Los jóvenes trabajadores accedieron, con el correr del tiempo, a una cuota mayor de tiempo libre. A principios del siglo XX la jornada laboral tendió a disminuir como efecto de un conjunto de circunstancias; algunas asociadas a modificaciones económicas básicas y otras vinculadas a la lucha por el logro de reivindicaciones sociales como las ocho horas de trabajo.

Los momentos de ocio fueron aprovechados de diversas formas: la música y el baile (hayan sido traídos de Europa o generados en la ciudad y el campo criollos), la práctica de juegos de azar, las recorridas por el centro o Palermo, el acceso al teatro popular, junto con el circo ambulante, y una vez al año, los festejos del carnaval⁸. Los vasos trajeron y difundieron el juego de pelota con sus apuestas. Si bien la pelota vasca y el turf derivaron en espectáculos atractivos para miles de espectadores, fueron esencialmente diferentes de los deportes

modernos, llamados "juegos ingleses", los que contenían en su propia razón de ser el requisito de su práctica.

Así, el fútbol se fue integrando a un conjunto de nuevas experiencias de sociabilidad, en este caso asociadas sólo a la juventud masculina. La adopción de la práctica futbolística por los jóvenes de los sectores populares quedó indisolublemente ligada al esparcimiento y al uso placentero del ocio, junto a experiencias que fueron más allá de la mera utilización del tiempo libre como la organización de clubes de fútbol.

I. Los clubes-equipos

Según la tradición el primer club de fútbol criollo fue Argentino de Quilmes, fundado en 1899, y River Plate el primer club popular de la ciudad de Buenos Aires, creado en 1901. Hacia mediados de 1907 se advierte la expansión de la práctica del fútbol con la existencia de unas 300 protoinstituciones autodenominadas "clubes" que eran parte del fútbol aficionado nucleado en torno a "La Argentina". Una verdadera oleada fundacional se inició con la vuelta del siglo entre sectores sociales ajenos a la elite criolla y a la colonia inglesa.

Los clubes creados a partir de la segunda mitad del siglo pasado por los grupos sociales dominantes, eran instituciones que buscaban el mantenimiento de un *status* social mediante restrictivas normas de ingreso. Su razón de ser era la de servir de formato institucional al entrenamiento de sus cuadros jóvenes mediante la práctica de determinadas actividades, y construir un ámbito de socialización y de uso del tiempo libre. La selección de los potenciales asociados se ejerció a partir del elevado costo de la cuota social y la necesidad del aval de varios socios de reconocida antigüedad⁹.

El clima general reinante en la época alentaba la creación de asociaciones. En nuestro caso, las prácticas y los discursos a favor del aglutinamiento institucional fueron emitidos desde la nueva área de educación física de la escuela pública y privada¹⁰, desde las asociaciones de inmigrantes y desde los propios clubes ingleses y de la elite criolla. Todos estos factores influyeron en los jóvenes atraídos hacia la práctica del fútbol que nació inseparablemente unida a la creación de instituciones. Parece que no era necesario fundar un club para jugar al fútbol, sino sólo formar un equipo. Sin embargo, el fenómeno de la difusión popular de la práctica futbolística aparece encarnado en la apoyatura institucional del club. Para ser un *footballer* fue suficiente ser miembro de un club, y no fue necesario saber jugar al fútbol. Cuando once jóvenes se agrupaban formando un equipo, dedicaban su tiempo en fundar un club, eligiendo su nombre, sus dirigentes, el diseño de su sello, etc. Aquí se puede apreciar el nacimiento del equipo-club. Un club creado para formar un equipo y poder así competir con otros semejantes en el espacio del fútbol aficionado. En este universo competitivo, con el tiempo, convivieron clubes que siguieron siendo sólo un equipo-club, con otras asociaciones integradas por ejemplo con cinco *teams*, o sea, con el mismo origen fueron logrando otro nivel de desarrollo.

La misma dinámica de estos clubes los impulsaba a contar con la mayor cantidad posible de asociados. Cuanto más socios, más recursos para engrandecer la institución. La diferencia con los clubes de la elite o de la colonia inglesa fue notable pues estos hicieron de la restricción y selección un valor. Contrariamente, los nuevos clubes debieron ensanchar su base social de apoyo como forma de sobrevivir y si fuera posible, crecer.



Algunas de estas nuevas asociaciones llegaron a constituirse en los clubes tal como los conocemos ahora pero la mayoría murió en el intento. Todos fueron creados con el explícito fin de practicar el "nuevo, noble y viril deporte inglés". Esta reunión de jóvenes tuvo en la mayor parte de los casos como marco aglutinante el lugar de residencia común: la cuadra, el vecindario, la parroquia. Los jóvenes definieron su intención de representar ese espacio urbano, ubicado tanto en las nuevas áreas urbanizadas como en pleno centro citadino. Por ejemplo, uno de los muchos avisos informando la fundación de un club anunciaba:

"En el vecindario de la calle Gaona el 24 de Septiembre se formó un nuevo club denominado Gaona Juniors. Siendo la CD. la siguiente (...) Correspondencia a Luis Riccio (hijo), Gaona 2148. El field está en la calle Gaona 1453, entre Cucha Cucha y Pujol. Acepta desafíos para menores de 12 años de edad, para el domingo 27 del corriente"¹¹.

Se percibe con claridad a los fundadores del club Gaona, quienes vivieron tuvieron su cancha en esa calle homónima, y se sintieron representantes del vecindario allí asentado. Pueden advertirse muchos casos (como por ejemplo los de las calles Venezuela o Saavedra del centro de la ciudad) distintos del anterior ya que no podían jugar en los lugares en los que residían, pues no existían



espacios vacíos. En estos casos tuvieron que dirigirse hacia las afueras, hacia los nuevos vecindarios en busca de terrenos luego acondicionados como canchas. Esta búsqueda terminó con frecuencia frustrada dado que en ocasiones los espacios deseados les fueron negados. Muchos de los clubes-equipos carecieron de cancha propia¹².

No sólo la residencialidad unió a los entusiastas del fútbol, pues desde el mundo laboral –como en las grandes tiendas o entre los empleados de empresas ferroviarias– y el mundo católico, también se generaron clubes de fútbol¹³.

Los inicios de estas instituciones fueron relativamente semejantes, pero con el tiempo aparecieron una serie de elementos diferenciadores que dieron como resultado una amplia gama de variedades desde el precario equipo-club con sólo once participantes hasta el formado por varios equipos y un conjunto más o menos estable y amplio de seguidores. También comenzaron a diferenciarse los clubes inquietos por la promoción de otro tipo de actividades sociales que trascendieron la práctica del fútbol. Sin embargo, y a pesar de estas diferencias, se pueden advertir algunas características comunes: la necesidad de contar con recursos mínimos a través del cobro de una cuota mensual (excepcionalmente cuotas de ingreso) rifas y otras entradas extraordinarias, así co-

mo una serie de procedimientos organizativos. Los asuntos del club fueron tratados en reuniones ordinarias y en asambleas de socios, en las que además se elegía a la Comisión Directiva. De la lectura de las órdenes del día de las convocatorias a asambleas se desprenden los problemas vinculados al cobro de la cuota social, a asuntos relacionados con la cancha, a la inscripción en campeonatos, a la formación de equipos, a la elección de capitanes-delegados de el/los equipos del club, y a temas estatutarios variados, como renunciaciones o consideración de afiliaciones.

Estos jóvenes asumieron voluntariamente una serie de responsabilidades surgidas de la necesidad de proveer los bienes materiales apropiados para sus equipos, y además participaron de un nuevo universo simbólico y conductual. En este aprendizaje (y su consiguiente entrenamiento en prácticas participativas) tuvieron en cuenta normas de funcionamiento democráticas en las que no escasearon los enfrentamientos entre asociados, entre clubes o entre éstos y las ligas independientes. Al promediar la primera década del siglo XX, este espacio creado por los nuevos clubes se fue ampliando y complicando. Las desapariciones, refundaciones y algunas deserciones en masa, fueron permanentes.

La proliferación de clubes fue un fenómeno advertido y criticado desde las columnas de *"La Argentina"*¹⁴. Los críticos hicieron hincapié en que el afán participativo introducía la nociva práctica de la extrema colegiación de la dirección del club. Si al acto fundacional concurrían quince personas, doce terminaban con cargos directivos. Quienes se erigieron en sabedores de las más eficientes maneras de organización promovieron Comisiones Directivas formadas por un reducido número de socios. Además, criticaron la apa-

rición de formas poco estables de organización nacidas de la idea (y la consecuente práctica antojadiza) de fundar para jugar. Parece que la amplia mayoría quiso jugar al juego de la asociación junto con el del fútbol. Ambos juegos nacen emparentados con la asunción de responsabilidades y deberes; con la iniciativa y las ganas por formar parte y por seguir siendo dueños de los destinos del club que crearon.

Conviene poner el acento en la presencia de la práctica representativa, por delegación, resultado de un costoso aprendizaje. Los equipos-clubes se vieron inmersos en un proceso de selección no deseado y con el tiempo se fueron decantando los clubes que sumaron, a las necesarias prácticas representativas, una base social más amplia atraída por la propia pasión por el fútbol o por la promoción de diversas prácticas sociales, en este caso vinculadas al uso del tiempo libre.

II. Los socios-jugadores

Quienes desearon ingresar a este nuevo mundo construido por los jugadores aficionados debieron poseer un umbral de condiciones: tiempo disponible y dinero como para costearse la cuota mensual. Tuvieron que formar parte de un equipo que tuviera un formato de club. La presencia de la figura del socio-jugador o del jugador-socio marca el estadio en el que se encontraba la naciente franja de la práctica futbolística. En suma, es posible observar la forma en que se autoconvocaron para competir contra otros asociados para jugar¹⁵.

La concepción que tuvieron de la condición de socio puede detectarse a través de los límites que le impusieron. Los clubes no sólo sancionaron a un socio por no pagar sus cuotas o por la violación de normas estatutarias si-

no también por faltar a los partidos dejando al *team* en inferioridad; en este caso la pena era su exclusión del equipo, sinónimo de expulsión del club¹⁶. Debajo del socio-jugador emergió la figura del "simpatizante", quien estuvo a un escalón de llegar a ser "player". Algunos clubes –aún dentro del marco del fútbol amistoso– tuvieron una franja de simpatizantes cercanos que hicieron las veces de público y de potenciales integrantes del equipo.

Hubo también jugadores que anunciaron su cambio de club mediante avisos publicados en *"La Argentina"*. Además, se pueden ver capitanes que renunciaron a su cargo y simultáneamente –en la misma página– asumieron la secretaría de otro club; o a vocales expulsados que asumían como capitanes en otro equipo. Se observan también avisos de clubes solicitando jugadores para poder completar la lista de *players*, uno de los requisitos solicitados por las ligas independientes. Es decir, existió un pequeño ejército de competidores, entre quienes puede advertirse como la competencia solía aparecer como un fin atractivo en sí mismo, sin un anclaje identitario grupal o territorial que pudiera definir –en principio– su integración a un club determinado.

En resumen tenemos a los jugadores-socios, a los simpatizantes, a los "mercenarios" de la competencia, al público de los partidos de la liga oficial y los encuentros internacionales (público del espectáculo, tal como existió por entonces), y al jugador de la liga oficial. Los escasos espectadores de los partidos amistosos también lo fueron del naciente espectáculo futbolístico. Además, el jugador de la liga mayor podía ir a observar a los aficionados-aprendices. Hubo varias denuncias acerca de inclusiones ilegales de *footballers* de equipos de la liga oficial en *teams* de alguna liga independiente. El

público del espectáculo estuvo formado en gran medida por los jóvenes participantes del fútbol aficionado. Frecuentemente las ligas independientes determinaron suspender los partidos programados para el día en el que se disputaba simultáneamente algún partido oficial de singular atractivo especialmente si se trataba de los internacionales¹⁷.

Estos jóvenes tomaron como modelo a sus ídolos de la Asociación y aspiraron llegar a su altura pretendiendo que su club-equipo pudiera afiliarse a la liga. En el camino entregaron parte de su tiempo y esfuerzo y tal vez se los pueda calificar como "militantes" del fútbol. La energía empleada estuvo dirigida hacia la materialización del espacio necesario para construir la competencia tal como ellos la concibieron. Por ejemplo, organizando partidos amistosos, desafíos y torneos, todo lo cual implicó un trabajo extra. A veces



los militantes se vieron ante una forzada e incómoda opción: jugar u organizar los torneos. Debido a la multiplicación de tareas les resultaba materialmente imposible cumplir las dos funciones. Así, muchos debieron abandonar la idea de competir en los torneos creados por ellos¹⁸.

La militancia también implicó estar al tanto de la información aparecida en la sección deportiva de los medios periodísticos, en especial en *"La Argentina"*. Sus páginas se transfirieron en material de estudio indispensable para manejar el movimiento global del fútbol amistoso. Las comisiones directivas (CD) de los clubes necesitaban conocer exhaustivamente el ambiente para poder elegir a sus adversarios y a las competencias en las cuales participar.

Otra tarea que requirió mucha atención era la vigilancia propia y ajena del cumplimiento de las reglas del juego, y de la organización de la competencia. Fue imprescindible un sistemático ejercicio, una permanente puesta a prueba del concepto y los valores de lo que se consideraba o no justo. Los jóvenes incorporaron estas formas de relacionarse en medio de eternas discusiones reglamentarias¹⁹.

La recurrente vocación formalizadora, reglamentarizadora, que parece excesiva, puede entenderse como un medio de hacer que lo extraordinario y lo nuevo tuviera un respaldo que permitiera su pasaje al mundo ordinario. El aprendizaje de las reglas del juego puede observarse en una carta dirigida por el Club Independencia, acusando al Club General Las Heras de varias irregularidades:

"el juez iba a favor del club Gral. Las Heras (...) pero nosotros como en ese momento no teníamos derecho de protestar, pues en el momento del juego el juez es el que manda, pedimos ahora que se haga justicia

y por eso queremos que se anule y que efectue el día 27 del corriente en el ground del Independencia que posee en la calle Seguro y Hermes"²⁰.

La mención sobre la prohibición de protestar en presencia del juez, sugiere que estos jóvenes acabaron de estudiar el reglamento y acto seguido jugaron ese partido. Este aprendizaje sugiere la aparición de un ejercicio forzado. Así, este primer momento remite a un apego artificial a la letra del reglamento. Además, la situación se agravaba dada la necesidad de tener un ojo puesto en la evaluación de la forma en la que otro novato –el juez– administraba justicia.

El aparato normativo, además de hacer posible el propio juego, emergió como amparo legitimante y como respaldo de autoridad, sumado a la voz del periódico que cumplió también esa función. Durante la primera década del siglo la discusión sobre los reglamentos se situó en un primer plano. Más adelante, irá perdiendo fuerza a medida que las reglas del juego sean socialmente aprendidas, y así transmitidas de generación en generación sin necesidad de tener en cada hogar una copia del texto normativo. Hacia principios de siglo, este aprendizaje implicó un esfuerzo asumido en un espacio público; una vez incorporado al universo simbólico común, se perpetuó a través del mundo cotidiano.

Cabe detenerse en el modo en que consideraron a los reglamentos. Llamaron "reglamento", por un lado, al conjunto de reglas que definen al juego, y por otro, al estatuto que pauta la organización interna de los clubes y las relaciones entre ellos en las ligas. La generalidad de los participantes los entendieron formando una unidad. Sin embargo puede suponerse que existen dos conjuntos de normas totalmente diferentes: el que codifica las reglas del jue-

go—explicitadas por los ingleses a partir de mediados de la década de 1860, con posteriores modificaciones—, y el formado por normas que rigen la organización de quienes desean jugar: por ejemplo, no estaba escrito que en "matches" los amistosos se debían jugar partido y revancha; tampoco que los clubes tenían que contar con una Comisión Directiva, o que ésta estuviera obligada a llamar a asambleas extraordinarias para renovar sus miembros. A pesar de lo cual estos jóvenes creyeron que esas prácticas estuvieron incorporadas al conjunto de normas reguladoras de la competencia futbolística. Esta relación unívoca parece ser consecuencia del estrecho vínculo que tuvieron los fenómenos de la difusión de la práctica del deporte y la 'necesaria' fundación de un club para poder jugarlo.

En este proceso lo nuevo comienza a tornarse natural y obvio, un camino cubierto a través de la práctica de la competencia y de una larga serie de debates y disputas generadas por ella.

III. La competencia

A partir de los primeros años del si-

glo XX se generó el proceso de popularización de la práctica del fútbol, una de cuyas vertientes se fue cristalizando en la formación del llamado "football aficionado", franja integrada por distintas formas competitivas: los partidos "amistosos", los "desafíos por objetos de arte", los "torneos" organizados por clubes o instituciones y por último, las "ligas independientes". La mayoría de los clubes-equipos participó simultáneamente en más de una de estas competencias. Es decir, jugaron partidos amistosos y desafíos, mientras participaron en algún torneo o en alguna liga independiente²¹.

Este universo se fue construyendo en la práctica deportiva y, a su vez, fue guiado –en buena medida– por el diario *"La Argentina"*. En 1904, a pocos meses de organizada la sección deportiva, la redacción creó algunas subsecciones: "Football amistoso", "Desafíos", "Torneos" y "Ligas"; además de los "Avisos de los Clubes" con noticias sobre la vida interna de las instituciones. En la construcción de este universo competitivo aparecieron una serie de prácticas que conviene considerar pues a partir de ellas se puede evaluar la concepción que es-



tos jóvenes tuvieron de la competencia y los valores que ésta, a su vez, hizo visibles.

Al examinar el fútbol aficionado encuadrado en las ligas independientes puede apreciarse un clima intemperante. En las crónicas periodísticas de muchos de los partidos se percibe la tensión provocada por insultos, brusquedades y toda una gama de conductas "poco caballerescas". Quienes poseyeron cancha propia gozaron de la ventaja del apoyo de un escaso aunque activo público. Estos espectadores generaron —a menudo— violencia física o de palabra, sobre árbitros y/o jugadores visitantes en pos del triunfo del equipo de sus simpatías²². Esta postura excesivamente atenta al logro de la victoria se observa también en la paradójica insistencia de jugadores de los partidos amistosos (fuera de cualquier torneo) por "cobrar los dos puntos", y la consecuente actitud docente del diario que insistía en explicar que en el fútbol amistoso no había puntos en juego.

Otra situación que puede observarse en repetidas ocasiones es la publicación, por parte de los ganadores, de los resultados de los partidos en la sección "Matches jugados" de "La Argentina". Los vencedores conquistaron un tácito derecho a publicar su triunfo en el periódico. El consecuente abuso provocado por la aparición de resultados fraguados (tanto de partidos jugados como de otros inexistentes) originó la prohibición de esta costumbre por parte de las ligas. En los partidos amistosos quien creía haber sido perjudicado por la publicación de una falsedad, replicaba inmediatamente desafiliando al club que había publicado el aviso, dando lugar a los llamados "desafíos por objeto de arte de un determinado valor". O sea, se jugaba por un trofeo en especie que generalmente consistía en estatuas, pinturas o tinteros. Esta

instancia no era sino el comienzo de otras tantas polémicas y, en muchos casos, generadoras de largas enemistades. Acordado el desafío, los clubes negociaban las condiciones del match, por ejemplo: el visitante solía llevar al árbitro y el local al público. En el marco de un clima poco amistoso, puede imaginarse fácilmente que este tipo de arreglos sólo prolongaba y exacerbaba las desavenencias que habían motivado el desafío.

Otro de los elementos conflictivos fue la actuación de los árbitros. Cuando se evaluó a sus fallos como parciales, quienes se sintieron perjudicados —por supuesto— reaccionaron inmoderadamente. Otros debates surgieron por la forma en que se integraron los equipos de las distintas categorías que integraron las ligas estructuradas de acuerdo a las edades y las cualidades deportivas de sus miembros. Los jóvenes aficionados tuvieron edades que fueron desde los 12 hasta los 20 años. También en este caso fue evidente la búsqueda de ventajas extradeportivas con el propósito de alcanzar la victoria. A partir de ello se hizo obligatorio presentar la documentación pertinente para probar fehacientemente la edad de los jugadores de los planteles²³.

La búsqueda de paridad de condiciones en la competencia fue una aspiración permanente, que puede ser testada en las declaraciones de ligas, redactores y algunos lectores del periódico. Pero fue difícil de conseguir porque en realidad fue sistemáticamente eludida por una buena porción de los participantes. Por ejemplo: los clubes que tuvieron más de un equipo a menudo inscribieron en las Ligas a su mejor conjunto con el N° II o III y no con el I para que éste no jugase en la primera división del torneo y así estar en mejores condiciones para ganar en una división menor. Si un club tenía un solo equipo aparecían eternas

discusiones porque el club no lo llamaba equipo I sino, por ejemplo, III y lo anotaba en una división menor. También originó disputas, desafiliaciones y expulsiones de liga la fraudulenta integración de equipos de divisiones menores con jugadores de la liga mayor, situación expresamente prohibida en todos los reglamentos.

Las ligas independientes necesitaron del respeto hacia una serie de instancias organizativas, entre las que se encontró la confección de una constancia del partido jugado. En esta "planilla" debía aparecer la fecha y el horario del partido, la integración de los equipos y las firmas de los capitanes y del árbitro. La firma de la planilla también generó problemas: por ejemplo, si un equipo creía haber sido perjudicado podía "impugnar" el partido escribiendo la palabra "protesto" en la planilla. Si recurría a ese procedimiento tenía que abonar una suma de dinero; luego el pleito se elevaba a la Comisión de Protestas de la Liga. Si ésta fallaba a favor del reclamante, le devolvía el dinero y actuaba sobre el caso, de lo contrario se quedaba con el depósito pagado. Muchos equipos discutían si la planilla debía ser firmada cuando se deseaba protestar el partido y más de un equipo fue expulsado por no firmarla. La instancia judicial de impugnar el partido por uno de los competidores, concebida por todos los reglamentos de las ligas independientes, fue uno de los motivos por el

que se frenó el normal desarrollo de algunos campeonatos. Algunas ligas nacieron con el sólo fin de obtener ingresos a expensas del arraigo de la moda futbolística. Sus finanzas fueron positivas si lograban atraer a muchos competidores y cobrarles a todos las cuotas de inscripción; también cuando muchos partidos eran "protestados" durante el campeonato y pocas protestas fueran atendidas y finalmente

cuando los premios valían menos de lo anunciado antes de la iniciación del torneo.

Otro caso de búsqueda de ventaja extradeportiva se relaciona con partidos no jugados y que sin embargo tenían un ganador. Se consideraban a sí mismos vencedores quienes imputaban a sus competidores —perdedores— por ejemplo, por llegar cinco minutos tarde contra-

viniendo el límite temporal de espera fijado por el reglamento de la liga²⁴. No fueron pocas las acusaciones contra las direcciones de las comisiones directivas de algunas de las ligas. Estas denuncias iban desde favorecer a algunos de los equipos en detrimento de otros, hasta el desconocimiento de la confección de una tabla de posiciones²⁵.

IV. Los valores

En las actitudes señaladas puede



observarse la presencia de una permanente urgencia por vencer, junto a un impulso —difícil de resistir— por exhibirse como triunfador ante el conjunto de los potenciales rivales. Para conseguir el éxito se apeló a una amplia gama de medios, desde argucias reglamentarias hasta reacciones cargadas de brusquedades. En las fuentes consultadas aparece recurrentemente evaluada la presencia en la competencia por una parte de la caballerosidad, la diversión y el desinterés, y por otra, la vergüenza y la deshonra. En una de las muchas polémicas entabladas por representantes de clubes a través de las cartas de lectores, pueden testearse acusaciones como la siguiente:

"El Sr. Trabucco no es un aficionado, no, es uno de los tantos que juegan al football por decir "a mí nadie me ha vencido". ¡Nosotros lo hemos vencido! (...) Si alguna de mis palabras (lo) ha ofendido, el Sr. Trabucco ya sabe donde me puede encontrar. Nicolas Rubercampf, Capitán del IV *team* del C.A. Liniers. Laprida 1218"²⁶.

Evidentemente se percibe un clima cargado de excitación provocado por la avidez de triunfos y por los deseos de notoriedad. Algunos consideraban valioso aparecer en las páginas de "*La Argentina*" no sólo ganando sino desafiando a diestra y siniestra como signo de hombría y "guapeza"²⁷.

La competencia y el exitismo combinados con el deseo de "defender" cierto elemento integrador e identitario devinieron en una rivalidad con un tono diferente a la diseñada por los valores del sportivismo²⁸. En este sentido, la observación de otro caso puede brindar una noción más acabada del clima reinante: la primera aparición en "*La Argentina*", dentro de la sección deportiva, de la subsección "correspondencia" fue una carta polémica en la que se hacía referencia a

una disputa originada en torno a desafío no aceptado. Los clubs Porteños de Flores y Estudiantes de Flores discutieron a través de las páginas del diario:

[Dirigiéndose al director del periódico] "Al mismo tiempo comunico a Ud. para mayor claridad en lo que digo que soy capitán del 1er. *team* de este club y en tal carácter he desafiado varias veces al club Porteños sin estos haber querido aceptar, reconociendo nuestra superioridad y han informado a Ud. de esa manera no por equivocación sino porque no nos pueden desalojar del puesto que ocupamos en esta parroquia"²⁹.

Aquí, la competencia deportiva implicó el enfrentamiento entre clubes de un mismo vecindario. Cuando el choque se producía, se ponían en juego valores como el ser el mejor de todos, y consecuentemente, la difusión de esta certeza a todo el universo generado por la competencia futbolística. Esta rivalidad podía nacer de un choque entre vecinos, o sea, entre clubs-equipos con sus secretarías y canchas ubicadas a pocas cuadras uno del otro. Entre estos jóvenes, aparecía la defensa del universo local, y si la competencia era entre vecinos de un mismo vecindario la puja se centraba en quien representaba, quien defendía mejor al pequeño territorio común.

A pesar de ser ésta la tendencia dominante, hubo enfrentamientos y agudas rivalidades que nada tuvieron que ver con proximidades o lejanías territoriales. Estas disputas parecen haber sido consecuencia de una omnipresente excitación provocada por la competencia. Es posible advertir cómo los aprendices de deportistas debatieron por ejercer el papel de paladines de su pequeño universo y la rivalidad frecuentemente devenida en enemistad se fue adoptando en la competencia futbolística. La participación en torneos y ligas implicó formar parte



de un espacio común, donde compitieron todos contra todos. Este interés por posicionarse en la totalidad del mundo competitivo se realizó a través del sentimiento de la defensa de lo "pequeño", lo grupal y lo vecinal. La práctica futbolística se fue transformando en vehículo de reconocimiento de lo propio y de lo ajeno, esto último percibido como amenazante. Ser miembro del ambiente futbolístico significó participar de ese universo simbólico gobernado por la rivalidad-enemistad.

La amplitud del fenómeno puede cotejarse a través del siguiente ejemplo: frecuentemente uno de los dos competidores era arrastrado a un terreno al que no deseaba ingresar

"En La Argentina del 22 del corriente ví con sorpresa que el Club Charleston desafiaba por un objeto de arte al Argentinos Jrs. Ahora bien, como nos piden una respuesta se la daremos diciendo que el Club Argentinos Jrs. no fue fundado para jugar por interés sino para desarrollar el viril juego entre sus asociados; pero en vista de que podrían tacharnos de no querer jugar por el objeto por miedo a ser vencidos, por eso aceptamos el desafío en todas sus partes rogando al capitán del Charleston se sirva pasar por la secretaría. Luis Bianchi"³⁰.

El carácter que fue adoptando la competencia ejerció una enorme presión y terminó por instalarse. Cuando la rivalidad-enemistad aparecía su em-



puje obligaba a incorporarla. Podía resultar embarazoso quedar al margen de ella pues quedaban en ese caso opciones difíciles de seguir: navegar en el mar del deshonor y la vergüenza, o abandonar el fútbol, la calle y la vida juvenil.

El desnudo deseo de triunfo, adosado a una rivalidad entre clubes teñida de animadversión, fue percibido por algunos periodistas como una amenaza, una temida tendencia que podía formar tradición³¹. En la experiencia de la lucha competitiva se fueron formando una serie de conductas y códigos comunes entre quienes participaron de este universo competitivo. Emergieron modos y estilos propios de la competencia trocada en enemistad. Para ello requirieron ciertas estrategias, como mostrar caras largas y preocupadas frente al adversario. Debieron ver al competidor como un cuasi-enemigo. Competidor, rival y enemigo se fueron homologando.

Con estas formas y contenidos se fue definiendo la participación de estos jóvenes en el nuevo espacio social generado en la práctica competitiva. Esta experiencia quedó añadida al universo simbólico del fútbol inaugurado hacia principios de siglo. Pero el deporte moderno llegó al país adherido al sistema de valores del *fair play*, heredado de sus creadores ingleses.

El *fair play* era identificado con el juego caballeresco, con un compromiso ético individual aprendido durante años de educación formal e institucio-

nal. Era una actitud interna dirigida a controlar los actos y las emociones e incorporada a través de una rígida vigilancia externa modeladora de la niñez y la juventud; una actitud que dibujaba cuerpos y almas de los futuros dirigentes. De procedencia inglesa, este tipo de diseño del curriculum educativo tenía también entre nosotros algunos entusiastas:

"Los ejercicios físicos son un amplio campo de estudios de los caracteres y de experimentación para el educador y la sociedad; allí se revela el niño con todos sus defectos y virtudes, sin reatos ni hipocrecías que equivoquen su dirección educativa; ellos preparan la euritmia plástica para las agitaciones de la vida, y son fuentes de buenas costumbres y de patriotismo austero"³².

El deporte moderno nació –en buena medida– como un intento por construir mecanismos eficaces para la reproducción de la dirigencia de la burguesía inglesa, a través de sus colegios que se dedicaron a entrenar a los futuros dirigentes en la escisión del mundo afectivo y del universo de las decisiones, buscando que el primero no contaminase al segundo³³. La educación anglosajona generó una pedagogía inmersa en la competencia y asimiló dentro de la institución escolar muchos de los valores presentes fuera de ella.

En nuestro país los educadores ingleses moldearon estos proyectos educativos en los colegios de la colonia británica. Por ejemplo, el principal promotor de la organización de la competencia futbolística en la Argentina fue Alejandro Watson Hutton; también director de la escuela inglesa más importante de Buenos Aires, la *English High School* (EHS). Este maestro, comentaba algunas normas que imponía a sus alumnos:

"Es una escuela selecta...Las fal-

tas de carácter y conducta (...) traen como consecuencia la inmediata expulsión. Merece la atención especial la formación del carácter de los alumnos y cada uno de ellos individualmente es merecedor de la fiscalización del Rector. (No pretendemos) formar sabios, sino hombres capaces, con nociones precisas de la caballerosidad y de la hidalguía, "gentlemen" en una palabra. Ese es el espíritu del EHS"³⁴.

El director de la escuela más tarde propulsor de la liga oficial y del famoso Alumni se vanagloriaba de la férrea disciplina reinante, tanto en el aprendizaje en general como en la práctica deportiva, en especial en lo atinente a la incorporación de la moral del sportman por parte de sus alumnos-players. Según los relatos que han sobrevivido, Watson Hutton solía cumplir el papel de referee y además aplicaba las penas correspondientes a los infractores. Cuando sus alumnos jugaban contra estudiantes de otro colegio y uno de los suyos cometía un foul fuerte lo expulsaba, luego lo sancionaba y no podía jugar durante un mes, obligándolo a ver los partidos sentado sólo, al margen del equipo³⁵.

El fútbol, junto con el resto de los deportes modernos, nació adherido a una impronta particular: el *fair play*³⁶. Así fue incorporado en Buenos Aires, por los jóvenes players ingleses –alumnos o ex alumnos de los colegios ingleses– participantes de la liga oficial hacia principios de siglo.

Desde fines del siglo XIX, la iniciativa de los educadores ingleses de introducir la práctica de los "juegos ingleses" fue seguida con atención por autoridades escolares argentinas. Sin embargo, en el país la situación se presentó contradictoria, no sólo en los modelos curriculares sino también en la práctica. Durante las últimas dos décadas del siglo pasado compitieron

tres propuestas y tipos de prácticas vinculadas a la actividad física escolar. Ellas fueron, en primer término, la militarista –asociada a la formación del ciudadano para la defensa de la patria con el consiguiente peso en la disciplina y las formaciones grupales rígidas. En segundo lugar, apareció la educación competitiva inglesa sustentada en el aporte de los juegos ingleses; y por último la actividad física no competitiva, a la manera de las escuelas nacionales suecas, francesas y alemanas, basadas en los dictados de la pedagogía, la fisiología y el higienismo. Fruto de debates en el seno de la institución escolar triunfó la última de estas líneas encabezada por el Profesor Enrique Romero Brest quien diseñó el curriculum de la educación física dominante durante decenios³⁷. Su intención explícita fue la de evitar el contacto del ámbito escolar con la competencia, dado que esta era vista como puerta de entrada a conductas y valores corruptos expresados en la calle por el fútbol. Este, a los ojos de estos educadores, quedó unido a la forma y el contenido que había adquirido su práctica entre los jóvenes porteños³⁸. Así, las pasiones de la competencia quedaron fuera del marco institucional, formal, de la escuela. Según la óptica de estos educadores, el fútbol fue relacionado con las peores deformaciones de los deportes competitivos. Los diseñadores de los programas docentes de la escolaridad primaria y secundaria deseaban que la escuela no se contaminara con las prácticas y valores callejeros. En realidad, los mismos jóvenes que ocupaban parte del día en sus tareas escolares, dedicaban otros momentos a "jugar a la pelota"³⁹. La calle fue naturalmente el espacio ganado por el fútbol.

Conviene señalar que la competencia implicó la existencia de reglas y de un marco jurídico que pusiera límites



aceptados por todos los participantes. El *fair play* significó la vigencia de esas reglas, pero con el aditamento de determinados valores morales internalizados y encarnados en determinadas conductas deportivas. El *fair play* supone la existencia de la competencia, pero ésta no implica necesariamente la presencia del *fair play*.

Como se puede observar hasta aquí, en el fútbol practicado por los jóvenes en las ligas independientes la rivalidad exacerbada, el antagonismo y la enemistad ocuparon un lugar destacado mientras que el juego caballeresco, tal como lo diseñó el modelo del deporte inglés actuó detrás de la escena, como un telón de referencia⁴⁰. En la práctica deportiva de los *sportmen* y que hacia principios de siglo pudo verse en el incipiente espectáculo futbolístico el *fair play* funcionó como modelo ético internalizado por los jugadores, sin embargo esa práctica competitiva no siempre funcionó de acuerdo a sus preceptos. Es decir, sucedieron en la liga oficial muchos casos de violación de las normas del *fair play*. Pero su transgresión puso en cuestión la misma posibilidad del juego, es decir el *fair play* era asimilado al juego mismo. Más tarde, con la difusión de la práctica hubo un desplazamiento del eje valorativo desde el juego hacia el triunfo, y uno de los objetivos del presente trabajo es hacer notar la emergencia de esa transición. Es sintomático el comentario de un comentarista defensor del *fair play*:

"La Cultura Sportiva. No tenemos sports. Rencores y no rivalidades: (...) [No hay] sentimientos caballerescos (ni) cultura social. La rivalidad sportiva es un estímulo. [Pero la rivalidad que se encuentra aquí] no es una rivalidad en el sentido que consiga elevarnos sino que simple y puramente es (...) permisiva y denigrante para el individuo que la po-

see. Una rivalidad que tiene animosidad al adversario. No es ya la satisfacción de haber vencido en buena ley. Aquí ambicionamos el triunfo (...) para podernos considerar más que nuestros adversarios y poder decirles más adelante "yo valgo más que tú". Aquí se ambiciona la victoria como un medio de reclame para conquistar renombre, título por el cual muchas veces se descende hasta el fraude y los malos ardides. No tenemos cultura sportiva (...) nos hallamos en un plano inferior por eso. En el football —que hemos dado en llamar nuestro juego nacional en atención a la cantidad de gente que lo practica— suceden casos de falta de educación, casos que repugnan el presenciarlos"⁴¹.

Quien firmaba el editorial era J. Watson, director de la sección deportiva de "*La Argentina*" desde fines de 1907. Estaba escandalizado por el tono que había adquirido la competencia entre los nuevos practicantes del juego en Buenos Aires. Su presencia significó un cambio en la línea seguida hasta entonces por la sección deportiva, con el consiguiente abandono del papel que hasta entonces había cumplido el diario en la construcción del espacio del fútbol aficionado. Desde entonces "*La Argentina*" se diferenció poco del resto de la prensa porteña que sólo seguía la vida de la liga oficial de fútbol.

Los valores del *fair play* y las prácticas emergentes, que en el origen del deporte en el país se asociaron a la colonia inglesa y la elite criolla, fueron con el tiempo enarbolados o encarnados por otros grupos o instituciones. El *fair play* nació adherido al elitismo de los primeros años de la liga oficial que mantuvo un número selecto de clubes en la primera división. Sin embargo, los ingleses fueron abandonando la dirección de los destinos del fútbol



bol (hacia mediados de la primera década) y la práctica pública del fútbol, lo que sucedió en 1916 cuando el Belgrano Athletic Club descendió y se desafilió de la liga. Estos clubes que en su origen fueron creados por ingleses y los selectos clubes de elite criolla que mantuvieron inalterable su práctica societaria elitista, fueron renunciando

a la participación en la liga mayor. El abandono de la práctica del fútbol por la colonia inglesa y por la elite se puede asociar a un intento descontaminante, a un rechazo a participar en un mundo que aparecía descontrolado y vulgarizado. De ahí en más, no fue una parte de los actores-futbolistas quienes velaron por el cumplimiento del *fair play*; ya no hubo jugadores que lo sintieron como propio. Sus valores fueron sostenidos exclusivamente desde fuera de la cancha, a través de controles aplicados por la organización del fútbol oficial. Si en 1916 no quedó en la liga oficial ningún club de origen inglés o cercano a la elite dirigente, algunos de sus personajes continuaron durante mucho tiempo asociados a la dirección de la Asociación⁴². Estos, junto con el periodismo de la gran prensa porteña cumplieron el papel de controlar la práctica del deporte de quienes no fueron educados bajo las normas del *fair play*.

Hacia fines del siglo XIX el espacio generado por los *players* y *sportmen* ingleses fue un modelo imitado por los ju-

gadores aficionados. A través de la observación de esa práctica y de ese estilo de competencia, los jóvenes de los sectores populares gustaron del fútbol e intentaron aprender sus reglas y copiar a quienes comenzaban a transformarse en sus ídolos deportivos. Sin embargo, estos nóveles jugadores, en el proceso de adopción de la práctica de los deportes moder-

nos, fueron adecuando, modificando, algunos de los valores impregnados a estos juegos desde sus orígenes. Si para el sportman la competencia y el *fair play* estaban estrechamente unidos, ante nuestros jóvenes futbolistas el juego apareció, en muchas oportunidades, carente de sentido cuando el objetivo —el triunfo y no la competencia— resultaba imposible. Se pueden observar muchos casos de equipos que se retiran antes de terminar el match por que estaban perdiendo y viéndose imposibilitados de revertir la situación optaron por abandonar la lucha; esta hubiera sido una solución repugnante para un sportman. En la práctica competitiva de los sectores populares se advierte la modificación de esa actitud. Emerge un conjunto amplio de prácticas y valores que remiten a un arco que iba desde el propio *fair play* hasta la búsqueda del triunfo sin interesarse siquiera por haber jugado. Además, existió un esfuerzo por aparecer ante el "mercado de clubes" como un eterno ganador. Una forma de hacerlo era publicar campañas "fabricadas"⁴³.



Cabe subrayar que hubo un modelo: el del deporte inglés, transferido luego al incipiente espectáculo futbolístico. Los jóvenes admiraban al Alumni, a los *gentlemen*⁴⁴. Pero en la realidad construida desde la práctica competitiva cotidiana, apareció una constante puja entre la pretensión del juego limpio y la explosión de rivalidad con ánimos caldeados y cierta dosis de violencia. Este tipo de competencia y rivalidad nacida dentro de la cancha se trasladó al mundo extradeportivo. A diferencia de la propuesta ascética comenzó a vivirse el fútbol (la competencia) las veinticuatro horas del día. Mientras los noveles *footballers* tiñieron de rivalidad-enemistad sus vidas, los impulsores del *fair play* promovieron el hábito del "tercer tiempo", momento de confraternización con el ocasional competidor una vez terminado el juego⁴⁵. En la práctica competitiva de los sectores populares era difícil imaginar una relación amistosa con los adversarios fuera de la cancha al finalizar el partido; o por lo menos, ésto se presentaba como un problema.

Si se observa con cierto detenimiento, entre los valores más prestigiados para aquellos jóvenes *footballers* apareció el honor. Sin embargo, también para el sportman el honor tuvo un lugar destacado. Sucede que hubo un desplazamiento entre lo considerado como honor por el *fair play* y lo considerado como honor para los jóvenes *footballers*. Por un lado se encuentra el honor asociado al cumplimiento de las normas éticas acopladas a la conducta deportiva, mientras que por el otro, el honor es vinculado al triunfo, o como contracara, a la vergüenza y a la humillación de ser visto como derrotado. En un costado aparece adherido al deportivismo y, en el otro, a la victoria.

Recapitulando, los jóvenes futbolistas fueron tomando distancia del

sistema ideológico y ético procedente del deporte inglés pues éste no pareció ajustarse a sus necesidades. Ese modelo se constituyó en referente distante y, sin sustituirlo totalmente, fueron dando a luz unas prácticas y unos valores en muchos aspectos conflictivos con aquél. Si se toma cierta distancia del fenómeno puede advertirse en los inicios del siglo XX una sociedad inmersa en tensiones, choques de identidades y aspiraciones, por ejemplo originadas en el Estado, en el universo inmigrante, la cultura de lucha sindical y política, y en el naciente apego al mundo local. Se percibe la búsqueda de un lugar firme en esa sociedad móvil. La reiterada imagen de una sociedad poseedora de una fuerte movilidad vertical y horizontal, puede retocarse tiñiéndola de agria competencia, rudezas y violencia. Si para hacerse de una geografía propia se fundaron clubes, el movimiento generador de nuevos lazos identitarios fue posible chocando con pares que actuaron de manera similar, a través del medio provisto por la competencia futbolística. La calle proveyó las lecciones de una lucha muchas veces implacable, de los códigos del honor, de las formas de conducirse en grupos, de las poses varoniles. Tal vez puede sugerirse que en las canchas se expresó este mundo, intransitable con las ataduras del *fair play*. Es posible que la adopción del fútbol coincidiera con la necesidad de estos jóvenes por participar, por hacer notar sus propias necesidades y ansiedades. El inicio del proceso de popularización de la práctica del fútbol emergió dotado de un fuerte compromiso emocional; siendo el mismo universo afectivo, a su vez, reconfigurado en la competencia. Una buena porción de los hábitos símbolos y valores que los sectores populares hicieron propios, fueron amasados por ellos a partir de re-

ferentes aportados por sistemas ideológicos o por prácticas elaboradas y difundidas por otros sectores sociales. Al usarlos, en un proceso de apropiación, los fueron redefiniendo, moldeándolos en una operación creativa cuyo resultado aparece con frecuencia muy distante del modelo primitivo⁴⁶. El fútbol, que en su origen intentaba ser método de disciplinamiento juvenil, fue recreado por la acción de los jóvenes en la calle, escenario que prestigiaba la búsqueda de la ventaja extracompetitiva, la picardía y cierta dosis de "fanfarronería" portadora de seguridad. Esta serie de elementos parecen haber sido armas de uso recurrente en la vida juvenil-masculina-porteña. El rastreo de sus procedencias exceden los límites del presente trabajo y forman un campo abierto para desarrollar en futuras investigaciones. Sin embargo se puede señalar que estos valores y experiencias quedaron adheridas a nuevas formas de sociabilidad donde la calle (la cuadra, la esquina), el club, y un poco más tarde el café, fueron formando un conjunto unitario de elementos. Se inauguraron estos espacios urbanos de reunión al margen de la presencia femenina y formados simultáneamente con la transformación de la ciudad, donde se fue rompiendo la primitiva unidad espacial entre el lugar de trabajo y el de residencia, proceso incentivado por la expansión de la red tranviaria.

Por su parte, el fútbol practicado en los vecindarios porteños fue quedando adherido a sus conexiones con el mundo de las pasiones. Con la práctica futbolística se presentaron una serie de hábitos y sentimientos que fueron transmitidos generacionalmente. Sin embargo, los jóvenes que se han visto actuar hasta aquí no fueron —en su inmensa mayoría— iniciados por sus padres en la práctica del deporte,

mientras que ellos originaron una tradición al transmitir a sus hijos la práctica y los valores adheridos al fútbol.

En medio de un clima social teñido de búsquedas de lugares propios, grupales o individuales, la rivalidad-enemistad contagió las prácticas de los roles masculinos y sus valores asociados como la guapeza y una honorabilidad vinculada al éxito. Por otro lado, el asociacionismo significó participación entre iguales bajo un objetivo común. Sin embargo, junto a las prácticas competitivas y valores descriptos arriba, fue también vehículo de protagonismo individual, y otra de las vías de acceso hacia la adquisición de prestigio social en el marco de una sociedad que fue cambiando vertiginosamente.

Los jóvenes de los sectores populares adoptaron la práctica del fútbol organizándose en asociaciones para competir contra otros socios-jugadores también agrupados en torno a clubes-equipos. El principal eje convocante fue la defensa de un pequeño mundo, en su mayor parte relacionado con el espacio físico urbano de residencia. Se trataba de "defender" y de representar a ese universo de pertenencia contra el resto de los competidores. Esta experiencia apareció asociada junto a nuevas prácticas y valores, en buena medida distanciados del *fair play* con los que había venido unido el deporte desde su origen. El fútbol fue un espacio de creación de rivalidades-enemistades dotadas de un clima tenso y a veces violento. Fue una práctica apropiada por los sectores populares y simultáneamente resignificada, extirpándole algunos elementos, recreando otros e inventando unos nuevos. El fútbol —a partir de este proceso— quedó de manera decisiva incluido dentro del conjunto de hábitos y ámbitos de vida de los sectores populares. Fue vivido intensamente, ocupando una importante franja de su mundo cultural ■

1. Los sectores populares, a partir de su anclaje en la realidad económico-social, comprendían un conjunto amplio de grupos integrados por trabajadores de todas las ramas de la actividad económica urbana, empleados de comercios y estatales, hasta pequeños comerciantes y profesionales.
2. Llamo "liga oficial" a la institución creada por el educador Alejandro Watson Hutton en 1893 y que organizó desde entonces los campeonatos de la primera división del fútbol nacional. La liga tuvo una vida turbulenta y fue conocida a lo largo del tiempo bajo distintos nombres: "Argentine Association Football League" en 1893, "Argentine Football Association" en 1903, "Asociación Argentina de Football" en 1907, momento en el que se adopta el castellano tanto para las comunicaciones escritas como para sus reuniones internas.
3. J.Scobie, 1977: *Buenos aires, del centro a los barrios 1870-1910* Hachette, Bs.As.; O.Yujnovsky, 1974: *Política de vivienda en la ciudad de Buenos Aires (1880-1914)* en Desarrollo Económico, julio; D.Armus, 1990: *Conventillos, ranchos y casas propias en el mundo urbano del novecientos en Mundo urbano y cultura popular*, Ed. Sudamericana, Bs As. El tema de las condiciones de vida fue tratado en L.Gutierrez, 1981: *Condiciones de vida material de los sectores populares en Buenos Aires 1880-1914* en Revista de Indias, vol. XLI, ene-feb.; L.Gutierrez, y J. Suriano 1984: *Vivienda política y condiciones de vida de los sectores populares, Bs As. 1880-1930* I Jornadas de Historia de la Ciudad de Bs As., MCBA. Para un panorama de las distintas tradiciones con las que vincula a los sectores populares porteños, L.A.Romero y L.Gutierrez 1985: *La cultura de los sectores populares porteños (1920-1930)* en Revista Espacios Nº2, Facultad de Filosofía y Letras UBA, julio/agosto, Bs As.
4. Los trabajos más representativos de la historia tradicional del fútbol argentino son: E.Esco-bar Bavio, 1923: *Historia del fútbol en el Río de la Plata*. Sports, Bs.As.; E.Olivera, 1932: *Orígenes de los deportes británicos en el Río de la Plata* Bs As.; *Historia de los cinco grandes del fútbol argentino* s/f, Ed Castroman Hnos, Bs As.; R.Lorenzo (Borocotó) et alii, 1956: *Historia del fútbol argentino* Ed. Eiffel, Bs. As. En los años setenta y ochenta, basados en los ya nombrados, aparecieron: J.Puente, 1971: *El Fútbol Vida y milagros de nuestro pueblo*, Nº 41, CEAL, Bs.As.; J.J.Sebréli, 1980: *Fútbol y masas* Ed. Galerna, Bs.As.; H.De Marinis, 1982: *La pasión futbolística* en Cuadernos de

Historia popular argentina Nº 1, CEAL, Bs As. Finalmente el trabajo estadístico más completo acerca de la época amateur, J.I.wanzuk, 1993: *Historia del fútbol amateur argentino* Bs. As.

5. "La Argentina" se editó por primera vez en Buenos Aires hacia fines de 1902, mientras que su sección deportiva data de 1903. Apareció los martes y viernes por la tarde hasta 1907 y desde esa fecha fue editada todos los días. La política editorial del periódico intentó producir un acercamiento con el público lector. Con este propósito, incentivó una ida y vuelta de información, como la publicación de avisos laborales y un fluido contacto epistolar. Gran parte de los nuevos "footballers", para armar su programa de partidos, usaban al periódico. Avisaban al diario para desafiar a otros competidores, de quienes esperaban respuesta o leían la sección deportiva para enterarse contra quienes debían jugar, cuando una liga independiente anunciaba su programa de partidos. Toda esta serie de características transforman a la sección deportiva del diario en cuestión, en una fuente de gran valor para los fines de la investigación. Sólo "La Argentina", y unos años más tarde "La Manaña", dedicaron espacio al fútbol aficionado. La gran prensa porteña sólo percibió a los sectores populares -en el marco del fenómeno del fútbol- en su papel de público del incipiente espectáculo, tema que no abordare en este trabajo. A su vez, los periódicos socialistas y anarquistas de principios de siglo tampoco incluyeron noticias al respecto; por el contrario, se opusieron a la práctica activa del fútbol, al percibirlo como un elemento portador de nocivas influencias.
6. Los trabajos de la historiografía profesional han tendido a complejizar esta perspectiva. El presente estudio se enmarca dentro de esta orientación e intenta dotar a esa imagen de mayor vida. Cabe destacar que en este esquema bipolar queda poco lugar para imaginar la existencia de jóvenes movilizados por el fútbol, en el marco de los esfuerzos por ascender socialmente y/o de luchar contra el sistema socio-político imperante.
7. La temática referida al desarrollo de la ciudad, al uso y a las nociones que de ella se fueron formando los jóvenes aficionados, no se tratará en este trabajo. A pesar de lo cual, vale mencionar que la formación del mundo de la competencia deportiva ayudó también a ampliar el conocimiento y el uso del espacio urbano. Las ligas independientes incluyeron clubes asentados en zonas distantes en-

tre sí. Los equipos que participaban en estos torneos debían recorrer la nueva trama que iba adquiriendo la ciudad. El movimiento urbanizador fue abarcando vecindarios cada vez más alejados del centro, merced a la expansión de la red tranviaria y a la subdivisión y loteos de terrenos. Quienes vivían en el centro de la ciudad necesitaban movilizarse hacia los bordes urbanos para encontrar un lugar apto para jugar, mientras que los residentes de los nuevos vecindarios gozaron de la comodidad de vivir cerca de sus respectivas canchas. Para los fines de la presente exposición vale tener en cuenta que jóvenes de todas las áreas urbanizadas participaron de este nuevo mundo competitivo.

8. Respecto del uso del tiempo libre: O.Troncoso, 1971: *Buenos Aires se divierte* Historia popular, Nº 36, CEAL, Bs As, y 1983: *Las formas del ocio* en Historia de cuatro siglos, T II, Abril, Bs As. Sobre el criollismo, el circo criollo y el teatro popular ver: A.Prieto, 1988 *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Ed. Sudamericana. Bs. As.; B.Seibel, 1982: *Los cómicos ambulantes* CEAL, Bs As.
9. A todo lo que se le suma, en muchos casos, la imposibilidad del ingreso femenino. Podría arriesgarse una tipología de clubes existentes hacia principios de siglo XX en Buenos Aires según el origen de sus fundadores y sin tener en cuenta el curso de su evolución posterior. Así estarían los clubes que agruparon a alumnos y ex alumnos de escuelas inglesas (como el Buenos Aires High School, luego Alumni), los más o menos exclusivos creados por la élite criolla (como Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires) o por empresas (Ferrocarril Oeste); luego aparecerían los generados por empleados de casas comerciales y los fundados por jóvenes de los vecindarios porteños. Este trabajo se ocupa básicamente de estos últimos dos casos.
10. En 1898, el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Luis Belaustegui, dicta un decreto por el cual se torna obligatoria la enseñanza de los ejercicios físicos en los Colegios Nacionales. Un artículo del decreto disponía que en cada establecimiento "...se organizara un club compuesto por alumnos, ex-alumnos..."
11. La Argentina, 25 de octubre de 1907, p. 22.
12. En un principio los clubes tuvieron acceso a terrenos cedidos por particulares o a espacios públicos baldíos. Con el tiempo, los propietarios fueron expulsando a los jóvenes de las tierras privadas ahora valorizadas por la especulación inmobiliaria abierta por el proceso de loteos de terrenos de la frontera urbanizada de la ciudad en la pri-

mera década del siglo XX. También fueron echados de los baldíos públicos requeridos para la apertura de calles. En suma, vivieron una situación precaria que motivó el insesante peregrinaje en busca de un predio que hiciera las veces de cancha.

13. Los fundadores del Club Atlético Independiente fueron empleados de un comercio ubicado en las cercanías de la Plaza de Mayo. A su vez, los del Racing Club fueron empleados ferroviarios.
14. Esta serie de indicaciones aparecieron por ejemplo en un largo editorial bajo el título de "Consejos. La organización de los clubs" en La Argentina, 28 de septiembre de 1907, p. 11.
15. En los avisos publicados en "La Argentina" puede verse claramente esta unidad socio-jugador: "El club Juarez Celman acepta socios para sus III y IV teams, inscribirse a Jujuy 341 a nombre de Juan Padula, la cuota es de 0,30 \$ mensuales". (4 de mayo de 1907, p. 11) "El Club FC. Honor y Libertad hace saber a todos los aficionados al viril juego del football, que se reciben adhesiones para ingresar como socios de este club, se prefieren que sean buenos jugadores. Se necesitan buenos jugadores para completar el II team, un goal keeper, tres half backs y dos forwards" (7 de mayo de 1907, p. 18).
16. El club Trovador Argentino informa que los componentes del team que milita en la Liga Pellissier deben reunirse en determinado lugar a la hora indicada para ir a la cancha del contrario. "Nota: todo aquel socio que faltase se le eliminará del team quedando suplente" (La Argentina, 6 de septiembre del 1907, página 11)
17. Por ejemplo: "Asociación Porteña de Football. Partidos Suspendidos. Por solicitud de varios afiliados para poder presenciar la final de la Copa Competencia de la Liga Oficial, entre Alumni y Peñarol de Montevideo" (La Argentina, 29 de septiembre de 1907, p.15)
18. El Club Buenos Aires organiza el trofeo de fútbol llamado "Copa Buenos Aires". La institución resuelve: "El team del club Buenos Aires debido a las muchas preocupaciones de la Comisión Directiva con el fin de terminar en buena forma sus trabajos finales, no jugará los matches restantes que le corresponden" (La Argentina, 28 de septiembre de 1907, p.11)
19. Por ejemplo: "La CD del Defensores de Belgrano FBC. comunica a las Ligas Siglo XX y Villa Crespo que le es imposible afiliarse a las mismas por no estar de acuerdo con los reglamentos, comunica a la Liga Albion que no pueden afiliarse a ella por que el team que iba a anotar era el de menores. La CD (...) solicita reglamentos de las Ligas Nacional Central y General Pringles, remitirlos a la brevedad a Monroe 2099 (Belgrano)"

- (La Argentina, 1 de septiembre de 1907, p.14)
20. La Argentina, 15 de septiembre de 1903, p.28
 21. Durante la primera mitad de 1907 aparecieron avisos en las páginas de "La Argentina" de las siguientes ligas independientes, en cada una de las cuales competían no menos de quince equipos: Liga Central, Sarmiento, Buenos Aires, Barracas, Pellissier, Nacional Central, Liberal, Quo Vadis, Estimulo al Estudio, Estudiantes, Porteña y Trinchieri. Junto a éstas se disputaron torneos menores como las Copas Bahía Blanca, Juárez Celman, Vuelta Abajo, Eureka, Juniors, Almirante Togo, Argentinos Juniors, Washington Juniors, en las cuales participaban una cantidad muy variable de equipos, que podían ir desde los seis hasta los veinte.
 22. Debido a los reiterados incidentes, a veces las ligas independientes debieron modificar la condición de local de un club. Por ejemplo, para evitar problemas, se decidió que se juegue en terreno neutral, "esta resolución la tomada la CD debido a la gran rivalidad. Jugar en Talleres es completamente imposible" (La Argentina, 25 de octubre de 1907, p. 13). Otros ejemplos curiosos de sucedieron cuando en un partido en el que el local era vencido, sus partidarios "comenzaron a encender fuego tras del arco", además de robar la copa en juego (La Argentina, 6 de diciembre de 1906 p. 23); o cuando un partido tuvo que terminar antes de tiempo debido a que "el público que presenciaba el partido tomó a trompis sin causa al referee" y a algunos jugadores visitantes. (La Argentina, 17 de mayo de 1906, p. 22).
 23. Los clubes solían tener más de un equipo y los desafíos estaban dirigidos a alguno de esos equipos. Por ejemplo, en los desafíos entablados a través de "La Argentina" el III equipo de un determinado club desafiaba al III equipo de otro club. A menudo ocurrían sorpresas como la siguiente: "Correspondencia: Nos escribe el club Relámpago: Habiendo desafiado al club Villa Klein al IV team del club Relámpago, este aceptó el desafío, pero para el V team, en la creencia de que aquellos eran menores del 15 años como lo eran los nuestros, pero fue todo lo contrario, porque eran hombres de 18 a 20 años. Era una vergüenza ver jugadores de 13 o 14 años contra hombres; estos los empujaban con las manos y los lastimaron" (La Argentina, 28 de septiembre de 1907, p. 11)
 24. La Argentina, 7 de abril de 1905, página 12. Otro caso -y este sí es excepcional- un club repite que se declara ganador porque su adversario había escrito su lista de jugadores en lápiz y no con tinta. (La Argentina, 27 de octubre de 1903, p.26)
 25. La Argentina 14 de mayo de 1906, p.22
 26. La Argentina 26 de julio de 1906, p. 19
 27. En este caso, en el intento de frenar tales desbordes la redacción del diario respondía a una solicitud de publicación de un aviso en el cual un representante de un club desafiaba a otro: "Señor Anacleto Subi: No conozco al Club Trueno Primitivo. Ud hace muchos desafíos pero parece que nunca se los aceptan" (La Argentina, 7 de agosto de 1906, p. 20) En otras palabras, "La Argentina" acusaba al aficionado A. Subi de retar a clubes inventados por sus alardes de superioridad.
 28. El término "sportivismo" es sinónimo de fair play. Con el deporte inglés, el fair play y la rivalidad deben entenderse integrando un sólo haz de fenómenos. Para los sportman la rivalidad debe ser entendida como un circunstancial enfrentamiento entre amigos, que puede generar tradición competitiva entre rivales. Esta puja fue vista como condimento muchas veces necesario para elevar el rendimiento. Pero una vez terminado el choque deportivo, la distancia entre los adversarios debía deshacerse sin mediar orden alguna. Para el esquema de valores del fair play la rivalidad fue aceptada, mientras que la enemistad fue desaprobada como ajena a la esencia del deporte.
 29. La Argentina, 7 de agosto de 1903, p.20
 30. La Argentina 25 de septiembre de 1906, p. 19
 31. "Hemos recibido una nota de (la Liga) La Unión Argentina en la que nos notifica las causas por las que han sido descalificados los clubs Africanos del Oeste y Chacarita Juniors. Queda terminado el asunto y esperamos que las relaciones entre los clubs sean un poco más caballerescas, pues los continuos incidentes que se producen desdican mucho de lo que deben ser cultura y educación" (La Argentina, 12 de diciembre de 1907, p. 13)
 32. El Monitor de la Educación Común, mayo 1909, p. 304
 33. Los juegos populares, tradicionales, rituales y festivos fueron transformados en los colegios de la burguesía inglesa, creando a partir de ellos los deportes modernos. Estos tuvieron formas y contenidos francamente distintos a los anteriores. Vease P. Bourdieu 1984: ¿Cómo se puede ser deportista?, en Sociología y Cultura Grijalbo; E.Dunning, 1993: Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización en Materiales de Sociología del deporte Ed. La Piqueta, Madrid.
 34. Entrevista a Alejandro Watson Hutton, realizada en 1899, citada en Escobar Bavio, 1953, Alumni: Escuela de campeones y escuela de hidalguía, Buenos Aires, p. 35.
 35. E. Escobar Bavio, op. cit., pp. 81 y 99.
 36. Vale recordar que la bibliografía tradicional acerca de la historia del fútbol argentino menciona los partidos jugados por marineros ingleses en los puertos del país entre tripulantes o entre éstos y criollos. Esta vertiente inorgánica no generó modelos ni instituciones.
 37. Sobre este tema se puede ver: A.Ainsenstein, 1994: El contenido de la Educación Física escolar y la formación del ciudadano. 1880-1930. Mimeo. L.Berton, 1995: ¿Debe la escuela formar soldados? Ejercicios militares o gimnasia integral en la formación de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX. Ponencia Jornadas Interdepartamentales de Historia, Montevideo.
 38. La institución escolar fue y es un espacio en el cual se manifiestan distintos elementos sociales muchas veces en conflicto. Así puede llegar a entenderse como, si por un lado y tal como se vió, existió una normativa que apuntaba a excluir los elementos competitivos, por otro, hubo prácticas se dirigieron en otra dirección (por ejemplo los cuadros de honor, los torneos intercolegiales). En realidad, el fútbol apareció excepcionalmente en algunas competencias intercolegiales. De hecho el fútbol, desde la fundación de los institutos de educación física, fue dejado de lado del curriculum. Si apareció en los patios escolares fue por la potencia con que los estudiantes presionaron por practicarlo. Sobre el tema se puede ver A.Ainsenstein op.cit. Además, agradezco los aportes de la Profesora L.A.Berton.
 39. En 1898, Romero Brest opinaba que el deporte inglés podía ser medio eficiente para la educación física. Pero en 1905/6, cuando él formula el programa nacional, los descarta por considerarlos vehículos de corrupción moral y de violencia corporal. Al respecto se puede ver A. Ainsenstein, op.cit. y E. Escobar Bavio, op. cit.
 40. En la serie de polémicas aparecidas en la correspondencia, se pueden detectar muchas referencias al fair play y al exitismo, aunque en ellas sólo se está dispuesto a adoptar la lógica del fair play como un recurso argumental, para legitimar una práctica que en realidad poco había tenido de "juego limpio".
 41. La Argentina, 9 de febrero de 1908, p. 15
 42. Sobre la historia de la liga oficial: A.Scher y H.Palomino, 1988 Fútbol pasión de multitudes y de elites. CISEA. Bs As.
 43. Por ejemplo: "El Club La Prensa desmiente a la Liga Liberal sobre lo que publica en La Argentina fecha 15 del corriente, donde dice que el Club La Prensa jugó 7 partidos y perdió 2, cuando jugó 7 partidos y ganó 7, con goals a favor 64, goals en contra 0" La Argentina, 22 de mayo de 1906, p. 22
 44. Alumni, formado por ex alumnos del English High School de A. W. Hutton, fue campeón de la liga oficial entre 1901 y 1911. Varios son los medios para contrastar la idea de que el Alumni y los equipos de la liga oficial fueron ejemplo para los aficionados. En principio, -como se mencionó arriba- cuando habían grandes enfrentamientos locales o internacionales, las ligas independientes suspendían sus partidos ante el requerimiento de los jugadores quienes deseaban asistir a esos acontecimientos. Por otro lado, en varias oportunidades aparecen en "La Argentina" referencias a la asistencia de los jugadores de los clubes-equipos aficionados que habían ido a presenciar partidos de la liga oficial. Otra forma de testearlo es la frecuente adopción de nombres de clubes ingleses al fundar el club-equipo. Y por último, el aporte de Escobar Bavio, verificable también en los medios periodísticos de la época, que sintetiza el clima del momento en la siguiente frase: "en aquellos tiempos todos éramos del Alumni".
 45. Los sostenedores del fair play han repetido una anécdota ejemplarizadora en la que se relata como Jorge Brown -capitán del Alumni y la Selección Nacional- se cruzó con fuerza aunque virilmente en la cancha contra un adversario que lo miró desafiante. Una vez terminado el partido Brown abrazó e invitó a tomar el té junto a los otros jugadores, cumpliendo un ritual establecido entre los sportmen. Esa ceremonia ejecutada entre los competidores al terminar el partido fue llamada "tercer tiempo". En la práctica competitiva de la liga oficial durante la primera década del siglo XX hubo numerosos partidos en los que no se respetó el fair play. Sin embargo nadie podría sostener que el ideario del juego caballeresco no reinara entre los iniciadores del juego.
 46. Respecto del concepto de "uso" para comenzar a definir a la popularidad se puede ver A.Cirese 1978: Ensayos sobre las culturas subalternas Ed. Palumbo. Para acercarse a la conceptualización de la "cultura de los sectores populares": R.Williams 1980: Marxismo y Literatura Ed. Península; L.A.Romero, 1991: Los sectores populares urbanos como sujeto histórico en Boletín de Historia Social Europea, N°3, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata; J.Martín Barbero 1987 De los medios a las mediaciones Ed G. Gil, México.

Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

Servicio de venta a distancia
Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

*Desde junio disponemos, para todo tipo de
consultas, de una dirección de
Correo Electrónico:*

prometeo@sminter.com.ar

Académicos, doctores y aspirantes La profesión médica y la reforma universitaria: Buenos Aires 1871-1876

*Ricardo González Leandri**



Proceso de profesionalización,
ámbito académico
y sectores subordinados.

El objeto del presente ensayo es historiar las tensiones que condujeron a la creación de la Academia de Medicina de Buenos Aires dentro de la más amplia reforma universitaria de la primera mitad de la década de 1870. Se ubica, a su vez, en un marco de investigación mayor que intenta narrar el proceso de consolidación de los médicos como profesión en la segunda mitad del siglo XIX¹. Dicho marco tiene como premisas metodológicas eludir en primera instancia el enfoque "internalista" tan característico de las historias

de las profesiones y de los grupos ocupacionales y resaltar, en la medida de lo posible, el papel relevante que ejercieron en dicha construcción histórica las formas de ejercicio del poder, la búsqueda colectiva de prestigio y reconocimiento y los mecanismos de "clausura social". Por otra parte, se trata también de evitar el reduccionismo estructural que concibe a las profesiones como meros emergentes de macro procesos como, por ejemplo, el de modernización.

En el contexto de este trabajo concreto es necesario, por lo tanto, realizar unas breves aclaraciones previas. Conviene destacar que el intento de los grupos ocupacionales deseosos de convertirse en profesiones, de institucionalizar sus saberes mediante la creación de escuelas, facultades y otros ámbitos académicos exclusivos y alcanzar lo que se ha denominado un "monopolio cognitivo"² es un elemento clave en todo proceso de profesionalización. Forma también parte de aquel proceso el establecimiento en su seno de unas reglamentaciones tendientes a consolidar un tipo muy preciso de jerarquías, a tono con la difusión de un "ideal profesional"³.

De acuerdo a la perspectiva de las distintas élites ocupacionales comprometidas en carreras por la obtención y consolidación de capital social y simbólico, puede inferirse que la constitución de tales instituciones académicas forma parte indisoluble de sus estrategias de persuasión de otras élites –políticas, sociales– y del Estado⁴. Las he-

* Universidad Complutense de Madrid

ramientas básicas de tales estrategias son, entre otras, un corpus de doctrina específico y suficientemente elaborado, base fundamental del monopolio cognitivo al que se aspira, unos escalafones precisos y unas formas de reclutamiento que ponen de manifiesto el "juicio de los pares". Todo ello actúa de forma conjunta convirtiéndose en un gran ritual, que cobra forma de manera a la vez solemne y precisa, en los grandes eventos: concursos, entrega de diplomas y, en nuestro caso, también en las celebraciones patrióticas.

Desde otra perspectiva, puede observarse cómo la consolidación de tales herramientas fue, en muchos casos, inducida por el Estado mismo, que necesitaba de su afianzamiento para el desarrollo de su propia capacidad de intervención, a veces material, a veces ideológica. Para ello, sus dirigentes y funcionarios se vieron obligados, en determinadas circunstancias, a actuar incluso en contra de los intereses coyunturales de las élites ocupacionales dominantes.

La institucionalización requerida por tal estrategia de persuasión, por las necesidades estatales y por la reproducción misma del cuerpo ocupacional, necesita, sin duda, de la participación de otros agentes sociales⁵. Ubicados en espacios subalternos, tales agentes complementan, y en general continúan, el proyecto profesional de las élites. Sin embargo, sobre todo en los momentos iniciales del proceso de profesionalización, y de acuerdo a su cercanía con respecto a redes más amplias de influencia y de poder, dichos sectores subalternos y de aspirantes alcanzan a veces a desarrollar estrategias alternativas⁶. Estas pueden llegar incluso a la impugnación de las élites dominantes y a intentos de usurpación de algunas de sus atribuciones, y son consecuencia, ante todo, del hecho de que los mecanismos tendentes a producir jerar-

quías, y también a subordinar, implícitos en el proceso de profesionalización, no constituyen elementos dados y obedecen, en esencia, a un proceso histórico de pugnas y negociaciones más o menos permanentes.

Emergencia de un nuevo clima estudiantil en Buenos Aires en la década de 1870

La refundación de la Escuela de Medicina de Buenos Aires y su conversión en Facultad, fue un hito en el proceso de profesionalización médica. A partir de entonces, entre 1852 y 1870 aproximadamente, una parte importante de la vida médica transcurrió encorsetada por las tensiones y conflictos propios de un ámbito reducido, el de sus catedráticos fundadores.

A través de los años aquel núcleo inicial mantuvo un estricto control sobre la orientación y los mecanismos de promoción institucionales, lo que no impidió que con el tiempo comenzaran a surgir tensiones de distinta naturaleza provocadas fundamentalmente por nuevas cohortes de médicos que buscaban, no sólo incorporarse al ámbito académico establecido, sino también crear otros nuevos.

En el mismo momento en que esa complejización social comenzaba a hacerse más notable, la epidemia de fiebre amarilla de 1871 aceleró la definición de muchas de las transformaciones que estaban aconteciendo. A su término, cuando recién comenzaban a curarse las primeras heridas institucionales y tímidamente se iniciaba el esbozo de nuevas líneas de intervención sanitaria, algunos sectores, que excedían el estrecho mundo de la corporación médica, comenzaron a exigir reformas y la adecuación de sus instituciones a los tiempos que corrían. Y, entre todos ellos, el Estado provincial no se queda-

ba a la saga, al menos en el terreno de los discursos y de las memorias⁷. Observadores críticos señalaban, además, el clientelismo reinante, el creciente desfase que se estaba produciendo entre la Universidad y la Facultad de Medicina y la evolución de la sociedad dado que, como venía señalándose desde distintos ámbitos, permanecían prácticamente intactas en su conformación, en sus reglamentos internos, y en la índole y organización de sus materias⁸.

En forma paralela, la memoria de la propia Facultad de Medicina señalaba otro proceso: dentro de los modestos parámetros de la época, comenzaba a multiplicar su número de alumnos⁹. Tal incremento fue a su vez acompañado por una modificación cualitativa, cuya expresión más notable fue el surgimiento de nuevas actitudes entre el elemento estudiantil que implicaron una cierta reconsideración del lugar relativo que cada estamento ocupaba dentro de la pequeña sociedad universitaria. Fue en consecuencia durante estos años cuando los aspirantes emergieron en la incipiente esfera pública constituyéndose, en nuevos agentes sociales e, indirectamente, también políticos.

Las nuevas tensiones que comenzaron a registrarse hacia fines de 1871, que se distinguieron de las que habían tenido lugar en la década anterior bajo la influencia de la Asociación Médica



Bonaerense, fueron expresión, sobre todo, del hecho que, de forma casi imperceptible, el papel protagónico de los primeros estudiantes fue desapareciendo y que la distancia simbólica entre la élite y quienes se incorporaron con posterioridad tendió a incrementarse en la medida que lo hacía su número¹⁰.

Fue a partir de entonces que los estudiantes, encabezados por un grupo que mostró una firmeza notable, tomaron el relevo para impugnar a la élite y para apelar a la solidaridad e inducir a la organización no sólo de sus compañeros sino también de otros miembros del cuerpo médico. Comenzaban así a utilizar sus propias palabras y sus propios gestos, entre los que se destacaron la creación de la sociedad Estímulo Médico Argentino y, años más tarde, la del Círculo Médico Argentino¹¹.

Dicho impulso se entroncó, a su vez, con un movimiento juvenil de características poco precisas que, si bien nació dentro del ámbito universitario aspiró a ejercer su influencia en escenas más amplias¹².

Tensiones y conflictos

Enmarcadas en aquel clima surgieron las primeras manifestaciones estudiantiles que tuvieron por escenario a

la Facultad de Derecho. El suicidio de un alumno en época de exámenes, actuó como detonante para que tomaran estado público actitudes latentes de impugnación frente a las élites que detentaban el poder dentro de las distintas facultades¹³.

Los nuevos conflictos emergieron a partir de una estructura organizativa distinta y presentaron también un grado de impugnación mayor. Si años antes la aparición de unas notas de prensa anónimas, pero atribuidas a estudiantes de medicina, sin duda muy críticas con la élite de la Facultad, indicaban un clima bastante generalizado de descontento, sus manifestaciones públicas cesaron de manera inmediata ante la amenaza de expulsión de los responsables¹⁴. En los primeros años de la década de 1870 aquellas amenazas podían producir el efecto contrario y volverse, como de hecho sucedió, contra las propias autoridades.

En efecto, los gestos usurpatorios, impensables por su magnitud años antes, se convirtieron en característicos de este nuevo sector estudiantil que nació y resultaron, a su vez, de notable importancia dado que tuvieron creciente influencia en sectores formadores de opinión y forzaron cambios en las estrategias hasta entonces desarrolladas por las élites profesionales y por aquellos situados en su periferia próxima¹⁵. En reuniones tumultuosas los alumnos exigieron reformas en los planes de estudio, en los reglamentos internos, y en el sistema de exámenes. Aquellas exigencias, como ejercicio ascendente del poder, condujeron a una crisis en la Universidad y obligaron al Gobierno de la Provincia, su cabeza dirigente, a cuestionarse importantes aspectos de la política educativa que venía implementando hasta entonces¹⁶.

Según Halperín Donghi, el conflicto se dio con mayor claridad en la Facultad de Medicina, a pesar de su separa-

ción administrativa del tronco universitario y de que sus alumnos no secundaron el movimiento en los momentos iniciales¹⁷. Durante la primera etapa del conflicto reinaba entre sus catedráticos una cierta autocomplacencia, clima que quedó reflejado en la memoria anual de su presidente y en las opiniones de uno de ellos que mostraba el "orgullo de ser argentino" que le producía observar una situación tan exitosa¹⁸.

Tal clima de autocomplacencia no era, sin embargo, absoluto, dado que el gobierno y el mismo decano señalaban la conveniencia de reformar el plan de estudios y el reglamento. La memoria de la Facultad sugería al mismo tiempo la necesidad de realizar obras de ampliación y advertía que de no ser así no se veía otra alternativa que recurrir a limitaciones en el sistema de ingreso, "medida retrógrada, si se quiere, pero indispensable"¹⁹. Nuevas disyuntivas y nuevos problemas se presentaban en el horizonte.

Ramos Mejía y otros críticos

Entre distintos sectores de la prensa y de la incipiente opinión pública comenzó para ese entonces a consolidarse la idea de que las reformas mencionadas por el presidente de la Facultad y por el ministro de Gobierno, necesitaban ser encaradas de manera perentoria. Con motivo de cumplirse un año del problema estudiantil suscitado en la Facultad de Derecho La Prensa comenzó la publicación de una serie de artículos acerca del estado de la Universidad y de la Facultad de Medicina cuyo tono fue haciéndose cada vez más duro. En ese contexto vio la luz un artículo escrito por un estudiante de medicina cuyas obvias intenciones impugnadoras, cuestionaban la imagen autocomplaciente que reinaba entre los catedráticos de la Facultad²⁰.

Ya desde su exordio la intención de la nota era extrema: el autor decía escribir unas líneas "que son un grito de indignación y una protesta contra los privilegios exorbitantes de ciertas jerarquías de doctores, falsos apóstoles de la ciencia que manchan con su ignorancia las cátedras usurpadas en que se sientan..."²¹.

En coincidencia con otros sectores, tanto internos como externos al cuerpo médico, señalaba que una de las causas más importantes del mal desempeño de la Facultad residía en un reglamento interno inadecuado. Utilizando el mismo tono empleado poco tiempo antes por algunos miembros de la Asociación Médica Bonaerense señalaba que tal reglamento: "sólo rige cuando conviene a las miras de un círculo que hace años viene predominando en todo y monopolizándolo todo en provecho de sus allegados, más bien que ley orgánica de una corporación científica es un reglamento de academia de bailes". La crítica más dura fue, sin embargo, la dirigida a los catedráticos, descritos por el alumno-cronista como intelectualmente pobres, por lo que no podían "llenar dignamente su cometido ni pueden hacer valer con eficacia el puesto honroso que se les confía"²².

En esos momentos la Facultad estaba sometida, a su vez, a críticas provenientes de otros sectores. El Dr. Blancas, conocido médico porteño, había planteado la necesidad de que se hicieran prontas reformas en la Facultad,



donde había catedráticos que monopolizaban tres asignaturas, ofreciéndose gratuitamente a dar un curso sobre su especialidad²³. La respuesta negativa a tal ofrecimiento fue interpretada como un desaire por dicho médico, por lo que se entabló una agitada polémica que dejó traslucir la existencia de importantes tensiones, producto de los intentos de diferenciación interna y jerarquización que aquejaban al seno de la élite médica desde hacía ya tiempo²⁴.

El curso que adquirió tal polémica, fue lo que decidió a La Prensa a publicar la serie de artículos citada, en la que se des-

cribía el estado de deterioro de la Facultad y se reivindicaba la pronta puesta en marcha de mejoras, a la vez que se hacía referencia a los "acuerdos de familia y círculo, tan comunes en aquella corporación" y al hecho de que la Facultad de Medicina no estaba "a la altura de la época, ni responde siquiera al grado de cultura alcanzado por la sociedad en que vive"²⁵.

Semejantes críticas promovieron la ira de los catedráticos. Mientras Albarcellos, el más criticado, expresaba "estar perdiendo la paciencia", el presidente de la Corporación, decidía negar la matrícula al alumno Ramos Mejía como había hecho en forma previa ante circunstancias similares²⁶.

A la vuelta de las vacaciones y una vez enterados los estudiantes de la nueva noticia, se produjo un lógico estado de conmoción²⁷. En medio de aquel clima, La Prensa publicó un nuevo artículo de José María Ramos Mejía,

en el que con la dureza acostumbrada, intentó descalificar la medida adoptada en su contra. Su réplica fue, sin duda, inteligente, dado que se refería muy poco a sí mismo y colocaba el debate en el terreno de la necesidad imperiosa de reformas, que su misma sanción venía a confirmar²⁸.

Lo más importante de esta nota fue, sin embargo, el tono conminatorio con que concluía y la utilización de un inquietante plural: "Si no se procede a la reforma reclamada hace mucho tiempo nos veremos obligados a abandonar las aulas todos en masa, y a cortar nuestras carreras antes de permitir que se nos humille y se nos veje"²⁹.

El conjunto de aquellos acontecimientos y, sobre todo, el hecho de que los alumnos dirigieran sus peticiones y quejas directamente al gobierno, colocó a los catedráticos de la Facultad en una situación delicada ante la "opinión sensata" y ante el gobierno mismo, que ya había instado previamente a la realización de tales cambios³⁰.

Tardíamente, el presidente de la Facultad buscó asesoramiento en el Fiscal del Estado quién confirmó la tesis de los alumnos de que el reglamento de la Facultad no lo autorizaba para aplicar sanciones por delitos de imprenta cometidos fuera de su ámbito. Sólo le quedaba la vía judicial, y en esto también, como ya había amenazado Ramos Mejía en una de sus artículos, los alumnos se adelantaron a la Facultad, planteándole una querrela³¹.

La posición del presidente y de su secretario no podía ser más desairada y llegó a empeorarse cuando este último no quiso asumir la responsabilidad de haber escrito ofuscadas notas acusatorias a algunos alumnos, endosándose a la Facultad como institución. De tal manera la crisis en que se veía inmerso el núcleo dirigente, afectó inmediatamente a su estructura interna.

El apartamiento voluntario de dos

catedráticos, el Dr. José María Bosch y el Dr. Teodoro Alvarez, mostró como las diferencias que durante años habían sido negociadas y mantenidas con esfuerzo dentro del cerrado círculo dirigente se convertían ahora en una brecha insalvable y cobraban pleno estado público³². Los alumnos, por boca de Ramos Mejía, simplificaban una cuestión que los excedía, y atribuían la renuncia del Dr. Alvarez al hecho de no querer "hacerse solidario de las arbitrariedades de la Facultad que más de una vez ha condenado con el desprecio en unión de su colega y amigo el austero y respetado Dr. Bosch"³³.

La situación era muy tensa y Ramos Mejía proseguía con sus diatribas: "la Facultad se descompone, se derrumba" y en actitud provocadora afirmaba "No sabemos tampoco si algunos de los señores catedráticos que habían prometido renunciar si nos entregaban la matrícula cumplen su promesa siguiendo el ejemplo del respetable Dr. Alvarez abandonando sus puestos a cabezas mejor organizadas"³⁴.

Crisis en la élite médica e incorporaciones en la cúspide

Se trataba de un momento muy delicado, no sólo para la élite sino también para el conjunto de los médicos diplomados. En primer lugar, porque los intentos de "distinción" esbozados por los catedráticos de la Facultad, e impulsados por el Estado provincial, estaban mostrando cierta debilidad frente a la competencia que planteaban otros médicos, también de buena reputación en el seno de los sectores socialmente dominantes. En segundo lugar, porque sus instituciones emblemáticas estaban siendo cuestionadas. Primero el Consejo de Higiene, debido a los acontecimientos que tuvieron lugar durante la epidemia y ahora la Facultad. Lo más

grave era, sin embargo, que tales cuestionamientos no sólo se habían hecho carne en sectores de la opinión y del mundo político, sino que comenzaban a penetrar en el gobierno mismo. De tal manera, aumentaba la resonancia de las palabras del alumno díscolo, que ya no eran sólo suyas: la Facultad estaba estancada y era retrógrada en una era de progreso general. Poco quedaba ya de aquella autocomplacencia de los meses anteriores.

Y así fue como desde La Prensa, a la que comenzaron a adherirse otros periódicos, dada la magnitud y también la curiosidad del conflicto —los médicos más notables del país puestos en jaque por un alumno de primer año—, comenzó a exigirse la renuncia de los catedráticos como conjunto: "¿No creen los demás miembros de la Facultad que está en la delicadeza personal de ellos presentar renuncia? La prensa en general, todo el gremio médico, la opinión sensata, los alumnos de las diversas facultades y hasta los mismos de la de medicina... han dado a conocer que la renuncia de los miembros de la Facultad es una necesidad bien sentida"³⁵.

Ante un clamor tan generalizado el presidente de la Facultad, cabeza visible de la élite médica casi desde 1852, decidió presentar su renuncia. Esta, por supuesto, no fue aceptada, pero muy pocas sesiones más llegó el Dr. Montes de Oca a presidir la Facultad. Ya viejo y cansado, su jubilación fue aprobada por el gobierno durante ese mismo año³⁶.

Sin duda, la élite médica se mostraba desmadejada, deterioro que sin duda marcaba el fin de una época y que culminó con la incorporación en primera línea de algunos de los jóvenes críticos de la década anterior.

Los conflictos estudiantiles agudizaron las brechas que habían comenzado a abrirse entre el elenco dirigente de la Facultad y el Gobierno y también

las que desde tiempo atrás existían en su propio seno³⁷. Es necesario aclarar en este sentido que si bien los alumnos fueron el detonante que hizo que la situación se desbordara, fueron sólo uno de los tantos elementos de un proceso prolongado de creciente acumulación de tensiones.

En los últimos años el eje sobre el que de manera permanente centraba sus críticas la prensa en general era la pérdida de impulso tanto de la élite de catedráticos, como de sus más fogosos opositores internos. El movimiento juvenil de la década de 1860 engendró en su seno una nueva élite cuyos miembros, que mantenían sólidos lazos con el mundo político y de la prensa, tenían la plena confianza en que tarde o temprano se incorporarían al seno de los "distinguidos". Por ello desde un principio su posición fue ambivalente y el grado con que impugnaron las políticas académicas vigentes, moderado³⁸. Los avatares de la lucha antiepidémica durante 1871 reforzaron la posición de algunos de aquellos jóvenes. Eduardo Wilde, por ejemplo, con gran habilidad política supo hacer que su imagen se destacara, al igual que Santiago Larrosa quién logró reconducir, desde su puesto de director de los Servicios Médicos del Consejo de Higiene, una situación que se presentaba políticamente explosiva para la Municipalidad y para las autoridades médicas. Entre la vieja élite y la nueva, que comenzaban ahora a entremezclarse de forma más nítida, se entablaba un nuevo tipo de negociación.

Tales negociaciones, desarrolladas dentro de un estilo de *savoir vivre*, como definía la prensa al comportamiento que predominaba en la cúspide de la Facultad de Medicina, concluyeron efectivamente con la mejora de la situación de algunos profesores jóvenes y con la incorporación selectiva de los ya nombrados. Como contra-

partida, la Facultad comenzó también a hablar en forma tenue de la próxima realización de reformas en los planes de estudio. Dos estrategias diferentes convergían al fin. Y fue en aquel preciso momento cuando la intervención estudiantil sacó las cosas de su cauce.

Dos cuestiones endurecieron, por lo tanto, el acceso de esta nueva élite a la cúspide. En primer lugar, la tumultuosa irrupción pública del estudiantado complejizó mucho los vínculos existentes, dado que, si bien esperaba alcanzar objetivos estratégicos coincidentes con los aspirantes a la élite, en la coyuntura se encontraba en una situación claramente enfrentada con ellos. En segundo término, el cuestionamiento llevado a cabo años antes por el mismo sector, que ahora planteaba en términos mucho más moderados su acceso a la cúspide profesional, había calado hondo en algunos sectores de la opinión, del estudiantado e incluso del gobierno. Dado que su ascenso se planteaba dentro de los marcos incuestionados de la vieja élite, se tornaba difícil en esos momentos persuadir a aquellos sectores con meros cambios de personas y no de actitudes y, más todavía, cuando su propia prédica había ampliado su injerencia.

Fue por ello que la postura asumida durante el conflicto estudiantil por Santiago Larrosa, aupado al cargo de secretario de la Facultad, y de su colega y reemplazante transitorio P. A. Mattos, fue interpretada por los alumnos como una traición en toda la regla³⁹. Desde la Revista Médico-Quirúrgica que en ese momento ambos redactaban silenciaron el conflicto estudiantil y desde la Facultad replicaron de forma airada a los alumnos. Ambos serían objetivo importante no sólo de las críticas sino también de las querellas estudiantiles y su vocero, Ramos Mejía, fue especialmente duro con ellos; a Larrosa lo acusó de ser el in-

ductor de su sanción "este paso impolítico y carnavalesco, inspirado sin duda por algún hombre que aunque joven y en apariencia liberal conserva todavía las ideas rancias que bebió en la escuela"⁴⁰. Con respecto a Mattos se refirió en los siguientes términos: "el Dr. Pedro A. Mattos víctima no ha mucho de las intrigas de esa misma facultad a quién hoy defiende nos llama calumniadores"... y "desde hoy (los estudiantes) lo consideran como afiliado a ese círculo funesto que ha detenido la marcha de la escuela" y finalmente le pide que recuerde "la larga cadena de irritantes injusticias de que ha sido teatro la Escuela de Medicina y de que hemos sido víctimas los estudiantes como también el mismo señor Mattos. Recuerde algunas actas que ha de haber tenido ocasión de leer, recuerde algunas elecciones de presidentes, algún concurso, algunas votaciones de exámenes, recuerde en fin, cualquiera de los actos de la Facultad anteriores a su nombramiento y mida la magnitud y gravedad de su proceder responsabilizándose de los actos de otro con grave detrimento de su reputación." y sino rectifica "tendremos que creer que también el Dr. Mattos ha firmado pacto con el círculo aquel"⁴¹.

Aquellas situaciones, de las cuales la impugnación estudiantil fue un último movimiento, sin duda erosionaron en importante medida el prestigio de la élite, hecho que venía siendo destacado de manera frecuente por distintos artículos de prensa⁴².

Sin embargo, el mayor problema a que estuvo sometida la vieja élite de catedráticos médicos estuvo representado por las pugnas facciosas tan frecuentes en su seno. Se trataba de una lógica de funcionamiento que no era exclusivamente suya, sino que obedecía a lo que sectores de la opinión definían como la "política de los círculos" y cuyo predominio inevitable le quitó



a la élite capacidad de reacción frente a las demandas externas.

Finalmente, existió otra cuestión de gran importancia: la relación ambigua y no exenta de tensiones que la corporación médica en su conjunto mantenía con el Estado provincial.

La Facultad de Medicina era la institución más importante de la Corporación Médica y su mayor fuente de prestigio. Era, a su vez, una creación estatal, cuestión que las cabezas visibles de la profesión se habían ocupado de destacar en su momento, como una deferencia hacia una corporación que representaba un elemento de progreso para la sociedad.

En un principio la sintonía entre la élite médica y el elenco gobernante fue muy grande, y fue precisamente por ello que, con el tiempo, otros sectores de la profesión comenzaron a expresar sus deseos de una mayor autonomía. Pensaban que un relajamiento de los vínculos políticos que ataban a los dirigentes de la Facultad con los elencos gubernamentales posibilitaría la ocupación de espacios hasta esos momentos rígidamente controlados por un reducido núcleo⁴³. Pero, aquellos que de manera coyuntural se situaban en posiciones alternativas, no se sustraían tampoco a la tentación de apelar directamente al Gobierno en contra de las autoridades de la corporación. Los frecuentes conflictos a los que, una y otra vez, aquel era convocado como elemento mediador entre facciones, fue

creando en los ministros de Gobierno la sensación de ser indispensables para la buena marcha de los médicos como cuerpo. De tal manera, comenzó a debilitarse la presencia de la élite y creció la opinión de que se estaba produciendo un desfasaje entre el progreso del Estado, y también de la sociedad en su conjunto, y el estancamiento de la Facultad. Este cambio, promovido en buena parte por algunos periodistas jóvenes, acarreó de manera casi imperceptible el deterioro de la élite en su papel simbólico de abanderada del progreso. Tal rol protagónico, que años antes se atribuía en exclusividad, comenzaba en estos momentos a ser disputado por otros sectores entre los cuales, para mayor descrédito, se incluían ahora los estudiantes.

Debates sobre la autonomía universitaria

El lento deterioro de la situación de independencia que gozaba la Facultad de Medicina del resto de la Universidad desde 1852, fue un importante indicio del afianzamiento de una situación más compleja en el seno del cuerpo médico.

Por los motivos ya señalados puede inferirse que a pesar de su situación diferencial, la Facultad de Medicina se vio afectada en sus vínculos con el gobierno por la misma problemática que la Universidad de Buenos Aires y, como

ella, se vio envuelta a partir de la acción de sus grupos subalternos, en una marcada agitación. Sin embargo, durante su transcurso y en las negociaciones posteriores surgió entre ellas una diferenciación importante. Esta radicó en el papel desempeñado por el rector de la Universidad, quien contaba con el beneplácito de una importante sector de alumnos y que, tras cumplir un relevante papel mediador en los conflictos de 1872, se transformó en un adalid de las reformas más radicales.

La opinión favorable a la realización de reformas estaba muy generalizada, sin embargo dicha unanimidad ocultaba diferencias en cuanto al sentido último que cada uno de los distintos sectores pretendían darle. Emergieron de tal manera intensos debates que se centraron en la autonomía universitaria y que se convirtieron en un claro indicio del clima de ideas existente con respecto a los grupos y a la evolución profesional, que afectaba sin duda también a los médicos.

En el debate de un tema tan trascendente, su independencia desde 1852 llevaba a muchos de los miembros de la Facultad de Medicina a expresar su recelo ante posturas radicales como la del rector Gutiérrez. El temor que manifestaba el cuerpo médico ante la posibilidad de la implantación de la autonomía universitaria era verse sometido a instancias superiores y complejas, que pudieran interferir en la adopción de sus propias decisiones⁴⁴. Es cierto, sin embargo, que a pesar de los temores que aquejaban a la cúspide médica, había aspectos de la tutela gubernamental que comenzaban a ser visualizados como una pesada carga y que, por lo tanto, arrastraban a ciertas voluntades en su favor.

Pocos meses después de los conflictos de la Facultad de Derecho de fines de 1871, el rector Gutiérrez elevó un meditado proyecto de reformas a la es-

tructura universitaria, que tenía al concepto de autonomía como su eje ordenador⁴⁵. Este fue sometido a estudio, al mismo tiempo que el ministro Malaver exponía sus reparos dado que consideraba que su adopción originaría la concentración de poder en un círculo reducido de personas⁴⁶. Teniendo en cuenta, sin embargo, la propia trayectoria de la Universidad y de la Facultad de Medicina puede inferirse que el ministro expresaba su temor, no tanto a los círculos, sino a la posibilidad de que estos pudieran instituirse en campo propicio para la acción opositora. Por ello mismo sus puntos de vista se vieron sometidos, a su vez, a críticas de los más diversos sectores, incluso de aquellos que habían mostrado cierta afinidad por su línea política.

En uno de aquellos artículos críticos, La Prensa consideraba infundados los temores del ministro dado que: "La Universidad independiente con todas sus facultades no se entregaría como se teme a las combinaciones de influencia política" y concluía que, más bien, el problema radicaba en todo lo contrario: "Precisamente, la dependencia servil de la Universidad es la que la hace decaer, lo que le quita representación social". Para el cronista el mal tenía su germen "en la centralización que se pretende hacer de todo lo político como lo social en gobiernos a los que luego les exigimos que sean entidades enciclopédicas"⁴⁷.

Largo fue el debate, y como no podía ser menos, tuvo importante repercusión en la prensa. Se discutieron proyectos alternativos, y se observaron modelos extranjeros. Sin duda el proyecto más audaz era el del propio rector que dentro de la más pura tradición liberal, proponía como eje central la autonomía. Así era de tajante José María Gutiérrez al comenzar a tratar la cuestión: "La organización de la "enseñanza superior o universitaria consiste esencialmente, en el proyecto, en su independencia ab-

soluta". Para aclarar a renglón seguido que aquel sistema "es el único que puede corregir el gran defecto de que adolecen por lo común esta clase de corporaciones. Bajo la dirección inmediata del Estado y del gobierno, se convierten en máquinas que tienen la pretensión de producir inteligencias y aún caracteres que se amolden a propósitos siempre perniciosos en todo país libre y especialmente en todos los republicanos"⁴⁸. En segundo término, introducía el nombramiento de profesores por concurso y



la categoría de los "profesores libres", de acuerdo al precepto constitucional que otorgaba a todos los ciudadanos la libertad de enseñar y aprender y con el objetivo secundario, pero fundamental, "de corregir indirectamente el desacierto en que puede incurrir la Universidad en la elección de sus profesores en los concursos por oposición".

En cuanto a la expedición de títulos, proponía abolir el grado de Doctor para que la sociedad "ante la cual todos somos iguales"... "(no) se desnaturalice en este sentido recibiendo en su seno una clase artificialmente privilegiada". Por otra parte, recomendaba la necesidad de que no se contribuyera a crear "esa entidad colectiva y aparte que se llama "el estudiante de la Universidad" tratando de que "ni por el vestido, ni por los hábitos establezca una diferencia social con el resto de la juventud de la población y con la cual debe vivir en buena armonía y en completa comunidad"⁴⁹. Finalmente, proponía la plena

libertad de estudios quitando a las materias el carácter de obligatorias que tenían en el plan vigente, eso sí, tomando los recaudos para que los exámenes adquirieran la mayor seriedad.

Este proyecto mereció la crítica del gobierno y en la corporación médica fue acogido con el más profundo silencio. En cambio, y no casualmente, fue recibido con beneplácito por muchos estudiantes y por la Revista Farmacéutica, que veía en los planes del rector, y especialmente en su trayecto-

ria académica, la oportunidad de obtener su anhelada independencia⁵⁰.

Sin embargo, dichos planes cuestionaban seriamente aspectos esenciales de las propias estrategias de profesionalización de los grupos ocupacionales más influyentes y por cuya institucionalización pugnaban desde hacía tiempo, no sólo médicos y abogados de élite, sino también sectores subordinados de egresados jóvenes.

Más allá de la ideología declarada de sus miembros, sobresalía en el incipiente mundo profesional el afán por el logro de una distinción credencialista que señalaba, a su vez, unos itinerarios específicos de búsqueda de legitimidad para sus respectivos cuerpos. Por tales motivos, el proyecto del rector fue mal recibido por amplios sectores, incluido el gobierno.

Puede deducirse, por lo tanto, que el pensamiento de Gutiérrez, a pesar de su influencia en una de las facciones más importantes y de los altos cargos guber-

namentales que ocupó, representaba en la ocasión el ideario de un pequeño sector académico que coincidía con otras voces que desde tiempo atrás venían solicitando la "profesionalización" de los catedráticos de Universidad⁵¹. Se trataba en realidad de un proyecto alternativo de profesionalización más ligado a la especificidad docente y a la estructura universitaria, pero que, por la índole de su actividad, no contaba con el poder suficiente para encararse en una pugna con las élites de las demás profesiones liberales, más poderosas y que representaban un cúmulo de estrategias que, aunque en colisión entre sí, coincidían en esta etapa histórica en lo fundamental. Y lo que es más importante aún, representaban una utilidad más inmediata para un Estado que recién comenzaba a organizarse⁵².

Los planes del rector contaron también con el beneplácito de ciertos miembros relevantes de los cuerpos profesionales que no compartían, sin embargo, los aspectos más osados de su proyecto. Concebían, por lo tanto, sus recomendaciones más que nada como una vía para frenar la "vulgarización" de la vida académica que podía poner en peligro su propio prestigio.

Fácil era, para ciertos sectores instalados en la cúspide, interpretar las palabras y proyectos del rector en un sentido elitista de crítica a los sectores emergentes. Ejemplo de tal actitud fue la aparición de un artículo titulado "Los doctores ante la opinión pública" que, escrito por quien se definía a sí mismo como doctor –tal vez se tratara del propio director de La Prensa–, criticaba el hecho de que en la Universidad "los diplomas se expiden con una profusión espantosa" para agregar que "justo es decirlo pero ahora se engaña lastimosamente al pueblo y el diploma ya no indica suficiencia..."⁵³.

Al hablar desde la cúspide social en la que indudablemente se situaba, lo

que autorizaba cierta condescendencia, dicho vocero se permitía intentar conciliar su elitismo con un pensamiento más amplio, ambivalencia sin duda imposible para muchos otros sectores implicados en pugnas más acotadas: "No hace mucho que la espada predominaba en nuestras sociedades, contándose como poderoso medio para escalar los puestos públicos... Ahora es la inteligencia y el saber quién lleva la palma, aún cuando esa inteligencia y ese saber no existan más que en el nombre. Feliz del pueblo que sabe excluir la espada por la inteligencia. Pero desgraciado el pueblo que no cuenta con más saber que el monopolizado por un gremio incapaz como pretencioso. La influencia de los doctores es justa y legítima, no por un saber y una inteligencia que no tienen; sino por la supina y vergonzosa ignorancia de los que no son doctores"⁵⁴.

Otras opiniones planteaban sistemas más moderados que los del rector y ponían la mirada en el caso belga y en segundo término en el alemán. Curiosamente el modelo estadounidense de educación y de reproducción privada de los cuerpos profesionales era desechado por todos los interlocutores, a pesar de que muchos lo consideraban el más deseable a largo plazo⁵⁵. Muchos proponían en tal sentido la aplicación de planes mixtos que trataran de armonizar las exigencias del gobierno "en dirigir la educación que costea" y la del país "a no permitir que el gobierno haga servir el resorte educacionista como un resorte oficial"⁵⁶.

Dada la importancia de los intereses puestos en juego el problema planteado era de difícil solución. Por tales motivos, la comisión nombrada por el gobierno tardó aproximadamente dos años en expedirse. Mientras tanto, se adoptaron medidas parciales y se realizaron promesas de pronta resolución para lograr que la cuestión se mantu-

viera estabilizada y no surgieran nuevos brotes conflictivos.

La Academia de Medicina y la nueva Facultad de Ciencias Médicas

Durante el tiempo que se debatían los distintos modelos de autonomía para la Universidad, la Facultad de Medicina se mostró enfascada en sus pugnas particulares, producto del proceso de desarticulación que aquejaba a su élite.

El secretario académico, que había sido duramente cuestionado por los artículos de Ramos Mejía, se apresuró a elevar al gobierno un nuevo plan de estudios que contemplaba muchas de las reformas planteadas por los catedráticos disidentes, por la prensa y por los estudiantes, en especial la creación de nuevas asignaturas⁵⁷.

Por su parte, el gobierno, que había asumido el poder en forma reciente, con calma y un cierto distanciamiento nombró una comisión para elaborar un nuevo proyecto en la cual situó a médicos que sin duda le inspiraban la mayor confianza política⁵⁸. Decidió, sin embargo, con cierta prontitud la creación de la Cátedra de Higiene que fue puesta en manos del Dr. Guillermo Rawson, y que tenía para la corporación médica un gran valor estratégico y simbólico⁵⁹.

Estos meses fueron decisivos para la suerte de la corporación médica. La renuncia de Montes de Oca, aunque no aceptada, y las promesas de aplicación de un nuevo reglamento y de un nuevo plan de estudios calmó la agitación, aunque no de forma absoluta.

Como primer paso, el gobierno a propuesta de la Facultad, decidió elevar a puestos de mayor relevancia a dos profesores jóvenes, Larrosa y Wilde, nombrándolos por decreto para sus puestos aprovechando la designación de Rawson para la nueva cátedra



de Higiene. Este procedimiento reafirmó a muchos de los descontentos en sus sospechas y originó de forma inmediata nuevos conflictos, esta vez en el anfiteatro de anatomía donde los estudiantes impidieron al profesor Wilde hacerse cargo de su cátedra⁶⁰.

En enero de 1874 la comisión encargada de elaborar el nuevo plan de estudios superiores expidió su informe. Culminaba así una etapa y comenzaba otra en la que la Facultad de Medicina se vería sometida a cambios en su elenco dirigente y reincorporada al seno de la Universidad de Buenos Aires. Si bien las expectativas de transformaciones radicales se iban a ver rápidamente defraudadas, para el proceso y los modos de la profesionalización –concebida como control institucional– que experimentaron los médicos en el siglo XIX se trató, sin embargo, de un momento crucial de cristali-



zación de estrategias de poder y, en cierta medida, de cambio.

La nueva estructura educativa fue aprobada finalmente el 26 de marzo de 1874 y uno de los miembros de la comisión de estudio previa, Vicente F. López, era nombrado rector de la Universidad⁶¹. A pesar de que importantes sectores clamaban por una decisión urgente, dado que las viejas heridas no estaban aún curadas, el Gobierno había decidido tomarse el tiempo necesario para estudiar la cuestión con detenimiento. Muchos temían entonces "que en un primer choque de derechos o atribuciones reaparezcan los conflictos"⁶².

En el plan finalmente aprobado se destacaba, sobre todo, el otorgamiento a las facultades de autonomía para decidir sobre sus presupuestos, reglamentos internos y planes de estudio⁶³. También resaltó la creación, o más bien recreación, de las academias que se harían cargo a partir de entonces del gobierno de las facultades y de la elaboración de sus respectivos reglamentos y planes de estudio.

Puede inferirse, también, que el gobierno optó por una vía intermedia entre todas las que se habían estado debatiendo desde tiempo atrás y que se decidió, además, —no podía ser de otro modo— por el afianzamiento de unos sólidos grupos de élite, sin duda negociando su conformación con los ya dominantes. Estas nuevas academias, a diferencia de las que ya habían existido anteriormente, controlarían a partir de entonces no sólo aspectos científicos, sino también los administrativos y disciplinarios⁶⁴. Tal medida llegó a tener, sin duda, importantes consecuencias sobre la vida de las facultades y de una manera especial sobre los itinerarios mismos de los respectivos procesos de profesionalización. El temor a los círculos terminaba, como temían muchos, afianzándolos.

Dado que el gobierno se atribuía la

capacidad de designar a los primeros nueve académicos —las academias no podían exceder el número de quince— y al nombrar éstos a los seis restantes, todos ellos con cargos vitalicios, intentaba garantizarse así por un largo período la existencia de una sólida estructura de poder afín.

Con el decreto que veía la luz, las pugnas previas a 1874 —originadas por la presión de estudiantes, egresados jóvenes y algunos catedráticos— y en gran medida las expectativas del anterior rector, se vieron desnaturalizadas en muchas de sus exigencias más trascendentes. El caso de la Academia y de la Facultad de Medicina, reincorporadas al seno de la Universidad, fue, por lo tanto, un claro ejemplo de la filosofía con que se encaró aquellas reformas⁶⁵.

La vieja élite, remozada un poco por la incorporación de algunos miembros más jóvenes y por otros pertenecientes al entorno del gobierno tuvo la posibilidad de ejercer, a partir de tales reformas, un poder más sólido del que había dispuesto en los últimos tiempos. La alianza entre élites profesionales y Estado que a fines de 1871 y en los años siguientes parecía que entraba en un cono de sombra fue revitalizada y surgía aparentemente con mayor fuerza que en 1852, dado que el Estado provincial se hallaba ahora mucho más consolidado.

Un repaso a la lista de académicos recién nombrados muestra que las incorporaciones más novedosas fueron las de Mauricio González Catán y Manuel Porcel de Peralta, cercanos a los círculos gubernamentales. Por otra parte, y como todos esperaban, tres de los miembros propuestos no aceptaron el nombramiento: Rawson, Álvarez y Drago. No se conocen los motivos exactos de su dimisión, pero es claro que dos de ellos habían estado vinculados al anterior gobierno de Mitre y a su formación política y no se mos-

traban de acuerdo con los procedimientos que adoptaba el nuevo elenco gubernamental. El otro renunciante fue Teodoro Álvarez que, si nos atenemos a sus críticas previas, seguramente optó por solidarizarse con su colega y amigo José María Bosch.

Así lograron ascender a académicos el anterior secretario de la Facultad, Santiago Larrosa, de quien se decía que por su carácter conciliador, no demostrado durante los conflictos estudiantiles, y por no ser mitrista, ni alsinista era un buen candidato para las transacciones, los otros fueron Pedro A. Pardo y Julián Fernández⁶⁶.

Los nueve académicos recién designados debían proceder, según el decreto gubernamental, a nombrar a los seis restantes. De tal manera, y en una segunda camada, se incorporaban algunos de los jóvenes que habían liderado las críticas contra los catedráticos dominantes tiempo atrás —sobre todo Wilde y Mattos— pero que una vez admitidos a las cercanías de la élite, habían defendido al que consideraban su nuevo grupo de referencia contra nuevas impugnaciones. Fueron excluidos, en cambio, médicos que como Pedro Mallo seguían insistiendo en la necesidad de cambios más radicales.

Quedaba conformada así una nueva élite que de por vida regiría los destinos de los médicos de Buenos Aires. Le tocaba ahora elegir a quien había de presidirla y optó por Manuel Porcel de Peralta⁶⁷ quien pronto adquiriría el mismo poder supremo que J. J. Montes de Oca en la etapa anterior. En forma simultánea era propuesto por el Gobierno para el cargo de director de la Comisión de las obras de Salubridad y, un año más tarde, para el de presidente del Consejo de Higiene, cargos a los que agregó con posterioridad el de presidente de la Comisión Municipal⁶⁸. Se trataba de un formidable acaparamiento de poder en una sola persona, conse-

cuencia lógica de la aplicación de la política de los círculos, denominación muy en boga en aquella época y tan temida por el ex ministro Malaver, aunque como le había señalado La Prensa se tratara, ahora como entonces, de un círculo gubernamental⁶⁹.

Una vez conformado, el nuevo elenco se abocó a la elaboración de su reglamento interno, para lo cual se presentaron diversos proyectos y se nombró una comisión⁷⁰. Las consideraciones hechas públicas por dicha comisión son de interés dado que muestran cómo, en tan poco tiempo, se había alejado el tremendismo de los meses anteriores y la nueva élite se hacía también partícipe del antiguo clima de autocomplacencia.

El problema fundamental que tenía la Facultad era, según uno de aquellos informes, la falta de un hospital propio, pero no se trataba de una cuestión insoluble y podría tener pronta solución confiando en el renovado apoyo del gobierno. Todos los demás problemas, que tanto habían agobiado meses atrás, no tenían ya gran importancia dado que eran sólo producto de "nuestra joven civilización"⁷¹.

Los nuevos académicos, después de haber estudiado la organización de los estudios médicos en Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Estados Unidos, llegaron a la conclusión de que la Facultad de Medicina de Buenos Aires "no tiene que envidiar en mucho a las otras del mundo", y que "como escuela práctica no tiene rival" agregando más adelante que "de lo que carecía nuestra escuela, es de algunas enseñanzas especiales y esta reforma ha sido introducida"⁷².

Por tal motivo se mostraban contrarios a las reformas radicales que se habían hecho fuertes en el pensamiento de muchos durante los conflictos estudiantiles y que todavía seguían haciéndose oír. Ellos preferían "dejar las cosas tal cual estaban" enfatizando

que, "no solamente en esto hemos sido conservadores, sino que en todo hemos adoptado como base lo existente, lo que teníamos por que lo reputamos bueno y por que creemos que no se mejora siempre innovando"⁷³.

Como sus antecesores, los nuevos académicos se mostraban cautos y sólo agregaban materias, sugerían reformular algunos programas y aumentaban el número de profesores auxiliares creando el puesto de jefe de clínica. A este respecto debieron, según sus propias palabras, armonizar lo que existía con las demandas de la nueva constitución y con ciertas reformas tomadas de otros países, principalmente de Alemania.

El estudio de la nueva reglamentación interna fue finalmente concluido tras permanentes interrupciones, producto en parte de la revolución mitrista a la que se habían sumado estudiantes y algún profesor⁷⁴.

Mientras tanto la demora en adoptar medidas de fondo y la orientación, bastante descorazonadora para muchos, de las nuevas academias, y también el clima político tenso, motivaron que a principios de 1875, sectores del periodismo volvieran a insistir en sus argumentos críticos. Los criterios ahora esbozados planteaban que los conflictos estudiantiles habían llevado a la conciencia de todos la necesidad de reformas radicales en la Universidad, pero estas brillaban por su ausencia y las personas encargadas de ponerlas en práctica habían caído rápidamente en el descrédito. Continuaban los incidentes y las acusaciones de que las cátedras seguían otorgándose como premio a servicios políticos. Por otra parte, no cesaron con el tiempo las referencias al deterioro de la Universidad, motivadas por la permanencia de las pugnas facciosas y por el rechazo que la figura del rector producía en importantes círculos. Un ejemplo fueron los debates y algún tu-

multo motivados por su orden de hacer retirar de la biblioteca de la Universidad el retrato del general Mitre⁷⁵.

La Academia de Medicina, la nueva Facultad de Ciencias Médicas y la Universidad iniciaban así su nueva andadura. En forma inmediata, sin embargo, el nuevo esquema docente fue motivo de las quejas de ciertos estudiantes que destacaban el hecho de que las reformas no habían tenido en cuenta sus necesidades⁷⁶.

En ciertos ámbitos comenzaba a hablarse de un "progreso médico", a partir de lo cual las deficiencias de la Facultad pasaban a ser concebidas por muchos como una mera cuestión de infraestructura deficiente, a pesar de que las críticas planteadas en su momento por el alumno Ramos Mejía no estaban tan lejanas. Ese nuevo clima se vio sacudido, sin embargo, por un grave conflicto estudiantil ocasionado por alumnos de los cursos inferiores y, sobre todo, de la Escuela de Farmacia, poco satisfechos con la nueva situación, ante lo cual la naciente Academia respondió clausurando las matrículas de dichos cursos durante aproximadamente un año. La gravedad de los hechos motivó, a su vez, que el Consejo Superior de la Universidad y el propio rector demandaran a la Facultad la apertura de los cursos, lo que dio origen al primer problema serio de incumbencias entre las distintas instancias de gobierno de la Universidad y actualizaba, de tal manera, los reparos expuestos por el cuerpo médico a que su escuela fuera incluida en su ámbito⁷⁷.

A pesar del clima de impulso renovado que comenzaba a afianzarse entre la élite médica, la complejidad de los conflictos que afloraron en forma inmediata a la creación de la Academia hicieron reflexionar a muchos que su sustento, a pesar del formidable entramado de poder que se entretejía en su seno, era bastante más endeble de lo que pretendían sus miembros. Fue en tal sentido que la

tan debatida cuestión de los concursos marcó la pauta y representó el más claro indicio de las contradicciones en que se vio sumida desde un comienzo la renovada élite de la profesión médica.

2. La Academia de Medicina y el reclutamiento profesional

El espinoso tema de los concursos y la elección de la competencia —en sus distintas acepciones— como forma de reproducción de la propia estructura profesional era muy caro a la élite médica. En efecto, dicha cuestión, fue una de las que más atención acaparó, no sólo de la Facultad y de la Academia, sino también de las revistas médicas por lo que puede deducirse que tal centralidad y su peculiar manera de efectivizarla era un rasgo fundamental del ideario específico perseguido por los médicos como cuerpo profesional.

Dos cuestiones trascendentales para el ideario profesional de los médicos se hallaban presentes en el mecanismo de los concursos: la consolidación de jerarquías de nuevo cuño y el juicio de los pares como rasgo de su autonomía. Por otra parte, al actualizar mecanismos y gestos a través



de los cuales se consolidaba un tipo particular de influencia, los concursos mantuvieron un vínculo importante con la reproducción misma del cuerpo médico, entendida en un sentido amplio. A su vez, además de las importantes funciones rituales que llegaron a cumplir se convirtieron en un sólido elemento de persuasión y, en algunos casos, en un auténtico escudo protector frente a otros ámbitos.

La Academia recién designada convirtió a esta cuestión en uno de los ejes centrales sobre los cuales giró el debate sobre el reglamento interno. La comisión encargada de los estudios preliminares, elevó un informe en el que mostraba su predilección por el modelo alemán, aunque lo consideraba de difícil aplicación dado que su sistema de "jerarquías" suponía la existencia de una multiplicidad de universidades, requisito imposible de cumplir por el momento en Argentina. Como modo alternativo y, en cierta medida como mal menor, consideraba que el sistema de concursos podía cumplir con eficacia aquellos fines.

El tema fue debatido, una y otra vez, por los académicos y se llegó en última instancia a un acuerdo lo suficientemente



ambiguo como para satisfacer a las distintas posiciones. Si por un lado se recomendaba la utilización del sistema de concursos, por otro, se dejaba un resquicio abierto y se permitía la nominación directa de candidatos hasta tanto la Facultad se organizara en forma definitiva. A pesar de la recomendación de que prontamente se generalizara dicho sistema, el acuerdo se prestaba a interpretaciones encontradas, como de hecho sucedió⁷⁸.

Por el método de la nominación directa se designó a los catedráticos y también a sus suplentes. Al mismo tiempo se procedió a reglamentar con toda minuciosidad los concursos a que debían someterse aquellos que aspiraban a las plazas de practicantes del Hospital de Hombres y del de Mujeres. Quedaba establecido, de tal manera, y desde un primer momento, el doble rasero decidido por la Academia. Para las altas esferas internas se optaba por la más estricta cooptación, en cambio, para cargos inferiores o situados en espacios que no eran de su estricta dependencia, se procedía a establecer un riguroso sistema de pruebas de aptitud.

Entre 1874 y 1876 aproximadamente, los primeros tiempos de funcionamiento de la Academia, se produjeron serias tensiones entre sus miembros que se mostraban divididos frente a las formas de reclutamiento a adoptar. Mientras un sector mayoritario se inclinó de manera férrea por el método de la nominación directa, otro insistía en que la prerrogativa de la Facultad de efectuar nombramientos directos era sólo transitoria y correspondía a un periodo de reorganización que ya había concluido. P. A. Mattos abogó con intensidad por la aplicación de tal sistema argumentando en su favor que así desaparecerían los rumores de favoritismos y además "se quitaba la bandera a los estudiantes revoltosos"⁷⁹. Sin embargo, tras muchas

reuniones e incidencias que llevaron a una parálisis de la actividad de la Academia se dio por concluido el tema y el método de cooptación para los altos cargos terminó por imponerse.

Se consolidaron de tal manera unos curiosos mecanismos de jerarquización, consecuencia obvia de la misma creación de la Academia. Los concursos eran mantenidos como elemento de persuasión, como la gran bandera ideológica propia de sectores que pugnan por el progreso y por la consolidación de un ideal profesional —jerarquía, competencia y juicio de los pares— y como tal eran esgrimidos. A este papel se agregaban otros vinculadas a pugnas más próximas: su obvia función disciplinaria y, a veces, de desplazamiento de ciertos jóvenes subordinados y la de mecanismo de contención y, por lo tanto, de poder, frente a instancias externas, ya fueran individuales (cierto tipo de aspirantes) o institucionales (la Municipalidad, la Sociedad de Beneficencia o el propio gobierno). Al mismo tiempo, sin embargo, la ambivalencia en la aplicación de unos mecanismos que eran su sustento ideológico más serio, expresa también las limitaciones estructurales de la propia élite médica que para ejercer el dominio se veía obligada a apelar a unas prácticas que le resultaban muy costosas tanto a nivel político como ideológico, y que, sin duda, la exponían fácilmente a críticas e impugnaciones. En el año 1886, una ley universitaria de carácter nacional, la "ley Avellaneda", aprobó finalmente el sistema de concursos como mecanismo de reclutamiento. En la ocasión, la defensa de la posición contraria —que fue derrotada por muy escaso margen— corrió a cargo de Eduardo Wilde, ponente gubernamental, ministro, académico y el médico más relevante del momento⁸⁰.

Una mirada hacia el futuro

Los sucesos a que hemos hecho referencia prefiguran lo que sucedería en el seno de la profesión médica en el resto del siglo XIX. La Academia de Medicina, a pesar de la importante parafernalia de poder que desplegaba, se mostró endeble en muchos aspectos y tuvo que resignarse a observar cómo con el surgimiento de polos institucionales crecientemente autónomos, su papel de abanderada del progreso y de la ciencia se difuminaba. Ello se debió, sobre todo, a que las contradicciones entre el ideal profesional que decía re-

presentar y sus actitudes concretas la convirtieron en presa fácil de las más diversas impugnaciones tanto de otros facultativos como de sectores amplios de la opinión y de la prensa⁸¹. Pero sólo hasta allí podía llegarse. Si bien los sectores médicos sometidos a procesos de subordinación resistieron de forma bastante eficaz los embates disciplinadores de la Academia, no alcanzaron, sin embargo, a plantear alternativas sólidas. Prefiguraron, en cambio, el camino para una actuación en primera fila de unos sectores medios que comenzaban a definirse con unos perfiles más nítidos ■

Notas

1. R., González Leandri, *La construcción histórica de una profesión. Asociaciones e instituciones médicas en Buenos Aires: 1852-1895*, tesis de doctorado, Universidad Complutense, Madrid, 1997.
2. Sarfatti Larson, M., *The Rise of Professionalism: A Sociological Analysis*, Berkeley, 1979.
3. *Ibidem* y Perkin H., *The Rise of Professional Society, England since 1880*, London y New York, 1989.
4. Tomamos la idea de capital social de Pierre Bourdieu, quien destaca cómo, en ciertas áreas profesionales y científicas en formación, la pugna por la autoridad es una forma de capital social que otorga poder dentro de los mecanismos constitutivos del campo y puede ser reconvertida en otras formas de capital. Bourdieu P., "The specificity of the scientific field and the social conditions of the progress of reason", *Social Science Information*, 1975, vol. 14, N° 6. Una discusión importante sobre este uso extendido del término capital puede consultarse en Calhoun, C., "Habitus, Field and Capital: The question of Historical Specificity", en Calhoun C., LiPuma E., y Postone M., *Bourdieu. Critical Perspectives*, Chicago, 1993.
5. Sobre este aspecto del funcionamiento de los grupos profesionales véase Atkinson, P. "The Reproduction of the Professional Community", en Dwingall, R. y Lewis Ph., *The Sociology of the Professions*, London, 1983.

6. Parkin, H., "Strategies of Social Closure in Class Formation", en Parkin, F., *The Social Analysis of Class Structure*, London, 1979; Murphy, R., "The Structure of Closure: a critique and development of the theories of Weber, Collins and Parkin", *British Journal of Sociology*, 1984, vol.35, N° 4, pp. 547-67.
7. Memoria transcrita en la parte relativa a la Facultad de Medicina en "Facultad de Medicina", en *Revista Médico Quirúrgica* (en adelante RMQ, 1872, año 9, N° 7, 8 de julio, p. 111).
8. Se recomendaba, sobre todo, la creación de nuevas asignaturas y el aumento y reemplazo de profesores. Una nota constataba que la Facultad "se reconcentra en su pasado y deja planear una bandera grata por sus recuerdos de ayer pero que hoy no puede simbolizar sino el atraso y la indolencia". "La Escuela de Medicina", en RMQ, 1871, Año 8, N° 23 de octubre, pp. 211-216. Otros, en cambio, consideraban que los males de la Universidad radicaban en el clientelismo y en que sólo se nombraban catedráticos a aquellos que formaban parte del entorno gubernamental. "Los hombres indispensables", en *La Prensa*, 1871, 24 de diciembre.
9. Memoria del presidente de la Facultad de Medicina, transcrita en, "Facultad de Medicina", RMQ, 1872, año 9, N° 7, julio 8, pp. 111 y 112 y en "Memoria del Presidente de la Facultad (conclusión)", en, RMQ, 1872, año 9, N° 8, 23 de julio, pp. 129-132.

10. Un ejemplo de la relevancia estudiantil en las primeras épocas fue el papel que cumplieron algunos alumnos invitados a pronunciar discursos en los actos solemnes. En la inauguración de la Facultad de Medicina lo hicieron los estudiantes M. A. Montes de Oca y Manuel Blancas. Cantón, E., *Historia de la Medicina en el Río de la Plata*, Madrid, 1928, T. III, p. 32.
11. Una de las crónicas sobre la fundación de la Asociación Estímulo Médico Argentino cifraba su importancia en que daba "a la numerosa juventud que hoy se halla matriculada en la Facultad de Medicina, el espíritu de cuerpo de que ha carecido siempre". "Sociedad Estímulo Médico" en *RMQ*, 1872, año 9, N° 7, 8 de julio, p. 108. Ambas asociaciones se organizaron, al igual que la Sociedad Médica Bonaerense, sobre una actividad múltiple que combinaba aspectos típicos de las learned societies con otros encaminados a la defensa corporativa o sectorial.
12. Véase por ejemplo: "La juventud en la cuestión electoral", en *La Verdad*, 1871, 11 de febrero.
13. A raíz del suicidio del alumno Roberto Sánchez, se organizó en la Facultad de Derecho una importante manifestación de protesta. Posteriormente los alumnos exigieron la destitución de dos catedráticos a los que se consideraba responsables y en clara actitud usurpatoria decidieron no admitir más a uno de ellos en la Universidad, ni reconocerlo como catedrático. En forma inmediata comenzó a exigirse la implementación de reformas en los reglamentos y planes de estudio, actitud que se extendió a otras facultades. "El Conflicto Universitario", en *La Prensa*, 1871, 14 de diciembre. "Apertura de la Universidad. Discurso del Rector Dr. Juan María Gutiérrez, en *La Verdad*, 1872, 1 de marzo, N° 881; Halperín Donghi, T., *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1962.
14. *El Nacional*, 1864, 18 de marzo. *Archivo de la Facultad de Medicina*, Actas de la Facultad, Acta 267, 19 de marzo de 1864, p. 307 y Acta 240, 27 de octubre de 1862, p. 273.
15. Al otro día de los primeros movimientos, *La Prensa* expresaba que: "Los sucesos de ayer han venido a levantar la venda que ocultaba una llaga que tarde o temprano tiene que hacer sentir consecuencias perniciosas en la enseñanza superior...". Consideraba, además, que existían en las distintas facultades un cúmulo de irregularidades a las que no se había prestado atención hasta entonces. "Conflictos Universitarios", en *La Prensa*, 1871, 15 de diciembre.
16. Empleamos los conceptos "gestos usurpatorios" y "ejercicio ascendente del poder", que elaboramos a partir de los términos utilizados por Frank Parkin, uno de los teóricos de la corriente sociológica neweberiana de la clausura social, teniendo en cuenta las maticaciones introducidas por Raymond Murphy. Consúltese, Parkin, F., "Strategies of Social Closure in Class Formation", en Parkin, F., (ed), *The Social Analysis of Class Structure*, London, 1974; Murphy, R., "The Structure of Closure: a critique and development of the theories of Weber, Collins and Parkin", *British Journal of Sociology*, 1984, vol. 35, n° 4, pp. 547-67; Collins, R., "Market Closure and the Conflict Theory of the Professions" en Burrage M. y Torstendahl, R., *Professions in Theory and History. Rethinking the Study of the Professions*, London, 1990.
17. Halperín Donghi, T., *Universidad*. En este punto no está de más resaltar, como lo hizo años después Gregorio Aráoz Alfaro, las diferencias existentes entre los estudiantes de Derecho y los de Medicina. Entre los primeros predominaban los porteños de clase alta, y eran los más "distinguidos" social y políticamente. En cambio, entre los estudiantes de Medicina, si bien el papel más protagónico lo ejercían los miembros de la élite social porteña, eran también abundantes los pertenecientes a clases altas de provincias y a sectores sociales inferiores, lo que les daba como conjunto un tono bastante más modesto. Aráoz Alfaro, G., *Crónicas y Estampas del Pasado*, Buenos Aires, 1938, pp. 59-62.
18. El presidente Montes de Oca, señalaba en su memoria: "cumpló el agradable deber de hacer conocer del Superior Gobierno el perfecto estado de disciplina que conserva esta Facultad". "Facultad de Medicina", *RMQ*, 1872, año 9, N° 7, 8 de julio, p. 112. Las opiniones del otro catedrático pueden consultarse en "Revista del la quincena", *RMQ*, 1871, año 8, 8 de diciembre.
19. "Memoria del Presidente de la Facultad (conclusión)" en *RMQ*, 1872, año 9, N° 8, 23 de julio, pp. 129-132.
20. El estudiante Ramos Mejía se dirigía al director de la Prensa expresándole: "Permítame que distraiga por un momento su atención y ocupe algunos espacios de su diario ya que Ud. impulsado por un sentimiento de justicia que lo honra altamente se ha atrevido a atacar de frente a la Escuela de Medicina, a quien todos respetan por que nadie conocía". "Facultad de Medicina. (Artículo comunicado)", en *La Prensa*, 1872, 30 de diciembre.
21. *Ibidem*
22. *Ibidem*
23. El catedrático Albarellos, por ejemplo, dictaba tres asignaturas. Uno de los artículos de la serie publicada por *La Prensa* respondía en tono irónico a una intervención previa de dicho profesor: "el Dr. Albarellos cree de buena fe que enseña Patología General, Medicina Legal y Anatomía Patológica". "La Facultad de Medicina y su Sostenedor Claudican" en *La Prensa*, 1873, 1 de enero.
24. El Dr. Blancas era un médico influyente en la élite porteña que contaba con buenas relaciones en los niveles gubernamentales. El trasfondo de la polémica radica en los frecuentes intentos de los catedráticos de la Facultad de distinguirse desplazando institucionalmente a otros, como el Dr. Argerich o el Dr. Blancas, que basaban su alta posición en su clientela de élite o en cargos públicos ajenos a la Facultad. Este último trató, por lo tanto, de incluirse en ella en un área -enfermedades de niños- que no había adquirido aún el status de asignatura. Para una reseña de la situación del cuerpo médico en la etapa previa consúltese: González Leandri, R., *La Profesión Médica en Buenos Aires: 1852-1870*, en Lobato M., Política, médicos y enfermedades. *Lecturas de Historia de la Salud en la Argentina*, Buenos Aires, 1996.
25. Se criticaba el retraso de las asignaturas, el clientelismo entre los profesores y la desnaturalización de los concursos que había conducido prácticamente a su desuso. También se criticaba la gran cantidad de escándalos que habían sucedido en el seno de la Facultad y de la Universidad en los últimos años, producto de unos reglamentos desfasados. Una cuestión a la que se otorgó la mayor importancia fue la escasa remuneración de los catedráticos y su consiguiente poca dedicación e incapacidad. A los catedráticos de Medicina se les reprochaba que no hubieran producido ningún escrito de importancia en los últimos años. Y como se pensaba que la Medicina como ciencia tenía siempre algo del local, tal deficiencia acarrearía problemas prácticos para la enseñanza. "Organización Universitaria", en *La Prensa*, 1872, 24 de octubre; "Reformas Universitarias", en *La Prensa*, 1872, 15 de diciembre; "Reformas Universitarias", en *La Prensa*, 1872, 18 de diciembre; "La Universidad y la Facultad de Medicina" en *La Prensa*, 1872, 24 de diciembre; "La Facultad Sola" en *La Prensa*, 1872, 27 de diciembre; "Más reformas en la Facultad", en *La Prensa*, 1872, 29 de diciembre.
26. "Facultad de Medicina. La Exposición del Dr. Larrosa", en *La Prensa*, 1873, 4 de abril.
27. La aplicación de tal medida y de otra que afectó a dos estudiantes fue considerada como "una venganza que ejerce la Facultad, tendiendo a ahogar las manifestaciones de independencia que esos estudiantes habían dado". *Ibidem*.
28. "Facultad de Medicina. Consecuencias de su atraso", en *La Prensa*, 1873, 4 de marzo.
29. Destacaba además que la Facultad estaba "abandonada por todos y confiada a la voluntad de un círculo despótico y absorbente" y que en lo relativo al control disciplinario se daba a los catedráticos "atribuciones ilimitadísimas que no discrepan en su espíritu y aún casi diríamos en su forma de las más severas ordenanzas militares" *Ibidem*.
30. Es necesario destacar también que la protesta estudiantil irritó a muchos sectores. Por otra parte ciertos grupos de opinión que apoyaron la protesta en sus inicios comenzaron a tomar distancia dada su radicalización. Lo que irritaba no era tanto lo que se decía ni tampoco el tono empleado, sino desde donde se hablaba. Tal situación fijaba inevitables límites al movimiento de estudiantes que para su éxito necesitaba del apoyo de otros sectores, tanto internos como externos a la Facultad. "Reformas en el Plan de Estudios Superiores" en *La Prensa*, 1873, 14 de marzo.
31. "Una Corporación Recalcitrante" en *La Prensa*, 1873, 25 de marzo.
32. "Publicaciones Varias. Facultad de Medicina. Renuncia del Dr. Teodoro Alvarez", en *La Prensa*, 1873, 21 de marzo.
33. *Ibidem*.
34. *Ibidem*.
35. "Una Corporación Recalcitrante", en *La Prensa*, 1873, 25 de marzo.
36. La renuncia de Montes de Oca fue presentada el 23 de abril de 1873. Según Cantón el presidente de la Facultad estaba amargado por la campaña de prensa en su contra y también por que el Gobierno lo había desautorizado en cuestiones tan importantes como la reinscripción de Ramos Mejía y la autorización a la licencia de Alvarez y Bosch. Cantón, E., *Historia*. T. III, p. 174. Debe destacarse también que Montes de Oca había solicitado su jubilación en julio de 1872, por lo que el conflicto lo encontró en pleno proceso de retiro, hecho que puede admitir distintas lecturas, dado el carácter que bajo su mandato adquirió la disciplina interna. "El Catedrático de Clínica-Quirúrgica", en *RMQ*, 1872, año 9, N° 8, 23 de julio.
37. El distanciamiento de Alvarez, Bosch y Santillán paralizó la actividad de la Facultad, que necesitaba de su participación para cubrir plazas vacantes. La Facultad solicitó al gobierno que los conminara a reincorporarse, pero la posición de estos a pesar de

- la presión a que fueron sometidos fue irreversible: no se reincorporarían hasta que no fuera modificado el reglamento interno. "Facultad de Medicina. Renuncia del Dr. Teodoro Alvarez", en *La Prensa*, 1873, 21 de marzo; "El Dr. Bosch y el Gobierno", en *La Prensa*, 1873, 22 de noviembre.
38. González Leandri, R., "Profesión médica".
 39. "La Exposición de la Facultad de Medicina", en *La Prensa*, 19 de marzo.
 40. "Facultad de Medicina. Consecuencias del Atraso", en *La Prensa*, 1873, 4 de marzo. Otras críticas a la postura de Larrosa como secretario de la Facultad fueron publicadas en "Facultad de Medicina. La Exposición del Dr. Larrosa", en *La Prensa*, 1873, 4 de abril.
 41. "La exposición de la Facultad de Medicina. Al autor del documento", en *La Prensa*, 1873, 19 de marzo.
 42. Una de aquellas notas argumentaba que, "Mucho tiempo hace y es pública voz y fama que en la Facultad de Medicina existía una especie de oligarquía profesional cuyos móviles no parecían ser otros que detener el vuelo de las inteligencias, sin duda para evitar la competencia que más tarde le traerían a los que pretenden dominar la situación del gremio". "Una Corporación Recalcitrante", en *La Prensa*, 1873, 25 de marzo.
 43. De hecho, una de las críticas que se hacían tanto al Gobierno como a la Facultad, era la de clientelismo. Se consideraba que los nombramientos de catedráticos se producían exclusivamente entre los círculos e influencia de los ministros. "Los Hombres Indispensables", en *La Prensa*, 1871, 24 de diciembre.
 44. Temía también el cuerpo médico que la imposición de la autonomía pudiera desatar conflictos de incumbencias con la Facultad de Ciencias Físico Naturales, con la consiguiente pérdida de control sobre áreas en discusión como la Higiene. También mostraba cautela frente a la Facultad de Derecho -más poderosa- con la cual mantenía intermitentes colisiones con respecto a la Medicina Legal que, a la par del Estado, comenzaba a mostrar un importante crecimiento.
 45. "Proyecto de Ley de Instrucción Pública. Juan María Gutiérrez", Enero 9, 1872, en, *Revista Farmacéutica*, 1872, año XIV, T. X, N° 2 y "Documentos Oficiales-Provinciales", en *La Tribuna*, 1872, 19 de enero.
 46. Memoria del ministro de Gobierno. "La reforma Universitaria y los sueldos de los catedráticos", en *La Prensa*, 1872, 11 de mayo. El ministro se mostraba contrario a la independencia universitaria, base esencial del proyecto del rector. Rechazaba también el nombramiento de profesores y funcionarios sin injerencia del Poder Ejecutivo y toda administración económica que se hiciera sin supervisión del gobierno.
 47. "La reforma Universitaria y los sueldos de los catedráticos", en *La Prensa*, 1872, 11 de mayo.
 48. "Proyecto de Ley de Instrucción Pública. Juan María Gutiérrez", Enero 9, 1872, en, *Revista Farmacéutica*, 1872, año XIV, T. X, N° 2.
 49. *Ibidem*
 50. El rector gozaba de profundas simpatías entre el elemento estudiantil. Véase por ejemplo: "Actitud de los estudiantes", en *La Prensa*, 1873, 1 de noviembre. Fue además un importante impulsor de los estudios de Ciencias Físicas y Naturales y avaló la creación de una Facultad de Farmacia independiente de la de Medicina.
 51. Buena parte de la campaña organizada por *La Prensa*, coincidía con tales objetivos. De ahí su insistencia en el tema de los sueldos de los catedráticos y en la necesidad de su dedicación exclusiva a las tareas docentes.
 52. Este proceso social ha sido descrito en algunos de sus elementos por Tulio Halperín quien encontró en aquel "propósito cerradamente profesional" el principal inconveniente que debieron enfrentar aquellos que querían convertir a la Universidad en un ámbito de difusión cultural. Halperín Donghi, T., *Universidad*. pp. 78-86.
 53. "Los Doctores ante la Opinión Pública", en *La Prensa*, 1872, 28 de noviembre.
 54. *Ibidem*
 55. "Reformas Universitarias", en *La Prensa*, 1872, 18 de diciembre.
 56. En estos planes mixtos se proponía la instauración de la enseñanza libre a la vez que la intervención directa del gobierno en el nominación de los jurados de exámenes. El nombramiento del rector y de los profesores también sería prerrogativa del Gobierno aunque eligiendo a partir de ternas propuestas por el Consejo Universitario. *Ibidem*.
 57. El proyecto de reformas elevado por el secretario de la Facultad al Gobierno en marzo de 1873, se encuentra transcripto en Cantón, E. *Historia*. T. III, pp. 170-172. En el se contemplaba la creación de cuatro nuevas cátedras, Higiene, Anatomía Patológica, Venéreas y Piel y Oftalmología y Niños. Una vez aprobada por el Gobierno se le dio pronta publicidad con el objeto de que "la juventud se diera cuenta exacta hasta que punto ella se preocupaba del adelanto y perfeccionamiento de las materias y métodos de enseñanza". *Idem*. p. 173. "La Facultad de Medicina. La Necesidad de su Organización Inmediata", en *La Prensa*, 1874, 26 de febrero.
 58. Se trató de Manuel Porcel de Peralta y Mauricio González Catán. En un concurso reciente este último había impugnado a la totalidad de los catedráticos de la Facultad, hecho irregular según el reglamento reformado, pero que fue aceptado por el Gobierno, lo que generó no pocas tensiones entre ambas instituciones.
 59. Debió para ello iniciar aceleradas y complejas gestiones dado que la creación de dicha cátedra en la Universidad estaba siendo ya estudiada por el parlamento. Cantón, E., *Historia*. T. III p. 174.
 60. El conflicto de la cátedra de Anatomía, se originó a raíz de una solicitud de permuta de materias, uno de los puntos del reglamento más criticados por los estudiantes, que se produjo con motivo de la jubilación de Juan José Montes de Oca. De todas maneras, en un concurso regular el candidato desplazado y favorito de los alumnos, el Dr. Iturrioz hubiera tenido también muy difícil frente a dos diputados y políticos de experiencia y, por lo tanto, grandes oradores como eran Montes de Oca y Wilde. Curiosamente una situación similar fue puesta como ejemplo por Wilde para oponerse al sistema de concursos, cuando la ley de Educación Superior fue debatida en el Senado. "La Tribuna y los Dres. D. Manuel Montes de Oca, Wilde e Iturrioz", en *La Prensa*, 1873, 6 de noviembre. Rodríguez Bustamante N., (ed.) *Debate parlamentario sobre la ley Avellaneda*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1985.
 61. Halperín Donghi, T., *Universidad*, pp. 84-85. Decreto orgánico de la instalación de la Universidad y de las facultades, en *RMQ*, 1874, año 11, N° 1, 8 de abril, pp. 4-8.
 62. "La Facultad de Medicina. La Necesidad de su Organización Inmediata", en *La Prensa*, 1874, 26 de febrero.
 63. A su vez, el cuerpo dirigente de la Universidad pasó a estar presidido por un rector elegido por sus mismos componentes cuya tarea sería complementada por un Consejo Superior integrado por él mismo, por los decanos y por dos delegados de cada una de las facultades. Sin embargo, el gobierno, aún temeroso de las posibles consecuencias de su decisión, cuidó de que el rector, nombrado con anterioridad, pudiera proseguir en el cargo por cuatro años más.
 64. Algunos autores que toman en cuenta el funcionamiento anterior de estructuras similares consideran que con la adopción de tales reformas comienza un tercer periodo de la Academia de Medicina, al que denominan "universitario directivo" y que se extendería desde 1874 a 1906. Quiroga M., *Historia de la Academia de Medicina de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1972, pp. 135-170.
 65. La Academia de Medicina creada originalmente en 1822 fue reinstaurada en 1852 por el mismo decreto que creaba la Facultad de Medicina y el Consejo de Higiene. Curiosamente no estaba conformada en forma exclusiva por médicos. Tal vez debido a ese motivo tuvo una vida efímera. Cuando la joven élite de la Asociación Médica Bonaerense se sintió afianzada a fines del la década de 1860, solicitó al gobierno que la elevara al rango de Academia, pero en ese entonces no obtuvo respuesta. Con la reforma de la estructura educativa de 1874, parte de sus objetivos se veían satisfechos.
 66. Decreto de "Reglamentación de la Instrucción Secundaria y Superior", promulgado el 26 de marzo de 1874. Transcripto en Cantón, E., *Historia*, pp. 201-208. Ver también *RMQ*, 1874, año 11, N° 2, 23 de abril, p. 17. La lista de quince académicos quedó completada el 1 de junio, Facultad de Ciencias Médicas, en *RMQ*, 1874, año 11, N° 5, 8 de junio, pp. 70-71. Se trataba de figuras notables en el mundo social y de la política. Además de Wilde y Porcel de Peralta, varios otros ocuparon importantes cargos políticos y gubernamentales como M. A. Montes de Oca y Pedro A. Pardo que ejercieron como ministros de Relaciones Exteriores y Cleto Aguirre, diputado en varias ocasiones y gobernador de su provincia natal, Salta.
 67. "Otra vez la Facultad", en *RMQ*, 1874, año 11, N° 5, 8 de junio, p. 73. Cantón resalta que "Grandes debieron ser los prestigios sociales y el ascendiente político ante el Gobierno del señor Mariano Acosta, cuando se le ve, a raíz del decreto dado por este en 1874, reorganizando la enseñanza superior y dando a las academias la dirección de las facultades, ser elegido decano de una corporación, donde existían maestros como Rawson, Manuel Augusto Montes de Oca, Alvarez, Larrosa, Wilde, Pardo etc., más antiguos que él en el ejercicio del profesorado, y con mayores derechos de domicilio". Cantón, E., *Historia*, p. 193.
 68. *Idem*, pp. 192-199
 69. De manera curiosa, los avatares de tales negociaciones hicieron que el poder médico se centralizara en una figura refractaria a las teorías de la bacteriología. Debe agregarse que, tal vez por el mismo hecho de detentar tales puestos, Porcel de Peralta fue criticado de manera severa y continuada por los sectores subalternos. Tras ocho años de ejercicio en el cargo se vio obligado a renunciar en circunstancias bastante conflictivas en el seno de la Academia y que lastraron bastante

su prestigio. Uno de los líderes de la oposición estudiantil a su figura expresó frente a su renuncia: "Era tiempo de que esto sucediera. El Dr. Peralta ha debido renunciar muchos años antes -y mejor hubiera sido que jamás se lo hubiera designado para nada". "La Facultad, el decano, los estudiantes y el Círculo Médico Argentino", en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 1883, año VII, Tomo VII, N° IV, diciembre 1, pp. 201-203.

70. La comisión encargada de elaborar el informe para el nuevo reglamento estaba compuesta por Larrosa, Mattos, Pardo y Wilde. "Facultad de Ciencias Médicas", en *RMQ*, 1874, año 11, N° 6, junio 23, p. 86.

71. "Proyecto de reglamento de la Facultad de Ciencias Médicas", en *RMQ*, 1874, Año 11, N° 10, 23 de agosto, pp. 159-163.

72. *Ibidem*.

73. *Ibidem*.

74. "Revista de la Quincena", en *RMQ*, 1874, año 11, N° 14, 23 de octubre, p.225. "Facultad de Ciencias Médicas", en *RMQ*, año 11, N° 15, 8 de noviembre, p.242.

75. Desde un primer momento el rector debió enfrentar una campaña adversa de La Nación y La Prensa y posteriormente de parte de la facción alsinista. "La Universidad", en *La Prensa*, 1875, 18 de febrero. "Escándalos en la Universidad", en *La Prensa*, 1876, 13 de febrero. Para el contexto político de esas pugnas consúltese: Barba, F., *Los autonomistas del 70*, Buenos Aires, 1982; Chiaramonte, J., *Nacionalismo y Liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, 1971 y Halperin Donghi, T., *Proyecto y Construcción de una Nación, Argentina 1846-1880*, Caracas, 1980.

76. "La Facultad de Medicina", en *RMQ*, 1875, Año 12, N° 3, 8 de mayo, pp. 42-44. La gran novedad que presentaba el nuevo plan era la incorporación de ciertas materias de índole clínica, por lo que muchos consideran que fue en este momento en que comenzó la época de las especialidades. Sin embargo, médicos críticos señalaron que muchas de las materias creadas entonces lo fueron sólo de manera nominal. Uno de ellos interpretaba así las reformas "Si esta gran reforma perfeccionó el mecanismo administrativo de la enseñanza médica, tuvo muy poca repercusión sobre la enseñanza misma...En el segundo año la Facultad de Ciencias Médicas introdujo algunas mejoras importantes en la enseñanza creando la cátedra de Histología, a la que añadió la Anatomía Patológica, la cátedra de Oftalmología y Clínica Oftalmológica y la Clínica de las enfermedades de la piel y sifilíticas". En la práctica, sin embargo, constataba que "las enfermedades de las

mujeres y los niños, no se han enseñado nunca de una manera regular... La Anatomía Patológica que figura en los programas desde el año 1857, tampoco se dictó hasta el año 1876, en que se empezaron a dar algunas lecciones que fueron luego interrumpidas... De la Clínica de las enfermedades de la piel y sifilíticas no se ha dado ninguna lección, porque la cátedra se suprimió inmediatamente después de creada. "Discurso leído en la inauguración de los Cursos Libres de Medicina por el presidente de la Asociación Dr. Don Bartolomé Novaro", en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 1883, Año VI, T. VI, N° X, junio 1°, pp. 392-407.

77. Cantón, E., *Historia*, pp. 232-234.

78. Si bien nadie se mostraba explícitamente en contra del sistema de concursos, verdadero estandarte ideológico de la profesión, muchos expresaban sus dudas acerca de la aplicación de un mecanismo que traía aparejados tantos conflictos. De hecho la élite médica los había sufrido en carne propia y muchos consideraban que eran las desavenencias originadas en los concursos las que habían facilitado su impugnación por parte de sectores subordinados y de la opinión. De hecho, la propia comisión de reforma del reglamento se mostraba bastante ambigua al respecto. "Proyecto de Reglamento de la Facultad de Ciencias Médicas", en *RMQ*, 1874, año 11, N° 10, 23 de agosto, pp. 159-163.

79. Cantón, E., *Historia*, pp. 237-239

80. Los debates de dicha ley, son notables y muestran la desconfianza que los sectores políticos predominantes mostraban hacia los grupos profesionales y de profesores. Si bien los concursos fueron aprobados, lo fueron por un margen mínimo y la postura de Wilde fue muy atendida. Sus argumentos se basaban en que su adopción alteraría la marcha académica normal y deterioraría la producción científica, dado que los profesores estarían pendientes de ellos, y del clima que generaban, ante todo. La aplicación posterior de los concursos no fue cumplida, sin embargo, de manera estricta. Rodríguez Bustamante, N., (ed.), *Debate parlamentario*.

81. Es interesante notar como sectores que defendían en todo momento el proyecto de profesionalización médico se oponían en ciertas circunstancias, y con especial dureza, a las prerrogativas monopolísticas de la Academia. La Prensa exponía en una ocasión que la Facultad de Medicina era "una merienda de negros" y que "la Academia de Ciencias Médicas es lo mismo que la vieja y carcomida Facultad de Medicina". "Decadencia Moral", en *La Prensa*, 1876, 30 de enero.

Reflexiones sobre el populismo en Italia: El "fenómeno Lauro"

Valeria Napoli*



El laurismo es el movimiento político que más se ha identificado con la Nápoles de la segunda posguerra. Con todo, no obstante el alboroto suscitado por la personalidad excéntrica del personaje al que ese movimiento une su suerte: Achille Lauro, más notorio aún debido a su incidencia en la administración de la capital del Mezzogiorno, son escasos los estudios de carácter más específico y con método crítico realizados en torno a este tema. De manera que la literatura existente se limita sólo a un nivel periodístico y tiende particularmente a tomar en cuenta los aspectos más excéntricos y folklóricos del "fenómeno Lauro". Precisamente su ingente for-

tuna, además de una vida privada constelada de frecuentes aventuras galantes habían hecho de él un personaje muy discutido -blanco sobre todo de críticas y maledicencias- fue presentado a menudo como un héroe negativo. Menor atención se prestó, en vez, a su rol político, que en los años '50 fue relevante no sólo a nivel local, sino incluso a nivel nacional.

Achille Lauro, nacido en Piana di Sorrento el 16 de junio de 1887, liga su nombre al de una familia que en la península sorrentina era indudablemente representativa de la industria naviera. Ha sido seguramente uno de los armadores más prestigiosos del mundo. Gracias a sus aptitudes de gerenciamiento, a una férvida inteligencia, a sus intuiciones geniales, a la capacidad de aprovechar las oportunidades y las posibilidades que se le iban presentando, llegó a construir una poderosísima flota que en los años Cincuenta conoció poquísimos rivales.

Personaje caracterizado por una visión profundamente pragmática de la realidad, hizo su ingreso en la liza política impulsado por el cálculo oportunista de las posibilidades y los apoyos que de ahí podía obtener para proteger sus propios intereses económicos. Comprendió, no obstante, la importancia de adecuarse al sistema político vigente, cualquiera que fuese. Así en 1933 se afilió al Partido Nacional Fascista, llegando a ser, sin más, consejero nacional de la Cámara de los Fascios y de

* Universidad de Siena

las Corporaciones. Esto le costó, al final de la guerra, un período de confinamiento en los campos de Padula y de Terni. Salido de la prisión, ya en pleno régimen republicano, buscó una inserción en el nuevo sistema representativo. Primero adhirió al Partido del Hombre Común (Partito dell'Uomo Qualunque), fundado por Guglielmo Giannini, luego entró en el Partido Nacional Monárquico. Cuando llegó a ser intendente de Nápoles en 1952, gobernó la ciudad, recurriendo también a métodos desprejuiciados y personalistas, casi impugnadores de las reglas del juego, tanto que creó un verdadero y propio movimiento político: un "partido partenopeo" que dependía sólo de su persona.

Para elaborar un análisis del fenómeno político del laurismo no basta analizarlo, como se ha hecho generalmente, según la clave interpretativa de la buena o mala administración, poniendo exclusivamente el acento en la corrupción (que seguramente no faltó), en el clientelismo del sistema político, en los compromisos políticos estipulados particularmente con el partido del gobierno para obtener favores y conseguir así un radio de acción más amplio en sede local. Ni siquiera resulta suficiente delinear el éxito de tal fenómeno por su solo encuadramiento en el más amplio panorama político nacional, considerándolo de ese modo como la consecuencia normal y obvia de los posicionamientos de derecha necesarios para compensar el equilibrio político italiano del período –a raíz de la crisis del centrismo desde las elecciones políticas del 7 de junio de 1953– cuando llegó a faltar una mayoría preconstituida en el Parlamento y la tendencia de la Democracia Cristiana fue dirigirse a los partidos de derecha para consolidar el sostenimiento del gobierno.

Indudablemente la lectura del laurismo no se puede desvincular del complejo contexto histórico nacional

durante los difíciles pasos iniciales de la República en el Mezzogiorno, y en particular de las fases convulsivas de la reconstrucción. En efecto, sería difícil separar el problema del suministro y de la gestión de los recursos –puestos entonces a su disposición por el Estado– de la mayor o menor fortuna de Lauro como empresario político, en su cargo de intendente de Nápoles.

Pero además, el "fenómeno Lauro" requiere también una lectura de un período más largo porque resulta emblemático de una relación históricamente compleja: aquella que se establece sin mediaciones entre *leadership* políticas y masas populares, especialmente (pero no sólo) en el Mezzogiorno. Con ese objetivo, nos permitimos examinarlo aquí como fenómeno partenopeo, porque ahí se pueden investigar los motivos de su fuerza de atracción, la explicación respecto del amplio consenso que suscitó, cuáles fueron sus efectivas cualidades de leader, el por qué –en suma– la población partenopea hizo de este armador naviero un inevitable punto de referencia.

Hace algunos años Giovanni Pasquino, escribió que el populismo es un fenómeno social y político de tal complejidad que no se puede formular una elaboración teórica capaz de contener todas sus facetas, porque varía según la experiencia de cada país –adoptando modos, formas y tiempos diversos de desarrollo y afirmación– de manera que puede ser visto sea como ideología, movimiento, conglomerado de partidos o régimen político. Este autor, también trató de individualizar las características comunes que distinguen las fases históricas donde el populismo emerge como movimiento socio político significativo, es decir como "respuesta a una condición histórica de profundas tensiones psicológicas, grandes dislocaciones sociales y fuertes contrastes políticos"¹.

Pero, ¿en qué medida estas catego-

rías, delineadas pensando de modo prevalente en los países de América Latina², pueden ser pertinentes y por ende adaptables a la realidad napolitana de los años Cincuenta? En lo que concierne, por ejemplo, al aspecto más específicamente ideológico de este movimiento, aunque creemos que el mismo discurso se puede adaptar a todos los fenómenos populistas, puede ser más útil una clave interpretativa de tipo antropológico como la que sugiere Carlo Tullio Altan. En ese caso, se pondría de relieve el modo en que se vivieron, percibieron y fueron reelaborados los eventos por los individuos que al ir decantando en el imaginario colectivo "asigna las identidades y los roles, expresa las necesidades colectivas y los fines que deben realizarse" en una determinada sociedad³. Puede ser muy fructífero un itinerario de investigación que evalúe críticamente la mayor o menor presencia del tema del arraigo al suelo natal en relación a las relaciones sociales de los grupos periféricos respecto de los grupos de poder.

Precisamente, partiendo de estos presupuestos A. Stewart afirma que el populismo "emerge como respuesta a los problemas planteados por la modernización y por sus consecuencias"⁴. Desde esa óptica el populismo se representa como típico de una sociedad que vive el momento de la transición de lo pre-moderno a lo moderno, de lo pre-industrial a lo industrial. No es por casualidad entonces que Percy Antony Allum, el primero en intentar un serio tratamiento



del laurismo, afrontando el análisis del sistema político napolitano, utilizó el esquema dicotómico *Gemeinschaft und Gesellschaft* (comunidad y sociedad), subrayando así la fusión entre antiguo y moderno que permea la sociedad partenopea⁵. Sostiene, en particular, que el laurismo había expresado la tensión provocada por la imposición externa por parte del estado de las normas de la *Gesellschaft* a una realidad donde prevalecían los valores de la *Gemeinschaft*, donde las relaciones eran todavía de tipo personalista y el núcleo fundamental aún estaba constituido por la familia, con una mentalidad todavía tradicional, dominada de visiones particularistas, dogmáticas, ideológicas.

Queda aún por agregar que en un Mezzogiorno caracterizado por una persistente inmovilidad económica y social, donde la burguesía agraria fue incapaz de convertirse en burguesía empresaria, impidiendo la acumulación de capital, resorte propulsor del desarrollo industrial, la ciudad de Nápoles siempre se distinguió como centro burocrático. El empleo municipal fue siempre la meta más ambiciosa de la pequeña burguesía napolitana, sobre todo de la intelectual. Aún en los años Cincuenta, cuando el boom económico se registraba en el resto del país a través de una fuerte recuperación, sobre todo del sector industrial, Nápoles parecía mantenerse al margen de este proceso⁶. No se pusieron en movimiento fuerzas nuevas y progresistas, más bien se reafirmaron las conservadoras y retardatarias.

Los únicos sectores dinámicos fueron los ofrecidos por la actividad marinera y por la especulación edilicia.

La ausencia de una economía de tipo capitalista impidió la formación y el arraigo de una tradición política proletaria y por ende la penetración de un partido marxista o ligado a la clase obrera. Según Gino Germani precisamente este tipo de circunstancia, y la aparición de un proletariado urbano como nuevo sujeto político carente de canales de expresión ideológicamente orientados⁷, ofrecería otra oportunidad a la solución populista.

Habría que distinguir entonces entre la demanda social obrera y la más genéricamente urbana-metropolitana, no subsumible por cierto en aquélla: en Nápoles prevalecía sin duda la segunda.

El tema de las relaciones entre partidos organizados y sociedad civil, y de la comunicación de la clase política y las masas populares, han tenido siempre centralidad en los estudios sobre el Mezzogiorno de la segunda posguerra. Por otra parte ¿cómo no recordar el rol históricamente decisivo atribuido a las "masas" meridionales, protagonistas por primera vez de su propio futuro, en el movimiento de "Renacimiento para el Mezzogiorno"?

Todos los estudiosos concuerdan en dar relevancia a cómo después de la finalización del segundo conflicto mundial, salidos de la clandestinidad obligada durante el ventenio fascista, los partidos se fueron organizando también en el Mezzogiorno, y los llamados de masa se esforzaron por incidir de manera profunda en el interior de la sociedad civil, dando vida a una serie de iniciativas para responder a las dificultades planteadas con mayor urgencia por la población. No obstante, el éxito fue si no modesto, al menos contradictorio. ¿Cuáles fueron las razones? Según algunos la correspondencia entre demanda social y respuesta política re-

sultó incongruente porque los intentos políticos de los partidos de izquierda chocaron con los difundidos elementos de retardo y de resistencia al cambio que frenaban el empuje hacia la renovación del orden social y político⁸. Otros, como Altum, aún compartiendo esas argumentaciones, sostienen que la escasa penetración de los partidos democráticos en el tejido civil meridional, en general, y partenopeo, en particular, se debió a un comportamiento "jacobino" del personal dirigente de dichos partidos, es decir a su tendencia a imponer abstractamente los modelos políticos desde afuera y desde arriba⁹.

Pasquino ya había subrayado que en la fase de transición a la modernización, la ausencia y la escasa o poco significativa penetración de los partidos de masa así como la debilidad de las instituciones estatales, son las bases suficientes para que se inserte un fenómeno populista, en la medida en que emerge un *leader* en grado de usufructuar los "factores dinámicos" del momento y del complejo proceso de la transición, y de recoger las exigencias y articular las demandas de la población, deviniendo, de algún modo, en el representante¹⁰. Se produciría entonces entre los ciudadanos y el jefe del movimiento esa relación de "sobreidentificación", para usar una expresión de Altan, por la cual la persona concreta del *leader* sufriría un proceso de "transfiguración simbólica", sería mitificada a través de lo que en términos políticos corrientes se define como "culto a la personalidad"¹¹.

Ha escrito Panfilo Gentile que los partenopeos son sensibles a las personalidades de rasgos fuertes¹², en efecto, la voluntad popular napolitana se proyectó en la figura de este armador convirtiéndolo en un "personaje ganador", lo recibió como el hombre nuevo y le atribuyó presuntas capacidades para decidir la suerte de la ciudad, que aún sufría las heridas de la última guerra. En

ese sentido se pueden pensar los *slogan* usados durante las campañas electorales: "Achille Lauro es Nápoles y Nápoles es Achille Lauro", o "Lauro de nuevo entre el pueblo de Nápoles dará inicio a su batalla por el rescate del sur". Efectivamente, él había sabido dar cuerpo a la protesta popular que nacía de un estado de profunda disconformidad y descontento debido al fuerte desorden financiero y a la persistente crisis ocupacional de la ciudad, agitando en primer lugar el milagro de la casa propia, que la especulación edilicia parecía tornar accesible a todos los estratos sociales (en ese sentido sería útil recordar la construcción del "Pueblo Lauro" en Fuorigrotta). Aumentaría, además, de manera excesiva el número de empleos municipales, ofreciendo de ese modo nuevos canales ocupacionales.

En un movimiento de tipo populista, el pueblo busca una relación directa con el *leader*, sin que exista mediación a través de ninguna forma institucional.

Achille Lauro, no obstante ser presidente del Partido Nacional Monárquico, inscripto por ende en una estructura partidaria que a pesar de su naturaleza anti-institucional había debido aceptar las reglas del sistema democrático-representativo, en la especificidad local napolitana había creado un movimiento político que gravitaba sólo en torno a su persona. Se trataba, en el fondo, de un movimiento modelado de acuerdo a los requisitos de la realidad partenopea y excluía, por lo tanto, la pertenencia a una estructura política centralizada, basada en una ideología elaborada,



en un programa específico, en una organización.

Llegados a este punto cabría preguntarse si los *leaders* de tales movimientos, en este caso particular Achille Lauro, son o no son jefes carismáticos en el sentido weberiano del término. La respuesta nos parece negativa. Su capacidad de movilizar a las personas en torno a un programa históricamente válido, es decir adaptado y apropiado para el momento que se vive, no deriva de algún *carisma* personal. No son creadores de nuevos valores, sino que se limitan a la simple manipulación de los estados emotivos populares y a la instrumentalización de ideologías y estados de ánimo difusos.

Un movimiento populista, por tanto, no elabora y no estructura una ideología propia de una manera precisa, pero "se apropia de las ideologías de movilización disponibles en el mercado en un determinado momento histórico"¹³. Por ende, resulta importante ver y entender como la pobla-

ción vive e interpreta la realidad histórica, conocer los modos y las formas en que los eventos se fijan en el imaginario de la gente, cuáles pasiones suscitan, cuáles sentimientos, cuáles mitos, cuáles prejuicios, cuáles opiniones. De esos elementos se apropia el populismo, instrumentalizándolos y creando así un espectro amplio de consenso.

El laurismo, de modo particular, insertó sus raíces en algunos núcleos centrales: "qualunquismo" popular, sudismo reivindicacionista, legitimismo popular, que Angelo Michele Imbriani subsume bajo el concepto de "ideología moderada reaccionaria"¹⁴.

El "qualunquismo" popular denota un sentido de extraneidad de la política, demarca una fractura entre los ciudadanos y el mundo de la política, visto como mundo lejano si no directamente hostil, concebido como una conjuración de los ricos y de los poderosos contra los pobres¹⁵. Subraya la instintiva desconfianza de los napolitanos respecto de las instituciones, en modo particular de las republicanas, percibidas como negación del sistema paternalista clientelar, donde el que mandaba tenía incluso el honor de proveer los medios de subsistencia al pueblo.

El sudismo revindicacionista es un estado de ánimo difundido en la población meridional que se puede rastrear en el período de la unificación italiana. Allí remite el mito de la violencia y del dominio sufrido por el Sur a partir de la Italia unida. Expresa, por lo tanto, una actitud de fuerte contraposición entre el Norte y el Sur del país y la convicción de que el Mezzogiorno ha sido explotado, maltratado, "colonizado", mantenido en una condición de inferioridad sea por el gobierno nacional, sea, sobre todo, por las fuerzas capitalistas septentrionales.

El legitimismo, que según Allum es una de las "visiones políticas" dominantes en Nápoles durante la segunda posguerra a nivel popular¹⁶, consiste en un conjunto de símbolos a través de los cuales se interpreta la figura del soberano, reconocido por el pueblo como jefe y fuente de justicia. La monarquía es vista como depositaria de las normas y del ordenamiento de la sociedad tradicional, que se quiere mantener y salvaguardar¹⁷ como escudo contra el sistema disgregador de los partidos, percibidos como movidos solamente por intereses particulares y facciosos.

La ideología de un movimiento populista, por otra parte, debe tener contornos más bien vagos, debe constituir un cuadro de referencia bastante am-

plio para atraer a diversos sectores sociales¹⁸. Se trata de una ideología compuesta. El populismo, tal como lo entendemos, de hecho, en sus contenidos ideológicos no se propone defender algún interés sectorial –o si queremos, clasista– por el contrario, se caracteriza realmente por un fuerte interclasismo.

Lauro, de modo particular, había logrado actuar con una técnica del consenso tan ambigua cuanto desprejuiciada que le permitía penetrar sea en la elite de negocios navieros y financieros, sea en las masas populares, sea en los sectores medios burgueses de los empleados; tanto que se ha dicho que su fuerza de atracción se extendía "de los salones aristocráticos y moderados a los marginados más desesperados, de la burguesía profesional a los grupos de empresarios y hombres de negocio"¹⁹. El amplio consenso que suscitaba su persona se expresaría de manera fulgurante el 2 de junio de 1956, cuando, sin el apoyo de otras listas, Lauro sería reelecto intendente de la ciudad con la mayoría absoluta de 276.618 votos.

Su capacidad agregativa más allá de encontrar un instrumento válido en los elementos de la subcultura propia de las masas populares partenopeas, supo aprovechar también el control de la "hacienda municipal", favorecido por la política intervencionista del Estado, que hacía de la persona del intendente un verdadero empresario político. La gestión del consistente flujo de recursos provistos por el gobierno para la reconstrucción le permitió, por tanto, no sólo amalgamar los consensos de la pequeña burguesía, atraída por las mayores posibilidades ofrecidas por el empleo público, sino también de un nuevo sector urbano, esencialmente parasitario y especulador, que se enriqueció invirtiendo sobre todo en la reconstrucción edilicia de la ciudad.

Se trata, por lo tanto, de un populis-

mo caracterizado por una dimensión urbana, distinguiéndose por ello de un populismo de matriz rural. Resulta necesario, con mayor razón, diferenciarlo del populismo ruso, surgido en la segunda mitad del Ochocientos, que más allá de ser una doctrina política de inspiración socialista, tuvo como sustento social el campo y los campesinos.

La ausencia de una organización y de una estructura propiamente políticas constituyen, según Pasquino, la base de la debilidad y de la precariedad de un movimiento populista. Tratándose de movimientos que se identifican con la persona de su leader es inevitable que, cuando el poder de este último se debilita notablemente, desaparezcan junto con él. La ligazón entre la misma persona del jefe y los diversos grupos sociales movilizados –que como se ha dicho es un vínculo directo, podremos decir casi personalista– se rompe. Se va entonces en busca de una nueva guía y de un nuevo soporte²⁰. Esta resulta una explicación convincente, que nos parece puede adaptarse bien al laurismo, que perdido el control de la municipalidad, no podía sobrevivir y estaba destinado a agotarse rápidamente. Sin embargo, todavía tenían vigencia las condiciones que habían favorecido su afirmación. El vacío dejado fue inmediatamente ocupado por un nuevo bloque de poder que gravitaba en torno a la familia Gava y sostenido por aquellos grupos que, durante el período laurino, habían construido un fuerte poder económico con las inversiones públicas.

Resta por decir que la fortuna del laurismo reposó sobre todo en la capacidad de dar cuerpo y expresión a los profusamente difundidos sentimientos y actitudes de oposición y hostilidad contra la política, contra el estado, contra el nuevo sistema pluralista de los partidos y se insertó en la visión "qualunquística" de la política del pueblo meridional.

En efecto, en la segunda posguerra,

sobrevivía –dice Sandro Setta– un "país real" mucho menos avanzado de cuanto los partidos del CLN podían imaginar²¹, hostil a los mitos del antifascismo y de la Resistencia a los cuales había permanecido extraño. Enerrado sobre todo en el Mezzogiorno, allí se reanimó aquel substrato conservador, sostenedor ya del pasado régimen, que obstaculizó cualquier tipo de ruptura sea institucional, sea social.

Ese país real se abroqueló detrás de las certezas culturales y de los poderes sociales con los que estaba habituado a contar y manifestó una aguda desconfianza respecto de todas las novedades vistas sobre todo como amenazas de desestabilización²².

El rechazo de "lo nuevo", representado por el sistema institucional republicano, la actitud refractaria ante la presencia de más actores políticos se escondía detrás del escudo del lealismo monárquico, garantía extrema del continuismo. Una prueba por demás elocuente fue el 80 % de consenso favorable a la monarquía que se expresó en Nápoles el 2 de junio de 1946.

La capitalización del difundido consenso, en sus formas explícitas u ocultas, constituyó la principal riqueza del laurismo, ya que su afirmación se debió no tanto a la acción político-propagandista de la que fue capaz, cuanto a los recorridos que se desenvolvían autónomamente en el imaginario colectivo. En el personaje y después en el movimiento político, la opinión pública, impregnada de aquella cultura que Chiarini define como "impolítica"²³, había proyectado, en efecto, las propias imágenes y representaciones de la sociedad.

Recientemente se ha visto –en la literatura politológica y sociológica– la reexhumación del populismo en Italia en movimientos políticos como el de la Liga del Norte de Umberto Bossi y ciertamente en Forza Italia de Silvio Berlusconi. Es más, Roberto Cartocci ha soste-

nido que el populismo junto al ideologismo son la tendencia de fondo unificante que anima la sociedad civil y la cultura política italianas²⁴ y su clave interpretativa descansa siempre y esencialmente en la ausencia de identificación de los ciudadanos con las instituciones democráticas republicanas.

El populismo, entonces, sería un síndrome, como ha sido definido por *Reset*²⁵, que no atañe sólo y exclusivamente a aquellas sociedades involucradas en un cruce entre subdesarrollo y desarrollo no resuelto aún, sino que puede insinuarse también en las sociedades contemporáneas desarrolladas y avanzadas. En ese caso el análisis del comportamiento de la clase dirigente, siempre según *Reset*, se encontraría en la base de un examen más profundo acerca de la discrepancia existente entre masas populares y elite política. Se debería, por tanto, partir de la incapacidad de esta última para hacer propias y representar las exigencias populares, de su "desinterés respecto de los problemas de un

pueblo [...], de la sensibilidad en cuanto a los problemas comunes, de la responsabilidad hacia el propio país"²⁶.

Esta irresponsabilidad genera la desconfianza de la gente en la clase política, sea ésta de derecha o de izquierda, y alimenta por otra parte "la idea de la sociedad como un gran cuerpo golpeado por el malestar que tiene por encima una pequeña minoría de acomodados logreros"²⁷.

Desde este punto de vista el "fenómeno Lauro", aunque circunscripto geográficamente y temporalmente, y por tanto como tal "cerrado" ya en 1958 con el comisariado del Municipio de Nápoles, llevado a cabo por la Democracia Cristiana, debería considerarse un testimonio significativo de aquella "sirena populista", presente en la historia de Italia a nivel subterráneo y destinada a emerger en determinadas condiciones, alimentaba como lo fue por el "déficit de legitimidad de las instituciones"²⁸ ■

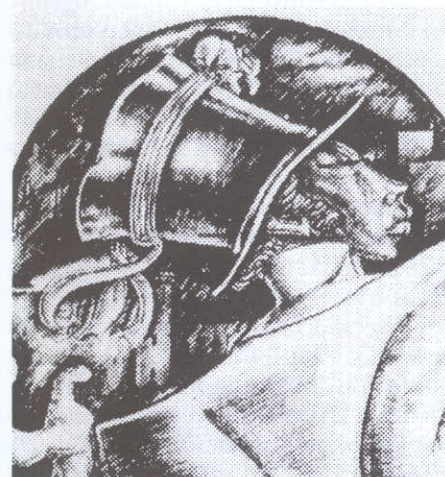
Traducción, Leticia Prislei

Notas

1. G. Pasquino, *Populismo*, en *Il mondo contemporaneo*, Florencia, La Nuova Italia, 1979, pp. 285-298
2. G. Pasquino, *op. cit.*, p. 285
3. C. T. Altan, *Populismo e trasformismo*, Milán, Feltrinelli, 1989, p. 30
4. A. Stewart, cit. en Pasquino, *op. cit.*, p. 286
5. P. A. Altum, *Potere e società a Napoli nel dopoguerra*, Torino, Einaudi, 1975
6. C. Petracconi, *Napoli moderna e contemporanea*, Nápoles, Guida, 1986, p. 142
7. G. Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bologna, Il Mulino, 1975, p. 66
8. F. Barbagallo, "Il PCI, i ceti medi e la democrazia nel Mezzogiorno", en *Studi Storici*, N° 3, 1985, p. 524
9. P. A. Altum, "Il periodo della ricostruzione a Napoli. Note sui partiti e sulle elezioni", en *Il Movimento di Liberazione in Italia*, N° 131, 1978
10. G. Pasquino, *op. cit.*, p. 287
11. C. I. Altan, *op. cit.*, pp. 27-28
12. cfr. *Il Corriere della Sera*, 18 de febrero de 1958
13. G. Pasquino, *op. cit.*, p. 288
14. A. M. Imbriani, *Vento del Sud*, Bologna, Il Mulino, 1996, p. 10
15. P. A. Altum, *op. cit.*, p. 118
16. *Ibidem*, pp. 121-125
17. A. M. Imbriani, *op. cit.*, p. 37
18. G. Pasquino, *op. cit.*, p. 286
19. cfr. *Il Matino*, 16 de noviembre de 1986
20. G. Pasquino, *op. cit.*, p. 297
21. S. Setta, *La destra nell'Italia del dopoguerra*, Bari-Roma, Laterza, 1995, p. IX
22. R. Chiarini, *La destra italiana, dall'Unità d'Italia a Alleanza Nazionale*, Venecia, Marsilio, 1995, pp. 82-83
23. R. Chiarini, *op. cit.*, p. 87
24. R. Cartocci, "L'Italia unita dal populismo", en *Rassegna italiana di sociologia*, N° 2, Abril-Junio 1996, p. 292
25. *Reset*, N° 33, nov. 1996, p. 6
26. *Ibidem*, p. 6
27. *Ibidem*, p. 7
28. R. Cartocci, *op. cit.*, p. 294

Los primeros años de la Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina

Luis Alejandro Rossi*



Este trabajo es una presentación de los temas y particularidades de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación* que consideramos más relevantes con respecto a la sociabilidad intelectual y a la configuración de un campo disciplinario específico, el de la filosofía, a mediados de la década del 10. Ambos problemas están en cierto modo relacionados, ya que la institucionalización de una cultura académica, la filosofía como coronación de ella y la conformación definitiva de una nacionalidad argentina, delineada según los elementos valorativos y los contenidos ideológicos definidos por la élite intelectual, que alcanza en

su autorrepresentación un papel muy específico de dirección cultural e irradiación ideológica, son propósitos conjuntos y confluyentes en la concepción de la cultura que tienen José Ingenieros y los colaboradores de la *Revista de Filosofía*, entre los que se cuentan algunos de los intelectuales argentinos más destacados de ese momento. Definir como corpus de trabajo la colección de una revista (en este caso, sólo una parte) no debe hacer suponer que se le adjudica una representatividad completa de la cultura de la que forma parte. La representatividad de la *Revista de Filosofía* está dada principalmente por su calidad de "vocero" de un intelectual que acaba de alcanzar el cenit de su consagración académica y agrupa a su alrededor a un conjunto de pares, conjunto que si bien no se percibe a sí mismo como detentador de una unidad sin fisuras, comparte una serie de postulados filosóficos básicos que encuentran su materialización en la producción concreta aparecida en la *Revista*.

Esta autopoición de Ingenieros como "jefe de escuela" acentuará la percepción que otros intelectuales, ubicados en posiciones diferentes –y rápidamente adversas– dentro del incipiente campo de especialización filosófica, tendrán de los colaboradores de la *Revista* como un grupo doctrinario uniforme y, por tanto, de la propia *Revista* como vocero, ya no de su director, sino de una escuela, hecho que disminuiría

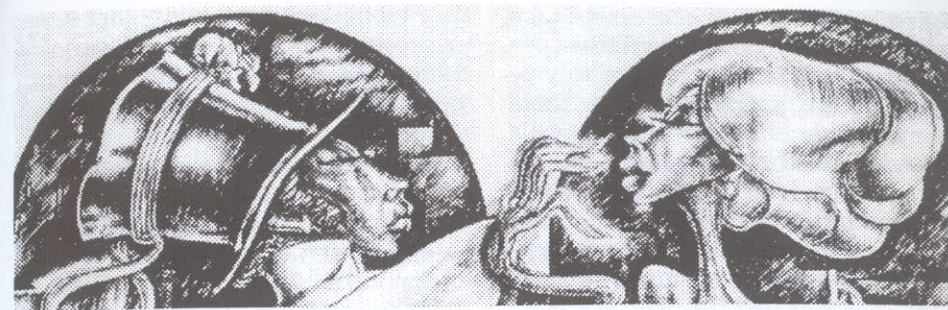
*Prof. de Filosofía (UNQUI).

aún más su representatividad cultural. Efectivamente, a través de la *Revista de Filosofía* accedemos a una imagen "refractada" de la cultura argentina en la década del diez. Dicha refracción se acentuará a medida que diversos hechos –la aparición de revistas militantemente antipositivistas, el impacto de la visita de J. Ortega y Gasset, etc.– vayan marginando a los intelectuales positivistas a posiciones subalternas dentro del campo filosófico que paulatinamente se consolida en aquellos años. A pesar de todas estas prevenciones, creemos que la *Revista de Filosofía* permite registrar los cambios que se van produciendo en esa zona de la cultura argentina y determinar el suelo común a las disputas entre positivistas y antipositivistas. En sus páginas, la propia crisis del positivismo lentamente tomará forma por debajo de las aguas que todavía parecen tranquilas.

Ingenieros fundó la *Revista* en enero de 1915 y fue su primer director. Ella constituye un caso único en el ámbito de las publicaciones periódicas de filosofía en la Argentina, ya que se trata de la primera revista filosófica nacional que asegurara una publicación bimestral durante un lapso de quince años, editando su último número en el segundo semestre de 1929. Mantuvo el mismo formato mayor (23 x 15 cm.) y tipografía "fin-de-siecle" a lo largo de toda su existencia, publicándose en números de ciento cincuenta a doscientas páginas. Muchas de sus notas eran colaboraciones originales, pero también es importante en cuanto a su caudal, sobre todo en los primeros años, la publicación de discursos de recepción en las academias o lecciones inaugurales. De algún modo, se puede decir que era "la revista de Ingenieros", no sólo por ser su fundador y sostén material y financiero, sino también por el volumen de sus colaboraciones en ella y la fidelidad con que la *Revista*

sigue las orientaciones teóricas de su director hasta la muerte de éste en 1925. Las notas firmadas por él o con su seudónimo "Julio Barreda Lynch" ocupan una gran cantidad de sus páginas. Luego de su regreso a la Argentina en agosto de 1914, Ingenieros se entregó a una verdadera fiebre organizativa de la cultura nacional. La *Revista de Filosofía* forma parte de este esfuerzo individual y su creación es simultánea con la de la editorial *La Cultura Argentina*, también pagada por Ingenieros de su propio pecunio. Como tal, en cuanto a sus objetivos y por los temas tratados, la revista es un fruto del nacionalismo del Centenario y del clima de balance cultural y de difusión de las producciones nacionales existente en ese momento. Es altamente significativo para apreciar esta situación cultural, notar que en el mismo momento en que Ingenieros establece su editorial, que tenía como fin principal la difusión de las mejores obras de la cultura nacional en ediciones baratas, Ricardo Rojas anuncia la creación de la *Biblioteca Argentina*, que tenía el mismo fin, pero dando a conocer estas mismas obras en ediciones críticas y David Peña informa acerca de la fundación de las *Ediciones de obras nacionales*, editorial creada por el Ateneo Nacional que se propone imprimir las obras completas de Moreno, Alberdi, J. M. Gutiérrez, V. F. López y Bernardo de Irigoyen¹. Exceptuando a Ricardo Rojas, Ingenieros es, quizás, el exponente más importante de este afán organizativo de la cultura argentina, destacándose por la voluntad de difusión masiva que marcaban sus emprendimientos. Tanto los libros editados por *La Cultura Argentina* como la suscripción anual de la *Revista* eran, por su precio, asequibles a un gran público².

Uno de los aspectos más importantes de la *Revista* como proyecto cultural que Ingenieros intenta llevar a cabo



compete, principalmente, al establecimiento de una tradición cultural propia, que no difiere en líneas generales de la que los hombres del Centenario creen encontrar al dirigir su satisfecida mirada al pasado argentino³. Examinando textos programáticos de esta ordenación y balance del pasado ideológico argentino, como por ejemplo el extenso ensayo histórico-filosófico de Ingenieros publicado en el primer número, titulado "El contenido filosófico de la cultura argentina", se ve claramente que esa tradición es expurgada y tamizada por él, estableciendo a través de la reflexión una especie de destilado de contenidos filosóficos en pugna que cree ver actuando en la historia argentina desde el gobierno del virrey Vértiz hasta el presente, de modo que sus propias obras y la *Revista* representen la única forma concreta de continuar la genealogía que traza desde Rivadavia pasando por Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Esta construcción parece, por momentos, más que una búsqueda de antecesores ilustres, una creación de la tradición aludida, impresión que se refuerza por los a menudo arbitrarios dictámenes acerca de los personajes históricos que Ingenieros se cree obligado a emitir permanentemente, escudándose en su aproximación filosófica a la historia de la cultura argentina. Sin embargo utilizar el término "creación" entendiéndolo como *creatio ex nihilo* puede dar lugar a una interpretación erró-

nea acerca del carácter de este proyecto cultural. El esfuerzo de Ingenieros y de los autores que publican en la *Revista* está dirigido a demostrar que la tradición nacional ya existe⁴. La tarea que encaran en tanto intelectuales argentinos es favorecer su difusión y explicitar por medio de la reflexión en qué consisten los "ideales" permanentes de la nueva nacionalidad, a los que Ingenieros ve como claves organizadoras para la comprensión de la historia argentina. Ingenieros también denomina a esta labor "imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino". Esta tarea produce un tipo de discurso que si bien toma la forma de una narración histórica, tiene una intencionalidad específicamente filosófico-política. A partir de una acomodación de hechos significativos de la historia de las ideas en la Argentina se construye una narrativa que encuentra la existencia de valores cardinales que la atraviesan. Ello implica una organización de la tradición argentina en dos dimensiones: organización *material* del pasado (establecimiento de un corpus de obras literarias y de cultura argentina y su edición para la difusión masiva⁵, fuera de los sectores especializados) y organización espiritual de él (la demostración de la existencia de una tradición intelectual anclada en el laicismo –identificado con la libertad– de la que Ingenieros y los colaboradores de la *Revista* se sienten legítimos continuadores). Este deseo de ates-

tiguar la existencia de una *argentinidad* –como la denomina Ingenieros– y la elucidación de sus valores constituyentes se encuentra expuesto bajo la forma de manifiesto en el primer número de la *Revista*, así como en la actividad pública de Ingenieros. Su paso a un nacionalismo militante –que, no obstante, no debe confundirse con los nacionalismos posteriores porque no se cierra en una perspectiva culturalista que rechaza los motivos ideológicos básicos del liberalismo– se despierta en él durante su estadía en Europa entre 1911 y 1914; al respecto, H. Agosti relata que cuando trabajaba sobre la mesa de algún café en Lausana, ponía una banderita argentina sobre ella. También acostumbra Ingenieros, al agradecer a sus anfitriones en universidades extranjeras o al responder comentarios de publicaciones del exterior sobre alguna obra suya, enfatizar su nacionalidad argentina, dejando claro que es la cultura argentina, o mejor dicho, un destacado representante de ella y miembro de la élite intelectual y no el país en general –quien recibe ese homenaje: “[es] como si en mi persona se quisiera honrar a mi patria, por sus grandes pensadores, Sarmiento, Alberdi y Ameghino, o por mis maestros inmediatos en la ciencia psiquiátrica, Ramos Mejía y De Veyga”.

La *Revista* manifiesta una voluntad organizativa de la cultura nacional, sea en sus aspectos institucionales –especialmente en los educativos–, sea en el cultivo de lo que llaman “los valores del espíritu”, prácticamente en todas las notas que publica en los primeros años. Esta necesidad de organizar y fomentar la producción cultural es expresada en la forma de una inquietud que los intelectuales de ese momento sienten como acuciante, tal como afirma C. O. Bunge en el discurso de recepción a Angel de Estrada en la Academia de Filosofía y Letras casi un año antes de la fundación de la *Revista*.

Si necesitamos, pues, poetas y prosistas, obra la más sana y patriótica será estimular su fecundísima labor. Sus hermanos en las letras y artes han de ayudarlos, sin torpes rivalidades [...]. El Estado ha de protegerlos, y no con menor constancia, eficacia y aun sacrificio que a las industrias nacionales, puesto que no son menos útiles. En fin, el pueblo ha de amarlos y respetarlos [...] Hora es de que comencemos a apreciar nuestros positivos valores culturales, si no queremos vivir siempre de la imitación estéril y deprimente. La intelectualidad argentina es felizmente rica y poderosa. Solo le falta para ser grande un factor indispensable: el estímulo social.⁶

El anónimo reseñante del discurso de C. O. Bunge señala un fenómeno social que considera digno de ser tomado en cuenta: la aparición de especialistas en “las funciones literarias, científicas y filosóficas”, es decir, la separación de los letrados de las tareas inmediatamente periodísticas, judiciales o políticas y su constitución en intelectuales propiamente dichos, suponiendo también que ese principio de autonomización implica que se desarrollan las competencias específicas. La tarea de la hora es dar forma a esa cultura, cuya existencia –a ojo de estos autores– resolverá el problema de conformación de una identidad nacional, coronando el esfuerzo organizativo iniciado en 1852, toda vez que es una creencia compartida entre estos mismos intelectuales –y también por el público en general– que la república se encuentra ya encaminada en cuanto a su bienestar material y organización económica. Simultáneamente al señalamiento de esta situación nueva, C. O. Bunge exige tanto el reconocimiento del público a esa nueva clase de productores cuanto el apoyo del Estado a ellos. Llama la aten-

ción que quien enuncia la existencia de este fenómeno muestra su misma ambivalencia, toda vez que Bunge, además de su labor como docente en la Universidad de Buenos Aires y de ser miembro de la Academia de Filosofía, se desempeña como fiscal en el poder judicial. El hecho mismo de la exigencia de apoyo al Estado como al público de reconocimiento nos sugiere el carácter endeble de este mismo proceso, en el que, paradójicamente, una intelectualidad “rica y poderosa” exige, para lograr su autonomía, la protección del Estado y la atención de los lectores. Se puede decir que la *Revista* tomará a su cargo esta tarea de promoción y difusión de los “valores culturales”, dando a conocer adelantos de

camente se encuentran en estos primeros años colaboraciones de intelectuales conservadores como L. Ayarragaray o J. V. González (a la sazón presidente de la Universidad de La Plata). Un gran número de sus colaboradores detentaba la titularidad de alguna cátedra universitaria, especialmente en la Universidad de Buenos Aires y, en menor medida, La Plata y Córdoba. Por otra parte, la *Revista* acostumbraba publicar escritos inéditos de autores en ese momento recientemente fallecidos como J. M. Ramos Mejía, F. Ameghino o A. Alvarez.

De este listado de colaboradores se desprende la orientación masivamente positivista de la *Revista*, que comienza a aparecer precisamente cuando el



obras de intelectuales ya consagrados así como posibilitará a otros que todavía no lo son la publicación de sus escritos. La mayoría de los colaboradores, con todo, serán intelectuales que ya han conquistado una imagen pública, como el mismo Ingenieros, los hermanos Carlos y Augusto Bunge, A. Colmo, R. Rojas, V. Mercante, R. Orgaz, E. Quesada, R. Senet, M. Victoria y otros. Es asimismo importante en estos primeros años la participación de intelectuales cercanos al régimen conservador, como J. A. Ferreyra (en ese momento vicepresidente del Consejo Nacional de Educación) o R. Rivarola (fundador y director de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*). Esporádi-

positivismo empieza a ser cuestionado, ya no en Europa, donde había perdido la iniciativa intelectual hacía tiempo, sino también aquí en la Argentina. El ya citado Agosti atribuye la creación de la *Revista* por parte de Ingenieros a un intento de responder a este creciente cuestionamiento del positivismo⁷. Sin embargo, no se advierte un tono polémico en los primeros años de la *Revista*, más bien predomina en ella –acorde al clima de ideas del Centenario– un sentimiento de satisfacción por lo ya hecho, tanto cuando examinan la tradición cultural argentina, como cuando dirigen su mirada hacia el presente. Esta ausencia de tono polémico tiene diversos motivos: en primer lu-

gar, el carácter de las relaciones intelectuales en las dos primeras décadas del siglo, en las que la modalidad utilizada más frecuentemente por los intelectuales para referirse a las obras de sus congéneres será el retrato⁸, ligado al banquete y a la recepción, es decir, a una cultura oral, y no el artículo polémico. En segundo lugar, los intelectuales que publican en la *Revista de Filosofía*, si bien no todos habían alcanzado edades provecas, tampoco son jóvenes en busca de una legitimidad nueva; no son vanguardistas ni en estética ni en política, sino autores que ya tienen una posición académica firme y una obra detrás, cuya actuación presente corresponde más al goce de lo adquirido que a conquistar nuevos terrenos y que esperan un reconocimiento de su legitimidad social como intelectuales por parte del público. En este sentido, en la *Revista* las relaciones entre intelectuales de diversas generaciones están modeladas bajo la forma discipular, enfatizando su continuidad con el pasado y su carácter de herederos de una tradición, y no bajo la de la ruptura con lo anterior. Los autores ya consagrados escriben en ella manifestando su condición de discípulos de algún maestro ya venerable o fallecido (por ejemplo, Ingenieros, de J. M. Ramos Mejía y de F. De Veyga, R. Rivarola de J. M. Estrada, C. Hicken de E. Holmberg, etc.), maestros que se veían a sí mismos, no como discípulos pero sí como herederos de Sarmiento (por ejemplo J. M. Ramos Mejía, E. Holmberg, etc.), y, a su vez, los más jóvenes ubicándose sobre todo en relación con Ingenieros (por ej. R. Camaña, F. Icasate Larios y, unos años después, A. Ponche). Esta primacía de la relación discipular da a la *Revista*, en estos primeros años, un aire de homenaje permanente. Homenaje del que se puede suponer una doble función: por un lado el reconocimiento a un autor determinado

destacando el valor de su obra, reconocimiento que se realiza en el interior del ámbito intelectual, por otro, dirigiéndose hacia el exterior de ese ámbito, el señalamiento de la existencia de una cultura propia, no sólo en cuanto cultura nacional, sino, lisa y llanamente, una cultura como tal, con sus autores contemporáneos originales, que debe gozar de la legitimidad y el reconocimiento que merece. Esa impresión de homenaje y celebración permanente que da la *Revista* en sus primeros años se refuerza por el hecho de que la sección de crítica bibliográfica en pocas ocasiones presenta un examen detallado de las argumentaciones de una obra. En general acostumbraba publicar simplemente resúmenes acompañados con frecuencia por un elogio, o de modo más directo, se transcriben párrafos que la dirección considera significativos o representativos del contenido sin comentario alguno. Esta sección era utilizada algunas escasas veces por la dirección de la *Revista* para polemizar con otros intelectuales o para dejar traslucir la opinión que tiene acerca de acontecimientos políticos del momento. Ello no se realiza, sin embargo, reseñando críticamente las obras o los acontecimientos en cuestión, sino por el procedimiento más directo de volver a publicar notas aparecidas en otros ámbitos, sean éstos otras revistas o los diarios.

Una muestra de aquel convencimiento acerca de la pujanza no reconocida de la cultura argentina en ese momento, o sea de la importancia de sus intelectuales, es expresado por Ingenieros en su conferencia "Las ciencias nuevas y las leyes viejas", originalmente pronunciada en el Colegio de Médicos de Barcelona en 1914. En ella, el autor compara las posibilidades existentes en España y en la Argentina para la implantación de la única perspectiva que juzga científica para el trata-

miento del problema de la responsabilidad penal, es decir, la aplicación de los principios criminológicos, y concluye que ellas son menores en España, no sólo por estar agobiada por "la misma confabulación de rutinas e intereses creados [como] otras naciones del viejo mundo", sino también porque "tiene una tradición cultural que [debe] reencender su lámpara, apagada hace tres siglos...". La situación española, con todo, no es terminal, puesto que Ingenieros reconoce que "España puede hacer [las cosas] tan bien como nosotros". La cultura argentina, en cambio, tiene "una moral progresista y -no os sorprenda- una tradición, cuyo mérito consiste en no ser antigua ni heroica, sino cultural y práctica".⁹

La *Revista* se propone atestiguar la existencia de esta cultura y de esta tradición, aun cuando el público argentino parece tener la misma incredulidad con respecto al valor de ellas que los escépticos oyentes españoles de Ingenieros. Dice C. O. Bunge en el artículo antes citado, lamentando la falta de reconocimiento a los autores nacionales

no incurrir en la alta traición de comparar siempre lo propio, para deprimirlo, con lo extranjero, como si todo lo consagrado en el extranjero

ro fuera bueno y todo lo propio malo e indigno de consagrarse.¹⁰

Es muy frecuente la publicación de los discursos de recepción en las academias nacionales o del artículo de tono, más que exegético, apologético, en el que las jóvenes generaciones manifiestan su agradecimiento al maestro y afirman su voluntad de seguir la huella por él trazada¹¹. Es decir, la *Revista* se ocupa, en nombre de la "élite pensante", de brindar la consagración y el "amor" -tal como demanda Bunge- que el público retacea. La relación discipular aparece reforzada por el hecho de que se ensalza en el sabio el que se haya convertido en "maestro", contraponiéndose así a la figura del científico que no crea escuela. C. Hicken elogia a E. L. Holmberg justamente por ello, comparándolo con los sabios extranjeros contratados por el gobierno de Sarmiento

Burmeister, Lorenz, Gould, Weyhenberg, Hieronymus, Sievert, Stelzner... y muchos más, honraron nuestro país con su nombre y sabiduría. Sus producciones, en idiomas exóticos por lo general, son monumentos de método, de meditación y paciencia. Sus libros son conocidos, apreciados y respetados por los especia-



listas, que los ostentan con orgullo en sus bibliotecas. [...] Pues bien, Sarmiento se equivocó; no en la idea, pero sí en los medios. La inclinación de la juventud a las ciencias naturales, esos sabios no la consiguieron. Ellos no dejaron un sólo discípulo [...] Holmberg, mientras entregaba a la Ciencia los frutos de sus desvelos, esparcía por el pueblo, en lenguaje fácil y festivo, las interpretaciones modernas de hechos vulgares y conocidos. [...] La obra del maestro produjo los frutos con que soñara Sarmiento; y ese nuevo plantel de jóvenes entusiastas, hoy orgullo del maestro, será mañana prez y gloria de la Argentina culta y libre.¹²

Se dibuja de este modo la relación discipular como el ideal al que un sabio debe aspirar, ideal que, antes que relativo al conocimiento, es de índole moral. Notemos que la impugnación a los sabios extranjeros no es de orden propiamente científico. No se realiza una crítica de las teorías científicas sostenidas por ellos, a las que, por el contrario, se las reconoce como especialmente valiosas. Pero será la capacidad del científico para responder a los requerimientos de la ilustración de la sociedad la que dará el verdadero valor de su trabajo, que es, justamente, su contribución al afianzamiento de una cultura nacional. Se establece, asimismo, una suerte de pedagogía social por irradiación, en la que los frutos del trabajo del sabio se esparcen desde su persona a sus discípulos, y desde ellos hacia la sociedad, configurando así el lugar que como intelectuales pretenden tener en la sociedad, es decir, se coloca en primer lugar la exigencia de ilustración de los legos antes que atender a su producción científica concreta. La visibilidad social del intelectual es contrapuesta y presentada como exigencia irrenunciable frente al aislamiento académico del científico. No obstante, no

parece que esa visibilidad social sea consecuencia de una actividad pública que tiene continuidad con las mismas tareas intelectuales, sino que es, en primer término, un magisterio moral. Asimismo, estas afirmaciones de Hicken tienen otro matiz que se relaciona con el antes nombrado problema de la creación de una cultura nacional. Con su crítica a la política sarmientina de contratación de científicos extranjeros, Hicken está afirmando la imposibilidad de importar una cultura moderna. Si bien entiende que se obtuvieron resultados científicos relevantes, éstos no produjeron resultados institucionales que aseguraran su continuidad ni tampoco se logró el efecto de irradiación cultural deseado, siendo la causa, en ambos casos, la ajenidad espiritual de aquellos científicos respecto del medio en el que se establecieron. Vemos así la ambivalencia existente en la imagen que se tiene del científico: se desea la profesionalización y la institucionalización de un ámbito específicamente científico (Hicken señala como uno de los méritos de Holmberg –a pesar de los escasos números que llegó a publicar– la fundación de la revista *Apuntes de Historia Natural*), pero el objetivo final del establecimiento de la actividad científica en la Argentina es la realización de la libertad, es decir, los mismos actores del proceso encuentran en él una finalidad inmediatamente política: la afirmación del derecho a expresar las ideas propias sin la vigilancia de censores. El discurso de Hicken devuelve la imagen de una ciencia que aún debe mostrar sus credenciales de práctica legítima frente a las protestas de la Iglesia. Es llamativo que Hicken no haga referencias directas a las polémicas originadas por la introducción de las doctrinas evolucionistas (no todos los críticos al darwinismo argumentaban desde un punto de vista religioso, como es el caso de



Burmeister¹³, antes elogiado por el mismo Hicken), y que sin embargo se presente, en tanto que discípulo de Holmberg, como si los tiempos heroicos de aquéllas aún

continuaran¹⁴. En otros términos, no debemos entender que la lucha por la libertad a la que invita Hicken tenga una significación política partidaria, es, más bien, una exigencia de autonomía de la labor científica lo que pretende fundamentar, por eso afirma: “en los pueblos esclavos no se conoce el nombre de Darwin”.

Diletantismo y biologismo

Un rasgo saliente de la *Revista* en esos primeros años es el del diletantismo, que, junto al del biologismo, es uno de los pocos que proporciona algo cercano a una polémica interna. Unido a ambos encontramos siempre un protagonismo de los médicos en la cultura letrada, especialmente en temas históricos, que no parece reconocer límites de especialización. En una intervención que ejemplifica típicamente esta modalidad discursiva, Francisco De Veyga especula sobre los orígenes de la filosofía hindú, por supuesto, sin tomar en cuenta fuentes primarias, de las que declara que “hemos sacado ya todo el partido posible en el tiempo que llevamos analizándolas y comentándolas, de todo punto de vista, sin aclarar si el “nosotros” es un plural de modestia o se refiere al conjunto de los

hinduístas. El diletantismo va fuertemente unido a los tratamientos médicos de los más diversos temas. Es justo aclarar que el término “diletantismo” se

presta a la confusión y al anacronismo. Por diletante entendemos alguien “que cultiva algún campo del saber, o se interesa por él, como aficionado y no como profesional”. Puede sorprender al lector contemporáneo la facilidad con que los médicos se apropian en la *Revista* de los más diversos temas y cómo en ella aparecen juntos con una misma pretensión de cientificidad escritos como el de De Veyga antes citado y las notas que remiten a la especialidad efectivamente cultivada por el autor que se trate. “Diletantismo” es, entonces, un término con el que –de alguna manera con un cierto anacronismo– designamos aquella ensayística amable y no muy rigurosa. Sin duda, hay lugar para preguntarse cuál es el estatus que esos mismos autores atribuyen a esos textos. Las afirmaciones de Ingenieros con motivo de su recepción en la Academia de Filosofía y Letras en junio de 1918 revelan una gran facilidad para el paso de un ámbito disciplinario a otro y, por tanto, la debilidad del proceso de profesionalización de los intelectuales, si entendemos por tal la conformación de ámbitos intelectuales exclusivos para los especialistas competentes

En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de



ciencias fisiconaturales y de ciencias medicobiológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como "ciencias psicológicas". Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos.¹⁵

La ambigüedad de la posición de Ingenieros queda explícita ya que afirma dos posiciones contradictorias simultáneamente. Por un lado, se presenta como uno más entre otros ("he procurado entender", "sólo ahora [...] me atrevo a emitir una opinión") discutiendo modestamente acerca de un tema sobre el cual reconoce tener poca frecuentación y, por el otro, indica de forma que quede claro que tampoco es un recién llegado al campo de la filosofía, o mejor dicho, lo que juzga como justos títulos que le permiten legítimamente hacer ese pasaje— cómo extendió su ocupación psiquiátrica específica a la estética, la ética y la lógica, reafirmando la aptitud actual del biologismo que fue su punto de vista inicial ("a las que siempre consideré como 'ciencias psicológicas' ") para el tratamiento filosófico de esas disciplinas. Subrayamos filosófico por dos motivos: el primero es que el discurso científicista-biologista se presentaba como el sustituto científico de la filosofía, por tanto, querer reivindicar para él —como hace Ingenieros— un estatuto filosófico es, desde ese mismo punto de vista biológico, una autocontradicción; en segundo lugar el rechazo del científicismo y el biologismo será el suelo común de todas las críticas antipositivistas a partir de 1917, y se convertirá sobre to-

do en el principio de demarcación para determinar a qué discursos se puede considerar como "filosóficos". En sus dichos Ingenieros pretende poseer los criterios anteriores de prestigio intelectual, pero reivindicándolos como capaces de operar en la nueva matriz discursiva que se está conformando, cuyo rasgo principal es, precisamente, el repudio de aquellos criterios. En consecuencia, la pretensión de científicidad y competencia de la propia intervención es en el caso de Ingenieros, explícita, aun cuando sus desplazamientos disciplinarios indican, por debajo de lo que era visto como una consagración académica, una búsqueda que permita la puesta al día de su posición. Tenemos una perspectiva del problema algo más matizada si tomamos el grupo de colaboradores sobre educación, que tiene en la *Revista* una presencia importante, y a pesar de que la mayoría comparte las mismas creencias positivistas y científicistas, se observa en ellos una prudencia mucho mayor acerca de los temas no específicos. En otros registros, puede observarse, además, un teoricismo muy marcado en casi todos los artículos. Si se hacen constantes invocaciones a la experiencia, sin embargo, escasísimas veces se apoyan las afirmaciones realizadas en experimentaciones propias o ajenas; en otros términos, en contadas ocasiones se publican en la *Revista* comunicaciones científicas, sino que muchos de los artículos firmados por los autores en ese momento más notorios son más bien ensayos que intentan derivar su legitimidad académica de su supuesto acuerdo con las prescripciones científicas, en un caso de "explotación filosófica de la ciencia", pero no en favor de una filosofía espiritualista sino para sostener una concepción evolucionista que no puede ser calificada de "filosofía espontánea de los científicos"¹⁶, ya que estamos en presencia de una

concepción filosófica derivada del spencerismo, por tanto, en sentido estricto, no originada en la propia práctica científica sino en una especulación filosófica previa, y con una manifiesta voluntad de construir un sistema totalizador. Los escritos de C. O. Bunge o Ingenieros sobre psicología y sociología, los de A. Bunge sobre moral y biología o los de R. Senet sobre los sentimientos estéticos son un ejemplo de ello. Este teoricismo ensayístico de voluntad filosófica más que científica, a pesar de su propia autoimagen, alcanza su paroxismo en los artículos de F. Ameghino sobre cosmología que la *Revista* publica póstumamente. Las especulaciones de Ameghino son presentadas por Ingenieros como un ideal de científicidad —a este respecto, las comparaciones con los modelos brindados por Ardigó, Haeckel y Ostwald son constantes— e incluso publicó en 1919 una compilación de sus artículos de divulgación de las doctrinas del paleontólogo, la que estaba explícitamente concebida como manual para los maestros de escuela. En la sección sobre bibliografía numerosas veces aparecen reseñadas —generalmente por el mismo Ingenieros— obras con esta fuerte impronta biológica, que permite a sus sostenedores un rápido pasaje a la especulación teórica reflejando lo que parecería una modalidad cultural de la época. No debe verse esta especulación derivada del biologismo

como una característica necesaria de todo positivismo. Lo característico del positivismo argentino es la preponderancia que en él alcanza el biologismo, a diferencia de otras versiones del positivismo (Comte, J. Stuart Mill, y contemporáneo con la *Revista*, el positivismo lógico de Russell). Por esta razón es que hay observaciones que se repiten incansablemente, por ejemplo, cuando Ingenieros reseña el libro de Luis

Agote, *Nerón, los suyos y su época*.

El autor trata su asunto como médico, antes que como historiador. Bien le va con ello; en nuestro medio no sería posible consultar fuentes nuevas, pero en cambio cabe interpretar de un modo nuevo las fuentes conocidas, si a ello se aporta un criterio que no es el seguido

habitualmente por los historiadores. Este punto de vista encierra la originalidad esencial de la obra.¹⁷

Por la voz de E. Quesada se manifiesta una queja frente a este predominio cultural de los médicos, pero no de una manera directa; la ocasión se le presenta al realizar un ensayo-reseña del libro de C. Ricci, *La documentación de los orígenes del cristianismo: ensayo de crítica histórica aplicada al Nuevo Testamento*. Allí, después de las consabidas quejas sobre la habitual indiferencia "cruel" del público, no sólo censura a "los que sólo tienen como fuente de



información a los libros franceses" sino que también señala que

para apreciar su libro es menester haberse engolfado en el piélago de la filosofía, de la teología y de la crítica, y la retórica brillante del seductor espíritu parisiense se ha resistido siempre a practicar con demasiada seriedad esa inmersión, que instintivamente considera como un cuasi suicidio intelectual.¹⁸

Si bien la postura de Quesada frente a la cultura francesa puede estar sobre-determinada por su posición germanófila en la contienda mundial, no deja de señalar cuál es, a su juicio, el estado real de la cultura nacional, ya que –siempre según Quesada– en el ambiente intelectual argentino tampoco se conoce de manera cabal la cultura filosófica francesa, lo que vuelve comprensible que Renouvier haya pasado desapercibido para los intelectuales argentinos. La causa última de ello, radica, según este autor, en que "este país, absorbido aún por la primera faz de su desenvolvimiento material, tanto económico como demográfico, no ha podido todavía preocuparse de ciertas orientaciones del pensamiento moderno, las cuales requieren, para florecer, mayor estabilidad en la vida social e intelectual". Quesada no cuestiona el biologismo imperante, pero advierte enérgicamente sobre el desconocimiento existente en nuestro medio acerca de los problemas de establecimiento de las fuentes así como de la falta de análisis de los aspectos históricos y filosóficos. Podría leerse su crítica como si estuviera dirigida exclusivamente contra la práctica historiográfica de la Nueva Escuela Histórica, dado que lamenta que en Buenos Aires no se conocen los métodos críticos de las distintas escuelas alemanas y sólo se toma en cuenta a Langlois y Seignobos, aun cuando no niega el valor de estos dos autores. Sin embargo, las referencias de Quesada a la situación de la cul-

tura argentina en general y sus reclamos acerca del desconocimiento local de las corrientes filosóficas europeas sugieren que el objeto de su crítica es más amplio que el de la contraposición entre métodos historiográficos y por ello advierte acerca de la falta de formación sólida que cree percibir en la cultura intelectual argentina.

Filosofía y nacionalismo

El artículo-manifiesto de Ingenieros "Para una filosofía argentina" que inauguraba la nueva publicación expresaba de manera clara los propósitos de aquél respecto de la filosofía, así como sus ideas acerca de la formación de una cultura nacional. El hecho de exigir la conformación de una filosofía argentina representa una cierta modificación de las orientaciones básicas de su pensamiento. No desaparecerá el núcleo biologista y científicista; sin embargo, con una vuelta a las ideas básicas y a la prosa modernista de *El hombre mediocre*, Ingenieros incorpora de manera plena en su pensamiento la problemática del carácter específico de la tradición cultural en formación¹⁹. Los escritos de Ingenieros hasta *El hombre mediocre* se apoyan sobre una concepción biologista de la que intenta extraer conclusiones sociológicas. A partir de esta obra se incorporan elementos nuevos que permiten la inclusión de la acción voluntaria, aunque de forma algo incómoda, en sus concepciones científicistas generales. La *Revista de Filosofía* y el llamado a la creación de una filosofía autóctona son ambos resultado de esta reorientación del pensamiento ingenieriano: ella implica dos movimientos, que en la visión de Ingenieros resultan ordenados según una relación de causa y efecto: la conformación de una filosofía propia a través de los ideales específicos de la experiencia delimitada por el ambiente y la

época configuran una mentalidad original que distingue a una nacionalidad. En *El hombre mediocre* Ingenieros había establecido los linea-

mientos generales de su "psicología del Ideal". Las obras científicas y artísticas, así como los hazañas de los guerreros y la virtud de los santos, son explicados como la tendencia consciente del autor respectivo hacia algún ideal de perfección. Los ideales son una función del medio en que el individuo vive, por tanto, a cada época le corresponde un determinado ideal. Los ideales de la época actual, afirma, corresponden al avance del conocimiento. La consideración de los ideales relativos al avance del conocimiento científico como los más excelsos le permite a Ingenieros establecer el pasaje del plano sociológico al plano ético. En su interpretación "funcionalista" de los ideales, Ingenieros permanece en el plano de lo social, explicando la formación de ideales de acuerdo a una concepción totalizadora, en la que éstos, es decir, las representaciones dominantes en una sociedad, son un resultado de la propia dinámica social. Ingenieros superpone a esta interpretación una ética del individuo en quien los ideales se encarnan. Los ideales son, en su aparición, patrimonio de una minoría, o incluso de un sólo individuo, que alcanza así su distinción de la "mediocracia" en la que todos los seres humanos viven. La interpretación social de la formación de ideales, por su carácter mecanicista, evacua cualquier tipo de iniciativa personal relacionada con aque-



lla actividad formadora, ella tiene un carácter "natural"²⁰. Al trasladarse al plano individual, Ingenieros intenta rescatar la capacidad de

actuar del individuo, especialmente la originalidad y el mérito correspondiente a la actividad creadora del científico y del artista. Se invierten los términos de la explicación anterior y pasamos de la determinación completa por parte de la sociedad a la originalidad absoluta del individuo creador. Dicha actividad constituye en algunos casos excepcionales (en aquéllos que las rígidas taxonomías ingenierianas, mezclando nietzscheanismo con la clasificación criminológica, no condenen al abismo cuasi innato de la mediocridad) el máximo bien al que el individuo puede aspirar, de ahí su valor ético. El agente de esta formación de ideales, como dijimos, es individual; sin embargo, Ingenieros continuamente transforma su carácter considerando como un sólo individuo al conjunto de los intelectuales, sobre quienes se proyecta la (auto-)halagadora imagen de únicos actores reales del proceso histórico. El concepto "nación" será abordado por Ingenieros siguiendo los límites establecidos en este esquema. Lo que Ingenieros denomina la "argentinidad" es el sentido nuevo que la "raza" naciente imprime a la sabiduría común de los hombres de la época²¹, es decir, dentro del conjunto de ideales producidos por la activi-

dad de científicos y artistas, la experiencia diferenciada de los que habitan en la Argentina constituirá una filosofía argenti-



na. La nueva nacionalidad es entonces el resultado de la producción de ideales operada por aquellos capaces de anticipar un sentido nuevo a la experiencia común: los intelectuales. La argumentación es, evidentemente, circular –los ideales son el resultado de la experiencia, pero la especificidad de la experiencia, es decir, la nacionalidad, es a su vez resultado de los ideales que la conforman– pero nos interesa resaltar el papel activo y productor que Ingenieros atribuye a la élite intelectual dentro de un esquema cuya primera formulación era rígidamente determinista. Ingenieros publica en 1910 como agregado a su estudio “La evolución sociológica argentina”, el artículo “La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano”²² en el que planteaba la consecución de dicha nacionalidad como un resultado “natural” de la implantación favorable en algunas zonas del territorio argentino de núcleos civilizadores de raza blanca. No aparecía como problemático para Ingenieros en ese momento la conformación de ideales propios de la nacionalidad, éstos serían un resultado mecánico del crecimiento económico y el establecimiento de una sociedad moderna²³. La convicción biológica que articula la argumentación no desaparece de su pensamiento, pero ella se ve limitada por la importancia nueva que toma en el esquema la cuestión acerca de la formación de los ideales. Esta acomodación no tiene lugar de modo completamente coherente y ambos motivos conviven, alternándose el énfasis en uno o otro de acuerdo a los artículos que tomemos²⁴. La novedad con respecto a la concepción anterior consiste en que, aun cuando Ingenieros no logra articular un edificio consistente aunando sus antiguas convicciones con las más nuevas referidas a la importancia social de los creadores de ideales, la recepción misma del motivo permite establecer la

resignificación que el problema de la nación tiene en el pensamiento de Ingenieros, su carácter de construcción y de tarea pendiente, y cómo, desde su punto de vista, dicho problema está ligado a la reorganización de la cultura argentina bajo una matriz discursiva nueva: la filosófica. La convivencia forzada de ambos motivos muestra también lo dificultoso que se le hace a Ingenieros mantener la contemporaneidad de su discurso e incorporar a la matriz científicista-biológista la tematización explícita del concepto “nación”, considerándolo no como resultado del devenir evolutivo natural sino como problema que expresa una especificidad que Ingenieros señala pero que no alcanza a dar contenidos concretos, exceptuando los valores clásicos del liberalismo gobernante: el trabajo y la cultura, es decir, el proyecto de conformar en la Argentina una sociedad capitalista moderna moldeada según los cánones ya establecidos desde Alberdi y Sarmiento.

Es en la expresión de sus rechazos cuando el nacionalismo defendido por la *Revista* encuentra una determinación propia, aunque sea negativa. La aparición de la novela de M. Gálvez, *La Maestra Normal*, provoca una de las escasas tomas de posición explícitas de la *Revista* frente a una figura notoria en el campo de la cultura. Si bien recibe un elogio por sus valores estéticos y documentales, el reseñante, Vicente Sierra, concluye afirmando que “los que atacan la escuela laica son los que, como Gálvez, no han sido educados en ella”²⁵. El hecho mismo de reseñar una novela no era frecuente en esta revista (recordemos que la literatura era uno de los temas de los que la *Revista* declaraba no ocuparse en sus avisos publicitarios), de lo que se concluye que la novela de Gálvez había transgredido los límites ideológicos que la dirección, es decir, Ingenieros, consideraba tolerables. Estos límites están definidos por lo que el mis-

mo Ingenieros llama “dogmatismo”. Por tal entiende la adscripción militante a las doctrinas católicas. La diferente actitud de Ingenieros frente al nacionalismo de Rojas puede advertirse al notar la participación activa de éste en la *Revista* y los encendidos elogios que le dedica aquél. La “restauración nacionalista” propugnada por Rojas no es antipática a los ojos de Ingenieros, pero sí lo es el cuestionamiento del laicismo que realiza Gálvez, en el que ve la acción insidiosa de la Iglesia para imponer su hegemonía cultural. Sin embargo, la *Revista* no polemiza con aquellos contrincentes. El “dogmatismo” es descalificado, no discutido; es una rémora del pasado a cuya extirpación dedica sus esfuerzos teóricos la *Revista*, que conscientemente se ve en este aspecto como continuadora de la labor esclarecedora de Sarmiento y Ameghino, cuando no es simplemente oportunismo e insinceridad, como sugiere Ingenieros, dirigiéndose al auditorio español antes nombrado, con respecto a Gálvez

No voy a hablaros de la “madre patria” y de las veinte repúblicas agradecidas, ni del viejo “solar” de la raza y de la “hidalguía” castellana, ni de las joyas que nunca donó la reina católica a Colón para que nos descubriese, ni del sol que no se ponía en los dominios de vuestros emperadores. Sobran en América oradores abundosos que vienen a escamotear vuestros aplausos, repitiéndoos esas gratitudes insinceras, y muchos son los escritores que mendigan el elogio español dando muestras de fiel castellanismo.²⁶

En la sección bibliográfica del número aparecido en julio de 1915, como cierre del episodio “La Maestra Normal”, se reproducirá extensamente el artículo de L. Lugones “Por la verdad y la justicia”, publicado originalmente en junio de 1915 en el diario *La Nación*. En su presentación del artículo, Ingenieros



explica que el motivo de su publicación es “la campaña que de algún tiempo a esta parte intensifican algunos elementos reaccionarios contra el profesorado

normal. Da motivo a sus páginas una novela tendenciosa y los comentarios peregrinos sugeridos por ella al místico anarquista español Miguel de Unamuno²⁷. Paradójicamente, a pesar de este rechazo del anarquismo, la crítica de Lugones a Gálvez recogida por Ingenieros no escatimará consignas ácratas, articulando sobre un mismo plano los niveles educativo y político, en una extraña mezcla de nacionalismo y anarquismo. En su respuesta a Gálvez, Lugones confronta dos formas de organización de la sociedad: aquella conformada de acuerdo con la nacionalidad, realización de la libertad superior a la de la democracia porque deja de lado el principio de obediencia, representada por la escuela normal y frente a ella, la sociedad actual, caracterizada por su opresión policial, orquestada en beneficio exclusivo de dos grupos: los "sacerdotes extranjeros que no quieren perder su nacionalidad, como lo demuestra el hecho de vivir y morir aquí sin naturalizarse nunca" y los políticos profesionales. El interés común de ambos reside en el mantenimiento de los dogmas, que aseguran su dominación. Lugones afirma que la iglesia es el agente de opresión moral que necesita para justificar su dominio "la tiranía material servida por esos aparatos formidables llamados policía, ejército, justicia". Reivindica la escuela primaria normalista por su función nacionalizadora y de homogeneización cultural. Considera que se trata de una de las instituciones más argentinas por su adaptación a nuestro medio "y por la nacionalidad de los maestros que produce". La escuela normal tiene una función emancipatoria, formadora de hombres libres que se contraponen a los agentes de la obediencia. Es un esbozo de la sociedad futura "torpemente preludiada por nuestras democracias laicas" porque suprime de sus métodos la obediencia. La defensa lugoniana de la escuela normal se apoya en la consi-

deración de la cultura como una lucha que enfrenta a un grupo extranjero favorecido con la complicidad de los políticos y que pretende establecer el predominio espiritual por medio de una acción solapada y en beneficio de la opresión material con la labor nacionalizadora del maestro. Por eso, concluye Lugones, en la defensa del maestro se unen "los intereses concordes de la libertad y de la patria". El resultado no deja de ser paradójico: la escuela normal resultaría así una institución estatal que lucha contra la dominación del Estado, en tanto es una forma embrionaria de organización social contradictoria con los principios que legitiman la dominación estatal, y por si fuera poco, ello se realiza en nombre de la nacionalidad. Cabe consignar que el artículo de Lugones no fue originalmente escrito para la *Revista* y que representa las opiniones de alguien que nunca mostró durante su vida excesivas preocupaciones por mantener una coherencia doctrinaria en sus intervenciones públicas. Hecha esta salvedad, el episodio deja traslucir, no obstante, el modo en que la *Revista* aborda temas polémicos, tomando el artículo de otro medio y haciendo suya la crítica de Lugones a Gálvez. Esta "editorialización" de discursos ajenos muestra asimismo la dificultad que tienen los colaboradores de la *Revista* para llevar a cabo la propuesta de creación de una filosofía nacional una vez que se cuestionan los motivos ideológicos básicos que sostienen la propuesta de Ingenieros. La "argentinidad" que el director de la *Revista* aspiraba a expresar a través de sus ideas encuentra rápidamente sus límites y queda muda al momento en que, como es el caso de Gálvez, se abordan desde otro entramado ideológico y con un propósito antagónico las mismas cuestiones que Ingenieros consideraba cruciales para dar un sentido propio a la nacionalidad ■

Notas

1. José Ingenieros, "Historia de una biblioteca", *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, Buenos Aires, año 1, vol. 2, n° 5, septiembre de 1915, pág. 316-322. Ingenieros también explica en esta nota que al conocer los esfuerzos paralelos de R. Rojas y su biblioteca, le había propuesto crearla conjuntamente, lo que no se llevó a cabo por las diferencias de criterio editorial: Rojas quería hacer ediciones críticas e Ingenieros ediciones populares. Cfr. también la reseña de Ingenieros sobre el emprendimiento de R. Rojas, J. Ingenieros, "Ricardo Rojas: Biblioteca Argentina", *op. cit.*, pág. 316 y la información que la *Revista* publica sobre la editorial dirigida por D. Peña, "D. Peña: Ediciones de obras nacionales", *op. cit.*, pág. 320-321.

2. Las obras publicadas por la editorial de Ingenieros costaban \$1 de ese entonces si eran en formato menor y \$2, aquéllas en formato mayor. La suscripción anual (6 números) a la *Revista de Filosofía* costaba \$10; como término de comparación, cada número de *Nosotros*, por ejemplo, costaba \$1,50 y cada número de la revista semanal *El Hogar* \$0,20; la suscripción anual de esta misma revista costaba \$9. Las obras editadas por la *Biblioteca Argentina* de Rojas, que en cuanto a costos tenía el mismo criterio que *La Cultura Argentina*, es decir, el precio sólo debe recuperar los costos de impresión y distribución, costaban \$1,50 cada una. Algunos datos sobre precios y salarios –sin presuponer que el público al que estas editoriales se dirigían era el de los sectores populares, pero tampoco excluyendo la posibilidad de que figuraran entre los posibles destinatarios– ilustran un poco mejor el marco de estos emprendimientos editoriales, que, como dijimos, cifran en el alcance masivo uno de sus principales objetivos: durante los años de la Primera Guerra Mundial, la inflación se elevó por encima de los años anteriores. C. F. Díaz Alejandro, tomando como base un promedio de precios establecido a partir de los años 1909, 1910, 1911 y 1914 (=100), obtiene un índice de costo de vida de 180 para los años 1920-21. Para 1909-1914, el salario promedio por hora en Capital Federal de un trabajador calificado era de \$0,55, el de uno no calificado \$0,35; para 1920-21, \$0,74 y \$0,49 respectivamente. Asimismo el promedio semanal de horas trabajadas en Capital Federal para el período 1915-19 es de 53,4. Este mismo autor indica que, tomando como base 1914 (=100), el índice del salario real en Capital Federal para ese mismo período es 78 para los trabajadores no calificados y 75 para los calificados, lo que mar-

ca una caída importante que será remontada recién en los años 20. Cabe consignar que durante todo este lapso no aumentaron sus precios ni la editorial ni la *Revista de Filosofía*. No tenemos datos acerca de la tirada de cada número de la *Revista*, pero es seguro que la de los primeros dos números se vendió en su totalidad y fueron reimpresos a fines de 1915, como se informa a los nuevos suscriptores en enero de 1916. Las citas de C. Díaz Alejandro corresponden a *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983 (1a ed. 1975), pág. 53-54.

3. En el primer número de la *Revista*, además del artículo-manifiesto "Para una filosofía argentina" y del largo ensayo "El contenido filosófico de la cultura argentina" (ambos de J. Ingenieros), se publica la nota de J. V. González "Unidad de espíritu en la enseñanza argentina" y en el segundo número, el discurso de J. A. Ferreyra "La evolución didáctica argentina". La nota dominante es que, a pesar de las tareas pendientes, hay acuerdo acerca del "grado de positividad" que está alcanzando la cultura argentina. Cfr. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, año 1, vol. 1, n° 1, enero de 1915, pág. 1-6, 73-147, 23-30 y n° 2, marzo de 1915, pág. 226-241 respectivamente.

4. "No implica ello que nos falte una tradición cultural: significa que la existente es pequeña." J. Ingenieros, "Para una filosofía argentina", pág. 2.

5. En su artículo "Historia de una biblioteca", Ingenieros anuncia a sus lectores que las ediciones de "La Cultura Argentina" serán de 3000 a 5000 ejemplares. J. Ingenieros, *op. cit.*, pág. 320.

6. C. O. Bunge, "Los valores culturales", *Anales de la Academia de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, 1914, reproducido en *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 1, n° 3, marzo de 1915, pág. 323-324.

7. "la *Revista de Filosofía*, destinada a convertirse en el baluarte de la resistencia doctrinaria contra el renacer místico-espiritualista", cfr. H. P. Agosti, *op. cit.*, pág. 152.

8. Sobre el retrato como forma básica de la sociabilidad intelectual en las dos primeras décadas del siglo, cfr. G. Montaldo, "Polémica" en *Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989, pág. 33.

9. J. Ingenieros, "Las ciencias nuevas y las leyes viejas", pág. 307. 10.

10. C. O. Bunge, *op. cit.*, pág. 323.

11. Así, por ejemplo, C. Hicken se dirige a E. Holmberg en el homenaje brindado a éste por

las asociaciones científicas: "Esparce tu mirada por esta sala, y tu, que has leído en las páginas de la naturaleza, podrás leer en el rostro de los que aquí te admiran, te respetan y veneran. Entre ellos encontrarás asociaciones de ciencia, baluartes de tu apostolado, defensores de tu gremio, sembradores de ayer, cultores de hoy, segadores para mañana", C. Hicken, "Eduardo L. Holmberg y las doctrinas evolucionistas", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 2, n° 6, noviembre de 1915, pág. 371. La misma veneración hacia el maestro y guía aparece en el artículo de A. Moreau sobre A. Alvarez: aparécenos aquel espíritu de élite, bueno, profundamente bueno, sin debilidades, justo sin esperanzas, sereno sin austeridad, sabio sin pedantería, consciente de su fuerza sin vanidad, que supo, como muy pocos, criticar sin herir, sanear con vigor sin maltratar ni ofender, ayudar y aconsejar sin convertirse en tutor; y pudo, lo que es aún más raro en nuestro ambiente, mantener la integridad de su conciencia sin detenerse en oportunidades ni conveniencias, y tuvo la virtud de la sinceridad como fueran sinceras sus virtudes. "A. Moreau, Agustín Alvarez y "La Creación del Mundo Moral", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 1, n° 3, mayo de 1915, pág. 416.

12. C. Hicken, *op. cit.*, pág. 369-370

13. Sobre la introducción del evolucionismo en la Argentina cfr. M. Montserrat, "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso" en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pág. 785-818. Sobre el papel de Holmberg en esas polémicas cfr. pág. 789-795.

14. La actitud general de indiferencia imperante en ese momento con respecto a la discusión de cuestiones religiosas es, según E. Quesada en un artículo publicado en la *Revista* en el mismo número que el discurso de Hicken, de "un piadoso compromiso de rehuir toda discusión sobre materias dogmáticas del cristianismo", pero aclara que ello no se debe al exceso de fe sino a "una transacción tácita de la indiferencia religiosa, que encuentra más cómodo simular así el respeto por las creencias del grueso público". E. Quesada, "La exégesis testamentaria y la crítica filosófica", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 2, n° 6, noviembre de 1915, pág. 350.

15. J. Ingenieros, *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1960, 8a edición, pág. 10

16. Acerca de estos dos conceptos cfr. L. Althusser, *Curso de filosofía para científicos*, Barcelona, Planeta Agostini, 1985 (2a ed.) (1a ed. francesa 1974), pág. 81-117.

17. F. De Veyga, Los orígenes de la filosofía

hindú. El Egipto y la Indian, *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 1, n° 3, mayo de 1915, pág. 348-384. J. Ingenieros, Luis Agote: Nerón, los suyos y su época", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 1, n° 1, enero de 1915, pág. 162.

18. E. Quesada, La exégesis testamentaria y la crítica filosófica", pág. 348-360.

19. Sobre el significado de las transformaciones del pensamiento de Ingenieros en esta etapa, cfr. O. Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, pág. 73-83

20. J. Ingenieros, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1985, reimpresión de la 3a edición corregida, pág. 10

21. J. Ingenieros, "Para una filosofía argentina", pág. 2

22. Ambos recopilados como capítulos 2° y 3° de la primera parte de J. Ingenieros, *Sociología argentina*, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957 (1a edición 1918)

23. "Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en si mismas; resultan inevitablemente de condiciones que concurren a determinarlas, propias del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas a la acción del medio sobre sus antecesores" y también "[esta] situación de hecho engendra en los pueblos y en los gobiernos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso creemos que la creciente capacidad económica de la nacionalidad argentina lleva en si los factores que producirán su unidad de espíritu y de ideales", cita tomada de "La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano" en J. Ingenieros, *Sociología argentina*, pág. 55.

24. Como ya señalamos, Ingenieros resalta la importancia de contar con una filosofía nacional en "Para una filosofía argentina" y "El contenido filosófico de la cultura argentina". Los tópicos biólogos ingenierianos sobre el tema vuelven a aparecer con todo su vigor en "La formación de una raza argentina". Los tres artículos fueron escritos en 1915. Cfr. notas 3 y 4 para la ubicación de los dos primeros, el último en *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 2, n° 6, pág. 464-483

25. Y añade el reseñante: "¿cree el autor que cuando no existían escuelas "ateas" no se deshonraban mujeres?". Vicente Sierra, Manuel Gálvez "La Maestra normal" (novela)", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 1, n° 1, pág. 167.

26. J. Ingenieros, "Las ciencias nuevas y las leyes viejas", pág. 307-308.

27. L. Lugones, "Por la verdad y la justicia", *Revista de Filosofía...*, año 1, vol. 2, n° 4, julio de 1915, pág. 165.

En Debate



Campesinado y Nación (a propósito de *Peasant and Nation*, de Florencia Mallon*)

Tulio Halperín Donghi**



Es fácil profetizar que las reseñas dedicadas a la obra de Florencia Mallon *Peasant and Nation. The Making of Post-colonial Mexico and Peru* (Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1995), reconocerán unánimemente que se trata de un libro importante; si no todos estarán de acuerdo con John Tutino cuando proclama que "la nueva historia de América Latina comienza aquí"; no será porque duden de que en efecto *Peasant and Nation* está destinado a marcar un punto de inflexión en el avance de la disciplina, sino a lo sumo porque no están seguros de que en esta obra que, a la vez que busca abrir el camino para

una nueva etapa, hace balance de la que—sin necesariamente habérselo propuesto—viene a coronar, no sea acaso en ese balance donde se encuentren sugerencias aún más útiles que las referidas a la que aspira a inaugurar.

La importancia del nuevo libro de Florencia Mallon está ya asegurada por el tema que ha osado afrontar. Historiadora del Perú, campo en el que ingresó triunfalmente en 1983 con su *The Defense of Community in Peru's Central Highlands*¹, aborda ahora por vía de comparación un problema—se diría que un enigma—central en la historia moderna de México: cómo y por qué es posible que haya en efecto—y desde no muy tarde en la etapa independiente—una historia política de la nación mexicana (y no tan sólo la de un grupo relativamente minúsculo encaramado en la cima de la sociedad que arrogantemente se identifica con esa nación) cuando no es seguro que la haya aun hoy de la peruana, y hasta hace medio siglo no la hubo de la boliviana. Aquí no se detiene, sin embargo, su audacia: a fin de abordar con conocimiento de causa este ambicioso intento de historia comparativa, la autora emprende un examen sin complacencias los supuestos teóricos del vasto esfuerzo de renovación historiográfica al que vuelve a ofrecer ahora una contribución decisiva, que se suma a las que ha venido aportando a él por más de una década.

En ambos aspectos, su nuevo libro se aparta de su predecesor, aparente-

* "Historia Mexicana", XLVI, 3, 1996.

** University of California

mente cómodo en su marco regional, y abierto no demasiado problemáticamente a muy variadas inspiraciones teóricas e ideológicas, desde las de más de una corriente de la antropología norteamericana, hasta la del Lenin de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En lo que por fortuna no se aparta es en el interés apasionado por lo histórico-concreto, que la lleva a hacer del rastreo de fuentes –esa tarea necesaria que muchos llevan adelante pensando en otra cosa– una experiencia de intensidad casi deportiva, y encuentra su premio en su capacidad de ofrecer imágenes ricas hasta el abigarramiento de las complejas realidades sociales e ideológico-culturales que ha reconstruido con minuciosa atención.

¿De qué trata el libro? Resumiendo abusivamente una línea argumental compleja y sutil, digamos que a partir de la exploración de dos procesos de resistencia regional y campesina en el marco de la lucha contra una invasión extranjera (la sierra norte de Puebla durante la intervención francesa en México; la sierra central del Perú –ya explorada en *The Defense of Community*– durante la segunda guerra del Pacífico), y otros dos en que ese contexto pierde mucho de su centralidad (el futuro estado de Morelos en México; Cajamarca en Perú) se trata de aquilatar –como lo anticipa el título– el papel de los campesinos en la formación del Estado nacional. Contra quienes les reconocen uno meramente receptivo de una ideología propuesta –o impuesta– por la burguesía, se los reivindicará como actores en ese proceso, y capaces en algunas situaciones privilegiadas de articular un proyecto nacional alternativo al promulgado desde lo alto.

Tanto en México como en el Perú, esos proyectos fracasan, pero a través de desenlaces distintos. Sin duda en ambas comarcas esos desenlaces dejan a los subalternos en posición subalter-

na, pero mientras en México se logra mediante la incorporación selectiva en la agenda del Estado liberal surgido de las guerras de reforma y de la intervención francesa (y de nuevo y aun más marcadamente en la del forjado por la Revolución) de fragmentos de la agenda popular (que consagra la incorporación subordinada a ese estado de quienes en un momento se esperaba capaces de imponer una agenda alternativa), en el Perú es el resultado de la denegación de toda legitimidad a esa agenda y de la exclusión –a menudo violenta– de quienes lo sostienen.

La autora encuentra enigmática esa divergencia entre dos comarcas entre las cuales las semejanzas predominan: "al abrirse la historia poscolonial de América Latina, México y el Perú eran aproximativamente comparables. Habían sido los mayores centros de civilizaciones indígenas precolombinas y del dominio imperial español. Tenían las minas de plata más ricas, las más opulentas élites coloniales, y las poblaciones indígenas más numerosas de toda Hispanoamérica. Ambos países entraron en el llamado periodo nacional en pleno desorden político, y ambos requirieron un buen medio siglo para que los esfuerzos de estabilización política comenzaran a alcanzar efectos. En ambos, además, esas prometedoras primeras tentativas de formación del Estado fueron interrumpidas por invasiones y ocupaciones extranjeras" (p. XVII).

Es difícil no preguntarse aquí si con ello no ha venido a hacer más difícil la tarea que se ha fijado, al apartar la mirada de todo lo que desde el momento mismo de la conquista separa la experiencia mexicana de la peruana. Es obvio, sin embargo, que conoce muy bien lo que las diferencia, y si prefiere no tomarlo en cuenta (su promesa de proporcionar en el capítulo I parte de los antecedentes coloniales que hacen

al caso la cumplirá sólo de modo muy limitado) es probablemente más bien porque a sus ojos, mientras los antecedentes coloniales son precisamente eso, antecedentes, las alianzas y los conflictos que se desplegaron en torno a las intervenciones extranjeras tanto en México como en el Perú son ya los capítulos iniciales de una historia que continúa hasta el presente.

La coherencia que alcanza en la reconstrucción tanto del proceso mexicano como del peruano sugiere que tiene razón en ello. Sólo se le escapa alguna muy leve huella que sugiere que la divergencia que ve consolidada en el desenlace de ambos procesos estaba ya en parte anticipada en el punto de partida. Así, no deja de ser sugestivo que los cuerpos de reclutamiento local y campesino que luchan contra el invasor sean, desde el comienzo, conocidos como "guardias nacionales" en la sierra de Puebla y como "montoneras" en Junín; mientras la primera designación reivindicaba para ellos un lugar legítimo en la estructura institucional de un Estado mexicano que en esa hora crítica sobrevivía sobre todo como una abstracta fuente de legitimidad para quienes quisiesen defenderlo, la segunda los presentaba como el fruto, necesariamente deficiente en orden y estructura, de una iniciativa nacida al margen del aun más fantasmagórico Estado peruano.

Ello no impide que los datos decisivos estén todos ellos presentes en una ceñida exploración de los destinos divergentes de los Estados mexicano y peruano, desde que ambos buscan consolidarse bajo el signo del liberalismo hispanoamericano del tardío ochocientos, proyectada sobre la clave de las relaciones también diferentes que esos Estados establecen con las mayorías campesinas.

Esta reconstrucción, menos simétrica de lo que la autora se había propuesto –en la que México termina pe-



sando más que el Perú– es el fruto de un esfuerzo de doce años por hacer justicia al papel del campesinado en el surgimiento de la nación. Si el esfuerzo ha resultado más prolongado de lo que la autora esperaba se debe en parte a que –incitada a ello por la tensa relación que mantiene con las corrientes ideológicas y epistemológicas bajo cuyo signo ha emprendido esa indagación– iba a hacer implícitamente de ésta, como se ha indicado más arriba, el banco de prueba de la validez y relevancia de aquéllas.

Lo que está en juego en esta exploración sin complacencias es algo más que el fruto de una experiencia individual. En otro escrito que afronta ya muchos de los interrogantes más sistemáticamente explorados en la obra actual, Florencia Mallon se declaraba integrante de una generación marcada por dos "transiciones intelectuales

y políticas bastante dramáticas": la primera estimulada por el renacimiento del radicalismo a escala mundial, que la incitó a combinar investigación local con teoría radical y métodos que enfocaban a la "gente común", en la esperanza de "producir complejos estudios de caso que constituirían un desafío al reduccionismo, al conservadurismo político y a los supuestos imperiales de una etapa previa, intelectualmente más ortodoxa y unificada"; la segunda, que "combinó la crisis de marxismo y socialismo con el renacimiento de la subjetividad presente en el feminismo y el postmodernismo/postestructuralismo"².

Se advierte de inmediato que esa experiencia no es la de toda una entera generación de historiadores, sino de una porción de ella acotada por un marco nacional preciso: el de los Estados Unidos. En efecto, en Francia o Italia los años sesenta no marcaron el renacimiento, sino el comienzo de la crisis de una "teoría radical" que era muy exactamente la del marxismo, y en Gran Bretaña el afloramiento de un radicalismo que, sin renegar de sus vínculos con la tradición marxista, a la vez que la problematizaba, la integraba en un campo ideológico más amplio, en que venía a gravitar, más aun que las contribuciones ideológicas vernáculas, la preferencia por un estilo de abordaje más orientado a captar cada experiencia histórica en lo que tenía de concreto que a instalarla satisfactoriamente en la casilla que le estaba de antemano reservada dentro de un previo enrejado teórico, que E. P. Thompson iba a reivindicar con fiereza frente a las seductoras novedades importadas del continente por Perry Anderson y otros.

Esa raíz en una experiencia nacional precisa se refleja también en otro rasgo generacional que Florencia Mallon subraya menos que la marca que en esa generación de historiadores

iban a dejar los dos cataclismos ideológicos arriba evocados: es la definición de su tarea generacional como la de puesta en contacto entre ciertos paradigmas teóricos y ciertas realidades empíricas que se habían mantenido hasta entonces separados. Así ha de presentarse como participante en una

[...] excursión generacional, dirigida (en sentido a la vez recto y metafórico) hacia el campo, en la cual algunos de los participantes llevaban bajo el brazo el tomo I de El Capital, y otros Leer el Capital, mientras otros aun más numerosos viajaban en compañía de E. P. Thompson, E. J. Hobsbawm o Antonio Gramsci, y había aun algunos que buscaban acomodar en sus mochilas todos esos textos y todavía otros más³.

Si la empresa de colmar el hiato entre paradigmas teóricos y realidades empíricas ocupa tan decididamente el primer plano, es sin duda porque para los estudiosos norteamericanos las teorías que comenzaban a atraerlos eran aun más ajenas a la esfera de su experiencia, tal como la estaban viviendo en el marco de su específica sociedad nacional, que a las que buscaban esclarecer en esas sociedades más exóticas. Así, no es sorprendente que para ellos la crisis del marxismo se diese casi exclusivamente en el plano de la teoría, y fuese vivida como el derrumbe de una grandiosa estructura de ideas en la que por un momento habían creído encontrar firme fundamento para sus reconstrucciones históricas. No podían ver en ella mucho más que eso en un país en cuyas clases populares, tal como W. Sombart había subrayado ya a comienzos de siglo, el socialismo marxista se había mostrado incapaz de echar raíces, y no se mostraba capaz de ello en medio de la vasta crisis de sociedad abierta con el fin de la prosperidad de la posguerra.

No así para sus colegas y contempo-

ráneos franceses o italianos: para ellos esa crisis era una dimensión del tránsito —que vivían además en su experiencia cotidiana— entre la sociedad industrial y la postindustrial, que estaba provocando el lento agotamiento de la fe colectiva que había puesto a los partidos comunistas muy cerca de realizar su ambición de constituir un entorno total para la vida individual y colectiva de vastos sectores de las clases populares. Y es la misma intimidad entre la crisis de la teoría y la experiencia vivida en el marco de la sociedad nacional la que sin duda subtiende el tono cada vez más nostálgico de algunos de los herederos de E. P. Thompson, que llevan a la historia del movimiento obrero algo de la *pietas* y de las curiosidades anticuarias que suelen florecer, por ejemplo, entre los cultores de la historia de regiones arcaicas.

Ese específico contexto estadounidense sin duda no es ajeno a una actitud que tiende a hacer del paradigma teórico un *deus ex machina* que desde lo alto se superpone a muy variadas realidades empíricas para implantar en ellas un sentido, una actitud que contribuye a explicar también el entusiasmo con que el mundo académico norteamericano iba a recibir en sus sucesivas oleadas los ramalazos de las revoluciones epistemológicas que agitaron el ambiente parisiense durante las últimas décadas: de cada una de ellas se esperaba que proporcionara por fin la *clavis universalis* prometida en vano por la anterior.

Otras peculiaridades de la experiencia nacional estadounidense iban a contribuir también al éxito de estas nuevas perspectivas, ya decididamente postmarxistas: si la visión que fragmentaba al sujeto histórico en una congerie de sujetos rivales pudo conquistar en Estados Unidos el ancho arraigo institucional que no iba a alcanzar en Europa, mucho se debe ello

al peculiar equilibrio político que— surgido al disiparse las fugacísimas ilusiones acerca de esa más igualitaria *Great Society* que el presidente Johnson había creído tener al alcance de la mano —iba a perdurar por décadas: admitiendo que las desigualdades sociales se rehusaban a esfumarse, el Estado asumía la función más modesta de ofrecer una muy parcial compensa-



ción material y una mucho más generosa compensación simbólica por ellas: la universidad iba a ser uno de los instrumentos utilizados con ese fin.

Durante esta larga etapa, que parece hoy estar llegando a término, las universidades iban a ofrecer un terreno privilegiado para la afirmación de la autoconciencia de los grupos desfavorecidos. No se trataba tan sólo, en efecto, de eliminar las barreras que les habían cerrado el acceso a posiciones de autoridad (y para los grupos más duramente golpeados, a la institución misma); quienes eran ahora admitidos lo eran como representantes de esos grupos antes marginados, y se esperaba de ellos que diesen voz a sus perspectivas hasta entonces silenciadas. Se adivina fácilmente hasta qué punto esa reorientación político-institucional contribuiría a promover el avance de las nuevas perspectivas que rehusaban seguir organizando la narración histórica como biografía de un privilegiado sujeto colectivo. Se adivina también qué peligros entrañaba: menos ansiosa de promover el avance del conocimiento que de alcanzar ciertos resultados juzgados socialmente deseables, con criterios que por cierto no tenían nada de revolucionarios, iba a satisfacerse a menudo con el reemplazo del *grand récit* unificado en torno a un héroe colectivo único por una multiplicación de *grands récits* consagrados a la gloria de esos nuevos sub-héroes colectivos en los que debía reconocerse cada uno de los grupos antes marginados, que imitaban fielmente los rasgos más consternantes de la historiografía tradicional.

No es necesario decir que el esfuerzo de Florencia Mallon se inscribe bajo un signo opuesto al de esas dudosas empresas. Pero es difícil creer que la experiencia de vida del historiador no contribuya a definir los intereses que han de inspirar su modo específico de abor-

dar el pasado; la tentación es entonces grande de postular una cierta conexión entre la centralidad que en *Peasant and Nation* se reconoce a la rivalidad entre discursos (y quizá más aún a la que se asigna dentro de ellos al discurso histórico, orientado a imponer una cierta versión de la pasada ejecutoria de un grupo), y una experiencia de historiadora que se viene desplegando en un contexto en que la lucha por imponer un discurso está tan poco distante de la lucha por éxitos menos simbólicos que ambas son en rigor una sola.

Al postular esa conexión no se hace sin duda sino formular una conjetura; lo que no es conjetura es que al abordar esa noción, central para sus análisis, que es la de hegemonía—que subraya la complementariedad de coacción y consenso en la consolidación del predominio de un grupo sobre otro—no sólo se concentra la atención en los aspectos de la construcción discursiva del consenso que se hallan más alejados de la esfera en que la coacción se exhibe en su desnudez, sino—como consecuencia casi inevitable—el violento escorzo impuesto por esta perspectiva quita parte de su relevancia inmediata al compromiso teórico con una noción de hegemonía que subraya el papel que la coacción retiene en ella.

En este punto la perspectiva aquí dominante se separa decididamente de las que parecen estar hoy ganando terreno⁴, y no porque se descrea del papel irremplazable del consenso en la construcción de hegemonía, sino porque se sospecha que ese consenso es más frágil e incompleto de lo que parece a primera vista, y que es la presencia de la coacción—y la conciencia que de ella tienen sus víctimas potenciales—la que lo protege de las consecuencias de su intrínseca flaqueza.

Eso no significa que la imposición de una cierta visión del pasado no tenga un papel importante en la cons-

trucción de hegemonía, y que la exploración de las disputas en torno a cuál de esas posibles visiones finalmente ha de imponerse no tengan un lugar legítimo en la indagación del tema, pero sí que, al encarar esa investigación a través de ese tópico preciso, Mallon ha escogido quizá el camino más arduo para alcanzar su meta.

Hasta qué punto lo es se hace evidente cuando se compara su enfoque con el adoptado por Corrigan y Sayer en su libro universalmente admirado que, como es sabido, ha marcado un jalón decisivo a los estudios del tema. En *The Great Arch*⁵, ellos han enfocado el área de máxima intimidad entre coacción y consenso, al examinar la dimensión discursiva de la construcción del Estado a través de uno de los pocos discursos que pueden reivindicar para sí inmediatos efectos coactivos, a saber, el de la ley positiva; su esfuerzo principal se iba a orientar a demostrar cómo la eficacia de ese discurso no se agotaba en esos efectos, y cómo en cambio su progresiva articulación, en nada rectilíneo avance a través de siglos, ofrece el núcleo mismo de la "revolución cultural" cuyo triunfo se apoya en la consolidación de un nuevo consenso.

Si se tolera una metáfora excesivamente mecánica, al concentrar su atención en cambio en el punto de máxima distancia entre coacción y fundación

discursiva del consenso, Florencia Mallon afronta la tarea más difícil de mantener en equilibrio dos objetos demasiado remotos, entre los cuales éste corre constante riesgo de romperse en beneficio de uno u otro. Así ocurre en particular en su examen del futuro estado de Morelos: cuando leemos en la página 166 que "durante la década previa [a la intervención francesa los aldeanos

de Morelos y Cuernavaca] habían construido discursos populares, radicales y sofisticados, en torno a nociones de derechos liberales" y que "como reacción [a las demandas fundadas en esos discursos] los liberales en posición de poder elaboraron discursos racistas y de exclusión", la duda se impone de si al elegir esta vía de ingreso al conflicto entre éstos y aquéllos no se pone en primer plano un aspecto ciertamente muy real—y marcado por complejidades y contradicciones que presentan un tentador desafío a la capacidad analítica del historiador—de un proceso en el que, sin embargo, lo esencial ocurre en otra parte. La lectura de las páginas que siguen, y que ofrecen una pre-

sentación global de ese conflicto, hará muy poco por disipar esa duda; en ellas el equilibrio parece romperse en la dirección opuesta, y la imagen que proponen del nexo entre la rivalidad de dos discursos, y la que dos niveles sociales dirimen a través de una lucha po-



lítico-militar, está muy cerca de establecer un vínculo de causación unilateral en beneficio de esta última.

Se trata sin duda de un ejemplo extremo, y si aquí se le menciona es porque precisamente por eso pueden percibirse también mejor a través de él las consecuencias quizá aún más decisivas de otra distancia: la que la autora establece entre sus intereses teóricos y el que la llevó a indagar el tema preciso de su libro (una actitud a cuyas posibles raíces en la experiencia de la generación norteamericana a la que pertenece se ha aludido ya más arriba).

Sin duda fue su interés originario en un tema que no podía ser más específico el que la llevó a abordar esos planteos teóricos, pero al afrontarlos –se ha indicado ya– iba a elevarse por encima de aquel tema, en busca de esclarecer las ambigüedades escondidas en una noción –la de hegemonía– en la que espera encontrar la clave de un fenómeno tan universal en las sociedades humanas como lo es su capacidad de imponer durante la mayor parte del tiempo una casi universal aquiescencia a ordenamientos en todos los cuales, bajo signos en cada caso distintos, los bienes materiales y simbólicos se distribuyen de modo abruptamente desigual.

La contribución que gracias a ello nos proporciona Florencia Mallon no podría ser más necesaria; se ha sugerido ya que uno de sus aportes más importantes es el riguroso balance que viene a ofrecer –quizá sin proponérselo del todo– del esfuerzo de esclarecimiento teórico en el cual se inscribe el suyo propio.

No ha sido ésta para ella una tarea constantemente grata. En particular sus contactos con el postmodernismo y el postestructuralismo le han dejado recuerdos agri dulces: nos asegura que el lenguaje y la jerga los encontró prohibitivos no sólo la lectura, sino más

aún la escritura, y algo de esa incomodidad frente a un instrumento expresivo que juzga sin embargo indispensable se refleja sin duda en la rigidez algo formulaica que el lenguaje tomado en préstamo del postestructuralismo conserva a veces bajo su pluma. Ello no impide que su modo de abordar el nexo entre encuadramiento teórico y reconstrucción de un concreto proceso histórico se aleje totalmente del que habitualmente encuentra su expresión en ese lenguaje estereotipado.

En efecto, éste ha alcanzado su cada vez más enrarecido refinamiento en un largo proceso en que la teoría ha venido avanzando en vaso cerrado, en dos direcciones diferentes que tienen en común hacer cada vez más difícil mantener el nexo entre ese supuesto marco teórico y las realidades que era su objetivo nominal enmarcar.

Una de ellas llevaba a introducir una complejidad y refinamiento crecientes del aparato conceptual, mediante un análisis interno de cada uno de los elementos de éste, más bien que mediante cualquier control destinado a cerciorarse de si ese aparato ha aumentado o disminuido con ello su capacidad de dar cuenta de las realidades de nuestro mundo sublunar. La otra combina la búsqueda de un abstracto rigor conceptual con la de un efecto estético: a la oscuridad todavía descifrable que es consecuencia de aquél agrega la menos penetrable del velo de sugerencias, alusiones y elisiones al que concede el primer plano, y con ello reduce al lector al papel de admirador deslumbrado de los elegantes ballets de ideas puestos en escena para su beneficio, en medio de un paisaje de nieblas en el cual ese lector se descubre incapaz de avanzar un solo paso.

Nada de eso ocurre en Florencia Mallon. Si los responsables de esas construcciones tan frágiles en su elegancia parecen seguir el consejo del poeta sim-

bolista, *glissez, n'appuyez pas*, siempre útil para quienes patinan sobre hielo delgado, su actitud es precisamente la opuesta: está decidida a poner la máxima presión sobre esos instrumentos de análisis, sometiendo a las pruebas más duras su capacidad de esclarecer los procesos que le interesa estudiar. La honradez intelectual debiera ser un requisito mínimo para quien emprende una tarea intelectual, ese requisito es sin embargo tan frecuentemente ignorado, que el lector se sorprende admirando sobre todo ese rasgo en un análisis que encierra otros rasgos menos obvios e igualmente admirables.

No ha de sorprender que en el botín de esa incursión por la teoría la parte del postestructuralismo sea modesta. (De la algo heterogénea tríada de pensadores invocada por la corriente de estudios subalternos –Gramsci, Foucault y Derrida⁶– su inspiración principal proviene (se ha indicado ya) de la noción de hegemonía acuñada por el primero, a la que buscará dotar de mayor precisión al distinguir entre hegemonía como proceso y como desenlace (una distinción quizá menos difícil de captar –y de aceptar como válida– de lo que parece temer la autora, que la subraya con una insistencia casi angustiada). A su excursión por el postmodernismo y el postestructuralismo no parece deber el efecto mucho más que una justificación para la exigencia de deconstruir la noción global de clases subalternas, en la que se refleja, por otra parte, una desconfianza sin duda previa a su contacto con esas corrientes frente a la tentación "romántica" de transformar a esas clases en una armoniosa hermandad de iguales, y una firme determinación de explorar las fronteras que también dentro de ellas separan a dominantes y dominados, explotadores y explotados.

¿Hasta qué punto ofrece la perspectiva de Gramsci un fundamento adecua-

do para el examen de los procesos que a la autora interesa estudiar? Primer descubrimiento: en un aspecto esencial –la presentación del proceso hegemónico como una lucha contra una "contrahegemonía", es decir, contra un proyecto hegemónico alternativo a los propuestos desde la élite y surgido del seno de las clases subalternas– la visión gramsciana postula un rasgo que sólo se descubre inequívocamente en dos de los procesos bajo estudio (no en Morelos, donde lo que parece darse es la oscilación de las clases subalternas entre la aceptación del discurso del liberalismo –ambiguo discurso en que la inspiración del radicalismo suriano deja pronto paso a la del proyecto moderado, tanto más distante de las aspiraciones campesinas– y del conservador del Segundo Imperio; menos aún en Cajamarca, donde simplemente falta la base social coherente que haría posible la articulación de un proyecto –y por lo tanto de un discurso– contrahegemónico).

Esa discrepancia entre las nociones elaboradas por Gramsci en torno a la hegemonía y las realidades mesoamericanas y andinas no debiera quizá sorprender demasiado. Aunque es posible y legítimo hacer uso de esas nociones en un marco estrictamente teórico, fueron articuladas por Gramsci con vistas a definir una estrategia que permitiese al movimiento comunista alcanzar la victoria en esa guerra de posiciones a la que se había visto reducido debido al fracaso de los ataques frontales que –animado por el éxito alcanzado en Rusia– había lanzado contra el orden vigente en las sociedades tanto más complejas de Europa occidental. En ese contexto tan escasamente académico la universalidad por lo menos potencial de los proyectos contrahegemónicos se imponía menos como una noción teórica que como un postulado de la razón práctica.

Cuando se examina lo que tienen de

peculiar las situaciones en las cuales llega en efecto a articularse un discurso contrahegemónico, una conclusión quizá aún más desazonante parece imponerse: la contrahegemonía sólo se hace presente de modo indudable cuando se transforma en hegemonía, cuando las clases subalternas presentan una estructura jerárquica y desigual que permite el surgimiento dentro de ellas de un sector relativamente privilegiado, y capaz, por lo tanto, de movilizar en torno a un proyecto hegemónico alternativo al resto de esas clases, víctimas sin embargo de las mismas desigualdades que lo benefician. No termina allí el esfuerzo de desconstrucción: si bien dentro de las clases subalternas es todavía posible la articulación de un proyecto y discurso contrahegemónico alternativo al de esas subélites, tampoco éste realizará plenamente el milagro de dar voz a los más desfavorecidos.

Florencia Mallon propone hacer de la noción de hegemonía comunal la que cubra todas esas ambigüedades y contradicciones. Las comunidades rurales –recuerda a sus lectores–

[...] no fueron nunca totalidades indiferenciadas, sino entidades dinámicas cuyas identidades y líneas de unidad o división estaban siendo constantemente negociadas. Los discursos de género y etnicidad combinaban y entretejían una serie de luchas y transformaciones. Aunque había periodos de mayor cambio y de mayor continuidad, la creación y la transformación de las identidades sociopolíticas asociadas con la comunidad eran parte de un proceso abierto que nunca alcanzó a cerrarse.

Si estas entidades comunales aparentemente cerradas al cambio eran construcciones históricamente contingentes, ni el encuentro colonial ni la transición al capitalismo transformaron una tabula rasa. Por lo con-

trario, colonialismo, nacionalismo y capitalismo agregan complejidad a un campo discursivo que es ya dinámico y complejo. Nuestro cometido será por lo tanto entender cómo los múltiples discursos de género, raza, etnicidad y –cada vez más– de clase interactuaron y fueron transformados y reconstruidos históricamente, en el contexto de específicas formaciones sociales, y condicionados por las prácticas específicas de los participantes (pp. 11-12).

La insistencia con que se reafirma una sola intuición básica –a través de una cascada de formulaciones que la reiteran desde perspectivas en cada caso levemente distintas– confirma la centralidad que ésta tiene en un modo de concebir el funcionamiento de toda sociedad que gravita decisivamente en el proyecto historiográfico de Mallon.

Cabe preguntarse al mismo tiempo si esa visión tan nítida es capaz de dar orientación precisa a la exploración de los concretos procesos que dan tema a *Peasant and Nation*. Y aquí la respuesta es menos claramente positiva; la ya percibida distancia entre discusión teórica y exploración empírica parece traducirse también en la insuficiencia de las conclusiones teóricas como guía de la indagación histórica concreta, pese a la lucidez con que la autora subraya que es en esa indagación la que ofrece el terreno de prueba para aquellas conclusiones.

En efecto, Mallon advierte muy bien que –por justa que sea la conclusión de que ni el encuentro colonial ni la transición al capitalismo transformaron una *tabula rasa*– ella invita de inmediato a preguntarse qué era –en cada uno de los procesos sometidos a examen– eso que no era una *tabula rasa* y en qué consistieron –también en cada uno de ellos– las transformaciones aportadas por el encuentro colonial o la transición al capitalismo.

Pero es precisamente al volverse hacia los procesos concretos cuando la argumentación seguida por Mallon –hasta ahora tan persuasiva– comienza a abrir algunos flancos problemáticos. No por culpa de la autora: pocas veces se ha hecho un esfuerzo más tenaz por recoger aun los materiales más remotamente relevantes, y por traer a la luz todas las riquezas que ellos esconden. Ello no impide que en la conclusión se vea necesitada de reivindicar su derecho a escuchar "las voces murmuradas en las orillas de la multitud sobre todo a

través de hipótesis e imaginación" (p. 324). Sin duda es una reivindicación plenamente justificada: es bien sabido que todo estudio sobre las clases subalternas se ve trabado porque una de las consecuencias de su carácter subalterno es la dificultad en que se encuentran de hacerse oír, y el problema se hace aún más grave desde que se advierte que aun esas clases están cruzadas de internas fronteras jerárquicas; es de temer que las voces que nos lleguen con menos dificultades sean las de los menos subalternos...

Pero no estoy seguro de que todo el problema provenga de allí. Permítase examinarlo a través de un solo ejemplo en un libro tan rico en ellos: el de ese Xochiapulco en torno al cual Mallon ha llevado adelante un esfuerzo de exhumación particularmente exitoso de un pasado parcialmente olvidado aun por los herederos de sus protagonistas.

Xochiapulco fue el centro más dinámico del liberalismo radical en la Sierra de Puebla; movilizados en alianza con el legendario Juan Alvarez durante las guerras de reforma, sus habitantes quemaron luego el pueblo en desesperada resistencia contra el segundo imperio; decepcionados por la sistemática ingratitud de la República restaurada, que busca sus aliados entre los más moderados liberales del llano, y aun entre los antiguos colaboradores de la intervención, constituyen por fin el núcleo más combativo de los "zacapoaxtlas" (Zaca-

poaxtla es la capital –conservadora– del distrito en que se encuentra Xochiapulco), que ese 23 de noviembre de 1876, que fue el día inaugural del porfiriato, hacen una breve irrupción triunfal en el centro mismo del escenario de la historia nacional. Ése fue el día –recuerda horrorizado Federico Gamboa– en que [...] esta

buen metrópoli virreinal... [vio a] millares y millares de serranos... anegarlo todo... mal vestidos... confundidos los oficiales con 'clases' y soldados... [en] inacabable desfile... rumor de agua embravecida y suelta que subía, subía sin descanso, venida de montes y sierras⁷.

Más de un siglo más tarde Florencia Mallon vuelve a descubrir en Xochiapulco (con sentimientos muy distintos de los de Gamboa) lo más cercano a una corporización colectiva de "los de abajo"; y no hay duda de que esa comunidad tan excepcional ofrece un



privilegiado término de referencia para su exploración de las complejidades y ambigüedades de la hegemonía comunal, a la que consagra el capítulo "La construcción conflictuada de la comunidad". A Xochiapulco se refiere explícitamente, en efecto, al postular el surgimiento de una "patriarquía democrática" en el crisol de las luchas victoriosas contra conservadores y austro-belgas, de las que va a surgir un equilibrio nuevo entre el influjo antes dominante de los "pasados", es decir, de quienes han ocupado los cargos más altos tanto dentro de la estructura institucional de la comunidad cuanto en las cofradías, y el de una nueva élite apoyada en sus proezas guerreras, cuyos integrantes, como podía esperarse, no sólo son más jóvenes, sino a menudo ajenos por origen a los linajes económicamente privilegiados que monopolizan esos cargos.

Esa nueva patriarquía es socialmente más democrática que la oligarquía a la que parcialmente reemplaza, pero es todavía excluyente, y no sólo porque no integra a todos los varones: por definición excluye a las mujeres. Y Mallon dedica buena parte de su esfuerzo a entender y hacer entender cómo puede no haber sobrevivido testimonio alguno de resistencia a esa marginación: y encuentra la clave de ese misterio en la división jerárquica de las mujeres a partir de las distintas etapas de su vida matrimonial (solteras, casadas sin hijos, madres de familias que cuentan con residencia separada, y suegras por fin en situación de hacer sufrir a nuevas generaciones femeninas la misma opresión de la que fueron antes víctimas). Apoyada en estudios antropológicos recientes de la montaña de Puebla y Tlaxcala, esta exploración en la que usa con abundancia el derecho a acudir a "la hipótesis y la imaginación" resulta totalmente persuasiva.

Si surge una duda no es por verla usar con tanto tino de ese derecho, sino más bien de que —como lo señala ella misma— "Xochiapulco era un caso particular... su tradición militar liberal usualmente *era* su política comunal" (p. 297). El pasado comunitario de Xochiapulco no podía ser más breve: en 1850 los colonos de las haciendas Xochiapulco y La Manzanilla, propiedad de la familia Salgado, arraigada en Zacapoaxtla, se alzan contra las exigencias crecientes de un propietario ansioso por ampliar en ellas los cultivos de caña de azúcar. Cuando el eco de la revolución de Ayutla llega a la sierra poblana, el alzamiento encuentra eco ampliado en algunos de los barrios ubicados al oriente de la menuda cabecera (no en todos, por cierto, otros acentúan su lealtad a ésta en reacción al surgimiento de un centro rival cuyo dinamismo expansivo tienen razones para temer). En 1855, la victoria liberal se traduce en la creación del municipio de Xochiapulco, que —se ha recordado ya— iba a revalidar su derecho a la autonomía y dar nuevo testimonio de su fe liberal con épicas hazañas en los conflictos que siguieron, bajo el liderazgo primero de Manuel Lucas, comerciante nahua de la misma Zacapoaxtla, que había trabajado un tiempo en la hacienda, y luego de su hijo, el general Juan Francisco Lucas, transformado en hacendado por gracia de su boda con una heredera mestiza, y en patriarca de la sierra en el marco del porfiriato.

A primera vista la magistral reconstrucción imaginativa del proceso que llevaría a la consolidación de un equilibrio de influjos, entre el casi ancestral de los "pasados" y el más reciente de los jóvenes paladines del liberalismo, no parece demasiado relevante a la situación de esa comunidad improvisada, que desde su nacimiento se ubica en el centro del conflicto político regional. Pero ¿es seguro que sea así? ¿O es que

entre los colonos de las haciendas rebeldes estaba vivo el recuerdo (y quizá no sólo el recuerdo, sino aun algunas de las prácticas) de un pasado no necesariamente demasiado remoto en que habían podido construir allí mismo una tradición comunitaria? Nótese que esta última hipótesis no es demasiado rebuscada: la hacienda ofrece un marbete legal que, como tantos otros, está lejos de cubrir en todas partes las mismas realidades sociales. Pero buscaremos en vano respuesta a esta pregunta; quizá la autora no tenía manera de descubrirla a partir de los documentos disponibles; más inquietante sería que no hubiese creído necesario formular la pregunta.

El paradigma tan persuasivo que Mallon ha construido para dar cuenta del fenómeno global de la hegemonía se revela entonces menos útil para echar luz sobre los modos concretos en que ella se constituye en cada uno de los casos bajo estudio, y quizá también por ello la autora termina por buscar refugio contra las no resueltas ambigüedades de un proceso histórico que avanza entrelazadamente en tan variados niveles, y en todos ellos con una tan desconcertante variedad de modalidades locales y temporales, en el examen de las rivalidades, al cabo menos complicadas, entre discursos históricos. A esa reorientación de objetivos debemos uno de los capítulos más fascinantes del libro, en que campea como en ningún otro su insoborna-



ble honradez intelectual, que no pierde nada de su firmeza al explorar el lugar que la propia autora no puede evitar ocupar en el diálogo entre visiones alternativas del pasado.

Cuando atisbaba yo a través del portón de hierro forjado de una esquina a una cuadra del edificio municipal de Xochiapulco, pensé por un momento que los negros ojos que

a su vez me escrutaban desde un rostro severo y desconfiado eran los del general Juan Francisco Lucas (p. 276).

Eran los de Donna Rivera, maestra jubilada y cronista del pasado de Xochiapulco, pero lo que hace memorable esa escena es menos el parecido así descubierto entre el patriarca de la sierra y su remota descendiente, que la confirmación palpable de que Mallon no es un sujeto soberano que indaga pasivos objetos de estudio: su objeto es capaz de devolverle la mirada. Ello introduce una dimensión existencial en una problemática cuya teoría no podría serle por otra parte más familiar;

[...] para mí el último estrato de descentramiento debe ser la aplicación del concepto de diálogo a mi propia relación con los sujetos históricos que habitan mi narrativa. Reconozco abiertamente los muchos estratos de ese diálogo. Al constituirme en constructora de la narrativa, tengo poder sobre su forma y sobre las imágenes de los acto-

res que contiene. En cierto modo estoy demoliendo historias oficiales sólo para construir otra nueva.

El problema hallará solución, y "sus esfuerzos darán fruto sólo si *está* dispuesta a escuchar, a abrir su narrativa a las voces e interpretaciones rivales, a luchar para evitar asumir el papel del narrador omnisciente o positivista" (pp. 19-20).

Si la solución es más ambigua de lo que le parece a la autora (no la libera de su soberanía sobre la construcción de la narrativa, y sólo la incita a ejercerla de modo menos despótico y por lo tanto más eficaz) quizá el problema sea menos grave de lo que ella teme: esa soberanía de la que disfruta como constructora de narrativas es la más compartida de todas; a su modo la ejerce también cualquier silencioso vecino de Xochiapulco a quien basta una mirada para clasificarla como la "gringa entrometida" que Mallon temía ser a los ojos de sus interlocutores andinos⁸.

Pero ese problema esconde mal otro: a los peligros que provienen de su condición de narradora inevitablemente omnisciente (inevitablemente, porque en el relato pone todo lo que sabe, y sólo puede descubrir que ha ignorado algo en el momento en que deja de ignorarlo, y por lo tanto lo incorpora también a ese relato), se suman los que derivan de la tentación positivista, es decir, si entiendo bien, de ver a las narrativas ajenas como productos históricos dotados, a lo sumo, de validez relativa a su marco histórico, y a la propia como válida de acuerdo con el más antiguo criterio de verdad que la define como adecuación de la idea a la cosa.

Y es de temer que al abordar esta dimensión del problema por primera vez Mallon no sea del todo sincera, antes que con el lector, consigo misma. La conclusión se hace inescapable frente a su presentación del episodio aludido en el título del capítulo IX, "Al cabo, de

quién eran los huesos, y quién lo decide". En su crónica histórica de Xochiapulco⁹, Rivera ha incluido el relato de Pascuala Martínez, que cuando niña vio en la futura plaza central de la población una fosa común destinada a los cadáveres de soldados austro-belgas víctimas de una emboscada de los pobladores locales; de esos cadáveres son los huesos que iban a ser descubiertos durante las excavaciones practicadas allí mismo en la década de 1970. Un análisis interno de ese relato confirma a Mallon que el episodio no pudo haber ocurrido durante la guerra contra la intervención francesa (entre otras cosas, menciona que los pobladores habían buscado refugio en la hacienda de Juan Pablo Lucas en Tlaxcantla; ahora bien, Lucas sólo se casaría con la heredera de esa hacienda en 1867). El episodio tuvo lugar en 1869, durante los conflictos de la República restaurada, y los huesos no son austro-belgas sino mexicanos.

En suma, mientras Donna Rivera puede tener opiniones acerca de esos huesos, Florencia Mallon está segura de que sabe la verdad sobre ellos. Como confiesa enseguida, no vacila en cosechar los beneficios de la que llama su "situación académica privilegiada". La confesión prosigue: "Utilicé su manuscrito como un texto central en mi reconstrucción de la historia local, pero adopté la perspectiva analítica más omnisciente hecha posible por mi acceso más amplio a documentación de archivo. En esas circunstancias me es casi imposible no transformar su obra en folklore, por más que me esfuerce por encuadrar la discusión en el marco de un diálogo entre intelectuales. Digo, aquí, en este pasaje, está en lo justo, pero allá mi información demuestra que se equivoca. Ejercicio poder en mi posición como intelectual al no permitir que ella me replique". No es seguro que en el imaginario diálogo intelectual entablado entre ambas,

que se reduce en los hechos al soliloquio con que una de ellas replica al texto escrito por la otra, la relación sea necesariamente tan desigual como teme Mallon (al cabo, nada impide a Donna Rivera pronunciar sobre *Peasant and Nation* un veredicto que, aunque inspirado por criterios distintos, no será menos inapelable que el que su imaginaria interlocutora prefiere no formular explícitamente sobre *Xochiapulco, una gloria olvidada*).

Si Mallon teme beneficiarse injustamente con un exceso de poder no es entonces porque descubra que, en ese diálogo que no llega a ser tal, ella tiene la última palabra, sino porque está convencida –aunque se abstenga de confesarlo aun a sí misma– de que esa palabra se funda en un saber más sólido que el de su antagonista. Si prefiere no verlo así es sin duda porque, alerta a las posibilidades corruptoras y opresoras que derivan de la íntima relación entre saber y poder, sobre las cuales tan insistentemente nos advirtió Foucault, preferiría no contar con esa ventaja. No estoy seguro sin embargo de que sus escrúpulos no sean excesivos, y que en la deconstrucción de la noción de poder que también debemos a Foucault no hubiera encontrado razones válidas para aliviarlos.

Un episodio al que Mallon concede toda la atención que efectivamente merece así lo sugiere. El objetivo que la llevó a entablar su diálogo con Donna Rivera no era sólo alcanzar un recíproco esclarecimiento intelectual: buscaba, ante todo, ganar acceso al

manuscrito del que ésta era autora. Su formidable interlocutora sólo iba a concederle luego de recibir de su peticionante una garantía –por escrito– de que gestionaría con éxito de la Universidad de Puebla un compromiso formal de publicarlo. Pero la universidad ignoró luego ese compromiso, y el manuscrito, junto con la introducción que Mallon compuso para él, parecía destinado a reposar indefinidamente en sus archivos.

Escapó a ese destino cuando la Dirección General de Culturas Populares de Puebla tomó a su cargo su publicación, ahora con el frustrado prólogo de Mallon arrumbado entre las compilaciones de escritos ajenos sobre la región que Rivera había incluido en el volumen. En el lugar que originariamente le había estado destinado se encontraba ahora otro debido a la pluma de funcionarios de la Dirección, que celebraban en él –en el espíritu de la apertura indigenista que en ese momento juzgaba oportuno promover el gobierno mexicano– que las sociedades indígenas hubiesen finalmente resuelto investigar su propio pasado y formular su propio juicio sobre él. He aquí una vez más a las élites mexicanas dedicadas a su tarea habitual de construir y reconstruir hegemonía, mediante la incorporación selectiva de fragmentos de discursos contrahegemónicos, y en la perspectiva de esas élites –que deben en parte su largo predominio al instinto seguro que les señala dónde anida el poder– a la historiadora de Madison le corresponde un



lugar decididamente más marginal que a su colega de Xochiapulco.

Es de temer que, movida por complejos sentimientos entre los cuales el de culpa no está por cierto ausente, Mallon preste una atención menos aguzada de lo habitual en ella a los modos concretos en que Donna Rivera ejerce su tarea de "intelectual local", y que en consecuencia graviten sobre esa reconstrucción un tanto opaca ciertos supuestos acerca de los conflictos en torno a la hegemonía que quizá hubieran ganado con una problematización más explícita.

Así cuando nos dice que

[...] una de las razones de la eficacia de la estrategia de Rivera es que, al conectarse con el discurso oficial, su historia de Xochiapulco se incorpora a él, así sea de modo marginal y contencioso. El costo de esta estrategia es, sin embargo, que partes importantes de la historia local, de la memoria local, deben quedar necesariamente fuera de los límites establecidos por el discurso hegemónico. Sólo partes seleccionadas de la contrahegemonía pueden serle incorporadas. Y las partes que no se le incorporan [como el hecho de que los huesos en la plaza de Xochiapulco son mexicanos y no austriacos] quedan cada vez más sumergidos y olvidados (p. 284).

En la página siguiente ofrecerá conclusiones más generales deducidas de este ejemplo concreto.

Los intelectuales locales como Donna Rivera Moreno [continúa] son así los archivistas del discurso contrahegemónico. Preservan y reproducen la historia oral al identificar los huesos, hablar a los ancianos, y conservar los papeles. Sus decisiones sobre cómo han de ubicarse en el desfile oficial [si marchan o no en él, y bajo qué banderas lo hacen] tienen efectos importantes sobre las formas

que asume la memoria local y el modo en que sus pueblos pueden participar en la estructura política nacional emergente. Pero aun si los intelectuales locales gozan de poder y prestigio sustanciales a nivel local, son "socios menores" en las coaliciones regionales o nacionales. Si eligen articular la historia local como contrahegemonía contra un discurso hegemónico, no pueden elegir ni la forma que últimamente ha de tomar ni el efecto recíproco que el proceso alcanzará a nivel local. Al elegir mediar entre sus localidades y la cultura política nacional, los intelectuales locales eligen también asegurar la vigencia de por lo menos algunos de los principios de aquella dentro de sus pueblos.

Subtendiendo esta caracterización sin ambigüedades evidentes se columbran sin embargo dos visiones distintas del papel del "intelectual local". Por una parte lo vemos ejercer una soberanía plena sobre la versión que instituyen como canónica de la historia local, que es de hecho la única versión global de ésta que llega a constituirse como tal.

No sólo depende de su decisión que los elementos de esa historia se articulen en un discurso contrahegemónico o se integren subordinadamente en el discurso hegemónico; más radicalmente, de ellos depende decidir qué fragmentos de la memoria histórica local son incluidos en su narrativa, y cuáles al ser excluidos de ella son inapelablemente relegados al olvido.

Y sin embargo, el papel de mediación que se les atribuye se hace ininteligible si no se admite la presencia de una versión por lo menos potencialmente contrahegemónica, que sobrevive en la memoria local; en el ejemplo que Mallon propone —quizá más revelador de lo que ella misma advierte— esa versión no contaminada por

las manipulaciones a las que la somete el intelectual local para hacerla servir mejor a su propia agenda, ya sea ésta subversiva o integrativa respecto del discurso hegemónico, coincide con la del historiador "positivista": para ella también los huesos son mexicanos.

Las ambigüedades escondidas en la imagen del papel del "intelectual local" no son el único aspecto problemático en este análisis: es también notable que limitados son los esfuerzos por reconstruir el modo concreto en que desempeña ese papel en el concreto ejemplo en examen. Así, de las rápidas alusiones al descubrimiento de los huesos puede deducirse que éste provoca universal sorpresa (al parecer nadie esperaba encontrarlos en el curso de una excavación destinada a construir una cancha

historia local no tiene incidencia significativa, puesto que el episodio mismo ha sido hasta tal punto borrado de la memoria colectiva que la presencia así sea soterrada de esa versión puede descartarse; si es Pascuala Martínez antes que Donna Rivera la que ubica el episodio en los tiempos de la intervención, el papel de ésta en la formulación de la versión juzgada apta para integrarse subordinadamente en la historia oficial aparece también él considerablemente restringido. De nuevo, si no es seguro que sus materiales hubieran permitido a Mallon responder a estas preguntas, no parece tampoco que se le haya ocurrido formularlas.

Encontramos aquí por segunda vez un rasgo que hace que por lo menos para este lector de *Peasant and Nation*



de pelota al cesto); del mismo modo, del texto en que Donna Rivera presenta los recuerdos de Pascuala Martínez acerca de los cadáveres en la plaza como referidos a un episodio de la lucha contra la intervención, no resulta claro si al ubicarlo en ese contexto reproduce o interpreta el testimonio de ésta. En ambos casos, la narración de Mallon pasa de largo, prescindiendo de ahondar en aspectos del papel del "intelectual local" cuya exploración hubiera contribuido a echar luz sobre las ambigüedades no resueltas en la imagen que propone de éste. Si nadie esperaba encontrar huesos, ello sugiere que en este caso la función de ese intelectual como censor de una versión subversiva de la

la constante admiración por el enorme esfuerzo heurístico y por la firmeza y consistencia con que define y defiende una muy persuasiva visión global de los conflictos hegemónicos deba convivir con una cierta perplejidad ante lo que cree percibir como un hiatos nunca cerrado entre un esfuerzo tan riguroso como exitoso por construir una visión teórica general que se adivina fecunda, y un examen de procesos concretos en el cual parece faltar el eslabón que hubiera permitido a esas perspectivas generales incidir con toda la eficacia de las que se las adivina capaces. En alguna parte dice Mallon que "un ejemplo único no puede sostener el peso de un entero nuevo enfo-

que" (p. 3); se diría que afrontamos aquí un problema simétrico: un enfoque general, por justo que sea, no puede dar por sí solo respuesta a los problemas que plantea cada concreta situación.

Habría que concluir entonces que en este libro que se propone ofrecer a la vez una rendición de cuentas –y casi un examen de conciencia– en nombre de una generación que ha logrado grabar precozmente una huella muy profunda en el rumbo de la disciplina, a la vez que dilucidar un tema central en la problemática de ésta, el primer objetivo ha terminado por privar sobre el segundo. Aun si la conclusión fuese válida, seguiría siendo cierto que tanto la situación corrien-

te de la historiografía como el vasto cataclismo histórico que le ofrece contexto y sentido hacían urgente atender ese primer objetivo, y que la admirable lucidez con que la autora afronta esa tarea compromete por sí sola nuestra gratitud. En cuanto al segundo de esos objetivos, aun el juicio más pesimista no podría ir más allá de concluir que nos hallamos menos frente a un proyecto frustrado que ante una tarea sin completar; y nadie mejor para llevarla a término que esta historiadora de enorme talento, y dotada además de un valor intelectual que la lleva una y otra vez a afrontar los problemas que realmente importan, y no son nunca los de más fácil abordaje ■

Notas

1. Mallon, 1983.
2. Mallon, 1993, p. 372. Cooper, Mallon, Stern, Isaacman y Roseberry, 1993, p. 371.
3. Cooper, Mallon, Stern, Isaacman y Roseberry, 1993, p. 371.
4. Es la conclusión que parece deducirse, por ejemplo, de la tendencia general de los trabajos reunidos en la admirable colección de estudios que compilaron Joseph y Nugent, 1994, que sorprende menos en el prólogo de James C. Scott, que en el de Philip Corrigan y en el epílogo teórico debido a Derek Sayer.
5. Corrigan y Sayer, 1985.
6. Véase sobre el punto Mallon, 1994; la mención a los esfuerzos "to extend and rethink, from the perspective of the colonial and postcolonial world, the messages of Antonio Gramsci, Jacques Derrida and Michel Foucault", p. 1493.
7. Diario, 1977, pp. 87-88.
8. Mallon, 1983, p. XIII.
9. Rivera Moreno, 1991, p. 101.

Referencias

Cooper, Frederic, Florencia E. Mallon, Steve J. Stern, Allen F. Isaacman y William Rose-

berry: *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor and the Capitalist World System in Africa and Latin America*. Madi-son y University of Wisconsin Press, Londres, 1993

Corrigan, Philip y Derek Sayer. *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Blackwell, Oxford, 1985.

— *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1977

Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent (comps.). *Everyday Forms of State Formation. Revolution and Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham y Londres: Duke University Press, 1994.

Mallon, Florencia E. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands. Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton University Press, Princeton, 1983

— "Dialogues among the Fragments Retrospect and Prospect, en Cooper, Mallon, Stern, Isaacman y Roseberry. *op. cit.*

— "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History", en *American Historical Review*, XCIX:5 (dic.), pp. 1491-1515, 1994

Rivera Moreno, Donna. *Xochiapulco: una gloria olvidada* Dirección de Culturas Populares, Puebla, 1991

Galería de textos



Muerte y memoria de la Rusia moderna*

Catherine Merridale

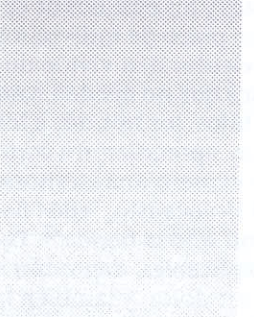
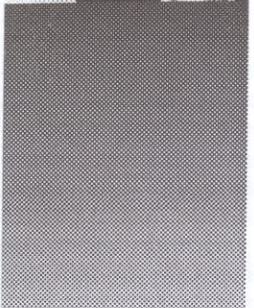


Este trabajo pretende abrir un debate acerca de los problemas de la muerte y la memoria en la Rusia moderna. Los recuerdos en cuestión no son en su mayoría tranquilizadores. La Rusia del siglo veinte asistió a una enorme cantidad de muertes violentas, oleadas sucesivas de guerra, epidemias, hambrunas y sangrías políticas. Acumulativamente, el impacto de tantos traumas y pérdidas implicó un desastre nacional. Sin embargo sus efectos aún no han sido considerados sistemáticamente. Una razón para esta omisión puede residir en la naturaleza misma de la cuestión. "Eludir el conocimiento está en la naturaleza del trauma", escribe un notable investigador del tema. "No puede comprenderse el trauma masivo porque no hay palabras ni categorías de pensamiento adecuadas para su representación"¹.

Estas percepciones sobre la naturaleza del trauma provienen del psicoanálisis y de la teoría literaria antes que de la historia social convencional. El volumen de las evidencias sobre las que se basan ha sido obtenido del trabajo con sobrevivientes del Holocausto. Las entrevistas y los estudios de caso basados en el psicoanálisis de largo plazo de individuos han descubierto que muchos sobrevivientes han vivido durante décadas en la sombra de recuerdos que no pueden o no quieren explorar o conocer. Pero sus hijos, los mismos a los que pretendían proteger con su silencio, aprendieron a comprenderlos aun sin palabras. Como lo expresó una escritora, hija ella misma de sobrevivientes del Holocausto, "ellos negaron el recuerdo, [los hijos] heredaron sólo la herida"². Pesadillas recurrentes y ansiedades inexplicables, depresión e ira eran manifestaciones comunes de ese dolor, y también la bulimia, la anorexia y la incapacidad para establecer víncu-



*Artículo publicado en *History Workshop Journal*, N° 42, 1996. Versiones previas de este trabajo fueron presentadas en el Coloquio sobre Guerra, Victimidad y Memoria de la Fundación Harry Frank Guggenheim en Pembroke College, Cambridge, en julio de 1995 y en el Seminario de Teoría Crítica de la Universidad de Bristol en marzo de 1996. Quisiera agradecer a los organizadores y a todos los participantes por sus comentarios. Además debo mi gratitud a Dori Laub, Emma Rothschild, Emmanuel Sivan y Jay Winter.



los personales duraderos³. La investigación psicoanalítica de este tipo sugiere que el Holocausto no es tan sólo historia, a pesar de que la mayoría de la gente que aún lo recuerda de primera mano tiene actualmente setenta u ochenta años.

El Holocausto es un caso histórico único. Pero la clase de preguntas que ha inspirado acerca del trauma y la memoria tienen una significación vasta, aunque inexplorada. Han existido otros campos de la muerte, otras catástrofes, y el trauma a gran escala ha sido común en el siglo veinte. ¿Cargan otras sociedades con recuerdos destructivos e insuficientemente indagados? ¿Durante cuánto tiempo perdura la fuerza de tales evocaciones? ¿Cuál es el significado y el rol de la conmemoración, especialmente si se celebra con un retraso de diez, veinte o aun cincuenta años? Los historiadores conocen muy bien el número de víctimas de los desastres del siglo veinte, los demógrafos pueden rastrear sus ecos de larga duración en las generaciones posteriores. Pero hay otros problemas, igualmente importantes, sobre los que no conocemos casi nada. ¿Cómo afronta la gente la desgracia masiva? ¿Qué recuerdan de ella, y cuál es su legado social?

La memoria, en el caso ruso, es un tema complicado. En primer lugar, muchos de los peores desastres de la era soviética fueron ignorados oficialmente o incluso negados en su momento. En otros casos, se desestimó la escala de las pérdidas, y aun en tiempos de guerra se ignoraron algunas clases de víctimas. Si el reconocimiento y el apoyo públicos son elementos importantes para la superación del dolor personal, debemos preguntarnos qué impacto tuvieron estas negaciones sobre los afligidos. ¿Cómo pudo la gente sobrellevar muertes que no podía discutir? ¿Qué historias inventó para sí misma sobre ellas? La negación de la muerte, además, no fue impuesta solamente por el Estado. ¿Por qué la gente obró en connivencia con él, y, por otra parte, cómo encajaba su experiencia directa con los relatos que leía y difundía?

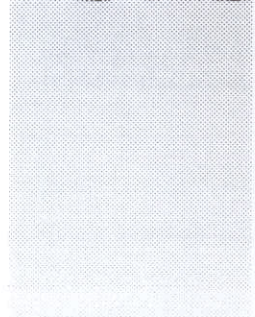
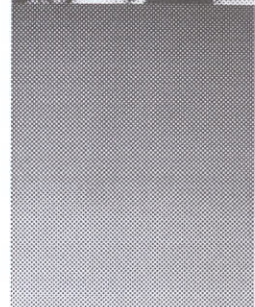
Estas cuestiones son importantes para el historiador, pero también tienen una resonancia contemporánea. La cortina que Khrushchev levantó brevemente en 1956 fue derribada después de 1988. El asesinato político a gran escala y las hambrunas masivas fueron discutidas nuevamente en la ex-Unión Soviética, a menudo con la participación activa de los sobrevivientes. Escritores, artistas, arqueólogos, cineastas e inclusive, eventualmente, historiadores profesionales, participaron de la revelación de recuerdos reprimidos, del cálculo del número de víctimas y de la identificación de las mismas. Pero la fascinación del público fue efímera. Hacia 1990, y con creces después, el interés por el pasado cedió frente a la preocupación por las incertidumbres del presente. Incluso se argumentó que se estaba malgastando demasiada atención en el pasado, que el presente y el futuro demandaban la energía de todos, que era mejor dejar

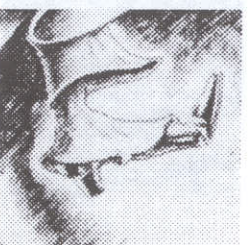
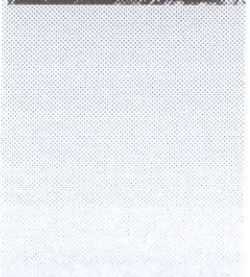
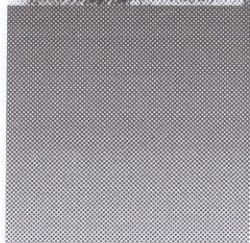
que las heridas antiguas, a pesar de su profundidad, sanaran por sí mismas.

¿Este diagnóstico es correcto? Una sociedad con experiencia reciente de desastres, guerra y, sobre todo, violencia fratricida, ¿debería preservar su memoria o dejarla morir? La cuestión se plantea en Europa occidental y central, recién salidas de sus juicios por colaboracionismo; es crucial para la reconstrucción de Sudáfrica, inherente a la compleja política de Ruanda, Nigeria y Bosnia. En el caso ruso, la controversia es alimentada por la especulación sobre lo que podría haber sucedido si las generaciones portadoras de los más dolorosos recuerdos se los hubieran llevado secretamente a la tumba. Pero, ¿fue ésta una posibilidad alguna vez? Sus hijos e hijas, como la heroína georgiana de la película de Tengiz Abuladze, *Repentance*, ¿no habrían exhumado sus cuerpos y exigido una audiencia pública?

El primer paso hacia una respuesta a estas preguntas ya ha sido tomado, aunque aún deben extraerse las implicaciones de muchas de las investigaciones. Después de décadas de debate, y a pesar de los problemas legados por un Estado soviético empeñado en negar la magnitud de sus daños, los historiadores están cerca de un acuerdo sobre las catástrofes demográficas de la era de Stalin⁴. Naturalmente, dentro de este consenso hay aún amplias áreas de incertidumbre. Los historiadores coinciden en dividir el período en tres fases, al menos desde el punto de vista del exceso de muertes; 1914-21, los años de la guerra mundial, revolución, guerra civil y hambre; 1926-39, un período delimitado por dos censos pero caracterizado por los trastornos de la colectivización y la industrialización forzosa, hambrunas generalizadas y, finalmente, represión política en la forma de las purgas de 1937-8; y 1939-45, un período abarcativo de la invasión de Finlandia y la Gran Guerra Patriótica. Sin embargo, las estimaciones de la escala de bajas de cada etapa varían considerablemente. El problema se mezcla con las controversias sobre el censo de 1897 (el único realizado por el régimen zarista) y la imposibilidad de determinar con exactitud las tasas de fertilidad (y en consecuencia, de la mortalidad infantil) y de emigración.

En términos generales, surge que entre veintitrés y veintiséis millones de personas murieron prematuramente en lo que llegaría a ser la URSS entre 1914 y 1922. La colectivización, el hambre y las purgas –la revolución stalinista desde arriba– resultaron en alrededor de diez millones más de exceso de muertes, de las cuales las ejecuciones políticas dieron cuenta de aproximadamente un millón y medio. Por último, los años de guerra 1929-45 contemplaron un excedente de veintiséis millones de muertes prematuras, algunas en combate, algunas relacionadas directamente con la guerra, pero muchas también producto de una continuada campaña de represión estatal.





Cifras de esta escala desafían los intentos de describir la realidad que mensuran. Incluso los desastres familiares a los europeos occidentales asumieron proporciones incalculablemente mayores en el Este. La Primera Guerra Mundial fue más costosa para los rusos que para las potencias de Europa occidental, en términos de vidas humanas, debido al gran número de hombres que combatieron. Fue seguida, además, por una encarnizada guerra civil en la que perecieron varios millones más. Ambas guerras fueron acompañadas por movimientos masivos de población. Como sostuvo Lorimer en 1946, "durante los años 1915-23, el pueblo ruso padeció los cambios más cataclísmicos desde la invasión de los mongoles en el temprano siglo trece"⁵.

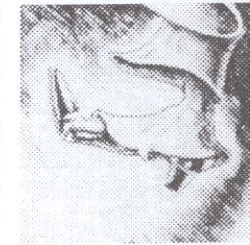
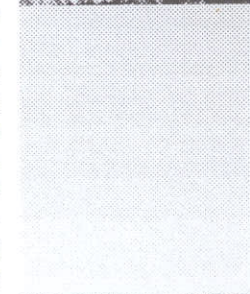
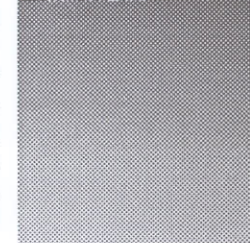
Tales trastornos conllevaron inevitablemente una alta mortalidad entre los civiles. La epidemia de influenza de 1918-19 afectó a Rusia con especial fuerza, y fue seguida de epidemias de cólera, tifus y fiebre tifoidea igualmente devastadoras. La infraestructura sanitaria de las ciudades había sido rudimentaria antes de la guerra, pero desde 1918 los edificios derrumbados, el agua infectada y la basura sin recolectar proveyeron el ambiente adecuado para la difusión de las enfermedades. Solamente en Moscú, miles de muertes fueron registradas mensualmente desde 1918 a 1921, sucediéndose sus principales causantes –influenza, tifus, cólera y disentería– en un desfile ininterrumpido que parecía no tener fin⁶. Pocas familias pueden haber escapado de experiencias directas de muerte prematura en este período, un patrón que se repetiría muchas veces en las próximas décadas.

La Guerra Civil fue seguida casi inmediatamente por una severa escasez. Esta fue más destructiva en la Rusia meridional, y especialmente en la región del Volga y Ucrania. La mortalidad total en estas regiones se estima entre un millón y medio y cuatro millones. El panorama se complica con el infanticidio, que no era nuevo, y también con el canibalismo, que no había sido reportado en tal grado hasta entonces. Los autores de un estudio contemporáneo de la hambruna admitieron, por ejemplo, que el canibalismo había sido virtualmente desconocido en 1891, cuando el hambre había sido casi tan seria⁷. Pero en 1921, de acuerdo a la misma fuente, posiblemente debido a los efectos embrutecedores de la Primera Guerra Mundial, llegaron a varios miles los casos de cadáveres consumidos por sobrevivientes, que inclusive los robaban de los cementerios. El asesinato y la ingestión de vecinos, y especialmente de niños, aunque menos común, también fueron ampliamente reportados. Con una metódica racionalidad bolchevique, los autores explicaron que tal conducta era un último recurso desesperado, y que raramente el culpable sobrevivía como para adquirir el gusto por la carne humana⁸. Más que escandalizarse por estos casos, se decía a los lectores, deberían buscarse paralelos de esta con-

ducta entre los animales, muchas de cuyas especies, "y especialmente los conejos", consumen a sus crías en tiempos de escasez de alimentos⁹. No se discutía lo que los sobrevivientes debían hacer con sus recuerdos atroces.

La respuesta oficial a la hambruna de 1921 fue la insensibilidad¹⁰. Pero la manera de Stalin de tratar la cuestión en 1932-3 estableció nuevos parámetros para la brutalidad sancionada por el Estado. La colectivización involucró de hecho dos oleadas de exceso de mortalidad. La primera estuvo asociada a la deportación de los denominados kulaks. No se conocen cifras precisas sobre las tasas de mortalidad entre los cinco o seis millones de deportados, pero claramente ocurrieron inmensas pérdidas, algunas por suicidio, otras por el hambre, el exilio y los efectos de los largos viajes emprendidos en camiones de carga sin ventilación, sin calefacción y repletos¹¹. Dos años después, sin embargo, tuvo lugar uno de los episodios más destructivos en la historia soviética, una escasez que llevó hambre, enfermedad y muerte a amplias áreas de Ucrania, el norte del Cáucaso, el Volga y las regiones de las estepas. La inanición trajo enfermedades epidémicas, la desesperación condujo a muchos a la locura y el suicidio. "No es infrecuente", decía un informe, "encontrar aldeas con una bandera negra flameando en cada extremo de la calle central, significando que no quedaba nadie de la población como resultado del hambre y la huida"¹². "La gente se alimenta de una dieta [de hambre]", dice otro informe, "se les hinchan los miembros y los rostros, lo que los hace parecer caricaturas de seres humanos, luego se convierten gradualmente en esqueletos vivientes, y finalmente caen muertos en cualquier parte. Los cadáveres son guardados en la morgue hasta juntar cincuenta o más, y luego se los entierra en fosas comunes... La hambruna en la Ucrania soviética fue indudablemente terrible, pero parece un juego de niños en comparación con la presente situación"¹³.

Stalin estuvo indudablemente al tanto de la hambruna de 1933, aunque en este momento no puede haber certeza de que la planeó como un acto deliberado de genocidio¹⁴. A lo largo de los meses de las más amargas privaciones, por ejemplo, inundaron su escritorio las cartas y peticiones de los aldeanos famélicos, acompañadas por comentarios crecientemente compasivos de la policía secreta local¹⁵. Además, los funcionarios de la región y los estadígrafos que procesaban los resultados de su gestión a nivel regional y nacional también conocían la extensión de las pérdidas. Los rumores circulaban abundantemente fuera de las regiones de la hambruna; los mercados se convirtieron en fuentes de relatos sobre hombres y mujeres harapientos que caían muertos en las calles, y también de historias más sombrías sobre el suicidio, el asesinato y el canibalismo. Inclusive periodistas y diplomáticos extranjeros tenían conocimiento del desastre, aun-



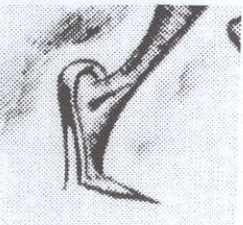


que las negativas oficiales continuaron impidiendo la organización de la ayuda internacional frente a la escasez. Una estimación relativamente cauta del número total del excedente de muertes en los cuatro años de la colectivización sería de ocho millones. En las regiones más afectadas la mortalidad llegó al 65-70 %¹⁶.

Los campesinos soportaron el embate más duro de sufrimiento y muerte en los '30, pero los habitantes de las ciudades tampoco estuvieron eximidos. La rápida industrialización acarrió movimientos poblacionales tanto forzados como voluntarios, por ejemplo hacia el nuevo centro industrial de Magnitogorsk en los Urales. Las rigurosas condiciones en la estepa en 1931 llevaron a la muerte ese invierno a trabajadores cuya experiencia de la primera ciudad socialista implicó vivir en tiendas de campaña hasta poder ser congregados en rudimentarios edificios de ladrillo. Los accidentes industriales, contra los que se tomaron pocas medidas en la así llamada etapa heroica, fueron asimismo una fuente de creciente fatalidad¹⁷.



Sin embargo, el mayor homicida en la década de 1930 fue el sistema judicial. Las purgas de 1937-8 afectaron aproximadamente a un millón y medio de vidas adultas, y el proceso represivo continuó hasta entrados los años '50. Típicamente, los individuos que eran purgados simplemente desaparecían. Aunque testimonios recientes, por ejemplo de Belarus, se refieren a gente desvelada por las noches por el sonido de disparos de fusil o revólver, la mayor parte de los asesinatos de las purgas tuvo lugar en secreto. Las víctimas de las purgas eran ejecutadas mediante un disparo en la parte posterior del cuello, un método que evitaba al ejecutor el contacto visual con su blanco y, aparentemente, disminuía el derramamiento post-mortem de sangre. Un deseo de negar aun la humanidad básica de los supuestos criminales se reflejaba en su descripción en la prensa como insectos, ratas, cerdos, buitres, perros, hienas. Sus cadáveres, varios millones durante el entero período soviético, simplemente desaparecían. De las restantes víctimas del stalinismo, muchas murieron en completo aislamiento de la sociedad, famélicos o muertos de frío en los campos de trabajo de los lejanos norte y este.



Hacia 1939, entonces, la Unión Soviética había sufrido proporcionalmente un mayor excedente de muertes que cualquier otra sociedad europea industrializada. Pero todavía no había acontecido el mayor desastre de todos. El debate sobre la magnitud de las pérdidas en la Gran Guerra Patriótica continúa. Inicialmente, las cifras oficiales de muertes correspondían a siete millones, aunque estaba extendida ampliamente la sospecha de que esto era una grosera subestimación. Khrushchev posteriormente elevó la cifra a veinte millones, estadística sobradamente horrenda, que la mayoría de los antiguos libros de texto dan como indicación del pre-

cio desproporcionadamente alto que pagaron los soviéticos por su victoria colectiva sobre el fascismo. De hecho, no obstante, el total parece haber llegado por lo menos a los veintiocho millones, mientras que algunas estimaciones rusas actuales elevan las pérdidas a treinta y siete o aun cuarenta millones¹⁸.

¿Cómo enfrentó la gente pérdidas de este tenor? ¿Cuál fue su impacto? En otras sociedades una respuesta natural habría sido regresar a los consuelos tradicionales de la religión y el ritual, público o privado. Pero, nuevamente, el caso soviético fue excepcional. La violencia de la era de Stalin implicaba un asalto paralelo y simultáneo contra las prácticas religiosas de toda especie, incluyendo las vinculadas con la muerte. Sólo puede comprenderse el impacto de este ataque sobre las mentalidades rusas si se considera la importancia de la tradición en los años previos al stalinismo. Incluso para una sociedad preindustrial, Rusia estaba abundantemente dotada de supersticiones, costumbres y rituales para el tratamiento de la muerte y del duelo¹⁹. Las creencias sobre la relación entre el cuerpo y el alma, e incluso sobre la condición del cadáver mismo, incorporaban influencias precristianas, provenientes del folklore tradicional y adaptadas a las ideas y al lenguaje ortodoxo. Se conservaban profusamente supersticiones que habían persistido durante siglos, que afectaban las prácticas a lo largo de la Rusia europea. La rápida violación de éstas habría sido chocante por sí misma. Pero su abandono más o menos forzado en un tiempo de violencia generalizada provocó una catástrofe social mayor.

A la luz de lo que estaba por suceder, se destacan como particularmente importantes tres conjuntos principales de temas. Primero, el cadáver mismo era tratado con cuidadosa reverencia—lavado, vestido con prendas especiales, colocado en su ataúd con una variedad de posesiones y recuerdos para facilitarle el pasaje al "otro lado". Segundo, el lugar del entierro adquiriría una importancia permanente. La celebración de comidas rituales en el sitio de la sepultura, las visitas regulares, el cuidado y la decoración de las tumbas son tradiciones que aún sobreviven. Los miembros de la familia podían conversar con el difunto al lado de la sepultura; algunas veces se enviaban mensajes por medio de los recientemente fallecidos para aquellos que habían partido antes. Se preservaba un sentido de continuidad en el lugar de la inhumación. La cremación, que los bolcheviques intentaron reintroducir en los '20, era enteramente ajena a la cultura funeraria rusa. En realidad, había dejado de practicarse más o menos al mismo tiempo que el cristianismo llegaba a Kiev.

El temor y el respeto hacia la muerte se manifestaba en historias de fantasmas y de la creencia de que los espíritus potencialmente vengativos debían ser apaciguados. El propósito de muchos de los aspectos más elaborados del ritual



fúnebre era evitar la posibilidad de las apariciones o de otras venganzas. En el momento de la muerte, por ejemplo, se cerraban las puertas y se abría una ventana para permitirle al espíritu partir por una ruta poco familiar, dificultando así su retorno a la casa²⁰. El jabón con el que se había aseado el cadáver era enterrado en un rincón sin cultivar del campo, y se arrojaba el agua fuera de la casa. El cuerpo y el espíritu se separaban con dificultad –la profanación de un cadáver podía provocar una irritada aparición²¹. En cierto nivel carece de importancia si los individuos creían plenamente en estas supersticiones; su persistencia indica que por lo menos eran efectivas como estrategias para aliviar la ansiedad colectiva sobre la muerte en un mundo de elevada mortalidad.

¿Cómo abordaron la muerte los bolcheviques? Su ideología era oficialmente atea. Sin embargo, la inquietud respecto a la muerte es universal. La cuestión del ritual y de un nuevo lenguaje soviético de la muerte surgió a las pocas horas de la toma del poder. Una de las primeras tareas emprendidas por el gobierno fue sepultar a los 238 héroes que habían muerto en la lucha por Moscú. Se improvisó raudamente una ceremonia fúnebre "comunista", atea. Sus organizadores, rápidos en percibir tanto el potencial como el desafío de la ocasión, la convirtieron en una de las más tempranas manifestaciones de gran envergadura en apoyo de la revolución. La Plaza Roja, que sólo cuatro años antes había asistido a las celebraciones de los trescientos años de la dinastía Romanov, ahora albergaba el primer mitin masivo del nuevo régimen²². Para la ocasión fueron cerrados todas las fábricas, oficinas y teatros de la ciudad. Los féretros abiertos fueron conducidos a través de la ciudad al lugar de su inhumación en las murallas del Kremlin. El cortejo fue seguido por un batallón de la Guardia Roja, cuyo lento avance era acompañado por los lamentos rituales (y tradicionales) de las mujeres. En las murallas del Kremlin se agitaban banderas rojas, cuyo mensaje confirmaba que las muertes marcaban el nacimiento de una nueva vida, la de la república de los obreros y los campesinos. La elección de la ceremonia, e incluso la de la música, y la presencia de las plañideras, combinaba elementos antiguos y familiares con la dramatización del Estado comunista. Los féretros abiertos, las flores, la idea de que la muerte es necesaria para la creación de una nueva vida, eran aspectos tradicionales de la cultura funeraria rusa. El agregado de guardias militares y eslóganes políticos, que reemplazaban diestramente la ornamentación de la religión tradicional, pretendía en esta etapa ensalzar el hecho de que los "héroes" habían muerto luchando. Pero el ritual militar y la presencia de soldados en uniforme, llegaría a ser la materia prima de las exequias comunistas de allí en adelante, reforzando la noción de que el nuevo Estado era el producto de la lucha constante y del sacrificio.



El funeral del héroe, reiterado varias veces en los siguientes tres años²³, alcanzaría su punto máximo con las exequias públicas de Lenin en 1924. En su séptimo año, el nuevo régimen ya había perfeccionado el funeral ateo; Lenin mereció las más profundas solemnidades, pero el comunismo, con sus eslóganes simples y sus mensajes directos de igualdad, se ocupaba de cuestiones que pasaban rápidamente de lo sublime a lo banal. La elección de la música, por ejemplo, era problemática. Los héroes de 1917 fueron sepultados al compás de la *Internacional* –que pareció poco apropiada menos de dos semanas después de la Revolución. Pero la comisión que se reunió para organizar la ceremonia para el entierro de Lenin incluía a hombres cuyos gustos se habían formado en Europa occidental. Tomaron instintivamente las misas de réquiem de Verdi y Mozart, para no mencionar el romanticismo heroico de *Gotterdammerung* de Wagner. Los memorándum pasaron velozmente de la comisión a la oficina de Lunacharski, Comisario de Educación. Fue este último quien descartó toda la música religiosa, rechazó a Wagner desde el punto de vista estético, y optó por Chopin y Beethoven intercalados con reiteraciones frecuentes de la *Internacional*²⁴.

El funeral de Lenin y el embalsamamiento de su cadáver plantean cuestiones que exceden el alcance de este trabajo. Aquí basta con señalar que proporcionó la ocasión para el ritual público más espectacular de la primera década de la Revolución, y posiblemente también de todo el período de preguerra. Su costo fue considerable, en momentos de estrechez económica²⁵. La Plaza Roja misma fue restaurada, se eliminaron numerosos edificios pequeños, e incluso una línea de tranvías, y se construyó un mausoleo temporario. La manifestación militar que acompañó la ceremonia fue severa hasta el extremo de la barbarie –162 soldados sufrieron congelamiento al permanecer en guardia a lo largo de la ruta del cortejo²⁶. Pero el objetivo oficial fue alcanzado. El funeral de Lenin fue utilizado como un momento de renovación de la lealtad al nuevo régimen; a partir de la muerte prematura del héroe fluiría nueva vida bajo la forma de un nuevo orden mundial. El cuerpo del líder, como el del santo prerrevolucionario, no se corrompería. Preservado en su ataúd de perspex^{26 bis}, además, el héroe muerto observaba –aunque con impotencia– el régimen que había creado. Su muerte, como la de otros héroes, glorificaba la empresa colectiva de construcción del socialismo. Ese sentido de la finalidad, despojado de toda noción de compensación después de la muerte, mitigaba el pesar que de otro modo sólo podía conducir a lamentaciones o incluso al revanchismo, ante la insensible obliteración de la vida.

Si el bolchevismo se apropió de algunos simbolismos y rituales de la Rusia prerrevolucionaria para sus líderes, en la práctica, sin embargo, la muerte de la gente común fue trata-

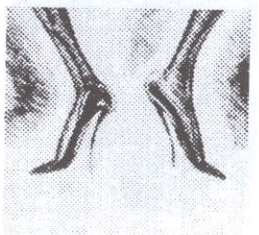




da con menos deferencia. Un régimen que originalmente intentó mantener los edictos del Gobierno Provisional sobre la pena de muerte para delitos tanto civiles como militares, pronto se encontró dirigiendo ejecuciones sumarias que llegaban incluso a niveles de cientos por día²⁷. Testigos oculares recuerdan pilas de cadáveres diseminados por las calles de las ciudades provinciales, y el eco nocturno de los disparos de fusil. Como sostuvo Lenin, "ningún gobierno revolucionario puede funcionar sin la pena de muerte, y la esencia de la cuestión radica solamente en contra de qué clase debe dirigirse el arma de la pena de muerte"²⁸. Algunos de los asesinatos pretendían tener efectos disuasivos. En 1922, por ejemplo, Lenin exigió que se castigara a los manifestantes religiosos de la ciudad de Shua "tan brutalmente que pudieran recordarlo en las décadas venideras"²⁹. La primera víctima oficial de la pena de muerte administrada por la justicia soviética fue Aleksei Shchastny, almirante de la flota del Báltico, ejecutado por traición en junio de 1918³⁰.

No obstante, el grueso de los asesinatos políticos del período soviético temprano recibió poca publicidad y no involucró figuras prominentes ni juicios elaborados. La ejecución pública y teatralizada no constituía la esencia de un régimen que prefería eliminar a sus numerosos enemigos con un balazo rápido antes que arriesgarse al espectáculo –y posible foco de revueltas– de horcas públicas atestadas³¹. Casi siempre se subestimaba la dimensión de los asesinatos políticos. La dictadura del proletariado podía bautizarse de buena gana con la sangre de sus mártires, pero no se obtenía nada con propalar su total inmersión en la de sus oponentes reales e imaginarios. Cuando se conmemoró la guerra civil en los '20, se conservaron las metáforas militares y el lenguaje de la emergencia y el heroísmo, pero el enemigo sólo fue descrito superficialmente. Los cadáveres –los cadáveres humanos– no debían ser vistos desordenando la senda de la construcción socialista. Se censuraron cuidadosamente las imágenes oficiales. Se sabía que los ex-combatientes de la Guerra Civil eran atormentados por pesadillas de matanzas y mutilaciones, que tenían los nervios destrozados, y sus cuerpos incapacitados para el trabajo³². Pero mientras que los médicos y periodistas del partido discutían el problema desde un punto de vista clínico, el limitado conocimiento público se basaba en las escenas que los habían conducido a esa situación.

La Guerra Civil fue una crisis extrema; muy difícilmente podría haber sido prioritaria la disposición reverente de los cadáveres. Pero incluso detrás de las filas, estaban bajo presión las costumbres funerarias sostenidas tradicionalmente. El ataque a la religión organizada que siguió a la Revolución no se dirigía exclusivamente contra el poder institucional del clero. La religión popular, las costumbres y el folklore planteaban también un desafío ideológico. Los funerales su-



ministraban oportunidades ideales para el desfile de la superstición, la indulgencia colectiva de creencias religiosas y la especulación grupal sobre los beneficios o costos del nuevo orden político. El funeral tradicional y los ritos habituales de conmemoración posteriores a la Pascua, fueron objeto de particular interés para los militantes ateos del Partido Bolchevique; pero fueron también los rituales religiosos menos susceptibles de supresión violenta. Incluso en la década de 1960, cuando la mayoría de los otros ritos de pasaje (como el matrimonio y la elección de los nombres de los hijos) habían adquirido un ritual secular casi universalmente aceptado, el entierro permanecía como una cuestión predominantemente religiosa³³.

Se emplearon numerosos argumentos para atacar las prácticas tradicionales. El más persuasivo, y discutible, se basaba en consideraciones de salud pública. No fue casual que el primer decreto soviético sobre cementerios fuera aprobado en el punto más álgido de la epidemia de tifus de 1918-1934³⁴. Los cementerios cercanos a los centros de las ciudades crecientemente superpobladas significaban una amenaza para las aguas subterráneas; las fosas excesivamente superficiales –a menudo resultantes de sucesivos entierros de varios cuerpos en la misma parcela– incluso podían derivar en la exposición de los huesos y los restos humanos putrefactos. Mientras tanto, la política bolchevique de cerrar las iglesias dejó a los cementerios tradicionales sin vigilancia y planteaba interrogantes sobre el uso futuro del espacio. La solución propuesta a estos problemas, que incluía un elemento claramente antirreligioso, era introducir la práctica secular y científica de la cremación³⁵.

El problema aquí, como en cualquier otra instancia en la que un grupo de funcionarios intentaba trastornar antiguas prácticas en favor de otras "científicas" nuevas, era que en cierto modo la innovación carecía de dignidad. Las instrucciones oficiales para las cremaciones exigían "orden" en el crematorio, "completo silencio, no fumar, gritar o salivar en el suelo." Se requería una lista de documentos para que la cremación pudiera tener lugar; asimismo, no podían recogerse las cenizas sin cumplir las formalidades adecuadas. "Las cenizas no pueden ser conservadas en la casa", concluía la directiva, "pero está permitido cualquier otro modo de dispersarlas –esparcirlas en las montañas, arrojarlas desde aviones, conservarlas en institutos y museos. Sólo pueden ser trasladadas fuera del país con la documentación apropiada"³⁶. No obstante, esta dureza no era el problema principal de los crematorios. Mucho más importante era el hecho de que la destrucción física del cadáver representaba una violación de las prácticas tradicionales. De un solo golpe, serían arrasados los rituales habituales que implicaban la dispersión de tierra y la preservación de imágenes de los difuntos





junto a la tumba. Tradicionalmente, el espíritu de la persona muerta no abandonaba a sus parientes en forma inmediata; los servicios recordatorios que se celebraban a los cuarenta días y a un año de la muerte eran resabios de una tradición más antigua de aplacar e incluso exorcizar los espíritus de los muertos aún ligados a lo terreno. La cremación representaba la aniquilación prematura de los restos humanos y despojaba a los deudos de la posibilidad de visitar la tumba con los obsequios tradicionales de comida requeridos para prevenir el infortunio.

La introducción de la cremación debía ser respaldada, en consecuencia, por la supresión de los cementerios. Nuevamente, minuciosas regulaciones establecieron el procedimiento por el cual los ornamentos de la tumba y los objetos metálicos debían ser removidos y transferidos para uso del gobierno. Se requería la vigilancia de dichos cementerios a fin de prevenir que tuvieran lugar inhumaciones precipitadas (y consecuentemente antihigiénicas) incluso después de las clausuras oficiales. La tarea recayó en la policía secreta, que también monitoreaba las actividades de los sacerdotes itinerantes y de los grupos sectarios³⁷. Los procedimientos y regulaciones se prescribían para evitar la violencia innecesaria y el abuso de los creyentes locales, pero de hecho los funcionarios excesivamente fanáticos podían esperar escasas reprimendas si se excedían en sus tareas. Raramente se investigaban los casos de la denominada *proizvol*, arbitrariedad que podía incluir la prohibición de las oraciones por los muertos y los funerales religiosos³⁸. En esta etapa la prioridad era quebrar el control universal de la religión. Los crematorios, que nunca reemplazaron a los cementerios en la mente popular, fueron publicitados como la alternativa socialista a los entierros. Difícilmente habría podido ser más notable el contraste entre el ritual magro que proporcionaban, la rápida disposición de los restos físicos, y la pompa tradicional que rodeaba al cadáver de Lenin.

Desde la caída del comunismo los antropólogos en Moscú han comenzado a investigar las persistencias de la cultura fúnebre. Uno de sus objetivos ha sido separar lo que es ruso de lo que es soviético en los residuos de la tradición sobre la que escriben. Hasta donde puede ser identificado, es lo ruso lo que está actualmente en boga. Ya ha tenido lugar el restablecimiento de la liturgia y las costumbres antiguas, y ocurriría mucho más si no fuera por los precios prohibitivamente altos de los funerales e incluso de las parcelas de los cementerios³⁹. Sin embargo la palabra operativa sería renacimiento. Mientras que aún se observan algunos ritos tradicionales, como la vigilia junto al féretro abierto, la inclusión de dinero y comida o flores con el cadáver, y, posteriormente, las vigiliadas de recordación, la mayoría han cambiado su significado desde los '20. Se adaptaron algunas prácticas de forma extraña.



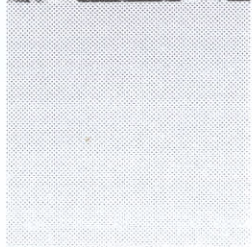
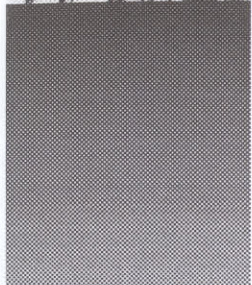
De acuerdo a la tradición, por ejemplo, la persona muerta sería sepultada con un rosario entre sus manos para facilitar su admisión en el cielo. No obstante, desde los '30 esto ha sido reemplazado por un pasaporte, una tarjeta de identidad o documentos similares, siendo denominado, sólo parcialmente en forma burlona, como los papeles del muerto⁴⁰.

El poder soviético trajo cambios incluso para aquellos que murieron pacíficamente, e hizo más difícil el duelo para los que sobrevivieron. Para las familias de los que murieron violentamente, y para las víctimas de las hambrunas, los procesos de pérdida y duelo fueron disruptivos más allá de lo admisible. Los registros escritos de las regiones de la hambruna, por ejemplo, enfatizan la aterradora indiferencia y la precipitación de las disposiciones. Los cadáveres eran apilados sobre carros y sepultados por cantidad en fosas comunes –si había alguien disponible para enterrarlos–. En ocasiones personas agonizantes eran cargadas en los carros mortuorios junto con fallecidos para evitar un segundo viaje a la aldea. Los informes describen la profanación de los cuerpos, los robos de ropa e, incluso, especialmente en la peculiar crisis del sitio de Leningrado, la venta de carne humana, que en un momento se realizó en el patio de un hospital local. En una cultura en la que el vestir a los cadáveres jugaba un papel tan importante, un informe de profanación es particularmente notable. "Nadie se atreve a vestir a los muertos de su familia", señalaba un ucraniano, "porque al día siguiente los encontraría desnudos en la morgue, despojados de todo por criminales desconocidos"⁴¹.

Aunque sería, la violación de los rituales funerarios era sólo la primera de una serie de interrupciones tendientes a moldear las penas de los afligidos. En la mayoría de las sociedades puede haber adaptación a las pérdidas individuales, pero cuando entra en juego el trauma colectivo –y en consecuencia, la memoria social–, la recuperación requiere un estadio más, que involucra el recuerdo, el reconocimiento y el conocimiento de la muerte, el conferir un status especial a la congoja, la construcción de narrativas dignas que expliquen la necesidad y el valor de las pérdidas⁴². Debido a que el revestir de un status especial a los muertos está ligado a prioridades nacionales y a definiciones oficiales de la identidad, algunas víctimas de la catástrofe permanecen invisibles al menos parcialmente. Los caídos en la guerra civil de Irlanda en los '20 o los esclavos que perecieron sin ser registrados en la época previa a los Derechos Civiles, podrían ser un ejemplo. Sin embargo, la Rusia soviética difirió de muchos otros casos en que muchos recuerdos no se corrompieron meramente sino que fueron activamente suprimidos. Los registros históricos, y aun personales, fueron distorsionados para negar su validez.

Incluso se registraron selectivamente las muertes ocurri-





das en la guerra. Mientras que se conmemoró esmeradamente la denominada Gran Guerra Patriótica, el momento cardinal de la historia militar soviética, tendieron a olvidarse las muertes de la Primera Guerra Mundial. El cementerio Briatsk de soldados de la Primera Guerra ha desaparecido totalmente⁴³. En este punto pueden establecerse comparaciones con la recordación de los mercenarios caídos en las primeras guerras europeas modernas –como señala George Mosse⁴⁴, las ceremonias elaboradas en Europa occidental sólo comenzaron con las milicias de ciudadanos y la idea del sacrificio colectivo. La Primera Guerra Mundial, en la medida en que interesó a los soviéticos, fue la lucha de un antiguo régimen imperialista –y tal vez su silencio al respecto refleje su indiferencia política frente a ella como mito fundador. Más recientemente, la reticencia oficial sobre los costos y la sensatez de la guerra de Afganistán se manifestó en el secreto con que fueron sepultados los soldados caídos, a menudo sin referencias a la causa de sus muertes, y, con frecuencia también, en tumbas separadas entre sí deliberadamente para distraer la atención del público de la gravedad de las pérdidas⁴⁵. La muerte masiva, incluso al servicio del estado, no requería conmemoración. Los métodos por los cuales fueron enterrados y oficialmente olvidadas las víctimas adolescentes de la campaña soviética en Afganistán, tienen una larga historia.

El sistema stalinista fue un experto en la destrucción de las herramientas de la memoria pública. El misterio que rodeaba a la información llevó a la gente a pensar que había sido destruida, incluso cuando los datos fueron preservados cuidadosamente en secciones secretas de los archivos estatales. Pero el Estado no fue el único actor en el proceso de destrucción de la memoria. En muchos casos las circunstancias impulsaron a los individuos a colaborar activamente en la supresión de documentos y otros ítems. El ejemplo de la hambruna de 1933 ilustra este proceso claramente. Los informes del área sugieren que aunque la comida era críticamente escasa en todas partes y los precios altos, la inanición en sí era desigual. Algunas aldeas fueron virtualmente aniquiladas en tanto que otras sobrevivieron, aunque padeciendo.

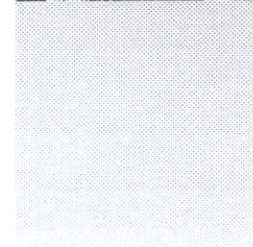
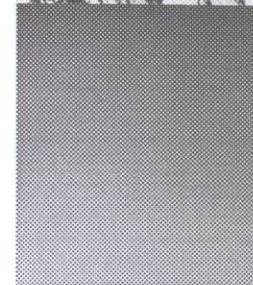
Al mismo tiempo, los refugiados procedentes de las áreas de hambrunas eran encontrados en las cabeceras de las líneas ferroviarias a lo largo de Rusia meridional y de Ucrania. Bajo estas circunstancias, la negación de la muerte masiva –la palabra inanición misma fue prohibida en 1932– no puede haber convencido a mucha gente. Pero no hubo clamor público alguno contra la atronadora negativa oficial. Parte de la razón de este silencio fue el hábito de connivencia que habían comenzado a inculcar quince años de poder soviético. La oposición política organizada no era un delito trivial hacia 1933. Además, hablar claro traería pocas recompensas en un sistema político donde había desaparecido la posibili-

dad de formas alternativas de gobierno o aun de búsqueda de un elenco diferente. Sobre esta base, eran redituables las mentiras oficiales sobre la hambruna. La supresión de los datos de mortalidad cuatro años más tarde, en el censo de 1937, se efectuó sin discusión⁴⁶.

Sin embargo, la represión, o la amenaza de ella, no era la única razón para el silencio de la gente. Para quienes la habían sufrido más directamente, el silencio podía ser preferible a repetir una historia que no podría ser conocida públicamente. Debido a que no había posibilidad de un reconocimiento conciliador, el relato de la experiencia habría traído solamente un sufrimiento adicional, tanto material como psicológico. Además, muchos habían huido del país para evitarse perjuicios ulteriores. Su responsabilidad, como sobrevivientes, habría estado reforzada por su deseo de olvidar a fin de iniciar una nueva vida. Por último, un número incalculable de personas se benefició directamente del hambre. Algunos se apropiaron de tierras o bienes muebles, se sabe de otros que, más torvamente, despojaron a los muertos. Aquellos que se establecieron en aldeas abandonadas, aunque inocentemente, también habrían tenido buenas razones para silenciar el pasado reciente⁴⁷. Por todos estos motivos, la supresión de la memoria no fue simplemente un acto de violencia perpetrado por el Estado.

El mismo tipo de observación es válida para las purgas. Para la mayoría de los parientes de los arrestados, era altamente peligroso conservar evidencias materiales de la existencia de los enemigos del pueblo reprimidos. El trabajo de destrucción comenzaba con el individuo. Debían destruirse fotografías, o mutilarse o borrarse los rostros de los fallecidos. Se quemaban los manuscritos, las cartas, los recuerdos y los diarios. Estos actos, que tomaban cierto tiempo y habrían requerido un grado relativo de reflexión por parte del deudo, podrían ser descriptos como una especie de anti-recordación, como un proceso que coadyuvaba al duelo en sus etapas iniciales. Pero eran también, crucialmente, violaciones a la memoria. Para empeorar las cosas, las viudas o hijos de las víctimas de las purgas bien podían estar obligados a denunciar a su pariente en desgracia, y esto no sólo una vez, sino repetidamente en todo lo que hicieran durante el resto de sus vidas. Nadie podría haber predicho, cuando se embarcaba en esta negación vitalicia, que su fin sería la primavera de la glasnost y la caída misma del comunismo.

Ostensiblemente, la guerra fue una historia diferente. La conmemoración pública de la Gran Guerra Patriótica estuvo omnipresente en la Unión Soviética. Asumió todas las formas habituales, incluyendo tanto el solemne ceremonial como instancias de recordación permanentes tales como monumentos, parques y llamas votivas. No obstante, lo más importante es que estas formas de rememoración eran selecti-





vas y, como tales, excluyentes. El soldado desconocido, tanto en la URSS como en cualquier otro sitio, era un hombre joven, usualmente soltero, con toda la vida por delante, fuerte y esencialmente sencillo. Al centrarse en este joven, el recuerdo oficial excluía al soldado no estandarizado, al hombre maduro, a la mujer, a la víctima de la enfermedad, al desertor ejecutado por su propio bando. Además, la evocación del soldado desconocido no daba cuenta de las enormes pérdidas detrás de las filas, de las muertes de la gente mayor y de la muy joven, de la continua hemorragia producida por la represión policial, de las víctimas de las enfermedades epidémicas y del frío.

De este modo, el duelo de la guerra era específico, y requería la canalización o sublimación de otras aflicciones. Y si las pérdidas de tiempos de guerra podían ser sublimadas en la conmemoración pública del soldado desconocido, así, indirectamente, podían serlo aquellas que precedieron a la guerra misma. Podría sugerirse –y las entrevistas preliminares efectuadas en Rusia en 1995 tienden a confirmar esta convicción⁴⁸– que el pesar nacional colectivo que se manifestó dos veces al año en la Unión Soviética desde 1944 en adelante no se dirigía únicamente a su objeto estatuido. Era común para la gente hablar de "penas" o "desastres" y "sacrificios" más bien generales al discutir la guerra con amigos y veteranos en los parques y plazas de Moscú y San Petersburgo. La guerra, razonablemente, proveía un conducto para las tribulaciones que tenían pocas salidas alternativas⁴⁹.

Lo mismo podría decirse del luto público elaborado para Lenin y Stalin. Esta sugerencia no implica negar la profundidad del sentimiento genuino presente en ambas ocasiones. Los testigos admiten haberse sentido perdidos cuando Stalin falleció, y los accidentes de ciudadanos dolientes –con las fatalidades concurrentes– en algunas de las principales ciudades fue un testimonio de pesar real. Pero ambos tipos de evocación –por los muertos de la guerra y por los héroes revolucionarios– podía cambiar de significado de una manera tan repentina que sugiere que estaban actuando motivos más complejos que la simple angustia. Stalin fue removido del panteón bastante tempranamente, en 1958, y ningún lamento por él se convirtió en un asunto relevante, al menos fuera de Georgia. Pero Lenin, o, más bien, los restos de su cuerpo y el mausoleo en el que yace, continuó proporcionando el núcleo para la renovación de los sentimientos patrióticos y socialistas. En el caso soviético estos sentimientos –patriotismo y un sentido de misión nacional– han estado tan cercanamente vinculados con el trauma compartido y el duelo que las visitas personales al mausoleo fueron conducidas con la solemnidad reservada en algunas culturas al santuario ancestral⁵⁰. La ironía, tal vez, es que en el caso de muchos de los dolientes, sus propios ancestros inmediatos ya-



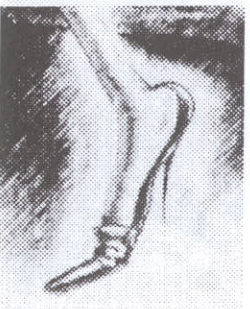
cían en tumbas anónimas, víctimas secretas del mismo sistema que sus hijos pretendían honrar.

El punto es subrayado por el hecho de que recientemente tanto Lenin como los veteranos de guerra han sido suplantados. El debate sobre el cadáver de Lenin continúa encarnizadamente, con ventaja para aquellos que favorecen su entierro silencioso o su cremación, que ensombrecen considerablemente la popularidad del movimiento de reforma liberal. Entretanto, el quincuagésimo aniversario de la victoria rusa en Europa en mayo de 1995 tuvo un tono sorprendentemente bajo⁵¹. Inclusive personas maduras observaban a los veteranos con suspicacia –¿por qué ellos habían sobrevivido mientras que otros perecieron? ¿por qué ellos se habrían beneficiado de cincuenta años de no hacer filas y de raciones especiales? La guerra ya no ejerce el poder y la fascinación que tuvo alguna vez, y constituye indudablemente un elemento patriótico menor comparado con el rol que desempeñaba diez años atrás en la vida soviética.

Volviendo a la cuestión final, ¿esto significa que se ha completado el trabajo de elaboración del duelo por los años '20 y '30? ¿O la tarea debe ser abandonada, para pensar en el presente y el problemático futuro, como asegurarían muchos jóvenes rusos? Esta argumentación fue efectuada frecuentemente hacia fines de los '80, en el punto máximo de las campañas de reeducación. Por un lado, la sociedad por la Memoria trabajó para recuperar toda la información posible sobre las personas desaparecidas durante el período soviético. Como actividad lateral, también emprendió la construcción de monumentos a los reprimidos, el más famoso de los cuales ocupa actualmente una posición central en la Plaza Lyubyanka. Por otro lado, un estridente sector de la población, que incluye representantes de la generación más tradicional, sostiene que es mejor enterrar el pasado con los muertos, que la apertura de antiguas heridas causaría solamente dolor y distraería la atención de los quehaceres del presente.

¿Qué es lo correcto? Obviamente, la pregunta no tiene una respuesta absoluta. Se puede examinar la experiencia de posguerra de Alemania y de Europa oriental desde 1989 para realizar comparaciones, pero cada caso presenta rasgos específicos que dificultan la generalización. Lo que queda claro de Europa del Este, incluyendo a la república checa y a la ex-Alemania oriental, es que la caza de brujas, la búsqueda de colaboracionistas, son cuestiones peligrosas y parcialmente contraproducentes⁵². Además, en el caso de la Rusia post-soviética, virtualmente cada ciudadano de más de cuarenta años, y muchos más jóvenes, tienen alguna responsabilidad por complicidad, aunque pasiva y renuente. El límite entre víctimas y victimarios es demasiado fluido como para que los criterios de inocencia sean seguros.





No obstante, la caza de brujas y el duelo son procesos separados. En lo que respecta a éste, Rusia puede tener algo que aprender de la Alemania de posguerra. El problema allí, como en Rusia, era la cuestión de la connivencia. Incluso para los sobrevivientes del Holocausto, la culpa y los recuerdos incómodos de oportunidades perdidas hicieron problemática la evocación. Pero para el conjunto de la población alemana, aun para aquellos que no eran nazis activos, la culpa abrumadora, junto con recelos no manifestados sobre la colaboración y la responsabilidad, convirtieron al Holocausto y a los excesos de la política doméstica nazi en temas casi tabú fuera del curriculum prescripto del aula hasta bien entrada la década de 1960⁵³. Los psicólogos que trabajan con civiles alemanes y con antiguos nazis han notado la reticencia de los individuos a discutir su rol personal en los acontecimientos del pasado, a menudo sólo quebrantada al aproximarse a la propia muerte⁵⁴. Aquí, como en la Rusia de Stalin, la censura sobre temas delicados no fue impuesta simplemente desde arriba.

Al examinar la Rusia actual es necesario tener en mente que fueron observados patrones similares de elusión entre representantes de la segunda y aun de la tercera generación. Los datos psicoanalíticos sobre los sobrevivientes del Holocausto y sus hijos pueden aplicarse con profundidad a sus equivalentes rusos. Hemos señalado que las vías a través de las cuales pueden emerger los secretos o el silencio deliberado incluyen la depresión y otras insuficiencias psicológicas, como la ansiedad. Son más serias las acrecentadas tasas de suicidio entre la segunda y tercera generaciones, observable ahora en Alemania y, comprensiblemente, también en Rusia, donde la tasa de suicidios masculinos se ha incrementado rápidamente en los pasados cinco años⁵⁵. La gente afectada proviene de generaciones que conocieron poco o nada en forma directa del sufrimiento a gran escala, pero cuyas vidas estuvieron marcadas por los silencios y la preeminencia indiscutida de sus padres. En esto, como en otros aspectos, la comparación con Alemania no consiste en reducir la magnitud de ambos desastres relativizándolos, al estilo de Nolte⁵⁶. Deberíamos ser cuidadosos al aplicar los resultados de un grupo a otro, teniendo presente permanentemente que las condiciones experimentadas por cada uno de ellos fueron únicas, y muy diferentes los ámbitos históricos, sociales y culturales. Pero si la explicación sobre el trauma tiene validez para una catástrofe, es posible al menos que se aplique a otras. De ser así, las consecuencias son profundas para la Rusia contemporánea.

Algunas de estas consecuencias se manifiestan en forma inmediata. En primer lugar, las actitudes rusas hacia la muerte y hacia la valoración de la vida probablemente han sido afectadas, a mediano plazo, por la exposición reiterada a una

muerte desvalorizada. Puede tener cierta aplicabilidad a Rusia lo que algunos han descripto como la brutalización de la sociedad, aunque necesitan hacerse distinciones entre aquellos expuestos directamente a la violencia y aquellos que la experimentaron indirectamente o como hijos. En segundo lugar, es posible que haya recibido un embate perdurable la lealtad al Estado en tanto proveedor de atención y consejo en asuntos relacionados con la salud, la higiene, la vida y la muerte. En todo momento de este siglo, la gente ha buscado en sí misma, apelando a sus amigos, el apoyo y aun la información básica que el Estado le negaba. Las consecuencias son obvias para cualquier gobierno interesado en combatir el tabaquismo, el alcoholismo e inclusive la indigencia. Por último, y más discutiblemente, puede ocurrir que no se evite la dolorosa tarea de testimoniar, de revivir, en menor escala, los traumas del stalinismo si nunca se superan sus consecuencias.

La impugnación de muchos jóvenes rusos a la discusión del pasado ahora que ha sido publicada la información básica es comprensible. Ellos alegan que han tenido noticias de todo con anterioridad. Las cuestiones urgentes actualmente conciernen al futuro, a la inseguridad material, a la legalidad, a la democracia y al Estado. Lo que algunos psicoterapeutas podrían ver como un previsible patrón de elusión es también una preocupación saludable por los problemas de la vida. Es posible que la muerte de la generación de Stalin y la desaparición de los últimos veteranos de guerra cierren el capítulo viviente, dejando solamente el residuo histórico, el material básico para articulistas posteriores más que la sustancia de un dolor social vívido. Hay cuestiones que permanecen sin investigar. La información psicoanalítica sobre el trauma es incómoda e intrusiva, y es probable que permanezca tan marginal en relación a los debates históricos sobre el stalinismo como lo estuvo para el análisis del nazismo⁵⁷. No obstante, deberíamos considerar rigurosamente sus implicaciones. Se ha escrito mucho sobre Stalin y sus crímenes, sobre el imperio del mal y su colapso. Pero, como ha observado un escritor, hablar, en sí, "no es curativo. El lenguaje puede hacernos olvidar, reprimir, ocultar, herir"⁵⁸. En el caso soviético, como en el de la Alemania de Hitler, puede también rutinizar, crear distancias, trivializar, convertir al trauma en un fastidio. El stalinismo, como el nazismo, puede ser sentenciado y abatido en un libro de texto como ejemplo de dictadura, totalitarismo, utopía fracasada. A pesar de su carácter sobrecogedor, se convierte en historia pasada. El inconveniente para la gente que lo vivió, y para sus descendientes, es la posibilidad de que no siempre permanezca así ■



Traducción: María Inés Tato

1. Dori Laub y Nanette C. Auerhahn, "Knowing and not knowing massive psychic trauma: forms of traumatic memory", *International Journal of Psycho-Analysis*, 74, 1993, pp. 301.
2. Nadine Fresco, "La Diaspora des Cendres", *Nouvelle Revue de Psychoanalyse*, 24, 1981, pp. 205-220.
3. Fresco, pp. 217. Véase también Dori Laub y Shoshana Felman (eds.), *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, Nueva York, 1992, y Barbara Heimannsberg y Christoph J. Schmidt, *The Collective Silence: German Identity and the Legacy of Shame*, San Francisco, 1993.
4. El más completo de los estudios actuales es Alain Blum, *Naitre, Vivre et Mourir en URSS, 1917-1991*, París, 1994. Para un examen del estado actual del debate sobre cifras, véase R.W.Davies, Mark Harrison y S.G.Wheatcroft, *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, 1994.
5. Citado en Davies et al., *The Economic Transformation of the Soviet Union*, pp. 60.
6. Los registros de la tasa de mortalidad, semana por semana, se conservan en el Archivo Estatal de la Federación Rusa (de ahora en adelante mencionado por su acrónimo, GARF), fond 482, opis 4, delo 31 (Departamento de Salud del Soviet de Moscú).
7. L.A. y L.M.Vasilevskii, *Kniga o golode*, Petrogrado, 1922.
8. Vasilevskii, *Kniga o golode*, pp. 175-8.
9. Vasilevskii, *Kniga o golode*, pp. 182.
10. El Comité que se ocupaba de los efectos del hambre (Pomgol) fue establecido solamente después de un acalorado debate entre los líderes del Partido. Entre las razones citadas por los organizadores estaba el deseo de evitar la explotación de la crisis por "enemigos" y líderes de la oposición emigrada tales como Miliukov y Chernov. La carta secreta sobre este tema se encuentra entre los papeles del Comité Central conservados en el Rossiiskii Tsentr Khreneniya i Izucheniya Dokumentov Noveishei Istarii (de ahora en adelante mencionado por su acrónimo, RTsKhIDNI), fond 17, opis 84, delo 178.
11. Para una discusión de la literatura actual, véase Davies et al., *The Economic Transformation of the Soviet Union*, pp. 67-70.
12. Despacho de Edward Coote a Sir John Simon, 26 de agosto de 1933. Citado en Marco Carynnyk, Lubomyr Y. Luciuk y Bohdan S. Kordan (eds.), *The Foreign Office and the Famine, British Documents on the Ukraine and the Great Famine of 1932-33*, Kingston, Ontario, 1988 (de ahora en adelante *Foreign Office*), pp. 290.
13. Informe del Consejo Nacional Ucraniano en Canadá, Winnipeg, 15 de septiembre de 1933, *Foreign Office*, pp. 341.
14. El argumento del genocidio fue más convincentemente elaborado por Robert Conquest, *Harvest of Sorrow*, Londres, 1988.
15. Los documentos han sido recopilados como *Kolektivizatsiya i golod na ukraini 1929-1933, zbirnik dokumentiv i materialiv*, Kiev, 1992.
16. Las cifras proceden de datos conservados en el Archivo de Economía del Estado Ruso (RGAE), fond 1562, opis 329, delo 107 (informe a la Administración Estadística Central del Estado sobre el cálculo de pérdidas en 1932-33).
17. Véase, particularmente, Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, Berkeley y Los Angeles, 1995.
18. Las cifras serias más altas fueron dadas por V.I.Kozlov (*Istoriya SSSR*, 2, 1989, pp. 133), que calculó que el déficit poblacional en 1945 rondaba los 45 y 48 millones, sugiriendo que aproximadamente tuvo lugar un excedente de 38 millones de muertes entre 1939 y 1945. Otros cálculos rusos son más bajos, y se acercan más a las estimaciones de los demógrafos occidentales como Alain Blum. E. Andreev, L.Darskii y T.Khar'kova, por ejemplo, sugieren un total de 26 millones. "Otsenka lyudskikh poter'v period velikoi otechestvennoi voyny", *Vestnik statistiki*, 10, 1990.
19. Véase G.A.Nosova, "Traditsionnyi obryady russkikh: krestiny, pokhoronny, pominki", *Rossiiskii etnograf*, 6, 1993, pp. 5.
20. Los detalles fueron tomados de D.K.Zelenin, *Vostochnoslavyanskaya etnografiya*, Moscú, 1926; reimpresso en 1991.
21. En la Siberia rural del siglo veinte sobrevivieron elaborados rituales animistas. Véase M.M.Gromyko, *Dokhristyanskie verovaniya v bytu sibirskikh krest'yari XVIII-XIX vv.*, Moscú, 1967.
22. Mi descripción del funeral se basa en relatos reproducidos en A.A.bramov, *Ukremlevskoi steny*, Moscú, 1984.
23. Principalmente en los funerales del bolchevique asesinado Zagorskii y de Ya. M.Sverdlov, el primer secretario general del Partido.
24. Los papeles relativos al funeral de Lenin están en RTsKhIDNI, fond 16, opis 1, delo 105.
25. Para un minucioso relato sobre la construcción del mausoleo de Lenin, véase N.N.Stoyanov, *Arkhitektura mavzoleya Lenina*, Moscú, 1950.
26. RTsKhIDNI, fond 16, opis 1, delo 91.
- 26 bis. Material plástico resistente e irrompible empleado como sustituto del vidrio (N.de la T.).
27. La pena de muerte fue abolida después de la Revolución de Febrero. Se restableció formalmente en septiembre de 1918, pero se había restaurado en la práctica al menos desde marzo. Véase Ger pp.van den Berg, "The Soviet Union and the Death Penalty", *Soviet Studies*, 35: 2, abril de 1983, pp. 155.
28. *Polnoe sobranie sochinenii*, quinta edición, vol. 39, pp. 183-4.
29. Sobre esta advertencia, y sobre la literatura referida a ella, véase van den Berg, "The Soviet Union and the Death Penalty", pp. 156 y 168.
30. Van den Berg, "The Soviet Union and the Death Penalty", pp. 155.
31. Puede realizarse una comparación entre el uso de la guillotina en el caso de la ejecución de Luis XVI-el distanciamiento deliberado de la multitud desde el momento de la muerte- y la clandestinidad más elaborada o, al menos, la ausencia de publicidad o ceremonia, en la mayor parte de las ejecuciones soviéticas. Sobre la ejecución de Luis XVI, véase Richard Sennett, *Flesh and Stone: The Body and the City in Western Civilization*, Londres, 1994.
32. Un examen que catalogaba algunos de estos daños fue publicado por el diario del Partido, *Bol'shevik*, 21: 2, 1925, pp. 61-74.
33. A.I.Kvardakov, "Religioznye perezhivaniya i bytu sel'skogo naseleniya i puti ikh preodoleniya", *Aftoreferat dissertatsii*, Novosibirsk, 1969, pp. 12.
34. El primer decreto sobre cementerios se aprobó el 7 de diciembre de 1918, e intentó controlar a la "empresa privada" y al "interés de las pequeñas familias" en los asuntos funerarios. GARF, fond 482, opis 4, delo 31, 1.40.
35. Sobre los argumentos higienistas, véase el relato de V.Lazarev de la exhibición de crematorios y cremación de 1923 en *Sotsialisticheskaya gigieniya*, 3-4, 1923, pp. 175.
36. GARF, fond 5263, opis 1, delo 12, II. 7-8.
37. GARF, fond 5263, opis 1, delo 12, II. 1-5.
38. Una petición enviada a Kalinin en 1930 quejándose de tales prácticas y señalando casos de suicidio ante la represión y la incerti-

- dumbre, se encontraron con la réplica de que "el Camarada Kalinin no está interesado bajo ningún concepto en la cuestión de la religión en este caso. Sólo quiere saber qué violaciones a la ley tuvieron lugar..." GARF 5263/1/7, 72-8.
39. Sobre renacimientos y permanencias del pasado, véase Nosova, "Traditsionnyi obryadi russikikh", pp. 139, e I.A.Kremleva, *Pokhoronno-pominal'nye obychai i obryady*, Moscú, 1993, pp. 37.
 40. Nosova, "Traditsionnyi obryadi russikikh", pp. 137.
 41. Citado en *Foreign Office*, pp. 341.
 42. Véase George L. Mosse, *Fallen Soldiers, Reshaping the Memory of the World War*, Oxford, 1990.
 43. Kremleva, *Pokhoronno-pominal'nye obychai i obryady*, pp. 35.
 44. Mosse, *Fallen Soldiers*, capítulos 1 y 2.
 45. Svetlana Alexievich, *Zinky Boys: Soviet Voices from a Forgotten War*, Londres, 1992, pp. 15.
 46. Sobre la negación de la hambruna y la supresión del censo de 1937, véase Catherine Merridale, "The 1937 Census and the Limits of Stalinist Rule", *Historical Journal*, 39: 1, marzo de 1996, pp. 225-240.
 47. Algunas de estas observaciones se basan en entrevistas con sobrevivientes de la hambruna realizadas por la autora en Moscú en 1995.
 48. Muchas de las observaciones referidas a la memoria en este trabajo serán testeadas a través de un programa formal de entrevistas con los sobrevivientes en los próximos dos años. Los comentarios previos expuestos aquí se basan en lecturas de archivo y de fuentes secundarias y en informes, junto con los resultados de cuatro entrevistas piloto mantenidas en Moscú en 1995.
 49. Ejemplos comparables de otras sociedades socialistas son descriptos en Rubie S. Watson (ed.), *Memory, History and Oppsition Under State Socialism*, Santa Fe, 1994.
 50. Un relato excelente del culto de Lenin es el brindado por Nina Tumarín, *Lenin Lives!*, Cambridge, Mass., 1983.
 51. La reflexión se sustenta en la observación personal de la autora y en discusiones con colegas en Moscú.
 52. Para algunas reflexiones sobre la reciente ronda de juicios, véase Timothy Garton Ash, "«Neo-Pagan» Poland", *New York Review of Books*, 43: 1, enero de 1996, pp. 10-14.
 53. Alexander y Margarete Mitscherlich, *The Inability to Mourn: Principles of Collective Behavior*, Nueva York, 1975.
 54. Véanse ejemplos en Heimannsborg y Schmidt, *The Collective Silence*.
 55. Permanece sin clarificar la explicación cabal del incremento de las tasas de mortalidad rusas, incluyendo, aunque no exclusivamente, la muerte por suicidio. Véase Judith Shapiro, "The Russian Mortality Crisis and its Causes" en Anders Aslund, ed., *Russian Economic Reform at Risk*, Londres, 1995.
 56. Sobre la controversia Nolte, véase Norbert Kampe, "Normalising the Holocaust? The Recent Historians' Debate in the Federal Republic of Germany", *Holocaust and Genocide Studies*, 2, 1987.
 57. Sobre la marginación social y política del trauma, véase Judith Lewis Herman, *Trauma and Recovery: The Aftermath of Violence-From Domestic Abuse to Political Terror*, Basic Books, 1992.
 58. Heimannsborg y Schmidt, *The Collective Silence*, pp. 6.

Entrevista



Feminismo sin ilusiones

Entrevista a Elizabeth Fox-Genovese*

por Gustavo L. Paz y Alma Idiart

Elizabeth Fox-Genovese es una de las historiadoras de la mujer y del sur esclavista más destacadas de los Estados Unidos. Sus trabajos combinan el análisis histórico, la teoría feminista y la crítica literaria. Formada en Harvard como historiadora de Europa, sobre todo de Francia en la edad moderna, sus publicaciones reflejan esa variedad de temas y aproximaciones. En los últimos años sus posturas críticas sobre el movimiento feminista norteamericano han provocado fuertes reacciones y polémicas dentro y fuera del feminismo. Sus principales libros son *The Origins of Phisocracy: Economic Revolution and Social Order in Eighteenth-Century France* (1976), *Fruits of Merchant Capital: Slavery and Bourgeois Property in the Rise and Expansion of Capitalism* (1983, con Eugene Genovese), *Within the Plantation Household: Black and White Women of the Old South* (1988), *Feminism Without Illusions: A Critique of Individualism* (1991) y *"Feminism is not the Story of My Life": How Today's Feminist Elite Has Lost Touch with the Real Concerns of Women* (1996). Ha enseñado en las universidades de Rochester, del Estado de Nueva York en Binghamton, y desde 1986 en Emory donde también se desempeñó como directora del Programa de Es-

tudios de la Mujer. Vive en Atlanta, Georgia, con su esposo el historiador Eugene Genovese. Juntos están terminando un nuevo libro, *The Mind of the Master Class*.

– Nos gustaría comenzar esta entrevista preguntándole acerca de su formación intelectual, su educación.

– En cuanto a mis antecedentes culturales, siempre me ha gustado decir que yo soy el ejemplo perfecto de una mezcla absoluta porque soy judía por parte de madre, blanca de clase media-alta (*wasp*) por parte de padre y siciliana por parte de marido. Y cada una de estas raíces es absolutamente americana. La familia de mi madre es judía, pero muy asimilada. Es de una inmigración de judíos alemanes de mediados del siglo XIX, burgueses que celebraban Navidad y pascuas. Yo creo que nunca se me ocurrió pensar al judaísmo como una religión en mi infancia. Yo no conocía a nadie que lo practicara. En cuanto a la familia de mi padre, su padre y su madre provenían de antiguas familias blancas acomodadas de la colonia. Es muy interesante que mi padre y Gene (su marido Eugene Genovese), que eran muy buenos amigos, solían cotejar sus vidas durante la época de la depresión. Ninguna de las dos familias tenía mucho dinero. La única diferencia era que en la familia de mi padre había una beca

* La entrevista fue realizada en Atlanta, Georgia, Estados Unidos el 21 de mayo de 1997.

reservada en Harvard que sólo podía ser utilizada por un miembro de la familia. Por eso, la diferencia no era económica sino cultural.

Nací en Boston. Vivimos en Washington durante un año cuando yo tenía cuatro o cinco años porque mi padre trabajaba en el Departamento de Estado. Luego nos mudamos al este del estado de Nueva York, cuando mi padre comenzó a trabajar como profesor de Historia Moderna francesa en Cornell. Y esa fue su base durante el resto de su vida y la mía mientras crecía. Estuvimos en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton durante dos años, durante los cuales pasamos seis meses al año en Europa.

Tengo una combinación de muy variados bagajes culturales de clase media acomodada e intelectual. Por ejemplo, la primera película que vi fue Enrique V. Eso, por ejemplo da una idea del ambiente cultural en el que crecí, lleno de libros, ideas, arte, pero por lo demás, muy simple. Mis padres tenían sólo un poco de dinero, pero no mucho. Y yo nunca lo vi y nunca supe que lo tenían, porque nunca entendí que cosas tales como los viajes y la educación costaran dinero. Vivimos yendo y viniendo de Europa donde asistí durante un año completo a un colegio en Francia y donde me convertí en una persona bilingüe en francés. Después de terminar el secundario fui un año a Cornell donde recibí una educación maravillosa, muy interesante y socialmente muy excitante, mucho más que en Bryn Mawr (una universidad para mujeres en Pennsylvania) en donde había sido aceptada y a donde fui el año siguiente. Para ese momento yo ya tenía créditos suficientes en la universidad y pude pasar un tiempo en Europa, principalmente en París y un verano en Berlín en donde participé en un programa de idiomas

para mejorar mi alemán y luego me quedé allí y trabajé en un campo de refugiados. Luego fui a la escuela de estudios de postgrado.

– *Y aquí viene nuestra segunda pregunta. ¿Cómo decidió convertirse en historiadora? ¿Fue debido a las influencias de su padre, tal vez?*

– Bueno, mi padre y yo teníamos muchas afinidades intelectuales. Y, ciertamente, él tuvo una influencia muy grande sobre mí en muchos aspectos. Cuando estaba en la universidad mis estudios se concentraron en literatura francesa e historia. Y escribí mi tesina sobre Albert Camus, muy de moda en esa época. Mis padres me habían sugerido que siguiera estudios de postgrado. Y entonces, me postulé a Harvard y Columbia, fui aceptada en las dos y terminé yendo a Harvard. Al principio no tenía un compromiso muy fuerte. Me gustaba ir a la universidad, yo era una buena estudiante. Y, obviamente, había nacido como una intelectual, lo que digo sin arrogancia. Para mí entonces los estudios de postgrado eran la opción más simple. Sin embargo yo me sentía un poco esquizofrénica acerca de lo que iba a hacer. Para mi presentación a Columbia había escrito un ensayo sobre historia de Francia del siglo XVIII, y para Harvard uno que enfatizaba sobre literatura e historia de las ideas. Finalmente fui a Harvard y terminé trabajando sobre el siglo XVIII.

En esa época (a mediados de los 60) en Harvard los estudiantes tomábamos un año de cursos y luego un año de preparación de los exámenes, y en este año fui asistente de un profesor. Pronto descubrí que había una regla implícita: los mejores estudiantes de cada clase rendían sus exámenes en mayo del segundo año. E ingenuamente decidí rendir mis exámenes en mayo de mi segundo año. Era una muy

buena estudiante, y me fue muy bien. No había casi ninguna mujer que hubiera hecho eso antes. El premio a tanto esfuerzo era poder convertirse en tutor. Por supuesto, yo no pude porque las mujeres no podían ser tutores en esa época.

– *¿Cómo era la situación de las mujeres en el programa doctoral de Historia de Harvard en ese momento?*

– En historia europea, que era considerado un programa de elite, éramos tres de un total de cuarenta estudiantes. Las otras dos se casaron pronto. Había otras pocas en historia norteamericana y alguna más en historia medieval, pero no éramos un grupo grande. Además no había ninguna profesora mujer en Harvard. No había muchas mujeres alrededor ni tampoco una conciencia feminista, no había mujeres que se quejaban o compadecieran de su situación. Nuestro estándar era ser tan buenas como se podía llegar a ser, y el verdadero desafío era poder convertirse en alguien tan bueno como un hombre. En otras palabras, no había incentivos. Recuerdo muy claramente que en un seminario de historia europea un profesor adjunto nos dijo a todos los participantes del seminario que no debíamos preocuparnos por las apariencias, sobre quien parecía ser el más inteligente y el más participativo durante la clase; que nada de eso definiría quién era el mejor. Y yo era la que más hablaba, más participaba en esa clase. Lo que él estaba haciendo era hacernos sentir incómodas a las mujeres. Era un mundo muy especial. Pero aprendí mucha historia. Yo sobreviví porque tenía dos muy buenos amigos que estaban uno o dos años adelantados en el programa. Uno era un ex-estudiante de mi padre y el otro era un buen amigo de éste. Y ellos realmente me ayudaron a superar

esos años de gran desafío personal e intelectual.

– *Entonces, en general Ud. podría decir que era bastante difícil para una mujer poder llegar a ser historiadora en esos tiempos. ¿Esto ocurría solamente en Harvard o también sucedía en todas partes?*

– Yo creo que era difícil en todas partes, pero Harvard era tal vez el lugar menos amistoso para las mujeres. Después de que aprobé mis exámenes, cuando no pude convertirme en tutora, logré un nombramiento como instructora de cursos generales de Historia en Harvard. Es un poco como refiere Winston Churchill que escribió una vez un ensayo maravilloso acerca de cómo a las mujeres en las universidades tradicionales de Inglaterra no les estaba permitido estudiar latín, lo que significaba que tenían que concentrar sus estudios en inglés. Bueno, yo me sentía exactamente igual. No se me había permitido ser tutor, discutir con grupos pequeños de estudiantes brillantes. Sin embargo, como docente de cursos generales aprendí muchísimo acerca de la enseñanza. Y descubrí que me gusta mucho enseñar.

– *Aprecia haber una tensión entre enseñar e investigar en historia en su formación de Harvard. Las mujeres podían acceder a la primera pero debían demostrar con sumo esfuerzo que podían realizar la segunda. ¿Cómo resolvió Ud. esa tensión?*

– Me resultó muy difícil hacer investigación de archivo. Recibí una beca Fullbrighth para investigar en Francia y la rechacé. No podía enfrentar la situación de tener que ir a los archivos. Nadie me había enseñado qué hacer en un archivo. Para ese entonces había escrito muchos trabajos de seminario, y sabía cómo hacer investigación bibliográfica. Pero de alguna for-

ma había algo mágico acerca de los archivos que yo no podía enfrentar. Yo no contaba con nadie que cumpliera el rol de lo que hoy se entiende como "mentor", una guía en la carrera profesional. Rememorando esas épocas, también me resulta raro recordar que no tenía idea para qué servía ni lo que quería hacer con ella. Al final de ese tercer año me fui de Harvard y comencé a trabajar en una editorial en Boston, cosa que disfruté mucho durante un tiempo. Pero al final de la primavera de 1966 decidí que trabajar en una editorial no era lo que quería hacer el resto de mi vida. Dejé ese trabajo para trabajar en un programa contra la pobreza, me enferme de hepatitis. Eso me forzó a pensar acerca de lo que quería hacer con el resto de mi vida.

Y finalmente tuve que enfrentar el hecho de que si lo que yo quería hacer era enseñar, entonces tenía que terminar el doctorado. El semestre siguiente regresé a Harvard a mi puesto como instructora y cambié mi tema de tesis. De estudiar el comercio del norte de Francia en el siglo XVIII cambié a un estudio sobre los orígenes de la fisiocracia, mucho más relacionado con la historia de las ideas. Comencé a trabajar en mi disertación y en enero de ese año conocí a Gene, comenzamos a vernos y para el verano nos casamos. Nos trasladamos a la Universidad de Rochester, donde Gene fue nombrado Jefe del Departamento de Historia en 1969. Tardé unos tres años en completar mi tesis. Yo era la esposa del Jefe del Departamento, tenía muchas cosas que hacer. Finalmente decidí que estaba lista para escribir mi disertación, me senté y la escribí. Y luego comencé a enseñar en la Universidad de Rochester, mi primer puesto como profesora. A mediados de la década del 70 la Universidad del Estado de Nueva York en Binghamton

me contrató como profesora de Historia norteamericana, seis años después de haberme graduado con un doctorado en historia de Francia. El trabajo era doblemente interesante ya que allí habían abierto el primer programa de postgrado en historia de la mujer. Para alguien que, como yo, estaba lista para cambiar de especialidad, eso era algo muy conveniente.

– *Antes de hablar sobre su cambio de especialidad nos interesa conocer su relación con el Marxismo en los primeros tiempos de su carrera. Ud. comenzó como una historiadora marxista...*

– Sí, yo colaboré con la edición de "Marxist Perspectives", la revista de izquierda de la que mi marido era editor y yo la encargada de la sección internacional. También publiqué tempranamente en revistas de izquierda como "Socialist Review", "New Left Review". Pero mi relación con el marxismo es una historia bastante complicada. Mi familia, sobre todo mi padre era un demócrata de Roosevelt, un liberal con una conciencia social muy fuerte. Yo crecí con un sentido muy fuerte de responsabilidad social, respetando a los trabajadores, aunque eso nunca fue una parte de mi vida. Tenía una perspectiva liberal no comunista, muy pro-europea. Cuando estuve en el programa de postgrado en Harvard descubrí a Eric Hobsbawm. En los cursos de historia europea teníamos que leer a Robert Palmer sobre las revoluciones europeas, y yo encontraba que los trabajos de Hobsbawm sobre la Europa revolucionaria y la crisis del siglo XVII eran muchísimo más interesantes y estaba impresionadísima. Esos trabajos no parecían ser recibidos muy positivamente por mis compañeros de Harvard. Entonces recibí la influencia de los mejores historiadores marxistas británicos como Rodney Hilton, un

poco E. P. Thompson, MacPherson y sobre todo Maurice Dobb. Lo que me interesó de ellos fue su perspectiva de la historia económica e intelectual mucho más que de la historia social.

El estudio de la historia desde una perspectiva informada teóricamente y la apreciación de la dimensión material de la historia era lo que me gustaba del marxismo. Pero yo no tenía una dimensión completa de lo que significaba ser marxista. Y en realidad nunca formé parte de ninguno de los grupos políticos marxistas. Pero mi formación intelectual era netamente marxista. Gene siempre dice que yo soy la única intelectual que se vinculó al marxismo exclusivamente desde el mundo intelectual. Y sí, creo que las influencias aparecen en mi trabajo sobre la fisiocracia en el que yo trabajé casi en los comienzos de la revolución francesa, y fui una de las principales defensoras de las interpretaciones marxistas de la revolución francesa en este país. Yo siempre creí que había una forma de defender una interpretación marxista de la Revolución, que tenía que ver con cambios estructurales más que, como sostenía Albert Soboul, con una clase específica que llevaba a cabo la revolución.

– *Y luego vino su desencanto intelectual con el marxismo. Más allá del ambiente ideológico general del momento en que esto se produce, ¿cuáles fueron las circunstancias específicas en su caso?*

– Sí, es tan difícil contestar a esto, pero es importante e interesante. Como nunca pertenecí a ninguno de los grupos políticos marxistas, siempre fue para mí una cuestión en términos de simpatía moral e intelectual. Hablando francamente, yo nunca tuve ningún problema con el sentido de la disciplina, que era lo que a muchos intelectuales occidentales no les gustaba

de los movimientos socialistas y comunistas. Ellos veían dichos movimientos caracterizados por la opresión y el constreñimiento intelectual. Yo lo consideraba el precio a pagar por cierto tipo de dedicación. La disciplina partidaria en sí misma no me molestaba si eso representaba un progreso genuino para muchas personas en el mundo, si significaba que la existencia de la Unión Soviética daba espacio para movimientos sociales en África, América Latina. Pero, a medida que el movimiento comunista en Europa comenzó a perder su dinamismo y llegar a posturas muy rígidas, se aproximó a un callejón sin salida. Esto fue muy desalentador. Y de hecho, el colapso de la Unión Soviética eliminó un mundo reconocible formado por un movimiento socialista. Yo creo realmente que eso representó la derrota del socialismo. Como yo trabajo en literatura e historia cultural e intelectual era agudamente consciente acerca de la hegemonía de las mercancías. ¿Cómo manejar una situación en la que lo que quería el pueblo ruso era el estándar de vida occidental, y mercancías occidentales? Pensándolo desde ahora, uno de los problemas principales era cómo pasar de una situación revolucionaria a la institucionalización de esos procesos revolucionarios. O los procesos revolucionarios no eran institucionalizables o no podían triunfar. Y el desafío del problema del estándar de vida no pudo ser contestado.

También la izquierda norteamericana y la gente que interpretaba el marxismo para su propio uso desvirtuó el marxismo. Por un tiempo yo me consideraba una feminista marxista que defendía el lado marxista en contra del socialismo feminista. Y todavía resisto el feminismo socialista, pues toda la izquierda en este país era gente despreciativa de los trabajado-

res, "liberacionista", individualista. Yo no soy una liberacionista aunque no me opongo a la libertad, pero creo que todos vivimos dentro de estructuras, compromisos que nos engloban y que hace que no seamos individuos que se determinan a sí mismos. Entonces, mi alejamiento del marxismo fue una progresión muy gradual. A pesar de ello todavía considero que no sería capaz de escribir o enseñar una historia que no contenga elementos estructurales del materialismo, de la tradición que va desde la escuela escocesa hasta Marx. No podría pensar inteligiblemente la historia sin tener algún tipo de sustento teórico y práctico del significado del concepto de clase social.

– *Alguna idea de totalidad que hoy está tan cuestionada desde múltiples ángulos. Antes de pasar a ese tema, cuándo y por qué Ud. decidió cambiar de campo, de ser una historiadora de Francia en la edad moderna a trabajar en la historia del sur de los Estados Unidos y la de la mujer?*

– Bueno, yo ya había estado escribiendo acerca del sur de los EE.UU. Además siempre estuve interesada en las mujeres y en la literatura femenina. Cuando estaba en Harvard, el primer año luego de mis exámenes, estuve durante un año entero tomando seminarios sobre literatura de la mujer. Hacia mediados de los 70, con el comienzo del movimiento feminista, yo era una mujer trabajando en el departamento de historia en Rochester y entonces era la opción más lógica para enseñar un curso de historia de la mujer. Y eso fue lo que hice. Tuve primero que enseñarme a mí misma; comencé por la historia de las mujeres en Francia sobre lo cual sabía bastante y rápidamente aprendí mucho más. Por otro lado, la decisión de cambiar de tema tuvo que ver con una toma de conciencia de mis lími-

tes como especialista en Francia moderna. Era claro que ningún historiador norteamericano podría nunca escribir el tipo de historia que la historiografía francesa escribía, con tanta tradición de trabajo en esos archivos por generaciones. Cuando me casé los intereses intelectuales de ambos eran bastante cercanos. Comenzamos a colaborar con mi marido (colaboración que se plasmó en nuestro libro *Fruits of Merchant Capital*), y no hacía falta ser un genio para darse cuenta que era mucho más divertido hacer viajes de investigación juntos que trabajar por separado. Y así cambié de campo. Mi último trabajo sobre historia europea fue un ensayo sobre la historia de las mujeres en Europa. Políticamente este tipo de historia de la mujer no tenía demasiada significación. La historia norteamericana por el contrario era políticamente más importante. Todos esos factores convergieron y pensé que valía la pena realizar este viraje.

– *Antes de pasar a preguntarle sobre su obra cuéntenos acerca de su experiencia como directora del Programa de Estudios de la Mujer en Emory. Ud. organizó una de las primeras experiencias en los Estados Unidos...*

– En realidad había muy pocos programas pero no era el único. Aunque fue el primero en Emory, y fue el primero en los Estados Unidos (tal vez es todavía el único) en tener un programa de doctorado que tiene becas al mismo nivel que las que tienen otras disciplinas como historia, literatura o sociología. Nosotros financiamos a la gente para que trabaje en sus estudios de postgrado.

– *¿Cuáles eran sus prioridades cuando Ud. comenzó a organizar el programa?*

– Yo quería un programa que fuera intelectualmente muy exigente y riguroso

y que a la vez fuera abierto en términos ideológicos. Quería un programa en el cual las mujeres negras se sintieran tan a gusto como las mujeres blancas especialmente porque el programa era en Atlanta. En fin, un programa donde convergieran estudiantes donde pudieran discutirse todos los temas sin ortodoxias, donde se sintieran libres de expresar sus opiniones. Cuando llegué a Emory en 1986 me encontré con una oficina sin muebles, cajas con mis propios libros y un teléfono que no sabía como funcionaba porque los códigos eran distintos a los que yo conocía. Pero las cosas comenzaron a funcionar, teníamos financiamiento de la universidad. Quería tener una cohorte de estudiantes subgraduados (de licenciatura), quería un foro en el cual las mujeres del personal de la universidad, profesoras, pudieran volcar sus inquietudes. Hicimos una cantidad de esas cosas. Y sobre todo organizamos un seminario de discusión de avances de trabajos de investigación sobre la mujer que contaba con la presencia de investigadores de afuera de la universidad y una serie de conferencias dictadas por especialistas de renombre. Era una agenda muy ambiciosa. Al final del primer año, teníamos todo eso. En el segundo año comenzamos con los cursos para un programa de subgraduados. Y para el tercer año lanzamos el programa de doctorado. Contratamos profesores en conjunto con otros departamentos. En el momento en que renuncié (1992), teníamos ocho nombramientos de profesores en los departamentos de inglés, historia, sociología y ciencias políticas y otros nombramientos en historia de la mujer y filosofía. No está mal, ¿no?

– *Vayamos a lo principal de su obra. Nos gustaría que hablara en primer término*

sobre su trabajo más histórico, Within the Plantation Household, un estudio sobre las mujeres en la sociedad esclavista del sur norteamericano.

– En relación a *Within the Plantation Household*, a comienzos de los años 80 escribí dos trabajos sobre literatura del sur de los Estados Unidos (uno de ellos sobre "Lo que el viento se llevó"), y otro trabajo sobre las unidades domésticas en el sur de antes de la Guerra Civil que presenté en el seminario de Immanuel Wallerstein sobre hogares y unidades domésticas, y que luego fue publicado en *Review*, la revista que él dirige. Mi objetivo de libro era bastante modesto. Yo quería publicar una colección de ensayos muy general sobre las mujeres del sur de los EE.UU. que la editorial de la Universidad de Tennessee rechazó. Luego envié un proyecto de libro modificado a la editorial de la Universidad de North Carolina que lo acogió con entusiasmo. Y entonces fui a trabajar a Chapel Hill al Centro de Investigación en Humanidades durante un año y decidí autoconfinarme en los archivos. Yo ya había elaborado el marco teórico en el trabajo sobre las unidades domésticas. Y entonces, estuve leyendo durante un año manuscritos y documentos. En ese momento recibí la oferta de trabajo de Emory (en 1986), vine a Emory y fue durante el verano luego de mi primer año, mientras estaba armando el Programa de Estudios de la Mujer que me senté y realmente escribí el libro. De la manera que yo trabajo, puedo terminar de escribir muy rápido luego de haber reflexionado sobre los materiales. Me encantó escribir el libro.

– *Lo que se destaca del libro es la forma en que Ud. integra las historias de las mujeres, combinando narración y análisis en un balance muy bien logrado.*

– Bueno, eso es por lo que yo luché, y es eso lo que me gusta hacer. Yo amo

las voces de las mujeres. Por supuesto, las mujeres blancas que dejaron testimonios lo hicieron muy bien, sus voces están muy claras. Y es por eso que me preocupé bastante por el balance entre sus voces y las de las mujeres negras. Y una de las cosas que me dejó satisfecha al terminar el libro fue que me gustaron las voces de las mujeres negras tanto como las otras. Como casi no hay registros, una gran cantidad de datos deben ser captados a través de las voces de sus hijos recogidos durante la década del 30. Lo que sí se puede hacer (y esto es una pequeña cosa que disfruto) es estudiar la producción de la unidad doméstica, que nadie había tomado en serio hasta el momento. Pero para hacerlo bien es necesario leer los diarios de los dueños de las plantaciones, los libros de la plantación, los diarios y narraciones escritos por las mujeres blancas y los relatos de los ex-esclavos. Y entonces, de pronto, uno puede entender, por ejemplo a través de lo que recuerda un niño negro, el orgullo con que recuerda la forma en que sus madres hacían los trabajos del hogar. Una comienza a darse cuenta que hay realmente una imagen que emerge de esos relatos de amos y esclavos. Y no hay un único método. No es posible hacerlo con números solamente, o con una única voz personal, sino con una multiplicidad de voces. Este es el resultado de convivir con los materiales y de tener una perspectiva teórica clara de lo que quiero hacer con el tema que estudio.

– Lo que también es claro en su libro es la aplicación de teoría feminista...

– Yo fui probablemente la primera historiadora norteamericana (ciertamente una de las pocas personas en haberlo hecho independientemente) que usó el concepto de género muy al

comienzo, cuando todos los demás utilizaban el término "sexo". Y yo usé el concepto de género porque había escrito un trabajo teórico en el que consideraba al género como un sistema de relaciones. Si uno analiza el género puede captarse la relación entre mujeres y hombres: que es aquello de lo cual una mujer depende y que significa ser un hombre dentro de una sociedad y de un grupo de parentesco o de referencia, y eso es lo que permite recuperar a la clase social dentro del análisis. Y aquí es donde mi bagaje historiográfico europeo, el haber trabajado sobre historia de Europa, me fue muy útil. Porque en la Europa moderna, en una sociedad conformada por estados, había mayores diferencias entre las mujeres de distintas clases que diferencias entre hombres y mujeres de la misma clase. Entonces para mí la cuestión del género era una forma de poner en juego las clases sociales y las interacciones entre hombres y mujeres. Al seguir esta perspectiva yo quería integrar la historia de las mujeres con una historia basada en una rigurosa fundamentación teórica, de manera tal que pudiera informar sobre problemas más generales de las sociedades y no sólo de la experiencia de las mujeres consideradas aisladamente.

– ¿Por qué no hablamos ahora de sus dos últimos libros *Feminism Without Illusions* y *Feminism is not the Story of My Life*? Podemos enfocar la pregunta en los siguientes términos: Ud. desarrolla una crítica del movimiento y del pensamiento feminista norteamericano en la actualidad. ¿Puede Ud. indicar, para aquellas personas que no han podido leer sus libros, qué aspectos del feminismo son criticables en su opinión?

– Yo he reflexionado de una manera muy profunda acerca de la experiencia de jóvenes mujeres profesionales

en ascenso, profundamente comprometidas con un individualismo radical y que parecen no entender que este individualismo es funcional a los intereses de las grandes corporaciones multinacionales; parecen no querer entender que esto requeriría en cierto sentido acciones concertadas con los hombres, a las cuales el feminismo se niega. El feminismo también da escásima importancia a la crianza de los niños, la que subordinan a la libertad sexual de las mujeres. En general existe entre las feministas un desprecio levemente velado por las mujeres trabajadoras, tan común a la *New Left* norteamericana. Yo no digo que el feminismo no haya servido en cierta forma a las mujeres que trabajan, pero mucho más a menudo estas mujeres, especialmente las madres solteras, son utilizadas por el feminismo en batallas políticas. El movimiento feminista repudia las acciones colectivas conjuntas con los hombres, sin una voluntad para asumir responsabilidades. Así el feminismo ha contribuido directamente al fortalecimiento de una situación en la cual para que las mujeres sean libres las libertades de otras personas deben ser restringidas.

Aparentemente ellas no pueden comprender que en los países que tenían un estado benefactor y redes sociales desarrolladas, que el feminismo norteamericano siempre dijo que quería, tanto a las élites femeninas como a los miembros de los movimientos feministas simplemente no les va muy bien. Por el contrario, en los Estados Unidos los años '80 (la era de Reagan que todas odian) fueron los años que promovieron las carreras profesionales de las mujeres de clase media-alta, con avances para este sector de las mujeres que no han sido superados en ningún otro país. Y el movimiento feminista parece ser inca-

paz de comprender la interconexión de esos fenómenos. En los últimos tiempos el feminismo está desconectado de la realidad, ha perdido contacto con la realidad de la mayoría de las mujeres de los Estados Unidos, no tiene un mensaje para transmitirles a esas mujeres.

– Ud. nuevamente en su libro *Feminism is not the Story...* narra historias, para entrelazarlas con sus proposiciones teóricas...

– Fue un trabajo arduo, muchísimas notas y horas de grabaciones, pero también empleé muchos datos estadísticos y teoría. Básicamente, quería reflejar la sustancia de la vida de las mujeres ordinarias en su vida cotidiana. Por eso uso la palabra historia (en inglés "story"), aun cuando es una palabra de la cual fácilmente se abusa en estos días. La gente trata realmente de interpretar el sentido de sus propias vidas. Y hace eso desde la narración. Las mujeres norteamericanas de clase media-baja o trabajadora tienen trabajos que crecientemente les proporcionan cierto sentido de independencia y de competencia que cada vez valoran más. De todos modos esos no son trabajos que todas las personas deseen o valoren. No son trabajos tales como ser, por ejemplo, profesora, abogada, ejecutiva o política, no dan prestigio ni fortuna. Y si una mujer común busca dar sentido a su vida, los hijos son frecuentemente más importantes para ellas que sus trabajos. Y ellas no quieren tener que optar entre el trabajo y sus hijos, dejar de lado uno por otro. Y gran parte de esas mujeres no creen que los hombres son unos brutos, como sostiene el feminismo. Y las evidencias sugieren que no hay tanto adulterio en Norteamérica, muy distinto de lo que uno creería. Y luego está el tema del aborto, muy debatido. Según las esta-

dísticas la mayoría de los norteamericanos no quiere que haya abortos de nacimientos parciales (partial birth abortions). El movimiento feminista está absolutamente comprometido con esto porque toda restricción al aborto coarta la libertad sexual de las mujeres. La mayoría de los norteamericanos no cree que el aborto se justifique por consideraciones económicas. Y si Ud. considera a las mujeres de clase media-alta de entre 20 y 30 años, el aborto se debe precisamente a razones económicas. Se debe a que los niños interferían con sus carreras profesionales. Esto marca un desfase entre lo que el feminismo piensa y la vida de la gente.

– Ud. señala en su libro justamente esa contradicción entre una carrera profesional, que está diseñada en función de modelos masculinos, y la crianza de los niños. ¿Cómo cree Ud. que este tema debe ser abordado, y cómo fue pensado por el feminismo?

– Por supuesto, es el tema principal y lo recalco. Y uno de los puntos principales en mi libro es que en la actualidad las madres son en su mayoría mujeres que trabajan, y la mayoría de las mujeres que trabajan son madres o están por serlo. Por supuesto que es el asunto central. Y la mayoría de la gente no cree que las guarderías sean la solución adecuada para este problema. Y toda la evidencia sugiere que si uno deja al niño en la guardería a las siete de la mañana y lo pasa a buscar a las diez de la noche, su crianza no puede ser buena. Y probablemente no va a ser mejor si uno lo deja con una persona que está al cuidado de la casa. Una gran cantidad de niños que se crían frente a la televisión no tienen un sentido de la interacción más allá de su interacción con la televisión. Sin embargo tenemos algunos modelos para corregir estos proble-

mas. Las corporaciones son capaces de responder con cierta flexibilidad y algunas están comenzando a hacerlo: horarios flexibles, reducción de horas de trabajo, conservación de los trabajos por maternidad. Por ejemplo, yo creo que las licencias por maternidad son importantes. Y en esto no puede haber igualdad entre los sexos, los hombres no quedan embarazados. Las licencias por maternidad no existen en los Estados Unidos en parte porque las feministas se opusieron a ellas. Todos los países las tienen, pero las feministas se opusieron porque es algo que se interpone entre la igualdad entre los hombres y las mujeres. Y eso sirve a los intereses de algunas corporaciones. Pero la licencia familiar intenta cubrir esta falta. Sin embargo, de la forma en que las licencias familiares fueron diseñadas, funcionan para grupos de clases más altas: tiene que ser un empleador de un tamaño considerable, con empleados que vivan dentro de un radio geográfico específico.

– Entonces, el sector que ha sido el más perjudicado por estas políticas fue el de las mujeres trabajadores, no así aquellos sectores más altos que trabajan para las corporaciones o las profesionales.

– Si, concretamente aquellos sectores que quedaron de las clases medias bajas y de las clases trabajadoras. Esa es la gente que conoce que no pueden pagar el tipo de ayuda que requieren sus hijos para reemplazarlas cuando ellas salen a trabajar. Esa es la gente que instintivamente comprende que los chicos necesitan interactuar con gente y con ideas distintas de la cual ellos han crecido. Ese es el motivo por el cual la crianza de un niño era tan intensa para las madres durante los años de la inmigración, como la familia de mi marido. Y esas son exactamente las mismas personas a las

cuales no hablan y no hacen referencia las feministas.

– ¿Cómo fueron recibidos sus dos últimos libros?

– *Feminism Without Illusions* parece haber sido recibido mejor de lo que yo inicialmente esperaba. Apparentemente, el libro ha sido asignado y leído por mucha gente en distintos cursos universitarios y grupos diversos. Mi último libro, *Feminism is not the Story of My Life* fue recibido con indignación por las feministas. No les había gustado tampoco mi libro anterior, pero éste fue aún peor para ellas. *Feminism is not the Story of My Life* fue como una bofetada. Sin embargo, hasta ahora no he escuchado una discusión racional acerca de las evidencias que aportó en mi libro y que lo descalifiquen teórica o empíricamente. El libro fue escrito de forma que pudiera ser accesible para el gran público. El material que proporciono sobre la revolución económica y sexual y su impacto en la sociedad norteamericana es central en el libro y un desafío a los postulados feministas. Pero no ha movido a ninguna discusión racional, sólo a la indignación al extremo de que algunas claman: ¡Cómo se atreve a decir que los chicos son importantes! Son los chicos, la familia y el casamiento, la sexualidad,

todo eso es lo que las feministas radicales realmente no pueden soportar. Pero parece que gradualmente ha comenzado a leerse. El otro día recibí una carta de una mujer que está tomando un curso en un programa de estudios de la mujer, alguien que había sido aislada por la propia gente de un programa de estudios de la Mujer, aun cuando ella estaba muy a favor de las mujeres. Esta mujer me agradecía el libro, diciendo que le habían gustado las historias, y que era muy reconfortante saber que había otras personas que veían el mundo desde esta perspectiva.

– ¿Entonces podría Ud. decir, a modo de conclusión, que a pesar de que Ud. se considera todavía una feminista, el feminismo no es la historia de su vida?

– No, no puedo afirmarlo. Puedo decir, sí que el feminismo es sólo parte de la historia de mi vida. Por supuesto el feminismo ha dado cosas muy importantes a las mujeres. No me gustaría vivir en un mundo en donde no pudiera tener un salario similar por un trabajo similar, o crédito a mi nombre, o no ser tratada con respeto, o donde otras mujeres no fueran consideradas seriamente como personas. Lo que yo quiero hacer es trabajar con mujeres con las que pueda entablar discusiones serias, sin fanatismos de ninguna clase ■

E.I.A.L.

Publicada en español, portugués e inglés, E.I.A.L., es una revista interdisciplinaria dedicada al estudio de América Latina y el Caribe en el siglo XX. Cada año, uno de los números se dedica a una temática específica, previamente anunciada, en tanto que el otro número recoge un compendio de artículos varios.

Temas de los números publicados

Vol. 1, N° 1 & 2:

Nacionalismo en América Latina

Vol. 2, N° 1:

Movimiento obrero en América Latina

Vol. 2, N° 2:

España y América Latina

Vol. 3, N° 1 & 2:

La inmigración en el siglo XX

Vol. 4, N° 1 & 2:

Democratización en América Latina

Vol. 5, N° 1 & 2:

Identidades en América Latina

Vol. 6, N° 1 & 2:

América Latina y la Segunda Guerra Mundial

El Vol. 7 (1996) está consagrado a "la ciencia y la universidad en América Latina".

El número monográfico de 1997 se dedicará al "pensamiento político en América Latina".

Enviar pagos a: E.I.A.L., Universidad de Tel Aviv.

Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe



Editores:
Tzvi Medin y
Raanan Rein

Publicación semestral

Suscripciones
\$20 Estudiantes
\$30 Individuos
\$40 Instituciones

Universidad de Tel Aviv
Aranne School of History
P.O.B. 39040
Ramat Aviv (69978) o
Israel
Fax: (972-3) 640 9457
E-MAIL:
raanan@post.tau.ac.il
rsitman@post.tau.ac.il

Historia y Educación



La enseñanza de la historia en el tercer ciclo de la E.G.B.: una aproximación a la compleja relación entre construcción del conocimiento y organización de los contenidos

*Silvia Finocchio**



Frente a la reforma de la escuela media –implementada ya en las provincias de Buenos Aires y de Córdoba, próxima en otras– se ha abierto un debate sobre la enseñanza de la historia. Si bien es cierto que algunas posturas se atrincheran en la intransigencia, creo que es importante generar un espacio que promueva efectivamente la discusión tendiendo a la divergencia así como a la convergencia.

Hasta el momento muchas de las posiciones se pronuncian a partir de registrar el avance de fantasmas. Ellos son: las ciencias sociales, la detracción

de héroes, la historia reciente, la historia local, los procedimientos interpretativos e investigativos, entre otros. Otras posturas defienden los términos opuestos: historia, héroes, pasado lejano, historia general, hechos y conceptos. Las calificaciones que se pronuncian no son matizadas, polarizándose la polémica en términos de lo nuevo y lo viejo o lo corporativo y lo no corporativo.

Para discutir en profundidad sobre las cuestiones que hoy preocupan será interesante ofrecer argumentos y contraargumentos así como brindar información que contribuya a pensar fundadamente sobre los problemas planteados. El propósito de este artículo es presentar los puntos en cuestión, promover el debate y someter algunas ideas a consideración de quienes se preocupan por la enseñanza de la historia.

Los puntos centrales del debate

Uno de los asuntos en discusión es el de las diferencias entre la historia de los historiadores y la historia a enseñar. En esta dirección algunos sostienen que el propósito no es formar expertos en historia sino novatos que necesitan conocer ciertas porciones de la realidad histórica para poder analizar y comprender el presente así como orientarse en el futuro. Desde esta perspectiva, sugieren extremar los re-

* (UNLP-UBA)

caudos en la selección de contenidos e incluso, algunos de ellos, proponen organizar el curriculum a partir de temas o problemas. Frente a esta posición otros reclaman la necesidad de enseñar el *continuum* histórico a través de un relato articulado de la historia de la humanidad.

Otro de los puntos en cuestión es el de la enseñanza de la historia y la formación en valores. Hay quienes manifiestan su disenso con la ausencia de héroes en tanto ejemplos axiológicos a imitar. La postura maximalista expresa su preocupación por la posible pérdida de la identidad nacional ante un discurso histórico sin héroes patrios. Frente a ellos, otros sostienen que la formación en valores debe plantearse, especialmente, a través del desarrollo de herramientas intelectuales que promuevan el razonamiento ético.

También se discute la educación histórica a partir de la oposición: informar-formar. Esta cuestión presenta como términos antagónicos el "saber" y el "saber hacer". El problema es si en las prácticas de la enseñanza predominará la información o la formación de habilidades. Frente a la herencia de una enseñanza enciclopedista y al llamado "atrachón" de información –en términos informáticos– provocado por la acumulación de nuevos conocimientos, algunos postulan que la formación básica debería reducirse a procedimientos interpretativos e investigativos.

Contrarios a esta posición otros marcan la necesidad de no olvidar el carácter fáctico de las ciencias sociales al igual que las ciencias naturales. Postulan que las ciencias sociales no son lógica ni matemática y que es importante estipular los hechos que necesariamente se deben conocer para poder comprender la realidad social.

Al debate se suma la cuestión sobre

el lugar que debe ocupar la historia local. Mientras la pervivencia de una tradición pedagógica matizada con razones ideológicas insiste en organizar el curriculum de lo cercano a lo lejano ubicando la historia local en los inicios del tercer ciclo, otros sostienen la necesidad de dominar previamente marcos generales que permitan comprender el espacio próximo.

Se agrega a las cuestiones enumeradas la discusión sobre más o menos historia reciente. Algunos plantean que son otras disciplinas sociales –antes que la historia– las que aportan al estudio del pasado reciente. Por otra parte, advierten las dificultades con las que se tropezaría al abordar periodos que tanto involucran a las subjetividades individuales.

Otros plantean, en cambio, que la escuela debe atender a una demanda social. Sostienen que el estudio de los tiempos contemporáneos es una asignatura pendiente que no sólo señala la investigación educativa sino reclama la propia voz de los alumnos: un poco menos de Egipto Antiguo y un poco más de historia contemporánea argentina.

Finalmente, el problema más complejo a resolver es el de historia-ciencias sociales porque afecta de manera profunda a la estructura curricular así como a los perfiles docentes. Algunos afirman que la historia tiene una epistemología particular y unos procedimientos que le son propios, por este motivo defienden la perspectiva disciplinar para la organización de contenidos escolares.

Otros sostienen que la historia en tanto ciencia social debe trabajarse de manera integrada con otras ciencias sociales. Apoyan su argumentación afirmando que la fragmentación del conocimiento se supera a partir de la organización de los contenidos escolares en áreas curriculares.



Los desafíos a considerar antes de partir

En la Argentina actual se presentan dos cuestiones centrales al pensar en la organización curricular para el tercer ciclo de la Educación General Básica. La primera de ellas es *cómo retener a los alumnos sin empobrecer la propuesta curricular*. La segunda es *cómo mirar estratégicamente la formación de los alumnos del tercer ciclo en relación con el segundo ciclo de la Educación General Básica y con la Educación Polimodal*.

Una de las pocas investigaciones sobre el desgranamiento en el sistema educativo argentino concluyó que en el pasaje del nivel primario al nivel secundario quedan excluidos los niños provenientes de sectores populares que asistieron a escuelas para sectores populares. Esto significa: escuelas mal equipadas, con pocas horas de clase, con un cuerpo docente comparativamente desfavorable y que en lugar de la transmisión y reconstrucción de conocimientos desarrollaron una socialización no cognitiva (Filmus, D.; 1988).

La desarticulación del sistema educativo, expresada a través de modelos docentes, tipos de vínculos interpersonales y formas de relación con el conocimiento muy diferentes entre un nivel y otro, sería la causa endógena más importantes del alto índice de deserción de alumnos en el primer año de la escuela secundaria. Estas conclusiones se desprenden de las quinientas



encuestas realizadas a los propios adolescentes.

En consecuencia, una ardua tarea le cabrá al tercer ciclo de la EGB para retener a los alumnos y garantizar los nueve años de escolaridad obligatoria. Entre las soluciones planteadas una hipótesis de trabajo es la de reducir el número de "espacios curriculares", léase materias o asignaturas. De esta manera, se evitaría que el alumno que interactuó con sólo un maestro pase a sostener de manera paralela trece o catorce proyectos que le requiere una estructura curricular con un número abultado de espacios. Todavía no se han propuesto con fuerza otras alternativas... Hasta aquí los grandes desafíos...

Comenzando a andar

Desde varias perspectivas pueden darse argumentos frente a los puntos en debate y los desafíos planteados. Intentaré centrarme en la dimensión de la construcción de los conocimientos, dando por supuesto su incidencia en las cuestiones de formación, en la retención de los alumnos en el sistema escolar y en la calidad de los aprendizajes. Vale la pena observar, además, la escasa presencia de esta perspectiva en las argumentaciones que se realizan en el marco de las discusiones.

Los alumnos elaboran representaciones sobre cómo son los hechos y

fenómenos sociales a través de múltiples experiencias dentro y fuera del recinto escolar. Los intercambios con los compañeros, las explicaciones que realizan los docentes y, sobre todo, las opiniones familiares así como el tratamiento que dan los medios masivos de comunicación a los diferentes temas son de una relevancia capital a la hora de ir configurando concepciones y opiniones sobre la realidad.

A pesar de contar con un escaso caudal de conocimiento acumulado –en comparación con otras áreas del conocimiento como la matemática– sobre qué forma adoptan y cómo se conforman las representaciones de la realidad social, existen interesantes evidencias sobre su importancia para comprender el proceso de construcción de conocimiento por parte de los escolares así como para analizar la función que cumple la escuela en su papel de mediadora de teoría y conocimiento socio-histórico.

Temas y problemas vs el *continuum* histórico

Algunas de las evidencias sobre la construcción de conocimientos dan cuenta de las formas que adoptan categorías básicas del pensamiento: cómo se relacionan y jerarquizan las diferentes dimensiones de la realidad social, cómo se conciben las relaciones sociales, cómo se construyen las categorías de poder y autoridad, entre otras.

El tercer ciclo de la Educación General Básica tiene una especificidad particular, constituye el cierre de una etapa de la escolaridad. En consecuencia, el desarrollo de categorías básicas del pensamiento adquiere un carácter crucial. Por otra parte, una mirada estratégica sobre los aprendi-

zajes posibles en el tercer ciclo da cuenta de la potencialidad para desarrollar y transformar esas categorías a la vez que comienzan a sistematizarse en torno a conceptos estructurantes los aprendizajes previos realizados en el primero y en el segundo. Uno de esos conceptos es el de tiempo histórico. Para dar cuenta de la alternativa "temas o problemas vs *continuum* histórico" nos referiremos a los procesos de construcción de la categoría temporal.

La construcción de esta categoría pasa de la inexistencia de un orden temporal que englobe los acontecimientos a un nivel de pensamiento formal que permite establecer un orden de sucesión y una especificación de intervalos como expresión de la duración. Pedagogos ingleses y españoles han desarrollado investigaciones acerca de la construcción del tiempo histórico y han avanzado en la presentación de estrategias didácticas que contribuyan a su desarrollo.

La hipótesis que sostenemos es que todos los alumnos podrán aprender significativamente y comprender de manera más profunda la realidad socio-histórica en la educación pos-obligatoria o en la adultez, es decir, vincular nuevos conocimientos con la estructura cognoscitiva, si cuentan con un concepto relevante e inclusor de tiempo histórico. Podrán integrar, relacionar, manipular y procesar información si cuentan con una conceptualización general que la contenga.

Por este motivo consideramos que las estrategias vinculadas a desarrollar una periodización con un fuerte poder explicativo (tal como alguna vez resonó en nosotros la de los modos de producción de Marx) es central a la hora de considerar las posibilidades de integración de los conocimientos y la significatividad de los aprendizajes futuros.



Temas-problemas o un tema-problema pueden rastrearse a través del *continuum* histórico, pero ese *continuum* deberá tener un fuerte peso en la organización curricular. La razón es que estamos formando novatos y necesitamos lograr que construyan conceptos referidos a la categoría de tiempo histórico (sucesión, duración, cambio, continuidad, periodización, entre otros) (Carretero, M. y otros; 1989) así como adquirir nuevos conocimientos a partir de las posibilidades que existen cuando la categoría de tiempo histórico opera como un gran inclusor.

Héroes o no en la enseñanza de la historia

Los cambios en la enseñanza de la historia anuncian que se acabaron los héroes como seres incuestionables. La vida de los héroes pasó a un segundo plano ante el avance de las ciencias sociales. La Academia Nacional de la Historia ya alertó sobre el problema. En estos términos se plantea la preocupación.

En el discurso histórico el héroe tiene algunas características que le son propias. Es un sujeto que acepta y cumple un mandato de una autoridad superior al cual el héroe se somete. Tiene poder y competencia para cumplir con la orden. El héroe realiza efectivamente el acto, no hay héroes virtuales. Ese acto tiene siempre la connotación de



ser algo especialmente importante y difícil. En él se condensa una axiología incuestionable: es la "perfección". Representa el "cómo debería ser" de cada nación (Mozejko, D.; 1995).

Próceres intocables han nutrido el discurso histórico en las escuelas durante décadas al calor de la necesidad de configurar una identidad nacional. Hoy la imagen positiva de los héroes ha descendido. El contexto cultural así como las propias prácticas escolares dan cuenta del vacío de sentido de mitos y ritos de tradición secular. Sostener hoy la presencia de los héroes implicaría avalar esta situación.

Desde nuestra perspectiva creemos que es plausible presentar modelos a imitar. Sin embargo dudamos de que este sea el fin primordial de la historia así como tampoco el medio más efectivo para la formación en valores.

Nos preguntamos por qué no buscar modelos entre los maestros, los profesores, los familiares, los trabajadores, los políticos.... Creemos, además, que la historia escolar reducida a modelos individuales corre el riesgo de caer en una enseñanza empobrecida, debido a que su propósito fundamental es contribuir a la comprensión y a la acción a través del análisis crítico de la realidad social así como a la construcción de nuevos consensos, especialmente, en términos del fortalecimiento del espacio público. En este sentido consideramos que es fundamental no perder de vista la importancia de la perspectiva de la comunidad como forma funda-

mental para atender a una formación en valores desde la historia.

Es deseable, además, que el aprendizaje se base en un proceso crítico mediante el cual el alumno sea consciente del sistema de valores que rige su experiencia. Esta práctica más que debilitar su identidad la fortalecerá a través de las argumentaciones y consideraciones acerca de cómo se podría ser mejor.

Debe agregarse, por otra parte, que las explicaciones causales dominantes entre los niños y púberes son las intencionales, en tanto tienen serias dificultades para construir respuestas que remitan a otro tipo de causalidad: razones estructurales o de interdependencia de factores, entre otros (Carretero, M., 1995). En consecuencia, reforzar la perspectiva heroica impediría proponer un desafío cognitivo a los alumnos y consolidaría sus concepciones previas.

Saber versus saber hacer

La consideración de los procedimientos como contenidos del curriculum implica una gran novedad frente a una enseñanza de la historia centrada en hechos y conceptos (Suárez, F.; 1995). Con ellos se apunta a la acción, al saber hacer. A través de su estipulación se pretende que estos aprendizajes se adquieran significativamente mediante una ayuda específica y no de manera espontánea.

Se afirma que mediante la historia pueden adquirirse determinadas habilidades cognitivas –metodologías de indagación histórico-social, hábitos de trabajo científico– y se llega a sostener que aprender destrezas o procedimientos no sólo es el primer objetivo a conseguir en la enseñanza de la historia, sino el requisito indispensable para comprender historia.

Incorporar los contenidos procedimentales al curriculum tiene indudablemente ventajas porque compromete su enseñanza. Es también, desde nuestra perspectiva, uno de los elementos más fértiles y novedosos en una enseñanza renovada de la historia. Sin embargo, esta presencia, a veces, ha dado lugar a interpretaciones erróneas llegando a perder de vista que las ciencias sociales pretenden explicar y comprender acontecimientos que tienen lugar en el mundo empírico y que sus enunciados requieren algo más que procedimientos lógicos.

Los procedimientos no alcanzan para fundamentar una hipótesis referida a la experiencia que debe estar sustentada en una base empírica. Por este motivo todo curriculum de historia debería estipular cuál es la base empírica (hechos) que junto a las herramientas conceptuales permitirá a través de los procedimientos explicar y comprender la realidad social. Del equilibrio entre el tipo de contenidos se trata.

La justa proporción de historia local

¿Qué papel debe jugar el estudio de lo local en la enseñanza de las ciencias sociales? Los cambios curriculares plantean la unidad de un conjunto de contenidos que se enseñan en todo el país y la diferenciación de otros. Su construcción remite a un proceso en el que intervienen diversos niveles y actores del sistema educativo. En esta historia hojaldrada se definió, antes que nada, un primer piso básico y común. Ahora las provincias han comenzado a establecer un segundo piso, el de las prescripciones curriculares para sus jurisdicciones, de acuerdo con sus requerimientos. Finalmente, se esbozará el tercer



piso, el de los diseños que las instituciones educativas realizarán atendiendo a las necesidades locales y a su propio perfil.

Una construcción planteada en términos de atender a la diversidad tanto en la EGB como en la Educación Polimodal afirma y legitima que la comprensión del medio local es un fin primordial de todos los niveles y ciclos de la escuela, en el que se avanza por medio de crecientes niveles de conceptualización y de sentido de pertenencia a través de un pensamiento racional, crítico y sensible.

Sin embargo, vale la pena revisar la continuidad de algunos supuestos en las formas de organizar los saberes escolares relacionados con la enseñanza de lo local:

- que los pequeños ambientes de la comunidad, la aldea o el pequeño grupo de familias son más simples de comprender que lo macro-social y que por ello deben enseñarse en los primeros años de la escolaridad o del ciclo de enseñanza; que esos pequeños ambientes son más democráticos o de mejor moral que los grandes espacios públicos y que por eso deben ser estudiados por los niños y púberes;

- que allí se condensa la verdadera realidad ocultada por versiones interpretativas globales que deberán desecharse;

- que los alumnos aprenden avanzando en escalas espaciales desde lo cercano a lo lejano en términos de km

de distancia así como también desde lo próximo temporalmente.

Sin embargo, en el campo de la historia hoy pocos se atreverían a sostener que la calle o el barrio se explican en términos de simplicidad, garantizan democracia efectiva o moral pública y que dan cuenta de la verdadera historia, que en realidad también se teje desde los centros de poder.

A su vez, cuando las tecnologías audiovisuales convocan a nuestros mediatizados adolescentes y les acercan lugares u horizontes que pueden describir, así como la literatura o el cine los traslada a pasados remotos y futuros lejanos despertando en ellos un gran interés, en el campo de la psicología pocos se atreverían a afirmar que se comprende la realidad desde el entorno físico y avanza gradualmente en su comprensión en términos de distancias espaciales y temporales.

No hay razones sociales, psicológicas ni científicas para circunscribir el estudio de lo local a los primeros años de la escolaridad o de un ciclo de enseñanza y olvidarlo en las últimas etapas. Así como tampoco hay razones que impidan que otras realidades del país o del mundo sean analizadas no sólo por los mayores sino también por los de menor edad. Al contrario, que los púberes contrasten la propia experiencia con otras realidades puede ser una interesante oportunidad para comprenderla mejor y para ampliar la mirada más allá de la vida familiar.

En un momento en el que las iden-

tidades se redefinen y asumen su complejidad dada por la presencia de elementos universales y particulares así como se tienden a evitar visiones dicotómicas de la realidad, la enseñanza de la historia tendría que apostar a que los lazos que se estrechan en el pequeño espacio o en la localidad sean agudamente analizados y reforzados en todas las etapas de la escolaridad, sin por ello perder de vista contextos más amplios a los cuales también se pertenece.

Más o menos historia reciente

En nuestro país se registra un debate sobre el alcance de la historia reciente en los nuevos diseños curriculares. Una preferencia por la historia contemporánea se evidencia en los currículum europeos y de América Latina. En países como México, Cuba o República Dominicana llega a ocupar en los planes del nivel secundario el setenta por ciento de los contenidos correspondientes a la enseñanza de la historia (González Muñoz, M.; 1996).

Puede sostenerse que esto deviene de la insistencia en que la historia debe contribuir a comprender el presente. El supuesto que sostiene la propuesta es que en ese presente tienen una mayor incidencia los tiempos próximos que los tiempos lejanos.

Quienes se oponen a esta proposición argumentan que justamente ese supuesto es el punto vulnerable del razonamiento: los tiempos más lejanos también han dejado una fuerte impronta en nuestra sociedad. Afirman, además, que no se justifica que porque los contenidos de los viejos planes de estudio referidos a tiempos más lejanos fueran inadecuados se deben desconocer en las nuevas propuestas curriculares.

Desde la perspectiva del sujeto del aprendizaje, puede afirmarse que el propósito es capitalizar el interés y la motivación que estos temas despiertan entre los jóvenes alumnos. A través del estudio de las sociedades contemporáneas la intención es, además, lograr articular la enseñanza de la historia con la formación para la ciudadanía y para el desarrollo social.

Historia-ciencias sociales

Los Contenidos Básicos Comunes aprobados en 1995 presentan organizados en tres bloques aquello que se debe enseñar con una organización disciplinar:

Bloque 1: contenidos de geografía

Bloque 2: contenidos de historia

Bloque 3: contenidos de sociología, economía, ciencia política y antropología

Si bien se aclara que estos bloques no prescriben una organización muchas de las propuestas curriculares de las jurisdicciones provinciales recuperan esta forma de ordenar los contenidos.

Dado el nivel tan básico de los contenidos tratados en el primer y segundo ciclo así como el hecho de que un sólo docente se haga cargo de la enseñanza de las ciencias sociales además de las otras áreas de conocimiento, explica por qué no se plantearon problemas con la estructura curricular de los dos primeros ciclos de la EGB. Sin embargo, la situación se vuelve más polémica en el tercer ciclo al considerar la organización de contenidos que poseen un mayor grado de especificidad y complejidad.

Existen diversas posibilidades de organización curricular-formato disciplinar, formato areal y formato transversal (a través de todas las áreas curriculares). A su vez la propuesta areal



puede estructurarse de diversas maneras. Una de ellas es la combinación de diferentes disciplinas que se abordan desde su especificidad. Otro nivel de articulación es el de la coordinación de los contenidos que aportan cada una de ellas. Finalmente existe la integración que desdibuja las lógicas disciplinares. En este momento en nuestro país se están evaluando cada una de las formas de organización curricular con sus ventajas y desventajas.

Nos inclinamos a considerar que una organización curricular disciplinar con apertura multidisciplinar puede ser una modalidad adecuada para la enseñanza de las ciencias sociales. Esta forma de organización curricular implica básicamente la dominancia de una disciplina en cada asignatura escolar, aunque no su monopolio en las explicaciones. La modalidad areal sería viable sólo en el caso de una propuesta combinada o coordinada. Varias razones nos permiten fundamentar estas ideas acerca de la organización curricular para el tercer ciclo.

Si uno de los propósitos básicos es recuperar la especificidad de la escuela como lugar de mediación entre el saber elaborado y el cotidiano así como formar para que los alumnos realicen aprendizajes significativos de conocimientos específicos legitimados públicamente, lo primero que podemos afirmar es que las formas de organización de saberes, la estructura de sentido y el discurso que es propio a cada disciplina incide y contribuye en la

construcción de categorías básicas del pensamiento que realizan los alumnos sobre la realidad social.

Por otra parte, en tanto nos estamos refiriendo a la formación básica, cabe preguntarse por qué si los procesos de hibridación y las prácticas interdisciplinarias se construyen en las fronteras de las disciplinas se debe requerir a los alumnos ese tipo de conocimientos, en esa etapa.

Vale la pena recordar, además, que estas estrategias de hibridación e interdisciplinariedad en la construcción de conocimientos contribuyen notablemente al desarrollo de la ciencia pero que en el campo de las ciencias sociales todavía se realizan desde las disciplinas y que en general requieren de un trabajo en equipo (Dogan, M. y Pahre, R.; 1991).

En el marco de la reforma, parece poco prudente querer corregir las "propuestas enciclopedistas" o las "ideologías marginadoras" características del viejo nivel medio de la enseñanza omitiendo considerar que el campo no logró estructurar la anhelada gramática de lo social. Creemos que se deben evitar integraciones forzadas y no resueltas en el campo, sin que ello implique dejar de buscar estrategias didácticas para vincular los aprendizajes.

La tendencia a los estudios integrados por temas o problemas parece atractiva en nuestro medio por lo novedoso y porque resuelve algunos problemas del funcionamiento del sistema educativo. Sin embargo tropieza



con dificultades en la construcción de los aprendizajes por parte de los alumnos frente a la falta de un marco conceptual global para las ciencias sociales.

El debate historia-ciencias sociales se planteó con gran dureza en Alemania, Francia y Gran Bretaña en los años sesenta en relación con las teorías piagetianas sobre el aprendizaje. El mundo anglosajón fue más permeable a esta influencia que el mundo francófono.

Sin embargo, investigaciones educativas llevadas a cabo en Gran Bretaña –incluso por el *Schools Council*– sobre la enseñanza de las ciencias sociales concluyen que la noción de integración no era aplicable a un nuevo plan de estudios y que la calidad de un curriculum multidisciplinario depende de la calidad de la contribución de cada disciplina por separado. Por tanto, el proyecto curricular debería orientarse a interrelacionar y no a integrar las contribuciones de la historia, la geografía y otras ciencias sociales.

Las experiencias internacionales dan cuenta del regreso de la organización disciplinar del curriculum en lo referido a las ciencias sociales. Después de la vigencia durante casi tres décadas de organizaciones integradas de los contenidos, en países como Alemania, Gran Bretaña, España, México o Brasil (este último, con una gran influencia norteamericana en su sistema educativo) se retornó a una organiza-

ción disciplinar basada centralmente en el argumento de que la organización por temas o problemas no lograba la integración esperada y, al contrario, favorecería la fragmentación y el empobrecimiento de los aprendizajes.

El caso de la reforma de México en 1993 o de los parámetros curriculares nacionales del Brasil aprobado en 1996 son ilustrativos al respecto. En estos países después de varios años de consultas e investigaciones educativas se estimó que la estructura por áreas integradas condujo a una dispersión de los contenidos de las diversas disciplinas y a una insuficiente sistematización del conocimiento. El resultado fue el debilitamiento de la formación básica del alumnado. Por este motivo los niños brasileños así como los ingleses estudian historia y geografía desde el primer año de escolaridad obligatoria.

Frente a esta tendencia, el camino de vuelta desde las disciplinas a un curriculum integrado se ha iniciado en estos momentos en la zona andina y del Caribe, liderando Colombia este proceso en América Latina.

Si la apuesta es contribuir al desarrollo de la socialización mediante el conocimiento, nuestra tesis es que en este ciclo de la enseñanza la legitimidad organizacional del curriculum debe dar cuenta de los fundamentos epistemológicos, registrar los procesos en la construcción de los aprendizajes y no perder de vista los problemas para contar con un profesorado idóneo.

Para llegar...

Retener sin empobrecer la propuesta... Para ello será necesario poner en una balanza las lógicas disciplinares y optar. Será imprescindible también enriquecer el curriculum, incluyendo "algunas pesas" interdisciplinares para el tratamiento de nú-

cleos problemáticos que lo justifiquen.

Mirar estratégicamente la formación de los alumnos del tercer ciclo... Para ello será necesario avanzar en la sistematización conceptual, atando cabos del primer y segundo ciclo y desarrollando una estrategia que apunte a la profundidad ■

Bibliografía consultada

- Ausubel, D. y otros, *Psicología educativa. Un punto de vista cognitivo*. Trilla, México, 1976.
 Barros, C., "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", en *Historia a debate. Otros enfoques*. Tomo II, Actas del Congreso Internacional "A historia a debate", Santiago de Compostela, 1995.
 Bernstein, B., *Clases, código y control*. Akal, Madrid, 1988.
 Bruner, J., *Realidad mental y mundos posibles*. Gedisa, Barcelona, 1988.
 Carretero, M., *Constructivismo y educación*. Aique, Buenos Aires, 1994.
 Carretero, M., Pozo, J. L. y Asencio, M. (Comp.), *La enseñanza de las ciencias sociales*, Visor, Madrid, 1989.
 Carretero, M., *Construir y enseñar. Las ciencias sociales y la Historia*. Aique, Buenos Aires, 1995.
 Cullen, C., *Los fundamentos del curriculum*. Buenos Aires, 1995, mimeo.
 Delval, J. A., *Creer y pensar*. Paidós, Barcelona, 1995.
 Dogan, M. y Pahre, R., *Las nuevas ciencias sociales*. Grijalbo, México, 1991.
 Filmus, D., "Primer año de colegio secundario y discriminación educativa", en Braslavsky, C. y Filmus, D. *Respuestas a la crisis educati-*

- va*. Cántaro-FLACSO, Buenos Aires, 1988.
 González Muñoz, M. C., *La enseñanza de la historia en el nivel medio. Situación, tendencia e innovaciones*. OEI, Madrid, 1996.
 Habermas, J., *Teoría y Práctica: ensayos de filosofía social*, Sur, Buenos Aires, 1966.
 Mozejko, D., "La construcción de los héroes nacionales", en *Estudios*, N° 6, Universidad Nacional de Córdoba, 1995-1996.
 Revel, J., "Historia y ciencias sociales: una confrontación inestable", en *Estudios Sociales*, N° 10, Santa Fe, primer semestre de 1996.
 Romero, L. A., *Volver a la historia*. Aique, Buenos Aires, 1996.
 Roseti, P., *Storia, geografia, studi sociali*. Milano Editore, Bologna, 1992.
 Suárez, F., *Didáctica de las ciencias sociales*. Ediciones de la Torre, Madrid, 1995.
 Terigi, F., *Diseño, desarrollo y evaluación del curriculum*. Ministerio de Educación y Cultura, Programa de Transformación Docente, Buenos Aires, 1993.
 Wallerstein, Y., "Análisis de los sistemas mundiales" en Giddens, A. y otros. *La teoría social hoy*. Alianza, México, 1990.
 Woolgar, S., *Ciencia: abriendo la caja negra*. Anthropos, Barcelona, 1988.

ESTUDIOS SOCIALES
Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón,
Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

N° 12 **Primer semestre** **1997**

ARTICULOS

OSCAR TERAN: *Carlos Octavio Bunge y la institución filosófica: educando al cacique progresista*

PATRICE VERMEREN: *La filosofía, el Estado y la Revolución*

MIRTA LOBATO: *El Estado en los años treinta y el avance desigual de los derechos y la ciudadanía*

MARIA PIA MERTIN: *Católicos, control ideológico y cuestión obrera. El periódico La Verdad de Rosario, 1930-1946*

MARIA LUISA MUGICA: *Cuerpos fabricados en reglamentos. Obligaciones y prohibiciones para las prostitutas de Rosario en los umbrales del siglo.*

ADRIANA CHIROLEU: *La Universidad en su laberinto: ¿excelencia o equidad? Los dilemas en torno al acceso*

ENTREVISTA: a GUILLERMO O'DONELL. 'HOY SER PROGRESISTA ES SER LIBERAL, Y VICEVERSA'. *por Hugo Quiroga y Osvaldo Iazzetta*

NOTAS Y COMUNICACIONES

ALBERTO LETTIERI: *Del liberalismo notabiliar a la "democracia diferencial"*

HORACIO ROSATTI: *El voto como medida de la participación política*

TERESITA GOMEZ: *Planificación en Argentina*

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral; 9 de julio 3563,
telefax (042) 571194; Casilla de Correo 353, (3000) Santa Fe, Argentina

Fuentes de archivo



El sistema de documentación e información sindical de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, una experiencia original*

*Sergio Grez Toso***



En un continente donde la destrucción y pérdida de los archivos de las organizaciones sociales populares ha sido un mal crónico, ligado tanto a la imprevisión como a los avatares de la historia y de la naturaleza, la iniciativa de la creación del Sistema

de Documentación e Información Sindical (SIDIS) tomada en 1986 por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), constituye una alentadora y original experiencia de preservación de la memoria histórica del movimiento obrero y popular.

Desde su fundación en 1944, la FSTMB ha sido la columna vertebral de dicho movimiento. El trascendental papel desempeñado por los trabajadores mineros en la Revolución de 1952, en la fundación de la Central Obrera Boliviana (COB) y en las principales luchas sociales y políticas del pueblo boliviano de los últimos cincuenta años, ha sido una constante histórica. Este protagonismo ha tenido un alto costo: en cada golpe de Estado la FSTMB ha sido duramente golpeada por las Fuerzas Armadas, que han allanado y devastado sus locales, asesinado y encarcelado a numerosos dirigentes y militantes y decretado el cese de la actividad sindical. El golpe militar de julio de 1980 significó la destrucción total de su sede de La Paz y de los archivos que allí se guardaban.

Este hecho aceleró la toma de conciencia de los líderes de los trabajadores mineros acerca de la fragilidad en que se encontraban las principales fuentes para el conocimiento de su historia.

A mediados de aquella década, un contexto económico profundamente adverso para la economía boliviana (crisis en el mercado mundial de mi-

* Las informaciones entregadas en este artículo las recogí durante una misión de evaluación realizada por encargo del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam en febrero de 1996. Posteriormente han sido actualizadas gracias a la gentileza de Guillermo Dalence S., director del SIDIS. Agradezco a los integrantes de esta institución su amable acogida y las facilidades acordadas para el desarrollo de mi labor.

** Centro de investigaciones Diego Barros Arana y Universidad de Santiago de Chile (USACH).



nerales), sirvió para reforzar la aplicación del modelo neoliberal, decretando el gobierno la reestructuración de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), el cierre de minas y el despido masivo de trabajadores. Los sindicatos sufrieron el impacto de estas medidas, debilitándose considerablemente. El riesgo de pérdida irreparable de los archivos sindicales se acrecentó debido al éxodo masivo de mineros en búsqueda de nuevas fuentes de trabajo. En 1986, la FSTMB y el Centro de Documentación e Información de La Paz (CEDOIN), organizaron conjuntamente el SIDIS, que empezó a funcionar de manera autónoma en el plano de su administración financiera y en el cumplimiento de sus tareas.

En 1991, la FSTMB puso término al convenio con el CEDOIN, designando tres miembros del su Comité Ejecutivo para conformar el directorio del SIDIS. Desde entonces, un coordinador del proyecto, nombrado por el directorio tomó a su cargo la implementación de la tarea de reconstrucción del archivo documental de la FSTMB. Tres etapas fueron previstas para el logro de este objetivo.

La primera prevé la recopilación de los archivos existentes en los sindicatos afiliados a la Federación y a su vez consta de tres fases:

a. Recopilación del material tanto escrito (documentos, archivos de sindicatos) como gráfico (fotografías, afiches, etc.) de cada uno de los sindica-

tos de base. La prioridad la tienen los distritos donde el riesgo de pérdida o destrucción de los archivos es mayor.

b. Elaboración, ordenamiento, inventario y duplicación del material, tanto escrito como gráfico, para luego devolverlo a sus propietarios si éstos no están dispuestos a cederlo a cambio de fotocopias clasificadas, catalogadas y encuadradas de la misma manera que los originales.

c. Investigación y difusión a partir del material recopilado. La experiencia piloto de esta fase fue la reconstrucción de la historia del Sindicato Central de Metalúrgicos de la Empresa Minera Unificada del Cerro de Potosí y continuó con la producción de los videos: *Sumaj Orgo-Bolivia, país minero y El XXIII Congreso Minero-Tipiza, mayo 1991*

La segunda etapa apunta a la recuperación de la documentación conservada por ex dirigentes y trabajadores mineros y a la recolección de testimonios orales de los mismos.

La tercera etapa contempla el procesamiento de la información de los documentos y del material oral, junto a la creación de un banco de datos.

Las tres etapas no son rígidas ni separadas cronológicamente entre sí generalmente se complementan y desarrollan simultáneamente.

Al mismo tiempo, el SIDIS en conjunto con la Comisión Educación y Cultura de la Federación, organiza la Escuela Sindical de la FSTMB, que to-

ma a su cargo la formación de 800 mineros por año, para que éstos se conviertan en instructores de sus compañeros en los sindicatos de base. En los cursos participan también dirigentes de las amas de casa mineras y los líderes sindicales nacionales. El archivo del SIDIS sirve como base para la generación de gran parte del material educativo utilizado en los cursos. La publicación de una serie de cartillas de formación sindical sobre variados temas (economía, historia, política, sindicalismo, etc.) complementa esta actividad pedagógica.

Tan vastos objetivos requieren de medios difíciles de conseguir en un país de frágil economía como es Bolivia. Más difícil aún, si los gestores de la

sional indispensable para el desarrollo de sus labores. Al asesoramiento y participación inicial del CDOIN en la dirección del proyecto, se han sumado, entre otros, el intercambio de materiales con el Centro de Información, Documentación y Biblioteca (CEDIB) de Cochabamba, el convenio con la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz (UMSA), para otorgar becas a egresados o estudiantes de la carrera de Historia, quienes han realizado trabajos de tesis sobre temas relacionados con la minería, además de la colaboración con la Universidad Nacional de Siglo Veinte (UNS-XX), para que el SIDIS dicte cursos y colabore en un proyecto de historia oral del distrito minero de Siglo Veinte.



iniciativa son organizaciones sociales duramente golpeadas por la crisis económica y las medidas gubernamentales inspiradas en el modelo neoliberal. La FSTMB ha debido desarrollar un considerable esfuerzo para conseguir apoyos a nivel nacional e internacional. En el plano de la asistencia profesional y financiera, ha logrado concitar la cooperación solidaria de instituciones holandesas, británicas, suecas y canadienses, destacándose entre ellas la ayuda prestada desde 1990 por la FNV, la federación sindical holandesa. Distintos acuerdos con instituciones bolivianas han permitido al SIDIS contar con asesoría y colaboración profe-

Al cabo de una década de labor desarrollada con medios modestos, el SIDIS puede exhibir un satisfactorio balance. Su archivo escrito consta con más de 1.200.000 páginas, muchas de ellas reproducidas en poco más de 4.300 microfichas; el archivo oral está constituido por varios centenares de cassettes que contienen alrededor de 1.000 horas de grabaciones de amplios, congresos, reuniones sindicales, intervenciones de líderes y militantes de base del movimiento sindical minero; el archivo fotográfico –en vías de constitución– contiene más de 3.100 fotografías y diapositivas relacionadas con la vida y la lucha de los mineros

bolivianos. Actualmente se trabaja en la identificación de los temas, personajes, lugares y fechas de cada una de esas fotografías a fin de construir un catálogo. También se encuentra en formación un fondo denominado Archivos Especiales, que reunirá documentación relativa a salarios, seguridad social, ampliados y numerosos boletines producidos por los mineros. Una política tendiente a lograr el autofinanciamiento a través de sus propias actividades, ha llevado al SIDIS a ofrecer la venta de copias microfilmadas de sus colecciones a distintas instituciones, concretándose en 1996 una importante adquisición hecha por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam.

El gran valor histórico de los archivos constituidos se refleja tanto en su considerable volumen como en la variedad de temas que a través de ellos se pueden estudiar. Si bien el grueso de la información concierne prioritariamente a los trabajadores mineros y sus organizaciones (tanto a nivel local como nacional), por el lugar protagónico que éstos ocupan en la historia social boliviana, tienen un indudable alcance nacional. En los documentos, grabaciones, fotografías y diapositivas conservados en el SIDIS, se perciben importantes aspectos de la historia de Bolivia, desde mediados de la década de 1940 hasta nuestros días. El archivo posee documentación relacionada

con temas económicos, sociales y políticos de interés general, como ser los congresos de la COB, la resistencia a las dictaduras de Banzer y García Meza, o la labor de organización femenina realizado por la destacada luchadora social Domitila Barrios.

La línea general de trabajo apunta a un salvataje lo más exhaustivo posible, no desdeñando ningún documento por modesto que éste pueda parecer a primera vista. Así, por ejemplo, en el fondo de Domitila Barrios sobre la organización de las dueñas de casas mineras, se conservan vales y cuentas detalladas del funcionamiento financiero de la organización. Es, sin duda, el criterio más adecuado pues deja al investigador la posibilidad de decidir sobre el valor de los documentos. Desde el punto de vista de los historiadores, es sabido que cada fuente tiene o adquiere trascendencia en función de la problemática que se propone estudiar. Por esta razón, debemos alegrarnos de la opción "exhaustiva" seguida por el SIDIS, que incluye el rescate de algunas expresiones de la "cultura material" de las organizaciones sindicales, como estandartes y banderines. Se trata, en resumidas cuentas, de un archivo poco común en su género y dimensiones en los países sudamericanos. Un buen ejemplo que debiera interpelar a las organizaciones sociales y a los historiadores de los demás países del área ■

Reseñas y Comentarios de Libros



La salvación de una dictadura.

Alianza Perón-Franco, 1946-1955

Biblioteca de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Cooperación para el Desarrollo, Madrid, 1995, 291 páginas.

Raanan Rein

De las relaciones amistosas entre la Argentina peronista y la España franquista han quedado estampados en la memoria los barcos cargados de trigo enviados por nuestro país en clave fraterna hacia un pueblo exhausto por la guerra y en respaldo a una dictadura en apremio y el periplo ibérico de Evita en junio de 1947, recogido en imágenes de Sucesos Argentinos; gestos de simpatía entre dos caudillos que luego se continuarían en el prolongado exilio del general Perón en Puerta de Hierro.

Sin embargo hubo mucho más. Hubo, en los inicios, una cercanía y afinidad ideológica circunstancial pero existió, además y sobre todo, una cooperación inducida por la similar adversa situación que España y la Argentina encontraban en su inserción en el ordenamiento internacional emergente tras la Segunda Guerra Mundial. Existieron, entonces, sobre todo, razones de oportunidad, de intereses nacionales convergentes, que estimularon una intensidad de relaciones bilaterales como no se había conocido en el pasado.

El apoyo de Juan Domingo Perón, durante la segunda mitad de los años 40, resultó de importancia vital para la supervivencia del régimen franquista y le significó a este poder soportar su aislamiento hasta la apertura internacional lograda por España a partir de los años cincuenta. Fue como un tubo de oxígeno que le permitió a Francisco Franco respirar y resistir el cerco externo y la penuria interna; un angosto puente para cruzar las aguas tempestuosas hasta la costa segura de la Guerra Fría.

Pero este apoyo no fue desinteresado sino que obedeció a un alarde de pragmatismo por parte de Perón. Es así que

cuando los mismos intereses y circunstancias domésticas e internacionales que favorecieron es cooperación se bifurcaron dictaron la interrupción y echaron por tierra los magníficos destellos imperiales que anidaban en los portaestandartes del hispanismo nacionalista católico, y de la "Tercera Posición", a uno y otro lado del Atlántico.

Esta es la tesis que despliega Raanan Rein, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Tel Aviv, Israel, en un interesante ensayo publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto de Cooperación para el Desarrollo) de Madrid, España "La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón, 1946-1955".

Es un prolijo, muy bien escrito y extraordinariamente documentado trabajo de doctorado, supervisado por el profesor Shlomó Ben-Ami, estudioso del fenómeno franquista y del fascismo.

Nada falta para fundamentar esta investigación sobre las relaciones hispano-argentinas en la segunda mitad de la década del 40. El autor compiló más de un centenar de fuentes primarias: archivos oficiales de la época, de ambos países y de Estados Unidos y Gran Bretaña, archivos de documentos, informes y publicaciones, colecciones de diarios y revistas. Accedió, asimismo, a material y testimonios inéditos o poco conocidos, revisó la bibliografía referida a la cuestión y realizó una treintena de entrevistas a protagonistas que aún estaban vivos en 1988 y 89 como el padre Hernán Benítez, Ramón Cereijo, Arturo Frondizi, Cipriano Reyes, Marcelo Sánchez Sorondo, Enrique Pavón Pereira, Atilio Dell'Oro Maini, José María de Areilza, Joaquín Ruiz-Giménez, Pedro

Laín Entralgo y José Ignacio Ramos, uno de los primeros miembros de la Falange que fue agregado cultural y de prensa de la embajada de España en la Argentina a partir de 1937 y durante 50 años.

Existe un interés histórico específico sobre el carácter y la significación que tuvo esa alianza entre Franco y Perón. Pero el libro de Rein puede cotejarse también, y he aquí su interés adicional, con las nuevas perspectivas en los estudios de las relaciones internacionales. Estos se caracterizan por un abandono del excesivo "estadocentrismo" característico de los modelos realistas y de la geopolítica setentista para ir a la búsqueda de los mecanismos, las relaciones y los actores relevantes que establecen continuidades y disrupciones entre las políticas internas de los estados y la política internacional. Asimismo, adquieren una mayor relevancia aspectos cualitativos y difusos desde el punto de vista del análisis estructural, como los condicionantes culturales de las élites del poder y los vínculos informales y extrainstitucionales de influencia en los procesos de toma de decisiones.

Desde la perspectiva tradicional de la teoría de las Relaciones Internacionales tendió a explicarse el contexto internacional, por un lado, como resultado del interés nacional de los Estados, tomados como actores unitarios, y, por el otro, las políticas nacionales o domésticas como fuentes de la variación residual dentro de una concepción sistémica. En el esfuerzo por considerar conjuntamente la política nacional e internacional, los teóricos sistémicos acudieron a la metáfora de la política interior como una correa "de transmisión imperfecta", que introduce desviaciones de la respuesta racional a los imperativos externos. La mayoría de los expertos en este campo consideraron siempre que las explicaciones internacionales deben ser el primer corte del análisis comparado. Desde esta perspectiva la política nacional puede analizarse como una variable interviniente que in-

duce varianzas residuales respecto de las predicciones de la teoría sistémica.

Abordajes más recientes, que acompañan las transformaciones en el sistema internacional y los cambios históricos a partir de 1989-91, avanzaron en el esfuerzo por integrar en distintas formas las variables nacionales e internacionales en las explicaciones políticas. A la creciente interdependencia y complejidad del mundo le corresponde el desafío transdisciplinario en las ciencias sociales y los intentos de explicar los procesos políticos desde visiones más integradoras.

Esta apertura de los cánones epistemológicos permite distintas entradas al análisis de los márgenes de maniobra que tienen los gobiernos nacionales en contextos de globalización, los grados de libertad y las constricciones impuestas por la economía internacional. Dos ejemplos que inspiran a estas líneas más recientes son los trabajos de Peter Gourevitch¹ y Robert Putnam², referencias que pueden ser de utilidad para cotejar con este ensayo histórico de Raanan Rein sobre las relaciones entre Perón y Franco entre el 46 y el 55.

Gourevitch, desde la política comparada, muestra que las instituciones domésticas de los países (tipos de régimen y de gobierno, coaliciones y políticas públicas, formas de liderazgo, etc.) son importantes para entender reacciones diferentes ante un mismo estímulo externo, y no pueden tomarse estrictamente como "cajas negras". Critica los enfoques que han utilizado la estructura domésti-

1. Peter Gourevitch, "La 'segunda imagen' invertida: los orígenes internacionales de las políticas domésticas". En "Zona Abierta" N° 74, Madrid, 1996. En la misma revista científica, ver la introducción de Olga Gil García y Luis Sáenz Menéndez "Tendiendo puentes entre disciplinas: variables nacionales e internacionales en las explicaciones políticas".
2. Robert Putnam, "Diplomacia y política nacional: la lógica de los juegos de doble nivel", en "Zona Abierta" N° 74, Madrid, 1996.

ca para explicar la política exterior de un país sin tomar en cuenta las conexiones entre las estructuras y los intereses y el papel del juego político, de la política propiamente dicha "El sistema internacional -sostiene- es no solamente una expresión de las estructuras domésticas, sino también una causa de ellas". Ambos, se influyen mutuamente, pero el estudio de la repercusión del sistema internacional sobre la estructura doméstica de un país, no debe descuidarse.

Para explicar la orientación de las políticas estatales, según este autor, es necesario examinar también la lucha política que hay detrás de la acción estatal, estudiar los intereses que buscan asegurar sus objetivos por medio de políticas públicas y las orientaciones políticas de los distintos grupos que se disputan el control de la maquinaria de gobierno. El efecto de la estructura sobre la coalición gobernante se manifiesta, por su lado, limitando su capacidad para imponer sus preferencias, en las concesiones que puede permitirse para lograr apoyos y en la posibilidad o no de poner en marcha ciertas políticas o modificarlas. De este modo puede lograrse un esquema explicativo y analítico de la influencia del entorno internacional sobre las opciones de política exterior que tienen los países en un momento o etapa determinada.

Robert Putnam introduce en el análisis de las relaciones entre lo doméstico y lo internacional la idea de los juegos "en dos niveles" extraída de la teoría de los juegos. Aquí el gobernante es el actor estratégico básico que cuenta con un área de autonomía de movimientos variable desde la que debe decidir en dos tableros simultáneos y superpuestos, combinando, articulando y conciliando intereses, factores y condicionantes del nivel interno y del nivel externo.

Rein logra desarrollar una investigación aplicada en la que pueden utilizarse estos esquemas teóricos. Si bien es cierto que existe abundante historiografía es posible constatar que no es mucho lo escrito sobre las relaciones hispano-

argentinas durante ese interregno inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, coincidente con el ascenso del peronismo al poder y con un panorama de boicot diplomático internacional y severas privaciones económicas para el régimen franquista.

La pregunta clave aquí es cómo se las arregló Franco para hacer frente a la hostilidad y las presiones internacionales, sumadas a la estrechez de posguerra, el hambre y las calamidades climáticas que se hacían sentir en distintas regiones de España. Una línea de interpretación centro su respuesta en la debilidad y fragmentación de la oposición, el carácter represivo del régimen y el recuerdo traumático de la Guerra Civil (1936-1939). Quienes se ocuparon de la política exterior apuntaron al anticomunismo de la dictadura franquista utilizado primero como escudo occidental en el reparto estratégico de las grandes potencias vencedoras y observado gradualmente como un atributo frente al imperialismo soviético. Estados Unidos, sostienen, fue virando desde una condena inicial hacia una actitud más benevolente, la que, sin embargo, sólo se manifestó a partir de los años 50.

Interesan sobre todo estos primeros años de posguerra, del '46 al '49 y pasa, entonces, a un primer plano la alianza Franco-Perón como factor decisivo. La ayuda argentina se demostró de distintas maneras; con respaldo político y diplomático y, sobre todo, con una asistencia económica y financiera consistente en embarques masivos de cereales y carne vendidos sobre la base de créditos a largo plazo cuya cancelación se postergaría.

La línea dominante interpretó este apoyo como una evidencia de la afinidad entre dos regímenes gobernados por militares autoritarios, nacionalistas, anticomunistas y antiliberales que, pocos años antes, habían llegado a volcar su expectativa en que la Alemania nazi podría llegar a ganar la guerra. Rein no comparte esta interpretación, o al menos no como interpretación unívoca,

pese a describir con precisión la afinidad entre diversos sectores y grupos que conformaban los núcleos intelectuales de ambos gobiernos y la común calificación impugnatoria que sobre ellos tenían el Departamento de Estado norteamericano y el Foreign Office.

Perón tenía muchas otras razones para acudir en auxilio de Franco, debiendo vencer para ello serias resistencias inclusive dentro de su gobierno. Estos motivos se relacionaban con la política exterior y la posición internacional semejante de los dos países, con el equilibrio de fuerzas en el liderazgo peronista, con la presencia notoria de grupos nacionalistas de extrema derecha en su base de sustentación y, sobre todo, con la estrategia de industrialización, desarrollo autárquico y diversificación de los mercados de exportación, acompañada por la ambición de forjar una nueva conciencia nacional, libre de alguno de los vínculos que hasta entonces habían ligado a la Argentina con Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos.

Los embarques masivos de cereales y carnes a los puertos españoles y los créditos blandos eran del todo coherentes con el desarrollo de la marina mercante, la nacionalización del control sobre las exportaciones agroganaderas a través del IAPI, la utilización de las ganancias para los programas estatales de promoción industrial y la demostración de que la economía argentina estaba en condiciones de ayudar a la reconstrucción de Europa e integrarse, de alguna forma, al Plan Marshall.

Pero este fortalecimiento de las relaciones con la España franquista generaba una fuerte desaprobación en los partidos de oposición, en el Congreso, en la mayor parte de la prensa y de amplios sectores de la colectividad española y no caía bien, tampoco, dentro del campo peronista. A favor estaban miembros de la élite peronista, prominentes miembros de la cúpula de la Iglesia católica, altos oficiales del Ejército y, por supuesto, los grupos católicos nacionalistas y

adeptos al franquismo de los años de la guerra civil³.

Lo que se deduce, entonces, es que el gobierno argentino se vio obligado a recurrir a diversas justificaciones ideológicas, como la defensa de la Hispanidad y los lazos espirituales y culturales con la "madre patria", para abonar el terreno de las otras motivaciones políticas y económicas que estaban en el núcleo de esta asociación hasta cierto punto de beneficio mutuo. Tan es así que a partir de 1950 cuando Franco encuentra una alternativa para la alianza con Perón en la forma de reforzadas relaciones con los Estados Unidos y la Argentina ingresa en un período de retracción y crisis económica, sumada a su exclusión definitiva del Plan Marshall, la "luna de miel" entre ambos regímenes se eclipsa y las relaciones se deterioran rápidamente. Los vínculos comerciales y económicos se desmoronan y, consecuentemente, el concepto de Hispanidad es reemplazado por el de Latinidad mientras el conflicto final con la Iglesia católica termina por volcar a los franquistas argentinos al campo de la conspiración anti-peronista y la participación inicial en el gobierno del general Eduardo Lonardi tras el golpe de Estado de 1955.

El aporte de Rein se introduce finalmente en la controversia histórica acerca del carácter distintivo del autoritarismo político. Incluso el siglo XX, señala, cuando persisten o reaparecen regímenes autoritarios de diferente tipo, es importante diferenciar entre ellos en lugar de englobarlos a todos dentro de una misma categoría. Su trabajo logra sustentar la tesis de que el autoritarismo populista de Perón y el autoritarismo conservador de Franco compartieron un mismo tiempo pero que su cercanía ideológica era apenas algo más que una coartada. Un envoltorio oportuno para

3. Ver Ernesto Goldar, "Los argentinos y la guerra civil española", Ed. Contrapunto, Bs. As., 1986.

presentar esta alianza entre Buenos Aires y Madrid que fue como una balsa sobre aguas tormentosas para dos países marginados del ordenamiento internacional emergente. Una balsa que, a la

postre, terminó resultando también un corset del que España y Argentina tardarían varias décadas en liberarse ■

Fabián Bosoer

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, Noemí Goldman, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Roberto Schmit (Secretario de Redacción).

Número 13, Tercera Serie

Ier. Semestre de 1996

ISSN 0524-9767

JOSE MATEO: Bastardos y Concubinas. La ilegitimidad conyugal y filial en la frontera pampena bonaerense. (Lobos 1810-1869)

LILIA ANA BERTONI: Soldados, gimnastas y escolares: la escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX.

PABLO BUCHBINDER: Vínculos provados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina.

LUIS ORTEGA: Semper Idem. Los límites de la modernización Chile 1850-1880.

– Notas y Debates

– Reseñas Bibliográficas

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U\$A 25, América Latina y E.E.U.U. U\$A 35, resto del mundo U\$A 36. Instituciones: Argentina U\$A 31, América Latina y E.E.U.U. U\$A 39, resto del mundo U\$A 41.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". 25 de mayo 217, 2° piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3425922-3431196 (int 105) Fax: (54-1) 3432733.

Los males de la memoria, Historia y política en la Argentina

Emecé, Buenos Aires, 1995, 392 páginas

Diana Quattrocchi-Woisson

Las líneas de investigación y los trabajos dedicados a la historia de la historiografía argentina, desde la recuperación democrática y con algunas excepciones, han tendido a concentrarse en la exploración de los avatares de la que podemos llamar historia profesional. El libro de Diana Quattrocchi-Woisson se plantea, en cambio, el análisis de un problema diferente y, sin dudas, de mayor envergadura: el de la relación mantenida entre la historia y la política en la Argentina, entre 1916 y 1955.

De acuerdo con la interpretación de Quattrocchi, la aparición de una historia profesional en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX coincidió con el surgimiento de un "movimiento de contramemoria" que tuvo en su centro la reconsideración de los gobiernos y de la figura de Juan Manuel de Rosas. Este último movimiento "sobrevino durante el primer radicalismo" y "a partir de 1934 se tornará una verdadera contrahistoria orgánica" (pág. 71) con la publicación de *La Argentina y el imperialismo británico* de los hermanos Irazusta, la organización de una Junta por la repatriación de los restos de Rosas y la conmemoración pública del combate de Obligado. Tal contrahistoria será, finalmente, el revisionismo, dotado incluso de una "contraacademia", el Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas, a partir de 1938; por esos mismos años, la historia profesional estrechaba sus relaciones con el estado. Todo el proceso habría sido alentado por la existencia de una crisis de identidad en la sociedad argentina.

El trabajo logra, a lo largo de muchos tramos, instalar el debate sobre el pasado en un horizonte mas amplio que el delineado por las obras de historiadores "profesionales" o "amateurs": se analizan así debates parlamentarios, encuestas apare-

cidas en medios de comunicación masivas, declaraciones de partidos políticos.

Fruto entonces de un proyecto ambicioso e interesante, el libro de Quattrocchi propone una visión de conjunto de los derroteros de aquellas relaciones múltiples que se tejían entre la historia profesional, la política y la memoria; uno de sus mayores méritos reside en ofrecer una oportunidad para la discusión de los argumentos expuestos, que puede comenzar señalando algunos límites del intento.

El primero de ellos se encuentra en el modo de concebir tanto la relación que el "rosismo" habría sostenido con el primer radicalismo como la que el revisionismo habría mantenido con el peronismo inicial. En ambos casos, la autora elude una cuestión crucial: ni el radicalismo de comienzos de siglo ni el primer peronismo fueron fenómenos unitarios desde el punto de vista de las visiones del mundo que cobijaban. Ciertamente Quattrocchi señala algunos matices, pero luego opera olvidando su propio planteo. Las tradiciones ideológicas que aquellos dos movimientos albergaban eran muchas y en ocasiones contradictorias; sus identidades apenas se hallaban bosquejadas, e iban poco más allá de compartir escasos motivos ideológicos, que no incluían el rescate del rosismo. Así, el trabajo no ofrece explicación a la presencia de interpretaciones similares del pasado en otros sectores del mundo político argentino, ni a la mucho más incómoda cuestión de su obligada convivencia, en el seno del radicalismo y del peronismo, con otras posiciones.

Por estas razones puede cuestionarse la opinión que entiende a la relación peronismo-revisionismo entre 1945 y 1955 como particularmente estrecha: durante esos años sólo hubo relaciones tan irre-

gulares como las que el peronismo sostuvo con otros muchos grupos intelectuales. Esa circunstancia se vincula a la amplitud con la que el estado peronista y muchos de sus militantes admitían la aproximación de intelectuales con itinerarios políticos previos; el único requisito era el apoyo al gobierno. La condición de posibilidad de la adopción del revisionismo como la historia oficial del peronismo fue en cambio el golpe militar de 1955 y la vuelta al llano. Esa fue también la coyuntura política que permitió que el relato revisionista se difundiera ampliamente en la sociedad. Del período que se abre en 1955, el trabajo apenas se ocupa.

Por otra parte, y evitando caer en una pesquisa de los pequeños detalles, debemos señalar que una segunda opinión de la autora merece también reconsiderarse, dado que ella implica una visión completa del estado del campo intelectual de la Argentina de los años treinta. Según Quattrocchi, el revisionismo fue un "frente único de los marginados, excluidos, no conformistas", que además eran jóvenes al momento de aparición formal del movimiento. Este error en una cuestión que puede parecer trivial tiene consecuencias en la interpretación general. Hacia 1934, los elencos revisionistas en ciernes tenían –naturalmente, con algunas excepciones– unos 35 años. En 1938, cuando fundan el Instituto Juan M. de Rosas, se encuentran cerca de los cuarenta; ya no eran jóvenes como aquellos que a comienzos de los años veinte animaron las vanguardias –en las que algunos futuros revisionistas participaron–, ni la "joven generación" en el lenguaje de época. Esa pertenencia generacional y las trayectorias intelectuales previas a 1938 permiten poner en duda la marginalidad proclamada por Quattrocchi.

Basta considerar algunos datos, que en parte son expuestos por la misma autora: Irazusta publicaba en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, hasta 1938 y también lo hacía en los grandes diarios. En 1937 recibió –y aceptó–, lo cual es también altamente significativo dado que no

puede suponerse en su caso necesidad económica, al menos familiar– el Premio Municipal de Literatura otorgado a un libro publicado por la misma editorial Sur. Años después se quejaría de supuestas maniobras del gobierno para evitar que *La Argentina y el imperialismo británico* fuera premiado, lo que vuelve a indicar su aprecio por el sistema de consagración de la cultura oficial. José María Rosa, uno de los más jóvenes, era profesor en la Universidad de La Plata. Su trabajo titulado *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* –curiosamente ausente en el análisis de Quattrocchi, ya que vendría a ratificar algunos de sus planteos– fue publicado en la Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas (diciembre de 1941 y mayo de 1942), reproducido luego por la muy prestigiosa *Revista de Economía Argentina* de Alejandro Bunge (1942) y en el mismo año por la revista de la Liga Naval. Manuel Gálvez, vicepresidente de la primera Comisión del Instituto, era desde hacía años uno de los novelistas más leídos de la Argentina, y contaba con una inserción más que sólida en el mundo de las letras. Carlos Ibarguren, sin participar en el Instituto, fue una de las "voces de la discordia para Quattrocchi, Ibarguren había sido profesor en Filosofía y Letras, presidente de la reunión internacional de los Pen Clubs de 1936 y de la Academia Argentina de Letras, y miembro de la Academia Nacional de la Historia desde 1924. Ejemplos como los anteriores pueden, desde ya, multiplicarse.

Resulta entonces evidente que el revisionismo poseía, en conjunto, todas las herramientas de legitimación que reclamaba un peculiar campo intelectual de autonomía siempre débil: apellidos prestigiosos, lazos familiares con el poder y con los grupos de intelectuales consagrados, participación institucional, éxitos de venta, intervención en el propio campo desde hacía casi quince años, premios oficiales, talento atribuido; a ello sumaba su propio reclamo de reconocimiento. Sin dudas, hacia fines de los treinta los que empezaban a ser revisionistas no eran –en términos de Bourdieu– domi-

nantes en el campo, pero se hallaban muy lejos de la marginalidad que Quattrocchi les asigna; mucho menos eran excluidos. Desde ya, el panorama cambia si se atiende a su inserción en las instituciones de la historia profesional, y es altamente probable que luego de 1945 también varíe su posición relativa en el campo intelectual, pero en la segunda mitad de los años treinta el revisionismo no aparecía en los márgenes de la llamada cultura oficial –que también distaba de ser única y homogénea ideológicamente–, sino cerca de alguno de sus centros.

La reconsideración de la imagen que hace del revisionismo inicial un grupo inadaptado y marginal tiene efectos amplios, pues permite volver a poner en cuestión los umbrales de tolerancia que hacia el movimiento mostró la supuesta cultura oficial. No se trataba, a nuestro juicio, de una tradición cultural homogénea, liberal, de dimensiones nacionales, que con horror descubría a unos marginales que venían a reivindicar a Rosas, en muchos casos desde posiciones políticas autoritarias. Ese “oficialismo cultural” presentaba núcleos fuertemente conservadores desde hacía mucho tiempo, a pesar de albergar también impulsos democráticos. En el conflicto entre esos sectores y el revisionismo, los actores se fueron descubriendo paulatinamente, constituyéndose en la medida en que lograban identificar con alguna precisión al adversario, en un proceso que nunca es sencillo y que alienta la heterogeneidad ideológica de todos los grupos participantes.

Las opiniones de la autora que acabamos de analizar resultan el producto de una imagen aún más general, que se revela con claridad en la obra, y a la que ya se ha aludido: aunque se admita la existencia de matices y se indique que el mundo político y cultural argentino era complejo, el cuadro general resultante es el de uno claro y ordenado. El escenario intelectual de la Argentina de entreguerras fue en cambio incierto, poblado de demasiadas zonas grises, con fronteras inestables y poco precisas. Esa caracterís-

tica, y este es un punto de importancia, se dio también en el mismo revisionismo y, salvo bajo la fórmula de un “doble nacimiento” que haría perdurar en él impulsos elitistas tanto como democráticos, el asunto no aparece tenido en cuenta en el libro. La condición de mezcla, utilizando abusivamente la denominación de Sarlo, que exhibía la cultura argentina sólo es un dato para la autora que no logra convertirlo en un problema. Y es precisamente esta característica la que se constituye en un desafío para el historiador hoy: la cuestión que debemos explicar es la de la heterogeneidad, la de la complejidad, la de la indefinición.

De la persistencia de esa mezcla de elementos arcaicos y modernos en los espacios culturales argentinos es también prueba el libro de Quattrocchi. La obra viene a instalarse en un horizonte de investigaciones, en muchos casos ya publicadas, que han asumido temas cercanos a los que se plantea la autora; ninguno de ellos aparece citado ni se entabla polémica alguna con sus autores. Este desconocimiento –noción a la que provisoriamente le atribuiremos dos sentidos posibles: ausencia de conocimiento de la producción efectivamente existente, y evasión de la polémica– se torna grave en el caso de un libro aparecido en 1994. Se trata de *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo Peronista*, que Maristella Svampa publicó con el sello editorial de El Cielo por Asalto; la autora desarrolló su trabajo de investigación en París, también sede de la tarea de Quattrocchi, y en los mismos años. En cualquiera de los dos sentidos que mencionamos, este desconocimiento es un rasgo claro de procedimientos arcaicos en una historiografía empeñada en constituirse en verdad en un espacio profesionalizado. La polémica intelectual debe ser una práctica fundadora de la historiografía “moderna” y profesional; si permitimos ejecutarla es un mérito del libro, haberla eludido es quizás su límite más importante ■

Alejandro Cattaruzza

Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries

Longman, New York, 1993, 327 págs.

Rory Miller

Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries ofrece un análisis y una síntesis del papel económico y –en menor medida– político desempeñado por Gran Bretaña en Latinoamérica durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. El libro de Rory Miller analiza las razones que hicieron de Gran Bretaña el principal poder extranjero en la región durante ese período, preguntándose por los motivos que la colocaron en esa posición privilegiada así como por los que, hacia la Primera Guerra Mundial, condujeron a la declinación de su influencia en el área. Al mismo tiempo, Miller intenta entender y evaluar las consecuencias que las vinculaciones con gran Bretaña habrían tenido para los países de América Latina, y para ello analiza en particular aquellas naciones en donde la presencia británica se hizo sentir con más fuerza.

Ya desde 1911, cuando apareció *Nuestra inferioridad económica*, del chileno Francisco Encina, una abundante aunque desigual bibliografía resulta indicativa de la importancia y complejidad de muchas de las discusiones y problemas que Miller vuelve a considerar. La vastedad de esa producción que cubre aspectos muy diversos de un siglo y medio de vida americana independiente hace que *Britain and Latin America* ofrezca por momentos –en especial al referirse a áreas o períodos en los que Miller, especialista en la conexión peruano-británica en la segunda mitad del siglo XIX, se siente menos seguro– un recorrido y una evaluación de ese heterogéneo corpus. Pero incluso cuando, como sucede a menudo en este libro de síntesis, Miller no apoya su trabajo en investigaciones originales, *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries* realiza una presentación sobra pero sagaz de las diver-

sas teorías e interpretaciones sobre el fenómeno en cuestión, a las que permanentemente intenta cotejar entre sí y con los resultados alcanzados por la investigación histórica de base. Conviene señalar que el autor inscribe su relato, en primer lugar, en el marco de las discusiones latinoamericanas sobre las relaciones del área con los poderes imperiales, pero asimismo recoge interrogantes desarrollados por la historiografía inglesa en torno al papel de Gran Bretaña como potencial imperial y los motivos de su declive como economía industrial. De este modo, el libro tiene la poco usual virtud de conectar las discusiones de dos medios académicos que no siempre han estado en comunicación fluida. Este diálogo con distintas tradiciones historiográficas enriquece un trabajo que por otra parte tiene el mérito de apoyarse en un esquema analítico capaz de reconocer tanto la multiplicidad de actores y fuerzas socioeconómicas puestas en juego en la relación entre Gran Bretaña y los países surgidos de la crisis de los imperios ibéricos, como los cambios que los afectaron a lo largo del tiempo. El resultado es que *Britain and Latin America* se presenta como una lograda guía para comprender el rol desempeñado por Gran Bretaña en Latinoamérica.

Después de una breve introducción, Miller se concentra en el análisis de período en el que los intereses británicos en América Latina tenían su foco en las relaciones comerciales, desde comienzos del siglo XIX hasta cerca de la década de 1870. Al inicio del siglo, el cierre del mercado continental como consecuencia de las guerras napoleónicas hizo de la América Latina un nuevo mercado potencial para la creciente producción manufacturera británica, principalmente textil, que encontraba dificultades para colocarse en

otras partes. Sin embargo, muy pronto la política gubernamental británica y los intereses vinculados a la expansión del comercio resultaron difíciles de conciliar, y hasta cierto punto, actuaron independientes uno del otro. Ello se debía al hecho de que la crisis abierta por la Francia napoleónica obligaba al gobierno de Gran Bretaña a subordinar los intereses comerciales y manufactureros a las demandas surgidas del proceso de reconstrucción del sistema de poder en Europa.

Hacia 1825 esta situación había cambiado, pero para entonces también se advirtió que el mercado latinoamericano no ameritaba las expectativas en él depositadas poco antes por el comercio británico. En las primeras décadas de vida independientes, muchas regiones sufrieron duramente la combinación de guerras civiles, ingreso de mercancías y mercaderes extranjeros y disrupción de los viejos circuitos comerciales; empréstitos e inversiones en minería pronto fracasaron, y sólo los comerciantes que supieron adaptarse a este contexto peculiar lograron prosperar. Sólo muy desigualmente la región comenzó a integrarse en el nuevo marco de relaciones signado por la industrialización británica y europea, que estimulaba el desarrollo de economías agrarias de exportación. Desde la mitad de siglo, este patrón comenzó a consolidarse.

¿Cuál fue el papel del gobierno británico en estos desarrollos? Miller se distancia de las versiones ofrecidas por los historiadores conservadores británicos que, como D. C. M. Platt en su *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy*, sostienen que la política de no intervención establecida a comienzos de siglo mantuvo su vigencia hasta la Primera Guerra Mundial. También se aparta de diversas interpretaciones dependentistas latinoamericanas que advierten una presencia sistemática del estado británico durante todo el siglo en apoyo a la penetración imperial. *Britain and Latin America* argumenta que la política británica de las décadas centrales del siglo debe entenderse en el contexto de su programa mundial de apertura de nuevas

áreas de comercio y de combate al tráfico de esclavos. Fue este programa el que llevó a Gran Bretaña a adoptar un papel decidido en muchos conflictos de la región. Miller argumenta, sin embargo, que esas intervenciones no siempre respondían a una política orientada en todos sus puntos desde los cuarteles centrales del Foreign Office. El rol activo y belicoso de la diplomacia británica tenía asimismo otros motivos, como la distancia entre las directivas generales emanadas de Londres y las actitudes de los representantes diplomáticos y navales del área, que en general se mostraban mucho más dispuestos a hacer uso de la amenaza o de la fuerza militar para resolver problemas locales.

Miller sostiene que al madurar el vínculo neocolonial, hacia la década de 1870, esta política comenzó a ceder lugar a una realidad más parecida a la que describe Platt. Esta obedecía en primer lugar, a un funcionamiento más aceptado de la diplomacia británica. Apoyado en la mejora de las comunicaciones y la complejización de la burocracia imperial, desde esos años Londres comenzó a elevar la calidad de los diplomáticos y a controlar la discrecionalidad de los funcionarios locales. Más fundamentalmente, este cambio resultaba de la consolidación política de los países de la región y el avance de un orden productivo en el que los intereses ingleses encontraban cada vez menos obstáculos. El resultado fue un cambio que redefinió la naturaleza de las relaciones económicas –y, de paso, las políticas– entre Gran Bretaña y América Latina. Lo que hasta entonces había sido un vínculo centrado en el comercio evolucionó hacia una relación basada en las inversiones de capital.

La transformación de las actividades mercantiles fue una de sus primeras consecuencias. Las casas mercantiles y los comercios británicos habían sido los agentes típicos del vínculo británico-latinoamericano durante el medio siglo que sucedió a la independencia. Desde la década de 1870, éstos comenzaron a atravesar cambios, que resultaban de las modificaciones en los sistemas de transporte y comunica-

ción y de la aparición de nuevos rubros que desplazaban los textiles y transformaban los mercados. En distintos lugares, como México y Venezuela, los comerciantes y las casas mercantiles británicos incluso desaparecieron, y, en otros, como Argentina, perdieron importancia. Al mismo tiempo, actividades relacionadas con la promoción o financiamiento de nuevos emprendimientos y la canalización de la inversión extranjera, ofrecieron atractivos campos a comerciantes con conocimientos y vinculaciones. De allí en adelante, el núcleo del vínculo entre Gran Bretaña y Latinoamérica se centró en la inversión de capital, el comercio de exportación de productos agropecuarios y la provisión de servicios bancarios, de transporte y de seguros. Los efectos de esta redefinición pronto se advirtieron en distintas áreas. De diversas maneras, argumentaba Miller, el temprano dominio logrado en estos rubros ayudó a apuntalar el comercio de exportación británico frente a rivales y competidores: los créditos en libras ayudaron a las exportaciones, las compañías ferroviarias británicas ofrecieron mercados cautivos para carbón, locomotoras, material rodante y equipamiento venidos de la isla, la marina comercial británica también hizo su aporte. Finalmente, el cambio del comercio a la inversión de capital permitió concentrar los intereses británicos en los países que aparecían como más prometedores: los del cono sud, especialmente la Argentina.

De este modo, en Latinoamérica también se reproducían los efectos del movimiento que hacía pasar el centro de dinamismo de la economía británica desde las áreas manufactureras hacia los intereses financieros de la City de Londres. En esta modalidad de relación encuentra Miller la clave de la debilidad a largo plazo de la posición conquistada por los intereses británicos, que por un momento pareció inexpugnable. Con todo lo ventajoso que esta relación resultó en su momento, una vez que el poder de la City fue dañado tras la Primera Guerra, los británicos fueron incapaces de mantener su preeminencia en América Latina. Desde ese momento, las

dificultades de la economía británica para enviar un flujo sostenido de capital hacia América Latina colocaron en una posición difícil a exportaciones basadas en tecnologías cada vez más antiguas y menos competitivas. Tras la Gran Guerra, los intereses británicos entraron en un declive sostenido, que los intentos de mantener una diplomacia más activa estuvieron lejos de impedir. Por otra parte en esta etapa en la que los inversores británicos en América Latina estaban más preocupados en repatriar capitales que en mejorar los servicios provistos por sus declinantes empresas locales, la localización de inversiones en sectores de estructura oligopólica u oligopsónica, como el sistema de transporte ferroviario, los volvió especialmente propensos a la denuncia y la crítica. Con la Crisis Mundial y las políticas de preferencia imperial que entonces ganaron espacio en Gran Bretaña luego de 1930, el declive se acentuó; durante la Segunda Guerra Mundial, lo que quedaba de esos intereses colapsó.

Visto en perspectiva, *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries* se inscribe en aquella visión que encuentra la principal causa de la decadencia británica en la temprana eclosión de este país como “taller del mundo” y potencia industrial. Esta es una de las facetas que ofrece este vínculo desigual. La otra, para el autor más ominosa, se refiere a las condiciones que el mismo habría impuesto a los países latinoamericanos. Y aquí Miller somete a discusión tanto las perspectivas dependentistas como las críticas que a ellas han hecho historiadores británicos como Platt y Ferns, para coincidir en cambio con varios argumentos propios del arsenal cepalino. Entre ellos destaca la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas a los avatares de los mercados externos y los límites que esa situación impuso a la instrumentación de la política económica en las naciones latinoamericanas ■

Roy Hora

Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas

Planeta, Buenos Aires, 1996, 445 páginas.

Marta Diana

Ser militante en los setenta. Memoria, Historia y Política podría ser el título de este comentario provocado por el libro de Marta Diana. En los últimos tiempos proliferan las publicaciones donde se recortan algunos fragmentos de los años setenta. Escritores y periodistas han colocado aquellos tiempos conflictivos en un espacio privilegiado de sus reflexiones y, particularmente, de sus recuerdos, así como es notoria la ausencia de los historiadores en el análisis sistemático de esa etapa.

El libro que nos convoca es uno de ellos. La propuesta de la autora es sencilla, recuperar, a través de los recuerdos de quienes la conocieron, a la amiga de la adolescencia, aquella con quien había compartido la experiencia en el normal Alejandro Carbó, de la ciudad de Córdoba. Pero es también la búsqueda de un sentido ¿qué había sucedido en la sociedad argentina para que una mujer, buena, dulce y solidaria se convirtiera en guerrillera? Y el planteo de un claro objetivo: “yo quería ‘deslindar’, vida privada de vida pública. El mundo íntimo de los sueños de los grandes movimientos colectivos” (p. 412).

La lectura de los testimonios recogidos por Marta Diana, planteada de una manera tan sencilla, me resultó absolutamente estimulante en la dirección de establecer algunas relaciones entre memoria, historia y política.

El interés por la memoria, dice Pierre Nora, cristaliza y ocurre en momentos históricos particulares cuando la conciencia se debilita. ¿Será entonces que a partir de la acción del estado (indulto y amnistía para los represores). Y la transformación y aceleración de las comunicaciones se sustituye la posibilidad de la memoria dotada de un sentido?, Si esto

es así ¿Cuáles son los lugares de la memoria? y aún más ¿si pudiéramos recuperar la memoria ello nos permitiría tener una visión global del proceso histórico? o ¿seguiríamos encontrándonos frente a la suma de distintos fragmentos a veces similares y otros contradictorios de ese pasado?

No es posible mostrar aquí, tomando los testimonios publicados esa superposición de fragmentos. Y tal vez si hiciéramos públicos nuestros propios recuerdos, encontraríamos que lo que uno recuerda el otro olvida, el significado asignado a un acontecimiento se diluye en el recuerdo del otro, la selección de la sucesión a recordar se transforma, los espacios se vuelven pequeños o se agigantan.

De esta manera la memoria como parte de la vida está abierta a la dialéctica del recuerdo y el olvido, es afectiva, mágica, puede ser global o detallada, se concreta en espacios, imágenes, objetos. Es inconsciente a sus sucesivas transformaciones, vulnerable a la manipulación y su apropiación susceptible de ser adormecida o revivida periódicamente.

La historia, en cambio, aparece como opuesta a la memoria aunque pueda ser considerada como una reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que fue. La representación histórica del pasado como producción intelectual llama al análisis y a la crítica y establece una continuidad temporal y las relaciones entre las cosas.

Para colocar mejor, espero, estas ideas, me concentraré en la propuesta de Diana: ser militante en los setenta. Me pregunto si ser militante era una forma de ser y con qué estaba relacionado. ¿Era lo mismo ser militante obrero, de

las organizaciones políticas, en las organizaciones armadas, en las asociaciones estudiantiles?, ¿Cómo imaginaban el mundo, su mundo?, ¿De qué modo organizaban su vida?, ¿Sus afectos?, ¿Era igual ser militante para el hombre y para la mujer?

Algunos retazos de memorias tal vez me ayuden un poco más: “Vivo en Suiza y fui militante del peronismo montonero. No estoy de acuerdo con el término ‘guerrillero’ porque está ligado a un problema de armas. No es la única práctica que tuve en nueve años de militancia... Yo nací en el tiempo justo. Tuve mi infancia en la época de Perón, mi adolescencia y mi primera juventud en época de Illía. Después vino lo que fue la liberación de Cuba y el Cordobazo. Viví en una barrio peronista, en una casa que nos dio Evita... mi madre... era obrera en Pirelli... Hice la escuela secundaria en un período cercano a los 59/60. En esta época primaba en mí la idea del ‘hombre nuevo’, y me puse a trabajar en las villas de emergencia del bajo Flores, dictando clases a los chicos en iglesias que facilitaba EMAUS” (pp. 45-46).

Desde los estrados oficiales tanto en la época de la dictadura como en el proceso posterior buena parte de la literatura colocó en primer plano la imagen del guerrillero. De hecho el indulto a los militares y a montoneros subsume la práctica del militante en las acciones armadas. Sin embargo las prácticas militantes eran múltiples y se desarrollaban en espacios diferentes.

Para pensar la historia, los recuerdos deben ser colocados en una red de significados. Para entender el pasaje de una parte de la militancia política, gremial y estudiantil a la confrontación armada, que es el símbolo cristalizado de la época, es necesario analizar que las formas legales de la libertad de expresión política fueron suprimidas por las dictaduras militares (un proceso que abarcó también a otros países vecinos como Brasil, Chile y Uruguay). Tenemos que explicar las consecuencias de la proscripción de partidos y movimientos populares

así como el modo que el proceso económico afectó a los sujetos sociales, en particular a las clases medias que nutrieron buena parte de las filas de esa militancia. Debemos considerar también el papel de la izquierda y lo que algunos autores llamaron el fracaso de la izquierda tradicional. Habría que agregar, además, la importancia de las tesis católicas radicales que legitimaban la violencia cuando diferenciaban la “justa” violencia de los oprimidos y la “injusta” de los opresores. “Yo siempre le tuve miedo a la violencia. Aunque siempre pude distinguir una violencia justa de una injusta. Hay violencias necesarias porque el imperialismo jamás va a regalar lo que tiene. Pero habrá que ir con las masas”, dice otro de los entrevistados (p. 55).

Existían en la sociedad argentina de la época diversos elementos que facilitaron el salto moral de unas determinadas prácticas de protesta y confrontación (huelgas, manifestaciones callejeras, actos públicos) a la legitimación de la violencia y la confrontación armada. Al decir esto no estoy emitiendo un juicio de valor (bueno, malo, acertado, erróneo). Intento explicar la época para analizar su relación con ese pasado y nuestro presente.

Los límites para la acción política dieron paso a un conjunto de prácticas que fueron dando forma al culto a la acción. Por cierto que los actos heroicos que rodeaban a la vida del militante y lo transformaban en un héroe anónimo y popular tienen una larga presencia en los movimientos radicales, en particular cuando trataban de inventar tradiciones y símbolos para las fuerzas de oposición. Pueden encontrarse estos motivos ya al comenzar el siglo cuando anarquistas y socialistas, más los primeros que los segundos, inventaban sus héroes populares en oposición al panteón de héroes construido por el estado nacional. Frente a los grandes próceres individuales se alzaban las masas anónimas, sufrientes y combativas que luchaban por un orden más justo y equilibrado.

El culto a la acción teñía la oposición contra las prácticas burocráticas y retóricas de los dirigentes políticos y gremiales (la burocracia sindical, la burocracia política, inactiva o con reflejos lentos de la época). Era también lo que permitía enfrentarse a la represión y vencer el estancamiento al que había llegado el conflicto político en la argentina, dividido entre peronistas y antiperonistas.

El culto a la acción estaba asociado también al elogio del autosacrificio, de aquellos que dedicaban sus vidas a las causas populares. El militante, y aquí las fronteras ideológicas se borran, milita en el seno de una empresa, donde su presencia y discurso lo exponen al riesgo permanente del despido o de la persecución. Pero también milita fuera de su tiempo de trabajo (reuniones, pegado de carteles, reparto de volantes, etc.). Y como si fuera poco milita en el seno de su propia familia lo que casi siempre acarrea conflictos y rupturas. Su existencia cotidiana expresa una totalidad del compromiso político. El autosacrificio, entonces, produce comportamientos ascéticos que sólo pueden ser soportados por el hombre nuevo (incluidas las mujeres). Aquel que nacería de la propia sociedad capitalista y disfrutaría las delicias de la nueva sociedad. Buena parte de la historia de la militancia es una historia de desgarros y riesgos. Se pierden los amigos y las sirenas de los cazadores de demonios (la historia argentina tiene una larga continuidad en la creación de estos demonios) están dispuestas a sonar a cambio de los sufrimientos del militante y de su familia para lograr la confesión. El militante se siente diferente porque participa de un proyecto redentor (figura tomada del catolicismo) para la humanidad.

En este punto, el del autosacrificio y la acción permanente, es donde se puede pensar otro aspecto de la vida militante relacionado con la idea de que la frontera entre la vida militante (pública) y la vida privada es desvaída. La existencia familiar queda enteramente su-

bordinada a las exigencias de la militancia, la utilización del tiempo es de una utilización plena y, a veces, resulta imposible convivir con una persona tan enteramente comprometida. La vida privada de los militantes puede ser re/pensada a la luz de los trabajos de Philippe Ariés donde lo íntimo cobra fuerza no como el resultado de esferas separadas (pública y privada) sino como permanente interacción entre una y otra.

La militancia política opaca los afectos, el goce, los placeres: *"Llegó un momento en que dejamos de hablar de nosotros. Todo estaba relacionado con lo que teníamos que hacer, o los temas que teníamos que estudiar. Un día que intenté hablar de esto, me contestó que un militante no tenía que tener hijos ni mujer, porque el amor lo aferraba a la vida y había que estar dispuesto a darla por la revolución... Cuando reflexiono ahora sobre nosotros, siento que éramos una especie de pareja 'platónica', donde la unión no estaba sellada por nuestro mutuo amor, sino por el amor a la revolución. Había un clima especial, que impregnaba todos nuestros actos y operaba un cambio profundo en nuestras vidas. Nuestra actitud contestaria no se refería solamente a las injusticias sociales. Pretendíamos erradicar también lo frívolo o superfluo y, sobre todo, lo que definíamos como doble moral burguesa"* (p. 29).

La familia y los afectos, que quedaban subordinados al autosacrificio militante, generó no pocos conflictos en la vida cotidiana de sus protagonistas. La actitud ante la familia marcaba también las diferencias de género sexual. El mundo de la militancia no es igual para hombres y mujeres. Ser militante no sólo formaba parte de la arena conflictiva de la lucha de clases sino también de las relaciones (no digo lucha) entre hombres y mujeres: *"Desde los quince años trabajé en la industria de la carne -dice Ramona-. Siempre me molestó la injusticia que yo veía. Éramos explotadas. No lo entendía muy bien porque no tenía estudios. Nos criaban más ignorantes que ahora... Las mujeres estábamos muy frenadas muy so-*

metidas... Una mujer de hoy no puede imaginarse lo que era cuando yo tenía quince años" y agregaba: *"Yo pienso que hubo muchos errores en la dirección... También creo que en el partido había machismo y no me gustaba nada... Tampoco me parecía bien que a veces se dijera en el partido que los militantes no tenían que tener lazos familiares para dedicarse a la lucha"* (p. 85).

El libro de Diana es una propuesta para recuperar la memoria, pero desde mi perspectiva de historiadora volver para atrás es necesario, no para producir una aceptación entre romántica y acrítica del pasado, sino para que analizando críticamente ese pasado, reflexionemos sobre los sentidos en una sociedad. Es también un disparador para pensar la pequeña cofradía de los historiadores y las conflictivas relaciones entre historia y política.

No es pequeño el desafío. Como decía al principio, de la revisión del pasado reciente los historiadores hemos estado prácticamente ausentes, y ello supone alguna razón.

Una fue el rearmado de un campo académico que se rigiera por algunas reglas mínimas que permitieran la convivencia entre quienes buscaban, y buscábamos, dar vida a esas normas. En ese proceso de reconstitución del tejido institucional no estaba ajeno el de otros más pequeños e individuales. Muchas energías y tiempo se invirtieron, e invierten, en consolidar los espacios que permitan el desarrollo del pensamiento crítico.

Al mismo tiempo, y como parte del mismo clima, estaban las divisiones que las interpretaciones de ese pasado se producían con el advenimiento de la democracia. Cuando en 1983 la última dictadura militar, un régimen brutal y arbitrario, abandonó el gobierno para dar paso a un gobierno electo por la voluntad popular, el nuevo gobierno enjuició a los Comandantes constituyéndose en el acontecimiento histórico más significativo -según mi opinión- del gobierno de Alfonsín. Paradójicamente ese acto

de gran poder simbólico -aunque algunos no quieran reconocerlo por razones políticas y haya sido opacado con la Ley de Obediencia Debida- nos colocaba en una situación paradójica. Al mismo tiempo que los dictadores eran colocados en el banquillo de los acusados una generación fue subsumida en la visión demonizada de una organización armada (Montoneros). Por detrás de esta lectura se solapaban buena parte de los ideales y de las razones de quienes se integraron a las organizaciones políticas, gremiales, estudiantiles en los años setenta y guiaron sus prácticas políticas y sus intervenciones sociales.

No fue el único problema. El reencontro con la democracia fue otro. Buena parte de la generación militante de los setenta, o lo que de ella quedaba, se dividió entre quienes saludaban alborozados el advenimiento de la democracia y evaluaban negativamente el pasado del que habían formado parte, y aquellos que ocupando los espacios abiertos en los nuevos gobiernos se integraban a las estructuras de poder sin analizar ni el contexto ni los resultados de las prácticas que habían protagonizado. Como los personajes de una reciente película -*Caro diario*- hablaban de los hechos abominables y de las palabras espantosas que habían pronunciado en una suerte de mea culpa que muchos quisieron ver como colectiva. Por otro lado, la sola idea de retorno de la democracia creaba una ilusión que nos llevó a no enfrentar los problemas con los que debe lidiar cualquier democracia. Y no sólo era que el país había cambiado, como sostiene Luis Alberto Romero en uno de los pocos textos que abordan el problema, era que también teníamos que considerar qué democracia podía retornar cuando, desde 1930, la construcción de organizaciones de representación y participación habían chocado en no pocas oportunidades con los mecanismos de control de las instituciones gubernamentales. La ilusión de la democracia no nos ayudó a reflexionar sobre las prácticas políticas

del pasado reciente aunque es cierto que nos empujó a pensar de qué manera se gestaban, ampliaban o acotaban los espacios de participación, de opinión y de gestión en la sociedad y desde el estado, en los momentos constitutivos de un régimen político.

La experiencia de producción histórica en los nuevos marcos institucionales iría acompañada también por otras rupturas y la gestación de nuevas certezas. En el campo de la historia las visiones más exitosas fueron aquellas que unían una postura historiográfica con una clara propuesta política. Desde la invención de un pasado para la nación argentina que surgía con fuerza de la obra de Mitre, hasta las discusiones eficaces que proponía el revisionismo, pasando por las agudas lecturas que im-

pulsaban los marxistas, las interpretaciones del pasado estaban en sintonía con una militancia política activa. El presente era más incierto. El uso de marcos teóricos más amplios donde se cruzaban varias tradiciones ayudó a romper las rigideces de los marcos interpretativos del pasado. La apertura, la falta de esquematismo y dogmatismo se juzgaron como un paso importante para revitalizar el trabajo del historiador, y un consenso amplio se fue gestando en esa dirección. Lo que se ganaba por ese lado debilitaba sin embargo los lazos de los historiadores con la política y debilitaba su intervención en los debates públicos que la revisión del pasado reciente provocaba ■

Mirta Zaida Lobato

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 57 / Abril 1997

Riachuelo: paisaje con ruinas / ¿Tiene futuro la izquierda? / Barthes administrador / Fútbol ¿cultura popular? Escriben: García Helder • Gorelik • Silvestri • Sarlo • Chejfec • Altamirano • Cheresky • Godio • Legoff • Alabarces

Suscripciones: Argentina, tres números \$18 / Exterior, seis números, u\$s 40. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

Haciendo memoria en el país de Nunca Más

EUDEBA, Buenos Aires, 1997

Inés Dussel, Silvia Finocchio y Silvia Gojman

A partir de una cantidad de publicaciones y de artículos en la prensa se ha abierto en los últimos tiempos un interesante debate historiográfico: es posible hacer en estos momentos la historia de los 70? Cómo vincularse con el pasado reciente? Cómo narrar –y, sobretudo, analizar– una época a la vez tan cercana como lejana, un período posible de ser calificado como violento, utópico, romántico, terrible, autoritario, y que culminó con semejante saldo de muerte?

Y si ya éste es un tema en sí, un nuevo debate asociado se produce cuando, además, dicha historia debe ser contada a las nuevas generaciones. En esta empresa, la responsabilidad del sistema educativo no es menor, más aún cuando los actuales cambios curriculares privilegian el estudio de la historia reciente –tradicionalmente relegada– y existe una interesante oferta editorial de textos escolares que abonan y favorecen esa acción.

La publicación de la obra que estamos reseñando puede considerarse una excelente propuesta para contestar esas preguntas. Su objetivo es ayudar a las generaciones adolescentes a sumarse a la construcción de la memoria colectiva sobre la última dictadura militar mediante el análisis del accionar del aparato represivo de entonces, con un foco especial en la utilización escolar del informe "Nunca Más" de la CONADEP. Así, *Haciendo memoria en el país de Nunca Más* viene a cubrir una necesidad educativa importante, de lo que da cuenta haber agotado tres ediciones en menos de dos meses de su aparición: cómo trabajar en la escuela con dichas temáticas.

Estas finalidades son logradas, en primer lugar, superando el morbo "similar

al de mirar una película de terror" –al decir de las autoras– que genera la primera lectura de las aberraciones y violaciones a los derechos humanos. Sin negar el dolor que implica atravesar dichos temas, el libro presenta un muy buen manejo de la información –de lo que da cuenta, por ejemplo, la bibliografía utilizada y el interesante Anexo 3 compuesto por documentos en defensa de los derechos humanos escritos durante 1976 y 1983– y una estructura abierta y susceptible de diversas lecturas y entradas ordenada en cuatro problemáticas: el papel del Estado y la sociedad, los jóvenes, la violencia y la tolerancia, y la memoria y el olvido, incluyendo cada una de ellas sugerencias de actividades a realizar en clase.

En segundo lugar, sin dejar de ser de lectura interesante para cualquier lector, todo el libro presenta una clara identificación del sujeto al que se dirige: los adolescentes que transitan la escuela media argentina en la década de los 90. Ya sea contando con el detalle suficiente épocas de la historia que para generaciones anteriores fueron su cotidianeidad –la Triple A, el camporismo, la política económica de Martínez de Hoz, la Guerra de Malvinas, el levantamiento de Semana Santa, la sanción de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, la proclamación de los indultos, etc., variando las formas de presentación de la información –historietas, letras de rock, recortes periodísticos, fotografías, relatos autobiográficos, textos literarios–, y vinculando la actualidad con la cotidianeidad de aquellos años, lo que se logra en manera destacada en el capítulo dedicado a los Jóvenes.

Mientras las generaciones adultas nos preguntamos legítimamente sobre

cómo escribir la historia de aquellos años, las generaciones adolescentes impugnan las formas más frecuentes de enseñanza del pasado que realiza la escuela, llenan los actos de derechos humanos y se niegan a concurrir a campeonatos de natación en el centro de detención y tortura de la ESMA. Quizá haya llegado el momento de destruir la definición educativa de Durkheim para permitir que las generaciones jóvenes también eduquen a las adultas y dialoguen juntas a fin de "re-

cordar los principios sobre los cuales es posible una sociedad" y de "definir (...) (los) límites que una sociedad no debe sobrepasar". Estos dos últimos enco-millados, extraídos textualmente del libro, permiten suponer que *Haciendo memoria en el País del Nunca Más* puede ser de gran ayuda para la construcción de una memoria colectiva basada en la lucha por la vigencia de los derechos humanos ■

Pablo Pineau



mora Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

n° 23/junio 1997



Religión, radicalismo y fantasía, *Bárbara Taylor* / Presencia con una Diferencia: la subjetividad según budistas y feministas, *Anne C. Klein* / Algunos aportes al debate sobre la racionalidad femenina, *Alicia Nudler* / Tráfico de género: mujeres, cultura y política de identidad en esta era neoliberal, *Francine Masiello* / El estilo democrático: último grito de la moda, *Cristina Iglesia* y *Liliana Zucotti* / La poética caníbal de Clarice Lispector: del saque Robert a la sangre bruta, *Ana Luisa Andrade* / Género (M/F) y massmediación: nuevos objetos discursivos, *July E. Chaneton* / Desde la otra orilla: las trabajadoras marplatenses. Formas y condiciones del trabajo femenino en una sociedad en transformación *Irene Delfina Molinari* / La problemática de la mujer en Europa del Este y Central post-Perestroika. El caso Ucrania. Entrevista a *Svetlana V. Kupryashkina* / Ilusas, místicas e intelectuales. Entrevista a *Jean Franco* / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: AIEM. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puán 480. 4° piso (1406) Capital Federal. República Argentina

Fax: (54) (1) 432-0121. Dirección electrónica: remun@aiem.filo.uba.ar

El Presidente que no fue.

Los archivos ocultos del peronismo

Buenos Aires, Editorial Planeta, 683 páginas, 1997.

Miguel Bonasso

Puede decirse que este libro de Miguel Bonasso toma cierta distancia con relación a otras intervenciones similares de contemporáneos de los años setenta; el medio que utiliza es antiguo y un tanto dejado de lado en el presente: contar una historia. En este caso, una historia y un personaje –Héctor J. Cámpora– que la visión de los vencedores ha depositado en un desacreditado lugar de la memoria colectiva. Cámpora, el efímero mandatario de los 49 días, adquiere matices novedosos a partir de un minucioso trabajo de investigación, que hasta ahora no habían trascendido los reducidos círculos de familiares y allegados. El rescate de la figura de Cámpora permite contrastar con fuerza sus actitudes personales y su trayectoria política –resumidas en una ética y una responsabilidad en la función pública–, con los rasgos que ha adquirido en la actualidad la mayoría de la clase dirigente.

El comienzo del libro recuerda, por escritura y por estilo, al mejor Vargas Llosa, aquel de *La guerra del fin del mundo* o *La Tía Julia*... Una expresión maciza y contundente, acrecentada por la estructura narrativa de la obra, se unen a un hecho envidiable: Bonasso tuvo acceso al archivo personal de Cámpora, que fue mantenido oculto –de amigos y enemigos– por sus familiares hasta la fecha; esto le demandó un largo período de infructuosas gestiones ante quienes guardaban el valioso material y el trabajo de un equipo de colaboradores y amigos en la tarea de recolectar informaciones adicionales –como la confirmación de otras–; también se benefició con testimonio de algunos contemporáneos reacios a las entrevistas, tales los casos de Juan Manuel Abal Medina, Rodolfo

Galimberti y Mario Cámpora. Uno de los aspectos destacados de este archivo inédito es la minuciosidad con que se relatan algunos acontecimientos, vulnerando incluso la propia memoria del autor. Quizá uno de los aportes más importantes de *El Presidente que no fue* es que no oculta la existencia de *memorias en pugna* en torno a los '70, disputa que aún tiene como marco central haber sido contemporáneo de los hechos para hablar de los mismos.

En los primeros seis capítulos, el autor describe las alternativas de la vida de Cámpora signadas por la proscripción del peronismo, su asimilación a lo peor de aquella gestión y su decisión de alejarse de los primeros planos de la escena política, luego de la triste experiencia de cárcel y exilio por la que pasó. Un Cámpora convencido de que su función en el peronismo ha concluido con las cinco conducciones de la Cámara de Diputados y haber sido estrecho colaborador de Eva Perón, aparece como la contrafigura de la corrupción generalizada de la dirigencia sindical y política del peronismo, que promediando los '60 se muestra con rasgos que el paso del tiempo ha incrementado notablemente. Esta situación de desconfianza en la dirigencia tradicional decide a Perón a nombrarlo como su delegado personal en el país. En este hecho hay una operación de revisión de la versión establecida por la memoria de los contemporáneos, pues la misma fue considerada como una decisión en pos de conseguir un "títere" de los habitantes de Puerta de Hierro; Bonasso muestra los pasos seguidos por un operador político capaz, que navega con relativo éxito entre las aguas tormentosas de la interna del peronismo, en sus conversaciones con el

resto de la dirigencia política y en la decisiva negociación que se abrirá con la dictadura militar. La experiencia de conducción previa, de Jorge Daniel Paladino, seguramente convenció a Perón de la urgencia por contar con un hombre cuya honestidad política lo alejara de la tentación de la "política de los puestos" –como dice Bonasso– que era una de las preocupaciones mayores de la dirigencia tradicional del peronismo de entonces. Esta confianza en Cámpora fue una cualidad transformada por la derecha peronista y los apologistas de la dictadura –la de Lanusse y la de Videla y sus iguales– en obsecuencia e incapacidad. Esta operación de revisión de ciertos esquemas establecidos para analizar los '70 se repite a lo largo del libro; por ejemplo, cuando Bonasso repasa momentos claves del período 1971-1973 donde la izquierda del peronismo no prestó suficiente atención a decisiones políticas y dichos del líder exiliado, que hoy pueden considerarse lecturas sesgadas o parciales de la coyuntura política. Otro episodio revisitado es la figura de Perón, en quien se depositan mayores responsabilidades de las habituales; en este caso, no se recurre a la "teoría del cerco" y la influencia de López Rega, sino que se hace hincapié en las disminuidas capacidades físicas y mentales del Perón de los '70, distinguiendo claramente entre el hombre de Madrid y el que se coloca por tercera vez la banda presidencial.

Las lecturas e interpretaciones que se hacen entonces de Perón y su proyecto para la Argentina de 1973 muestran a la izquierda del peronismo en estado de shock y desconcierto; a esto se suma una brecha entre el mundo del militante político y el conjunto del país, el que parece haber experimentado la vuelta de Perón y del derecho al sufragio más como una meta alcanzada que como el comienzo de un proceso revolucionario, aunque una parte de los contemporáneos reclaman lo contrario; éste no quiere ser exceso de crítica en la mirada,

sino una interpretación a partir de lo que fue futuro de esa coyuntura de 1973. Hoy es más fácil ver, a partir de los trabajos de Juan Carlos Torre¹, que la socialización política de los trabajadores y la radicalización de los sectores medios urbanos fueron dos procesos paralelos hasta 1969 y que, desde entonces, confluyeron en la protesta social y política, movidos más por una tradición política de raíz peronista y profundos cambios culturales, que por un desarrollo de la *consciencia revolucionaria*². Por otra parte, cuando se esgrime el argumento de la proscripción política, no debe perderse de vista que en varias oportunidades las mismas reglas de la proscripción fueron utilizadas por los damnificados en pos de lograr poner a su favor todos los elementos de un sistema político regido por normas equívocas durante varias décadas.

Al analizar ese central año de 1973, el autor utiliza algunas estrategias conocidas. Sus apreciaciones sobre las caracte-

1. Gerchunoff, Pablo, Torre, Juan Carlos, "La política de liberalización económica en la administración de Menem", en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, IDES, N° 143, Vol. 36, Págs.: 733/767, Octubre-Diciembre 1996; Torre, Juan Carlos, "A partir del Cordobazo", En: *Estudios* N° 4, Córdoba, C.E.A./U.N.C., Págs.: 15/24, Jul-Dic 1994; Torre, Juan Carlos, *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

2. Quien destacó este aspecto más claramente fue Daniel James en *Resistencia e integración*. Otro estudio donde pueden encontrarse ejemplos congruentes –si bien intenta mostrar otra cosa– es *Lucha de calles, lucha de clases*; en una entrevista a un delegado de línea del SITRAC, ante la calificación de "marxistas" puede leerse:

"[...] Nosotros decimos que no es un marxismo. Nosotros somos nacionalistas, nosotros no tenemos nada que ver con otra política. Que nosotros creemos que lo que tiene que venir acá es un socialismo, sí, pero nacionalista, no marxista como dice la gente que somos. Incluso dice que somos de otro lado, pero no, están equivocados". Ver: Balvé, B. y otros, Op. cit., pág.: 34, 1973.

rísticas del sector juvenil del peronismo muestran que sus compromisos personales y políticos con aquellos años no han sufrido mella. Este aspecto, más que loable en esta Argentina post-todo (post-peronista, post-liberal, post-moderna, etc.) se constituye en un punto problemático de la narración. Bonasso recurre a la argumentación en donde la suma de proscripción política, clima cultural, represión y crisis económica explican las decisiones políticas y algunas interpretaciones de entonces. Decimos que dicha argumentación –como su remanida negación–, despegada de la vivencia directa de la época, pierde parte de su fuerza explicativa. Hoy es menester transformar la memoria de los contemporáneos en historia, sin que esto implique la muerte decretada del pasado, su anquilosamiento en las bibliotecas o en un solitario destino académico. Falta aún un sólido corpus teórico y de investigaciones que permita, a quienes no tuvieron la experiencia directa de aquellos años, acceder a un registro diferenciado de la tradición oral o el testimonio personal. Así, este trabajo de Bonasso vuelve a poner sobre el tapete una cuestión relevante en el trabajo profesional: la extrema complejidad para combinar los roles de contemporáneo y narrador; en especial cuando la sociedad civil y el Estado argentino acumulan deudas pendientes con quienes cargaron con la cárcel, el exilio, la tortura, la muerte, el olvido y las exculpaciones post-1983. Asumiendo la cómoda perspectiva de quien conoce el devenir de una historia, debe decirse que una com-

prensión que sirva como educación histórica –y también ciudadana– de las nuevas generaciones debe investigar y cuestionar –como otro material histórico pasible de ser tratado– los supuestos de la época, como la inminencia de cambios estructurales o el carácter de la militancia política de izquierda –en todas sus variantes–. No puede desmerecerse por ello el libro de Miguel Bonasso, aunque sí marcar que el trabajo del historiador debe continuar, tomando como referencia válida el aporte de *El Presidente que no fue*. Queda por realizar, como lo señala Torre, una historia despegada prudentemente de la tradición oral, de uno de los actores fundamentales del período post-peronista: la juventud.

Según Oscar Wilde, el único compromiso con la historia es reescribirla; Bonasso, que pertenece por formación profesional a la mejor clase de periodistas de los últimos años –como Gregorio Selser, Rodolfo J. Walsh, Rogelio García Lupo y Horacio Verbitsky–, aporta elementos valiosos para repensar los años '70 y avanzar en el conocimiento histórico. Más allá de sus motivos estrictamente personales, de su parcialidad inevitable como protagonista devenido narrador, su trabajo permite el acceso a una historia desde el interior del propio peronismo que todavía no ha sido contada íntegramente, a la vez que logra un excursus con ritmo de *thriller* sobre esa heterogeneidad que fue la izquierda peronista y los años setenta ■

Mario Ranaletti

La Montaña.

Periódico Socialista Revolucionario -1897-

Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1996, 297 págs.

La publicación en forma de libro, en la colección La Ideología Argentina dirigida por Oscar Terán, de los doce números de La Montaña, el periódico socialista revolucionario dirigido por José Ingenieros y Leopoldo Lugones aparecido en Buenos Aires entre el 10 de abril y el 15 de setiembre de 1897, es un mérito editorial de indudable valor que merecería ser imitado por otras editoriales universitarias¹. Claro que, estas iniciativas son viables sólo con periódicos cuya breve duración y una publicación relativamente regular hacen posible la tarea de su compilación.

El valor es doble: permite a los investigadores preocupados por ciertas problemáticas del período evitar su incierta localización en archivos o bibliotecas públicas; por otro lado, pueden recorrer sus páginas y leerse como un testimonio unitario de las ideas y del pensamiento de quienes propulsaron la edición del periódico. Desde esta última perspectiva, el lector no especializado puede hallar en el texto un interesante clima de época en torno a las ideas circulantes hacia fines del siglo XIX en el campo político intelectual porteño. En esta línea también puede bosquejarse el comienzo de la trayectoria de dos inte-

lectuales cuyos caminos ideológicos los conduciría por rumbos divergentes no sólo entre sí, sino también del de sus orígenes. Sólo un lustro después una publicación libertaria ya se lamentaba de la deserción de Ingenieros y Lugones del campo revolucionario y, no sin ironía, se refería a La Montaña como "una hermosa mortaja de dos jóvenes que fueron entusiastas reformadores"².

La Montaña se edita en un momento donde el impulso impresor de los sectores de izquierda socialista y anarquista es irrefrenable, aprovechando un clima de indudable libertad de prensa: ese año aparecía *La Protesta Humana* que sería representativo del movimiento libertario durante décadas; el vocero del partido Socialista, *La Vanguardia*, llevaba tres años en la calle y una variada gama de periódicos como *L'Avvenire*, *La Voz de la Mujer*, *La Revolución Social*, *La Autonomía Individual* o *Germinale* y revistas de sociología, artes y letras como *Ciencia Social*, *La Question Sociale* o los *Almanques de La Vanguardia* para mencionar sólo a algunos de los editados en 1897 a los que habría que agregar las diversas publicaciones de carácter gremial. Esta era una época donde las publicaciones aparecían y desaparecían con una rapidez inusitada. Y *La Montaña* comparte con muchos de los nombrados la fugacidad de su existencia (23 semanas), una fugacidad relacionada tanto a las frágiles condiciones de producción como al cambiante rumbo de muchos de sus impulsores quienes, en su mayoría, integrarían la dirección o la redacción de otras publicaciones. Este clima impre-

2. Vida Nueva, No 3, 28 de noviembre de 1903.

sor, paralelo y simultáneo al fuerte desarrollo de la prensa burguesa, era el emergente del surgimiento de nuevos sectores sociales a la luz del proceso de modernización de la Argentina finisecular. Así se generó un amplio campo de lectura al que contribuyó notablemente el proceso alfabetizador iniciado en los años ochenta. En este contexto, nació y creció la prensa de izquierda que en su conjunto manifestaba las diferentes tendencias que se disputaban la representación de los trabajadores.

La Montaña, cuyo nombre remite indudablemente al ala izquierda de la revolución francesa de quien también adoptaba su calendario, no es una excepción dentro del campo de la prensa de izquierda. Aunque independiente del flamante partido Socialista se identificaba con el socialismo en términos generales pero atacando la postura excesivamente centrada en la lucha parlamentaria de Juan B. Justo. El periódico se autocalificaba como Socialista Revolucionario y pretendía transformar la sociedad sin otorgar concesiones a la clase dominante que "nos alejan de nuestro objetivo revolucionario: la socialización de los medios de producción" (José Ingenieros, "Socialismo y Revolución", N° 7, 1 de julio). También los separaba de Juan B. Justo una apreciación más benévola sobre el anarquismo; aun cuando conservaban discrepancias básicas con los libertarios publicadas en la sección "Tribuna libre", consideraban positivo la aparición de tendencias organizadoras y el consecuente abandono de un sector de las posturas individualistas. En este proceso del anarquismo, *La Montaña* preveía, aunque sin demasiadas ilusiones la posibilidad de una alianza futura en tanto compartían tanto la idea de socialización de la propiedad como la supresión del Estado.

El periódico tenía el mismo patrón de las publicaciones de izquierda del período. Así, se publicaban a autores que trascienden la adhesión al socialis-

mo: junto a Enrique Ferri, Turati, Marx y Bebel aparecen destacados nombres libertarios como Domela Nieuwenhuis y Sebastián Fauré. Sus secciones más importantes estaban destinadas a Estudios sociológicos; Arte, Filosofía, Variedades y Actualidad. En la primera, donde escribe habitualmente Ingenieros, los temas publicados eran de carácter teórico enfocando temáticas variadas, ya sea en torno al Estado (su evolución y desaparición), al materialismo histórico, al capital o al individuo; también es notable la preocupación por temas vinculados a la cuestión social (el salario, las condiciones de trabajo, el trabajo femenino) o a la lucha revolucionaria (la huelga general). La sección de arte y filosofía se componía de poemas, fragmentos de textos literarios y notas críticas en donde junto a los colaboradores locales aparecían Flaubert, Verlaine, Tolstoi, Mirabeau, Víctor Hugo o Edmundo de Amicis. En Actualidad aparecen temas relacionados a los acontecimientos políticos, gremiales y sociales. Da cuenta, como hacen la mayoría de las publicaciones de la época, del movimiento socialista nacional e internacional informando sobre la realización de congresos, huelgas y la aparición de la prensa colega. Pero la columna más importante de esta sección juega a modo de editorial y enfoca casi siempre temas de carácter político; allí Ingenieros y Lugones se alternan en sus fuertes críticas al sistema político vigente, resaltando la venalidad, la deshonestidad y la corrupción instaladas entre los políticos. Y aunque la crítica es fuerte en ambos, en Lugones se percibe ya un sesgo de desprecio por la actividad política que desembocará en su conocida postura antidemocrática posterior. Mientras Ingenieros irá abandonando sus intentos de participar en las contiendas políticas para enfrascarse en la actividad científica ■

Juan Suriano

1. El Instituto de Estudios Históricos Sociales "Prof. Juan C. Grosso" de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires está abocado a una tarea similar. Véase por ejemplo: Documento para la Historia del Partido Socialista, edición preparada por Nicolás Iñigo Carrera, IEHS-UNCPBA, 1996. En el transcurso de este año la misma colección que nos convoca en esta reseña acaba de publicar *La Voz de la Mujer* un periódico anarquista femenino aparecido en Buenos Aires en 1896.

La escena iluminada.
Ciencias para trabajadores (1890-1930)
Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1996
Dora Barrancos

El mundo que Dora Barrancos exhumó ha sido sepultado por nuevas experiencias, valores y discursos de la sociedad argentina, y ese gesto a partir del cual "nuestro tiempo da las espaldas al escenario de hace un siglo" se constituye en una paradoja militante que define "el principal acicate" para la reconstrucción que la autora se propone realizar" (p. 16)¹. Mas si en efecto aquel estrato de una zona significativa de la cultura popular resultó severamente erosionado por posteriores configuraciones históricas, pero al mismo tiempo no deja de resultar familiar, ello se debe a que las representaciones que indujo sobrevivieron a la crisis en la que ingresaron al estrellarse contra las elaboradas por el espiritismo, el nacional-populismo y el catolicismo argentinos. Para verificar esa terca supervivencia del prestigio de los saberes considerados científicos entre los sectores de izquierda basta vincular el entusiasmo por los escritos de Haeckel que este libro narra con, por ejemplo, las memorias videofilmdadas de José Aricó donde relata el modo como, en una cárcel cordobesa del primer peronismo, militantes comunistas discutían no sin encarnizamiento sobre las teorías biológicas de Lysenko... Esos estratos supérstites y los otros que un *ethos* colectivo desechó plantean al historiador y analista de la cultura una pregunta siempre crucial: ¿qué quedó, qué fue de esas botellas con mensajes arrojadas al mar; qué es lo que entra en una historia, en la historia?

Para este emprendimiento el libro de Barrancos tematiza como nunca hasta el presente la experiencia institucional y cultural de la Sociedad Luz. Queda verificado a través de su minucioso análisis lo que podía suponerse pero era menester avalar: que el Partido Socialista de la Argentina se instaló desde sus orígenes co-

mo un partido de la modernidad, y que la Sociedad Luz resultó iluminista hasta la obviedad o el escándalo. Buena parte de la argumentación que recorre el texto nos restituye así la función ético-política desempeñada por la representación de los saberes científicos dentro de esos sectores sociales desde fines del siglo pasado argentino, y su fe inquebrantable en la estricta asociación entre ciencia y progreso ejemplarmente plasmada en la cita de Th. B. Macaulay de 1837 que abre el libro y nos instala en el corazón de una estructura de creencias: "[La ciencia] prolongó la vida; mitigó el dolor; extinguió enfermedades; aumentó la fertilidad de los suelos; dio nuevas seguridades al marino; suministró nuevas armas al guerrero; [...] guió el rayo desde los cielos a la tierra haciéndolo inocuo; iluminó la noche con el esplendor del día; extendió el alcance de la visión humana; multiplicó la fuerza de los músculos humanos; aceleró el movimiento; anuló las distancias; facilitó el intercambio y la correspondencia de acciones amistosas, el despacho de todos los negocios; permitió al hombre descender hasta las profundidades del mar, remontarse en el aire; penetrar con seguridad en los mefíticos recovecos de la tierra; recorrer países en vehículos que se mueven sin caballos; cruzar el océano en barcos que avanzan a diez nudos por hora contra el viento. Estos son sólo una parte de sus frutos, y se trata de sus primeros frutos, pues la ciencia es una filosofía que nunca reposa, que nunca llega a su fin, que nunca es perfecta. Su ley es el progreso." Décadas después, este legado iluminista-positivista seguirá resonando explícitamente en tantas afirmaciones del fundador del Partido Socialista, como aquellas en que Juan B. Justo señala que "el camino del pueblo hacia su emancipación está iluminado por la ciencia".

Frente a estas evidencias y ante los riesgos del anacronismo, Barrancos se pregunta por el soporte de ese emprendimiento hoy entre patético y enternecedor, esto es, acerca de qué demandas recogía y sobre qué fundamentos legitimaba sus mensajes. El libro tiene la respuesta preparada: ese conjunto de saberes construía una "fe laica que sostenía la indisoluble articulación entre Sociedad y Naturaleza" (p. 20). De tal modo, podría decirse que el caso de la Sociedad Luz en tanto variante cultural del socialismo argentino también puede ser leído dentro del gigantesco escenario cultural planteado por las fracturas de la modernidad, y de la búsqueda de su recomposición mediante la construcción de otros grandes relatos, de los cuales sin duda el evolucionismo spenceriano representó uno de los últimos y más eficaces. Pero si éste era el faro intelectual al que recurrían no sin matices los intelectuales de la cultura "alta" (Ingenieros, Carlos Octavio Bunge...), la indagación de Barrancos muestra que el material teórico consumido por los sectores representados en la Sociedad Luz deben más al transformismo que al positivismo spenceriano, y nada resulta más ajeno a ellos que la problemática agnóstica de lo Incognoscible que sí será relevada tempranamente por sectores de la institucionalidad intelectual del positivismo de cátedra como Rodolfo Rivarola.

En cambio, la presencia dominante que *La escena iluminada* recompone con rigor conduce al Haeckel de *Los enigmas del universo* y al Büchner de *Fuerza y materia*, es decir, a expresiones conspicuas del monismo naturalista inscriptas en los grandes relatos de una filosofía de la naturaleza. En ese sentido, este estudio ofrece el sustento para comprender el prolongado valor simbólico desempeñado por la figura de Florentino Ameghino en las filas del progresismo laico: basta recordar *Mi credo* para percibir entonces que este texto (que podría confundirse con un sorprendente retorno a los presocráticos) en rigor producía una

traducción criolla de aquellas versiones del monismo materialista.

Antonio Gramsci apuntaría, aun dentro de su conocida oposición al marxismo positivista, que cuando las clases subalternas no tienen la iniciativa "el determinismo mecanicista se torna una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de paciente perseverancia [...] Es un 'acto de fe' en la racionalidad de la historia, que se traduce en un finalismo apasionado, que reemplaza a la 'predestinación', a la 'providencia', etc., de la religión"². Así, muchos de los saberes y las prácticas que *La escena iluminada* presenta pueden perfectamente remitirse a aquella estructura de resistencia fundada en un dios laico (la Naturaleza), que garantizaba la esperanza y legitimaba un presente de lucha³. Pero si junto con el curso de los fenómenos naturales dicha legalidad indicaba asimismo el avance hacia condiciones sociales de mayor justicia, la descripción del libro evidencia que, a contrapelo de la escisión de esferas de competencia de la modernidad, saber y virtud coincidían para quienes militaban en el horizonte de creencias de la Sociedad Luz. De allí que uno de ellos pudiese sostener en 1898 que "la única causa por la que el pueblo trabajador no se afilia al Partido Socialista [...] es la ignorancia [...]". El hombre instruido sabe cómo ser libre".

En la misma genealogía socrático-iluminista, la socialdemocracia centroeuropea había construido la consigna "El saber hace libres". Cuando de este lema se pasó a aquel otro que sustituyó el saber por el trabajo (*Arbeit macht frei*), si éste ya no pudo ser compartido por los socialistas no se debió a un contenido que podía seguir filiándose en el linaje de la Ilustración, sino a que lució inscripto en el frontispicio de un campo de concentración nazi. Esta deriva de una consigna dibuja en otro terreno el pasaje de una representación que había concebido al marxismo como descendiente legítimo del Iluminismo a otra que, encabezada por la Escuela de Frankfurt,

iba a operar la inversión de esa representación hasta asimilar la expansión de la racionalidad ilustrada con efectos de opresión y despotismo. Que semejante pasaje no fue nunca transitado por los continuadores de la Sociedad Luz queda suficientemente marcado en el libro de Barrancos: "Aún en las décadas de 1930 y 1940, cuando 'el asalto a la razón' ya había hecho sentir sus efectos en atroces actos de exterminio, el pensamiento socialista [...] continuaba expresando su indeclinable fe en la ciencia" (p. 31).

En ese sentido la autora se distancia expresamente de una interpretación de la educación de los trabajadores como parte del dispositivo de control social. Pero si de tal modo elude con éxito las versiones más crasas de aquella tradición frankfurtiana (rejuvenecida en las últimas décadas por aplicaciones vicarias del foucaultismo), existe una vacilación en la escritura de *La escena iluminada* que es la marca de un conocido problema teórico referido a la vinculación entre cultura intelectual dominante y cultura popular. Ya que para interpretar la implementación que del cientificismo habría realizado la Sociedad Luz, Barrancos apela a la categoría bajtiniana de "degradación de la ciencia", esto es, a una reapropiación vulgarizada que la cultura popular oficia respecto de la letrada, y de este modo "tuerce el presunto propósito regulador", construyendo así un razonamiento que sigue girando en el círculo de las teorías del control social. Esta argumentación es además discutible desde otros pasajes dominantes del mismo libro. Un síntoma de este problema se observa cuando, para avalar la tesis de la resistencia cultural mediante la reapropiación vulgarizada, el texto abandona su universo de referencia y lo sustituye por la relación sostenida con los bienes culturales pero por parte de los anarquistas (p. 19, n. 10). Y cuando retorna al caso específico de la Sociedad Luz, los sectores allí localizados aparecen más bien conducidos por un proyecto de inclusión distribucionista en el saber según los cánones de la cultura considera-

da prestigiosa, y a su vez esta apropiación resulta legitimada por un posicionamiento moral del que los socialistas se consideran los auténticos soportes.

Ese entramado explicaría las temáticas dominantes en aquella institución (ciencias naturales e higienismo, este último encarnado en las campañas contra el alcoholismo y por la prevención de las enfermedades sexuales bajo la severa inspiración de Angel Giménez); explicaría también el inclusivismo democratizador que nos revela Francisco de Soto en *La Vanguardia*: "El pináculo de la Ciencia no es inaccesible; es accesible a cualquiera que estudie ... y mucho más accesible todavía para los militantes de un ideal de justicia e igualdad". Prestigio de la ciencia y democratización del saber: ¿no son éstos los elementos que tan bien pudieron conjugarse en una versión darwiniana que incluyó al lamarckismo como garante de la heredabilidad de los caracteres adquiridos y de esa manera otorgó plena racionalidad al programa pedagógico de la Sociedad Luz?

Así, este libro imprescindible para comprender las figuraciones de un estrato de los sectores populares argentinos muestra que dichas representaciones aceptaron como buena la ecuación de que la sumatoria de Verdad (Ciencia), Moral (Fraternidad) y Justicia (Socialismo) era igual a Progreso. Muestra asimismo que a fines de la década del veinte esta discursividad se ha tornado anacrónica, con el ejemplo de las recomendaciones que entonces impartía sobre la educación sexual. Sería muy fácil, ante el carácter entre ingenuo y autoritario de esas propuestas, ironizar con De la Torre y llamar "hormiguitas prácticas" a quienes así se ubicaban en la militancia socialista (afortunadamente ya no deben quedar tantos que reivindiquen como una ocurrencia siempre graciosa la comparación de Perón del partido de Juan B. Justo con la bosta de paloma). Pero si se instalan aquellos discursos en el interior de la historia intelectual, es evidente que son completamente afines con los que Max

Weber exhumaba de la tradición puritana: para domar las pulsiones sexuales, a la indicación de "trabajar duro en tu vocación" se le debían agregar justamente una dieta vegetariana y baños fríos...⁴. Dentro de ese horizonte de sentido, la cultura socialista se ubicó en las antípodas de las concepciones que penetraron a la política con una heroicidad que llegó a tornarse efectivamente trágica. Después de todo, dentro de la esfera moral privilegiada por Mussolini, era él mismo quien contraponía el "heroísmo" al "egoísmo burgués". Por el contrario, los relatos de los miembros de la Sociedad Luz no dejan lugar a dudas del tipo humano que las prácticas culturales debían construir: visitas de los domingos al Crematorio Municipal, al Instituto Bacteriológico, al Museo de Ciencias Naturales y al Observatorio Astronómico de La Plata ... (p. 222). No es difícil concluir que, como para Lacan la del psicoanálisis, la función de la Sociedad Luz no consistía entonces en tallar héroes sino en dignificar la vida de los hombres comunes.

Y sin embargo, de pronto *La escena iluminada* nos ofrece cuadros impregnados de algo que resulta difícil no incluir en el género de una cierta heroicidad: "Mientras tanto Klimann había instalado la linterna estratégicamente y encendido la lámpara, que daba apenas una débil luz, abundante humo y olor a kerosene que impregnaba el ambiente del salón y tiznaba la cara del conferenciante [...] Hablaba de Tolomeo, de Copérnico; mostraba el Sol, los relieves de la Luna, y el público que no veía nada, oía en medio de las más completas tinieblas la interesante pero dificultosa exposición de acento ruso" (p. 40).

Estando por ende en juego tantos posicionamientos axiológicos, resulta encomiable que este libro de Dora Barrancos explicita la matriz valorativa desde la que fue construido, y revele que se trata de una empresa intelectual que no busca en aquel pasado una "ejemplaridad utópica" ni nostálgica. Es posible en cambio que haya logrado asumir la apuesta benjaminiana: el papel del his-

toriador es cambiar el presente, y así entender a la historia no como *magistra vitae* sino como heredad, sabiendo que la herencia no es algo dado y sí una tarea que plantea un problema de identidad, puesto que heredar significa recuperar pero también seleccionar.

¿A qué herencia, entonces, no se renuncia? Tal vez, en estos tiempos arrasados por el mercadocentrismo, esa herencia dice que sin esta institución cuyos rostros borrosos ilumina el libro de Barrancos, nuestra cultura política y nuestra eticidad pública serían más dudosas de lo mucho que ya lo son. Por fin, si todo esto fuere vano, porque los vendavales de los tiempos habrían arrasado para siempre esos gestos y esas voces, cegando con tanta luz esa mirada que se quería lúcida porque se sentía asistida por la ciencia y el viento de la historia, entonces a la autora aún le quedaría la sabiduría de Kavafis hacia quienes como Odiseo experimentan el impacto brutal entre la ilusión y la realidad en el momento del retorno a su Itaka natal: "/.../ aunque pobre la encuentres / no hubo engaño. / Rica en saber y en vida como has vuelto / comprenderás ahora / lo que significan las Itakas"... ■

Oscar Terán

Notas

1. Todas las referencias entre paréntesis remiten a la paginación del citado libro de D. Barrancos.

2. A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, G. Einaudi Editore, Turín, 1977, v. II, p. 1064.

3. Por ejemplo, y amplificadas hasta alcanzar un estatuto cosmológico, las afirmaciones del conferenciante Camilo Meyer: "Hemos de confiar en el destino del Universo y admitir que las leyes naturales destinadas a ser las causas de la muerte del Sol en un porvenir más o menos lejano, serán también más adelante las de su resurrección". [...] Cuán sublime es la armonía de nuestro Universo!" (p. 123).

4. Cf. M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, vs. eds., y D. Sayer, *Capitalismo y modernidad. Una lectura de Marx y Weber*, Losada, Buenos Aires, 1995, p. 147.

Juan Domingo Perón. La paz y la guerra
Fondo de Cultura Económica Buenos Aires, 1996, 112 págs.
Ricardo Sidicaro

El lanzamiento de la colección *Los nombres del Poder* y, en el marco de ella, del volumen "Perón, la paz y la guerra" de Ricardo Sidicaro, dan pie a la formulación de algunas reflexiones acerca de aquellos aspectos que se ponen en juego a la hora de diseñar una propuesta de divulgación destinada –como ésta aspira a serlo– al gran público lector.

Diferentes experiencias en el mercado editorial parecen indicar que cuatro son las dimensiones que deberían confluir en el diseño de un conjunto de productos destinados a un público amplio: 1. la elección de ciertos temas que, se sabe o se intuye, son de interés para el destinatario que se construye; 2. el particular tratamiento asignado a los mismos, en la medida en que se trata de lectores no especialistas; 3. el diseño de un "envase" editorial atractivo y a la vez útil para una mejor captación de los potenciales interesados y 4. la explotación de las formas más efectivas para una comercialización masiva.

Las presentes líneas abordan el texto de Sidicaro focalizando las tres primeras dimensiones que podríamos denominar como "editoriales" propiamente dichas.

El tema y su tratamiento: la biografía de Perón

En tiempos en que la perspectiva biográfica y las discusiones en torno de ella se encuentran a la orden del día, no resulta sencillo postularse –y cumplir– la realización de un proyecto de este tipo con pretensiones de objetividad. Mucho menos si la persona en cuestión es una figura de crucial incidencia en la vida política de un país y, como en este caso, uno de los personajes más controvertidos de su historia contemporánea que encuentra en esta época una significativa actualidad.

En el sinnúmero de biografías políticas que desde hace varios años suscitan el interés de amplias capas de lectores, es difícil hallar textos de acabada calidad. Se trata, en su mayoría, de perfiles que fallan en el elemento decisivo de todo abordaje biográfico: la estructuración del relato de una vida en torno a un eje de carácter hipotético que permita visualizar, coherente y sistemáticamente, las articulaciones entre los principales hechos de la vida de ese sujeto con los del acontecer social y político.

El acierto fundamental del texto de Sidicaro reside, justamente, en la solidez de la tesis en torno a la cual construye su biografía de Perón: la de una vida política que basculó siempre entre una lógica bélica, producto de su concepción militar de la conducción política, y una "utopía pacifista": la de la "comunidad organizada"; es decir la del péndulo entre la paz y la guerra. "Hasta el último día, como dos sombras pegadas a un cuerpo, nunca se desprendió del deseo de unificar a todos, ni tampoco de su razonamiento bélico" (p. 73), sostiene Sidicaro. A través de un riguroso aparato probatorio, el autor logra conformar un texto en el que emergen con suma claridad aquellos puntos de articulación entre las principales instancias vitales de Perón y el devenir de los acontecimientos que lo tuvieron como protagonista, virtualmente excluyente, de la política argentina entre 1945 y 1974.

A lo largo de la primera sección del libro (*"Retrato del personaje"*), Sidicaro confirma que es posible plasmar un texto biográfico a la vez atractivo estilísticamente y objetivo en sus puntos de vista. A través de una narración cristalina y atrapante, la hipótesis del autor va encontrando contrastación empírica en los diferentes análisis, tanto de los hechos como de los di-

chos del propio Perón. Esta combinación de buena prosa y solidez conceptual no es del todo común en la producción científica; sin embargo, se vuelve decisiva en un libro que apunta a captar a un público vasto que en buena medida, no estuvo cruzado por el juego de pasiones encontradas que el peronismo generó, y que desea acceder a "esas contiendas sin confundirse con los actores", "... sin adjudicar la razón y la verdad a alguna de ellas" (p. 10).

Ahora bien, el juicio positivo acerca de este texto no impide formular algunas observaciones críticas de carácter puntual que, además de afectar la riqueza de algunas partes del relato, concluyen perjudicando (como ocurre en otras secciones del mismo libro) la intención de alcanzar a un destinatario no necesariamente entendido en la materia.

En primer lugar, se trata de un texto sumamente acotado en su extensión, hecho que se observa, sobre todo, en el abordaje de la etapa que va de 1972 a 1974. En dicho período –uno de los más ricos y menos estudiados– el texto evidencia algunos "saltos" y varios supuestos temáticos de importancia que sólo un lector conocedor de los mismos alcanzaría a percibir y que, lamentablemente, tampoco quedan saldados por medio de las imágenes y de los epígrafes incorporados. Así, por ejemplo, se hace referencia –casi al pasar– a la figura de Cámpora como Delegado personal del líder exiliado y al lema electoral de entonces ("Cámpora al Gobierno, Perón al poder"), pero es poco lo que se dice respecto de los motivos que llevaron a este último a pronunciarse por el primero y, menos aún, el rol cumplido por el viejo líder en aquel período crucial que se iniciara con su definitivo regreso al país y mientras Cámpora ocupó la primera Magistratura.

La excesiva carga puesta en el análisis del último período de la vida de Perón en términos de la lucha por la sucesión lleva al autor, por momentos, a no visualizar el otro aspecto de aquella cuestión: el del rol cumplido por Perón en el diseño de su propia sucesión o, por lo menos, en qué

medida sus ideas de entonces –y también muchas de sus acciones– reflejaron su idea acerca de lo que el justicialismo debería ser en un futuro en el que –no se le escapaba– él no estaría presente.

El "envase" editorial

Además de las páginas destinadas a delinear el perfil del personaje, un formato editorial novedoso y francamente funcional para alcanzar a un lector novel ha previsto la inclusión de otros relatos diferentes del anterior. Por un lado, un relato "visual" compuesto por ilustraciones de excelente calidad acompañadas por pequeños textos (epígrafes) que incorporan mayor información tanto acerca de la vida del propio personaje como de sus contemporáneos o de los principales acontecimientos políticos de la época. Por el otro, un conjunto de secciones que apuntan a enriquecer el volumen con informaciones contextualizadoras y complementarias. Así, "El tribunal de la Historia" constituye una selección de las más variadas opiniones que se hayan volcado acerca de Perón y del movimiento político por él fundado; "El hombre en sus textos" pretende ser un recorrido por las principales ideas vertidas por el líder en diferentes épocas y circunstancias de su vida política y, además de una exhaustiva bibliografía, una "Cronología" que presenta las principales etapas de su vida en simultáneo con las de la vida pública argentina y mundial.

Sin embargo, estas secciones no alcanzan a cumplir su cometido y, lamentablemente, concluyen por contradecir, en buena medida, las intenciones divulgativas que estos textos se proponen.

Respecto del relato "visual" resulta por momentos difícil descifrar su funcionalidad. Si la intención es que estos "espacios" complementen la información disponible en el relato inicial de la vida de Perón, son varias las faltas de correspondencia (cronológicas o temáticas) entre dicho texto y las informaciones de que son portadoras las ilustraciones. Por

ejemplo, cuando el texto aborda los primeros años de la vida de Perón y los inicios de su carrera militar (p. 12), la foto elegida es la de su primer regreso al país en 1972. Por el contrario, cuando tres páginas más adelante el tema tratado es el de las primeras producciones escritas del joven Perón, lo que aparece allí son imágenes de Perón niño junto a su madre. Si este "relato visual" fue pensado con cierto grado de autonomía respecto del relato "textual", aquellos quiebres cronológicos son aún más desconcertantes para aquellos lectores que pudieron ser captados más rápidamente por la presencia de reveladoras y bellas fotografías que por el texto propiamente dicho.

Estos desajustes en la propuesta editorial tiene consecuencias directas sobre el lector menos enterado de los acontecimientos políticos asociados con el peronismo y, finalmente, sobre la obra evaluada en su conjunto, dada la importancia asignada a una estructura como la de estos libros.

La forma en la que ha sido resuelta la sección "El Tribunal de la Historia" tampoco logra satisfacer plenamente a un lector poco conocedor de la historia política argentina. Si bien se trata de una equilibrada selección de las diferentes opiniones acerca de Perón y de su movimiento, los textos incluidos además de ser extremadamente fragmentarios adolecen de una mínima contextualización del autor o del momento histórico en que dichos juicios fueron vertidos. ¿Un lector desprevenido debe dar por descontado, por ejemplo, que las fechas consignadas al pie de cada testimonio pertenecen a la fecha en que éstos fueron formulados y no, en el caso de pertenecer a libros, a la fecha de edición de estos últimos? Por otra parte, estos textos tampoco dan cuenta de los cambios en las posturas de algunos de los pensadores incluidos en la selección a medida que las ideas y las prácticas del propio Perón iban cambiando. En síntesis, la falla en la conformación de esta sección tal vez resida en la ausencia de criterios (cronológicos, ideológicos o mera-

mente temáticos) a partir de los cuales presentar los distintos testimonios.

Finalmente, la sección "El Hombre en sus textos" muestra una antología del pensamiento de Perón que por ser incompleta no permite visualizar las continuidades y los cambios que tanto en las ideas como en las prácticas políticas de Perón se señalan con tanto acierto en el texto biográfico central del libro. Por ejemplo, en la sección "El perfil del personaje" se alude a 1952 como un año clave en el cambio de la política económica de Perón y también respecto de su relación con la oposición; sin embargo no se incluye en esta selección ningún documento que ilustre dichos cambios entre 1952 y 1955 así como tampoco ningún documento que dé cuenta del período 1947-1963. Por otra parte, la variedad predominante en esta galería de textos es la de los discursos, dejando de lado, por ejemplo, un género que fue decisivo en el período llamado de la Resistencia: el epistolar. Respecto de los textos pertenecientes al último período se incluye un mensaje a la juventud de 1965 frustrando, por su ausencia, la posibilidad de compararlo con el de la condena a los Montoneros de 1974 y que tantas veces se ha considerado clave para explicar la radicalización de las corrientes ideológicas al interior del movimiento peronista.

En síntesis y más allá de las observaciones críticas consignadas, resulta grato reconocer, al interior del campo intelectual, esfuerzos que, como éste, intentan proyectar sobre un público amplio y no necesariamente especializado, producciones serias que contribuyan a una mejor comprensión de nuestro pasado. Y mucho más, si esos aportes incluyen un cuidado de la edición no limitado sólo a sus aspectos estéticos sino también por la funcionalidad que ellos puedan asumir para el gran público lector. Intentos de este tipo confirman que es bueno que se vendan más libros. Pero también que cada vez más gente acceda a libros de calidad cada vez mayor ■

Diego F. Barros

Solicitud de suscripción Entrepasados – Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal ☐

Cheque bancario ☐

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 769.9013

Suscripción:

En Argentina, U\$S 24 (dos números)

En el exterior; vía superficie U\$S 30 (dos números)

vía aérea U\$S 40 (dos números)

Solicitud de suscripción Entrepasados – Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal ☐

Cheque bancario ☐

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 769.9013

Suscripción:

En Argentina, U\$S 24 (dos números)

En el exterior; vía superficie U\$S 30 (dos números)

vía aérea U\$S 40 (dos números)



Esta edición se terminó de imprimir en
Julio de 1997
en Gráfica Laf s.r.l.,
Loyola 1654 - (1414) Capital Federal